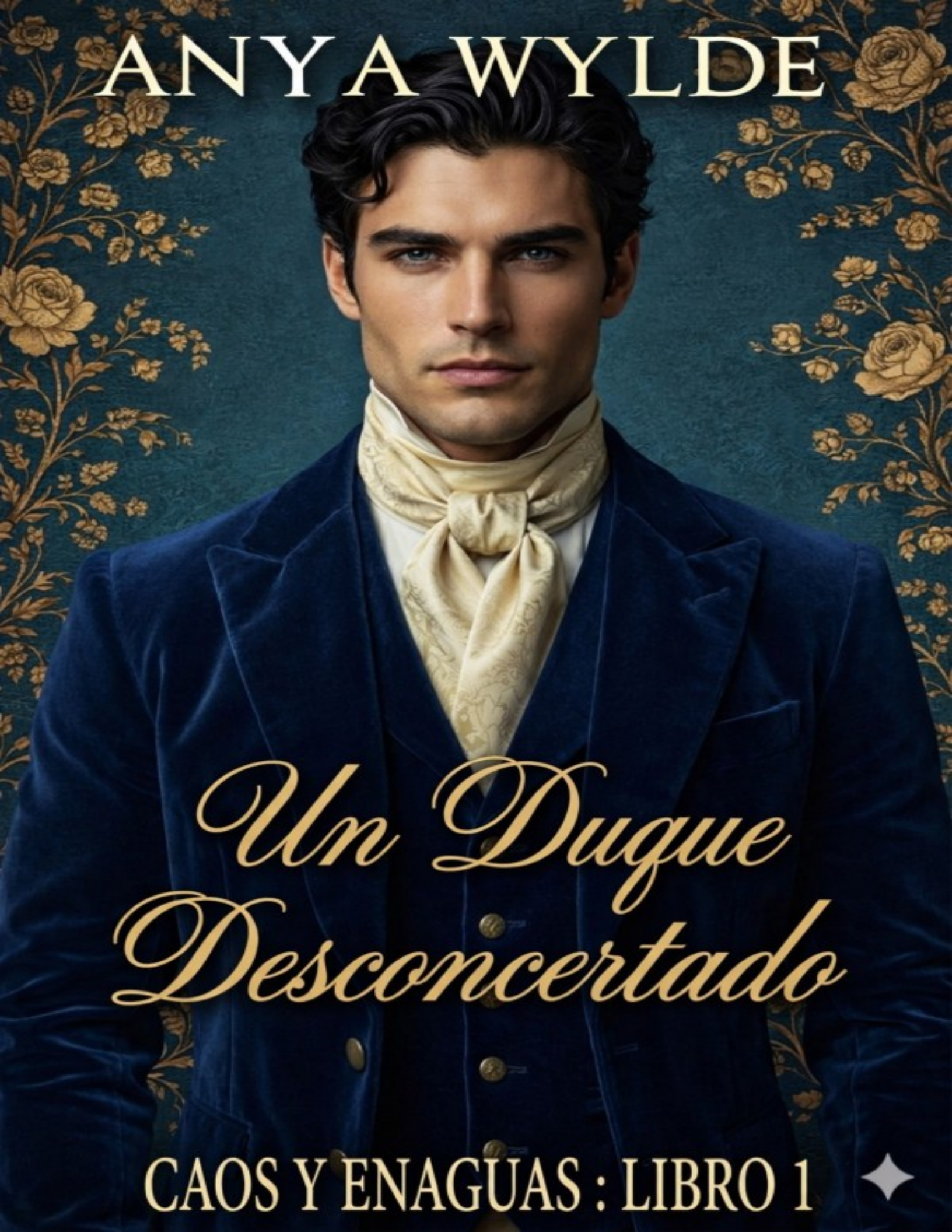

ANYA WYLDE
Un Duque Desconcertado
CAOS Y ENAGUAS : LIBRO 1

UN DUQUE DESCONCERTADO

Caos y Enaguas

Libro 1

Anya Wylde

CONTENIDO

Página del título
Agradecimiento
Nota de la Autora
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Epílogo
Otros libros de la autora
Sobre la Autora

AGRADECIMIENTO

Gracias, John, por todo.

NOTA DE LA AUTORA

He reelaborado la serie de las Hermanas Fairweather para crear una versión más picante. Encontrarás nuevas escenas entretejidas a lo largo de la historia, además de una exploración más profunda del punto de vista masculino. Espero que disfrutes esta versión más ardiente de la serie.

PRÓLOGO

Era abril en Inglaterra. Por lo tanto, era lógico que estuviera lloviendo.

Los ingleses, también era lógico, estaban encantados, porque el tiempo era horrible y tenían un motivo para quejarse. Pero hoy, los londinenses en particular estaban aún más extasiados, porque no solo llovía, sino que además había tormenta. Truenos, relámpagos y un viento furioso barrían las calles de Londres, arrastrando a su paso kilos de basura, gatos escuálidos, deshollinadores y a la desdichada joven de faldas rosadas y abombadas que había decidido escabullirse de su respetable hogar para retozar con un hombre nada respetable.

En las mejores zonas de la ciudad, los aristócratas rollizos se acomodaban en cojines igualmente rollizos, deplorando el estado de la economía, la política y la literatura. La excepción era la Mansión Blackthorne, una auténtica fortaleza donde residía el actual duque de Blackthorne, Charles Cornelius Radclyff. Se decía que la historia de la familia Radclyff podía rastrearse cientos de miles de años atrás. Claro que eso era así siempre y cuando uno mantuviera la mente abierta, confiada o, mejor aún, ninguna idea en absoluto.

Sir Henry Woodville, la criatura viva más anciana de la Mansión Blackthorne, no podía asegurar hasta dónde se remontaba realmente aquella historia. Aun así, estaba convencido de que, si uno se empeñaba en investigarlo, los antepasados de los Radclyff habían sido los creadores originales de la Atlántida de Platón.

Después de unas copas, confesó que incluso podrían haber sido Adán y Eva; se murmura en los caros salones que Sir Henry Woodville está un poquitín, apenas, senil.

Así pues, la Mansión Blackthorne se alzaba firme y orgullosa, combatiendo el embate de la lluvia punzante. Dentro de sus muros grises, la duquesa viuda y su hija, lady Anne Radclyff, permanecían acurrucadas junto al fuego, estremeciéndose con exquisita

delicadeza cada vez que el trueno rugía. No conversaban sobre temas apropiados, sino que aguardaban la llegada de nuestra heroína, la señorita Penelope Winifred Rose Spebbington Fairweather, y aquí es donde comienza nuestra historia.

CAPÍTULO UNO

La duquesa viuda lanzó una mirada preocupada hacia la puerta mientras lady Anne clavaba los ojos en el reloj de pie, deseando con todas sus fuerzas que sus enormes agujas se movieran.

—Llega tarde, mamá.

—Estará aquí en cualquier momento.

—¿Crees que está muerta?

—Annie, ¡no llega *tan* tarde!

—Sí, pero viene desde ese… ese pueblecito de Finny. Ha llovido todo el día y rechazó nuestra oferta de que le enviáramos un carruaje. La posta podría haberse quedado atascada en un bache y volcado. Me la imagino tendida en alguna zanja, con la sangre formando un charco bajo su cuerpo torcido, sin un alma a la vista.

—Es Finnshire, no Finny, y viaja con su doncella.

—Entonces la doncella también está muerta. El peso del carruaje acabó con ella mucho antes que con su señora. La pobre señorita Fairweather se retorció y tembló durante eones, luchando por ese último aliento.

—Me tomaré muy en serio tu vívido escenario si la señorita Fairweather no llega en las próximas cinco horas. Hasta entonces, ¿podemos conversar como mujeres bien educadas? Si tu hermano te oye hablar así, te mandará al campo durante las próximas tres temporadas.

—Estoy aburrida. No puedo ir de compras, ni montar a caballo, ni sentirme emocionada por la temporada. ¿Sabes que el año pasado asistí a ciento cinco bailes? Y eso sin contar las cenas y los tés.

—A la señorita Fairweather le habría encantado asistir a ciento cinco bailes. Tú has disfrutado de tres temporadas, mientras que la pobre nunca ha ido a nada más que al baile del pueblo.

—¿Cómo crees que será? ¿La has conocido?

—No la he conocido, pero su madre y yo asistimos a la misma academia de señoritas. Su madre, Grace, era brillante, llena de vida

y de risa, y si su hija se le parece en algo…

—¿Era?

—Murió al dar a luz a la señorita Penelope Fairweather. El señor Thomas Fairweather, el padre de Penelope, se casó con la hija del vicario, Gertrude, dentro del año siguiente al funeral de Grace. Gertrude tuvo después cinco hijos más. Inicié correspondencia con ella para asegurarme de que la hija de Grace estuviera bien cuidada…

—No fuera a ser que la madrastra ahogara a la niña —interrumpió lady Anne.

—Anne, la señorita Fairweather no es un gatito no deseado. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Gertrude me escribe a menudo. Sus cartas están llenas de las travesuras de los niños. Siento como si los conociera —dijo la duquesa, soñadora—. Me los he imaginado creciendo. Primero lloraban toda la noche y luego se caían de los manzanos…

—Estás divagando otra vez, mamá. No me importan los hermanos de la señorita Fairweather. Quiero saber cómo es ella.

—¿Por qué? Nunca has mostrado demasiado interés por mis otros invitados.

Lady Anne chupó un caramelo de limón, frunciendo los labios pensativa.

—Los demás invitados eran todos iguales. Dicen lo mismo, los crían de la misma manera y llevan la misma ropa. Es como si un único caballero londinense y una única dama londinense se hubieran metido en moldes distintos y se reprodujeran una y otra vez. Puedo predecir las respuestas a mis preguntas. Nadie es original. En cambio, la señorita Fairweather suena original.

—¿Original?

—Nunca he conocido a una palurda de campo.

—¡Annie!

—Bueno, es verdad, ¿no? ¿Cómo piensas presentarla en sociedad?

—Grace, su madre, tenía muy buenos modales. Era un poco entusiasta, eso sí, pero una dama. Y espero que Gertrude haya educado correctamente a su hijastra.

—¿Cuántos hermanos tiene?

—Cinco hermanas menores.

—Seis niñas y no hay dinero suficiente para pagar una temporada ni siquiera para una. Creo que tu amiga tendría cosas más urgentes de las que preocuparse que enseñarles a hacer reverencias y a sostener un abanico.

La duquesa dio un sorbo a su té y no respondió.

—Así que tengo razón.

—No, estoy segura de que la señorita Fairweather conoce lo básico.

—Oigo un "pero"…

—Gertrude parece adorar a la señorita Fairweather, pero cuando le propuse apadrinar la temporada londinense de Penelope, su respuesta fue… tibia. Me desaconsejó la idea…

—¿La chica es corta?

—No, Annie, la chica no es corta —la duquesa hizo una pausa y añadió—. Al menos, eso espero.

Lady Anne sonrió triunfante.

—Tengo muchísimas ganas de conocerla.

—Te decepcionará. La chica estará asustada y probablemente no pronuncie palabra durante su primer día aquí. Además, no sé si Gertrude es parcial. Es la madrastra, y creo que le costó enviar a la hija de Grace conmigo. Tuve la impresión de que habría preferido que me hiciera cargo de una de las suyas. No puedo culparla, pero me preocupa que a Penelope se le haya negado su lugar.

—La señorita Penelope Fairweather —dijo lady Anne, probando el nombre en voz alta—. Tendrá el pelo rojo y ojos negros y brillantes, una bruja de belleza capaz de hechizar a la sociedad.

—Será insignificante, con pelo castaño y ojos castaños, un auténtico florero —replicó la duquesa.

—En cualquier caso, ahora está muerta.

—Ni siquiera han pasado dos horas desde la hora a la que debía llegar.

—Espero que no esté muerta. Es mi única esperanza de supervivencia durante la temporada.

La duquesa puso los ojos en blanco y tomó su labor de punto. Permanecieron en silencio, con la mirada desviándose de vez en

cuando hacia el tictac del reloj de pie. A medida que pasaba el tiempo, la duquesa se inquietaba cada vez más y lady Anne se volvía más impaciente.

—¿Hago que traigan más té? —preguntó por fin lady Anne.

—Como quieras —respondió la duquesa, dejando a un lado el tejido.

Lady Anne alargó la mano hacia la campanilla, pero el mayordomo entró antes de que pudiera tocarla.

—La señorita Fairweather —anunció.

—Que pase —dijo lady Anne, soltando la campanilla.

Un dedo vacilante empujó la puerta, y luego el resto de la señorita Fairweather entró en la habitación. La duquesa y lady Anne examinaron a la recién llegada con interés.

La señorita Fairweather no era bonita, ni tampoco podría ser jamás un florero. Era rústica, una criatura del bosque con un aura casi feérica. Había traído consigo la niebla, la lluvia y la tormenta al salón azul de la Mansión Blackthorne.

Tenía el pelo castaño y los ojos castaños, pero eso era lo único que coincidía con la predicción de la duquesa. Su cabello oscuro y salvaje desafiaba la multitud de horquillas clavadas aquí y allá. El sombrero estaba torcido, asentado de manera precaria sobre su cabeza, amenazando con caerse en cualquier momento. Tenía la nariz delicada, con la punta redonda y rosada. El mentón era obstinado y la boca, sensible. Unas pecas rebeldes salpicaban sus mejillas enrojecidas.

Sus ojos atentos y brillantes recorrían la estancia con curiosidad; la mano aferrada a la falda era el único indicio de su nerviosismo.

Llevaba un vestido informe, salpicado de barro, lo que hizo que ambas mujeres se estremecieran, pero no fue ni el vestido ni el aspecto de la joven lo que hizo chillar a lady Anne o gritar aterrorizada a la duquesa.

Fue la cabra.

La señorita Penelope Fairweather había entrado dando saltitos en la habitación, seguida de una cabra blanca de tamaño mediano, con pezuñas negras y una nariz de un tono melocotón brillante. La cabra

miró a su alrededor a través de largas pestañas, clavando las pezuñas en la mullida alfombra azul.

La señorita Fairweather hizo una reverencia, apuntando su elegante inclinación no a la duquesa ni a lady Anne, sino al mayordomo.

—Gracias, Perkins, eso es todo —interrumpió apresuradamente la duquesa justo cuando la señorita Fairweather abría la boca para preguntarle el nombre.

Perkins salió casi corriendo, aliviado, maniobrando con cuidado para alejarse de la cabra.

La duquesa se recompuso.

—Señorita Fairweather, estoy encantada de tenerla aquí. Estábamos preocupadas por la lluvia y la tormenta… —concluyó de golpe—. Ha traído una cabra.

La señorita Penelope Fairweather estaba empapada, con un pequeño charco formándose a sus pies. Sus ojos se detuvieron en el lujo del salón azul y en el fuego encendido que parecía llamarla. Sus zapatillas de cuero chapotearon ruidosamente cuando avanzó apresurada e hizo una reverencia más o menos dirigida hacia las dos mujeres.

—Sí, es mi mascota, lady Betsabé. Lady Betsabé, estas son… eh… la duquesa viuda ¿y… ?

—Lady Anne —aportó amablemente lady Anne.

—… lady Anne, y nos quedaremos con ellas una temporadita —se volvió hacia la duquesa—. Había oído que algunas damas de Londres tienen tigres y elefantes, así que no pensé que mi cabrita, la única y la más solitaria, causara problemas.

La ceja derecha de la duquesa se arqueó ante lo de "la única y la más solitaria".

Lady Anne sonrió. Nunca la habían presentado a una cabra.

Penelope siguió hablando, ajena al revuelo que estaba causando:

—Mary iba a llevarla a las cocinas, pero la pobre estaba muy angustiada por dar una mala impresión abajo. Quiero decir, una doncella que llega con una cabra no impresiona. Entre el servicio hay que mostrarse firme desde el principio o te encasquetan las peores tareas. Eso me lo dijo Mary. Quiere caer bien y quizá

encontrar a un mozo de cuadra con quien casarse. Le encantan los bebés… hay que casarse para tener bebés, pero a Lilly, nuestra vecina, la mandaron a Dublín porque tuvo un bebé sin marido… lo cual fue raro… así que, eh… Mary dijo que una doncella con cabra no es deseable. Yo acepté quedármela hasta que ella impresione al servicio de abajo y…

Penelope se quedó en silencio al ver la mirada reprobatoria de la duquesa.

Ésta se recostó en su asiento. Observó a la joven nerviosa con una mezcla de diversión y exasperación. La consideración de la señorita Fairweather hacia su doncella era encomiable; su absoluto desprecio por la impresión que ella misma causaría al llegar con una cabra, ya era otra cosa. Mujeres solteras teniendo bebés… la duquesa se estremeció. Tuvo ganas de taparle los oídos a su hija, que escuchaba con avidez.

Quiso reprender a Penelope, pero no pudo, no cuando la joven acababa de llegar. Tenía que ir despacio. Ese pequeño defecto podía pasarse por alto. Un corazón bondadoso no era algo tan malo, y los temas de conversación apropiados podían enseñarse.

Miró a su hija, que parecía como si le hubieran entregado un regalo gigantesco envuelto en oropel, con lazos colgando por los lados, y no era para menos: la señorita Fairweather había traído una cabra e incluso había hecho una reverencia al mayordomo.

Las cosas podrían haber sido peores. La joven podría haber llegado muerta, tendida en un charco de sangre.

—Estás empapada, querida. ¿Te gustaría cambiarte? No podemos permitir que cojas un resfriado en tu primer día aquí —dijo la duquesa viuda.

—Gracias, pero no creo que Mary agradezca ponerse a trabajar después de nuestro largo viaje desde Finnshire. Además, veo que todavía no han tomado el té. No quiero retrasarlos más. Me sentaré junto al fuego y me secaré enseguida.

—Sí, pero… estás goteando —exclamó lady Anne.

—Lo siento. ¿Le preocupa el mobiliario? No pensé que…

—No digas tonterías. Un poco de agua no va a estropear los cojines —dijo la viuda, lanzándole a su hija una mirada que la hizo

callar.

—Entonces no tiene por qué preocuparse por mí. Me ha pillado la lluvia muchas veces y nunca me he resfriado. La vieja bruja… quiero decir, la sanadora de nuestro pueblo suele decir que los truenos suenan para asustar a los débiles de corazón. Los relámpagos caen para hacer que la gente salga corriendo a casa, pero solo los valientes se quedan a sentir la lluvia feliz sobre la piel.

—No los valientes, sino los necios, que no temen morir de un resfriado —murmuró lady Anne por lo bajo.

La duquesa viuda se retorció las manos, impotente. Se preguntó si la joven no estaría un poco trastornada. Lluvia feliz, una cabra como mascota y ganas de tomar el té con las faldas empapadas. Y aún no había pasado ni una hora desde su llegada. Se llevó la mano a la sien. Estaba segura de que el dolor de cabeza no tardaría en aparecer.

Asintió a la señorita Fairweather para que tomara asiento, mientras su mente se aceleraba buscando una forma de presentar a lo impresentable ante la alta sociedad.

CAPÍTULO DOS

Es monstruosamente injusto que, cada vez que una chica necesita tener la cabeza fría, vaya y haga algo completamente idiota. Penelope era ese tipo de chica.

No quería tomar el té con las faldas empapadas. No quería arruinar los cojines de seda sobre los que estaba sentada en ese momento. Y desde luego no quería que las dos mujeres aristocráticas la miraran como si fuera una imbécil. Y, sin embargo, allí estaba: tomando el té en el salón del duque, completamente mojada y endemoniadamente incómoda.

Culpó a la Mansión Blackthorne, porque la Mansión Blackthorne era lujosa, vibrante y hermosa, como la pluma recién arrancada de un pavo real. Su morada anterior —la casa de su padre— podía compararse mejor con un champiñón en escabeche.

Resultaba intimidante, y la señorita Penelope Winifred Rose Spebbington Fairweather se sentía intimidada.

Cuando Penelope se sentía intimidada, no solo se comportaba como una idiota, sino que además intentaba agradar a quienes la intimidaban. A veces eso funcionaba, pero la mayoría de las veces no. En lugar de sentirse complacidos, los destinatarios de su desinteresada buena voluntad acababan asustados por su entusiasmo… o perturbados.

La duquesa viuda y lady Anne sufrían esto último. Estaban un poco perturbadas. La sonrisa dolorida que Penelope llevaba puesta no ayudaba, ni tampoco la presencia de una cabra extremadamente inquisitiva.

Las faldas goteantes de Penelope, sus manos temblorosas y la cabra robando sándwiches fueron ignoradas por un tácito acuerdo mutuo. En su lugar, las tres mujeres se aferraron al tema seguro del clima.

Hablaron de cuánto había llovido el último mes, de cuánto se esperaba que lloviera el siguiente, del frío que hacía, de lo cálido

que estaba, y de lo inusual que era el tiempo para esa época del año. Luego volvieron otra vez a la lluvia.

Agotado el tema del clima, las mujeres guardaron silencio. En ese punto, una visita matinal normalmente se marcharía. Penelope no podía hacerlo, ya que ese era ahora su hogar temporal. Así que se retorció los dedos y alzó la vista hacia el techo circular ornamentado, donde le llamó la atención una pintura vívida de un anciano tirándole de la nariz al diablo.

La duquesa viuda fingía tejer, y lady Anne buscaba temas de conversación en su bollo mantecoso.

Pronto, el silencio pareció tomar la forma de un elefante invisible resoplando justo en medio de las tres mujeres.

El elefante fue expulsado por lady Anne cuando preguntó:

—¿Finnshire es un pueblo pesquero?

—¿Pueblo pesquero? Ah, por lo de Finn. No, estamos muy lejos del mar. Sí tenemos un estanque en el patio trasero. Hay peces… los patos se los comen —respondió Penelope con tristeza.

El elefante amenazó con reaparecer, y la duquesa viuda se apresuró a preguntar:

—Espero que el viaje desde Finnshire no haya sido demasiado estresante, querida.

Penelope se animó.

—Tuve una pequeña aventura.

Lady Anne se enderezó al oír eso y se inclinó hacia delante en su asiento.

—Por favor, cuéntanos.

Penelope dejó el plato con cuidado sobre la mesa y se sentó derecha. Adoptó lo que sus hermanas llamaban su postura de narradora. Dobló las manos sobre el regazo y, alzando un poco la barbilla, dijo:

—Me despedí de Gertrude, de papá, de mis cinco hermanas, de la cocinera, de Martha la fregona, de las cabras y las vacas de la granja, de Periwinkle el cerdo, de la señora Biddy, de mis amigos del pueblo…

—Seguro que te echarán de menos —dijo la duquesa viuda con simpatía.

—Oh, no. Tienen una apuesta en marcha. Jane, mi hermanastra, apuesta a que volveré en una semana. Della, la cocinera, está convencida de que aguantaré al menos un mes, y la señora Biddy, mi vecina, apostó dos libras enteras a que estaré de vuelta mañana por la tarde. Nadie cree de verdad que vaya a durar toda la temporada, y mucho menos que regrese casada.

La duquesa viuda frunció el ceño.

—Te vas a quedar aquí. Le prometí a tu madre que cuidaría de ti. Te proporcionaré tantas temporadas como sean necesarias hasta que te cases con el hombre adecuado.

Penelope sonrió con melancolía, sin creer que la duquesa viuda pudiera cumplir su promesa. No esperaba más de una temporada y dudaba poder abusar de su hospitalidad más allá de eso. Además, si los hombres de Finnshire salían corriendo cada vez que ella se acercaba, ¿qué posibilidades tenía con los refinados caballeros de Londres?

—Cuéntanos la aventura —dijo lady Anne con suavidad.

Penelope respiró hondo y apartó sus pensamientos tristes. Volvió a adoptar su postura de narradora y dijo:

—Sí, la aventura… ¿Dónde estaba? Ah, sí. Me despedí de mis hermanas y, acompañada por mi tío, un guardia armado a caballo y mi doncella, partí en la diligencia hacia Londres. No es más que una minucia, unas pocas horas de viaje, y supuse que sería un trayecto sencillo y sin incidentes. El día era infernalmente hermoso, con un sol brillante y ni una nube a la vista en kilómetros.

Partí sintiéndome melancólica, pero pronto la idea de ver Londres por primera vez me llenó de emoción. Nos detuvimos en una posada, El Paso Dorado, y tomamos algo de almuerzo. De dorado no tenía nada, debo decir. Creo que el pollo que me sirvieron era en realidad un pobre cuervo al que el posadero, de cara avinagrada, había abatido en su patio trasero. Se me quitó el apetito por completo y, sintiéndonos todos bastante mareados, retomamos el camino hacia Londres.

Avanzábamos dando tumbos con comodidad, arrullados por el trote de los caballos, cuando de repente la diligencia se sacudió y se detuvo en seco. Un grito del cochero hizo que mi tío asomara la

cabeza por la ventana. Cuando volvió a entrar, tenía el rostro blanco como un fantasma.

—¿Qué… qué vio? —preguntó lady Anne en voz baja.

—Vio… al Halcón.

La duquesa viuda dejó escapar un pequeño grito, y lady Anne agarró la mano de Penelope.

—Oh, cielo, no… no *el Halcón*.

—El mismo —dijo Penelope, asintiendo con gravedad—. Tenía al menos diez hombres con él, y nos superaban con creces. Nos ordenó bajar del carruaje, y no tuvimos más remedio que obedecer. Nuestro único pistolero quedó completamente rodeado, y mi pobre tío temblaba sin parar. Mi doncella Mary se desmayó y cayó al suelo en cuanto lo vio. Yo estuve a punto de acompañarla cuando lo vi. El Halcón, debo decir, era una figura impresionante.

—¿Qué llevaba puesto? —susurró la duquesa viuda.

—Llevaba una máscara negra, un traje escarlata con un largo abrigo de satén negro, y su sombrero era de auténtico encaje francés.

—¿Y las medias? —preguntó lady Anne, sin aliento.

—De seda blanca —respondió Penelope de inmediato.

—¿Y luego qué sucedió? —preguntó lady Anne, ya sentada al borde mismo del asiento.

—Yo estaba pálida de terror, y mi tío permanecía mudo de miedo. El Halcón nos ignoró y, echándose la capa sobre los hombros, ordenó a sus hombres que sacaran nuestros baúles. Mantuvo su pistola apuntando a mi tío y pidió a uno de sus hombres, Terrible Tim, que forzara las cerraduras. Pronto abrió uno de los baúles y dejó su contenido a la vista. Imaginen mi horror cuando comprendí que ese baúl no pertenecía a nadie más que a mí. Me puse a temblar de indignación. Imagínense registrar las prendas íntimas de una dama de esa manera. Mi enfado me dio fuerzas para protestar, y le dije:

—Señor, ese es mi baúl. ¿Cómo puede revisar las pertenencias de una dama sin el menor pudor? ¿Qué diría su madre?

Se detuvo y me miró como si me viera por primera vez. Sus ojos negros destellaron tras la máscara.

Yo le devolví la mirada, negándome a bajar las pestañas. Había encontrado el valor para hablar y me negaba a dejarme intimidar.

Entonces me dijo:

—Mi querida dama, mi madre me echó de casa cuando me sorprendió completamente desnudo con la lechera en el establo…

—¡No, no dijo eso! —exclamó lady Anne, horrorizada.

—Oh, sí que lo dijo, y algo más. Puedo admitir ahora que estaba aterrada y escandalizada, pero compuse el rostro y respondí con frialdad:

—Qué vergüenza, señor. No es decoroso estar desnudo en presencia de una mujer. Su madre hizo bien en echarlo. En lugar de arrepentirse, se ha dedicado a robar a viajeros inocentes. ¿No teme al Señor?

Pareció desconcertado por mi audacia, porque respondió con mayor respeto:

—Le pido mil disculpas por robarla, señora. Es la desgracia la que me obliga a hacerlo. Prometo dejarle lo suficiente para completar su viaje. Siempre me disculpo con mis víctimas después de deshacerlas de sus bienes mundanos. En cuanto al Señor, si existiera, hoy no estaría casado con esa lechera. Era tan hermosa cuando nos revolcábamos en el heno, pero en cuanto se leyeron las amonestaciones mostró su verdadera naturaleza. Ya me ha dado ocho críos, y ni siquiera estoy seguro de cuáles son míos. Aun así, tengo que alimentarlos y cumplir con mi deber familiar.

Me conmovió profundamente su situación. Suavicé el tono y dije:

—Qué triste. Ocho es un número muy grande. Me alegra saber que se disculpa con sus víctimas. Aun así, creo que debería dejar de ser un salteador de caminos. ¿No puede encontrar un trabajo honrado?

—Oh, pero esto es solo un empleo secundario. Soy un ladrón de renombre, cazador furtivo y cuatrero. El asalto en caminos es solo una ocupación adicional —respondió con orgullo.

Me erguí y le hablé con firmeza:

—Entonces no necesita nuestros chelines ni nuestras libras. Suéltenos y déjenos seguir nuestro camino. Se hace tarde y aún nos quedan tres horas de viaje. No podemos permitirnos esta

distracción. Si no tuviera tanta prisa, me habría tomado el tiempo de visitar a su esposa y contarle sus andanzas. Estoy segura de que no las aprobaría.

Eso pareció surtir efecto, porque el pobre Halcón tembló visiblemente, dominado por alguna emoción desconocida. Sus ojos se humedecieron y su labio inferior, visible bajo la máscara, tembló apenas.

Finalmente logró recomponerse y dijo:

—Hace mucho que una mujer no me regañaba así. La última vez… la última vez fue mi hermana, reprochándome que me fuera de casa. Me suplicó que cambiara de vida, pero estaba tan lleno de orgullo que ignoré sus palabras. Mi esposa está demasiado ocupada cuidando a los niños como para decirme qué hacer. Admito que echo de menos a mi madre y a mis hermanos y hermanas… que me regañen una vez más…

Mi corazón se encogió de compasión. Me acerqué y pregunté en voz baja:

—¿Cómo se llama su hermana?

—Penelope —respondió.

—¡Como yo! Yo también soy Penelope. Penelope Fairweather —dije, haciendo una reverencia.

Ahora déjeme decirle, lady Anne, que mi reverencia tuvo el efecto más extraño en él. Como lo traté como a un caballero, sintió que era su deber responder del mismo modo. Sacó pecho y me miró con tanto afecto que sentí una punzada de cariño por aquella pobre y atribulada alma.

—Jimmy Grey, a su servicio —respondió, inclinándose con tal elegancia y floritura que incluso el rey Jorge se habría sentido halagado en mi lugar.

—¿Jimmy Grey? —interrumpió lady Anne, asombrada.

—Sí, ya no suena tan temible, ¿verdad? Tras conocer su nombre, también perdí parte de mi miedo y le sonreí, lo cual pareció romper el hielo. Al parecer le recordaba mucho a su hermana, y su honor no le permitió robarnos más. Mandó cerrar de nuevo nuestros baúles y los devolvió al carruaje.

—Qué amable por su parte —dijo lady Anne, complacida.

Penelope asintió.

—Eso pensé yo también. Jimmy es un buen hombre y está profundamente arrepentido de su profesión elegida. Su disculpa fue casi poética, y supe que siente cierta predilección por Wordsworth y Byron. Es todo un personaje…

—Un salteador culto, quién lo habría imaginado —comentó la duquesa viuda.

—Oh, adora los libros. Planea retirarse cuando tenga suficiente dinero y llenar su biblioteca con cientos de volúmenes. Ya ha comenzado su colección robando todo lo que encuentra a lores y similares. Un tipo magnífico. Fue maravilloso y hasta ayudó a tranquilizar a Mary y a mi tío. Insistió en acompañarme hasta Londres para garantizar mi seguridad. Quería asegurarse de que su rival, la Cobra, no detuviera nuestro carruaje para robarnos. Al parecer, la Cobra no tiene honor.

—¿La Cobra? —preguntó lady Anne, horrorizada.

—Sí, es nuevo en el oficio y aún no ha aprendido los matices del asalto en caminos. Jimmy dijo que el hombre tiene una vena cruel y que debería advertir a todos mis amigos de su presencia. Su territorio es Wikhinshire y los alrededores. Jimmy cumplió su palabra. Nos acompañó todo el trayecto y compartió historias extraordinarias durante el viaje a Londres. Fue muy entretenido y me animó mucho. No creo que me estuviera tomando el pelo.

—Oh, cuéntenos una de esas historias, señorita Fairweather. Todo suena de lo más romántico —suplicó lady Anne.

Penelope sonrió y dijo pensativa:

—Déjeme pensar… Ah, sí, esta es buena. Me contó que una vez detuvo el carruaje de un conde. No me dijo su nombre… quería proteger la privacidad de su víctima. Al fin y al cabo, es un ladrón honorable. En fin, el conde era anciano, con el pelo blanco, patillas y rodillas nudosas. Jimmy registró con todo respeto las pertenencias del viejo, pero por más que buscó, no encontró nada ni en los baúles ni en los bolsillos del abrigo. Pero Jimmy es un hombre muy inteligente. Supo que algo no cuadraba. El hombre ocultaba algo de gran valor y se mostraba sospechosamente nervioso. Buscó y buscó,

y efectivamente, descubrió un diamante pegado en la oreja del conde.

—¿En la *oreja*? —preguntó lady Anne con incredulidad.

—Sí, en la *oreja*. ¿Sabes esa parte donde la oreja hace una curva? La parte de arriba… justo aquí —dijo Penelope, recorriendo la oreja izquierda de lady Anne para demostrarlo.

—¿Cómo puedes meter algo ahí? Es tan pequeña —preguntó la duquesa viuda, hurgándose la propia oreja.

—Tal vez porque es mujer. Los hombres tienen las orejas más grandes… Ah, aquí hay un hombre —dijo Penelope, mirando fijamente hacia la puerta que acababa de abrirse. Se levantó y se acercó al caballero que acababa de entrar en la estancia.

—¿Podría prestarme su oreja, por favor? —preguntó con educación.

—¿Disculpe? —dijo el hombre, confundido.

Penelope, impaciente, se puso de puntillas y, agarrándole la oreja, tiró de ella con firmeza.

El hombre no tuvo más remedio que inclinarse.

—Oh, inclínese un poco… Cielos, es alto… un poco más… Ah, sí, su oreja es un ejemplar magnífico, lo bastante grande para demostrarlo. ¿Ve esta concha aquí? Se puede meter fácilmente un diamante aquí, y nadie se daría cuenta.

Se volvió para sonreír triunfante a las damas presentes, que la miraban con el shock y el horror grabados en el rostro. Su sonrisa se borró y giró la cabeza para examinar al hombre cuya oreja seguía sujetando.

Estaba inclinado desde la cintura, haciendo una mueca, ya que ella aún le pellizcaba la oreja. Aun así, pese a su postura incómoda, no pudo evitar notar lo terriblemente apuesto que era. Su rostro tenía algo severo, y sus ojos eran de un azul oscuro y profundo, casi punzantes por su intensidad. Su cabello era negro como el azabache, y estaba tan cerca que podía distinguir cada uno de los pelos de su barba incipiente. Aspiró con delicadeza, y el aroma masculino le golpeó directamente en la boca del estómago.

El corazón le retumbó en las costillas. Tuvo la sensación de que aquel hombre no era un mayordomo, como había supuesto al

principio.

Además, empezó a sentirse un poco mareada.

—¿Puedo recuperar mi oreja? —preguntó él con irritación.

Ella parpadeó.

—Madre, ¿puedes decirle a esta criatura que afloje el agarre?

—¿Madre? —chilló ella. La mano que sostenía la oreja empezó a temblar.

—Sí, querida. Verás, este es mi hijo, el duque de Blackthorne —dijo la duquesa viuda con voz débil.

CAPÍTULO TRES

El duque de Blackthorne, Charles Cornelius Radclyff, era famoso, como inevitablemente lo son todos los duques, vizcondes, marqueses y miembros de la familia real. Sin embargo, él lo era de manera especial debido a su naturaleza misteriosa.

Los distintos lores, damas, criadas, pescaderas y, en definitiva, toda Gran Bretaña consideraban un deber casi sagrado cotillear sobre la aristocracia, como si fuera un derecho de nacimiento. El vizconde de Warwick —aseguraba un mozo de cuadra a los boquiabiertos hijos de su primo cuarto— era como un león y en esos momentos calentaba la cama de la famosa cantante de ópera veneciana, llamada con toda propiedad «La Gatita». La delicada condesa de York estaba maldita —les garantizaba el tendero a sus clientes—, pues compraba crema de afeitar cada quince días para rasurarse la espesa y áspera barba todas las mañanas.

Ahora bien, el duque de Blackthorne traía de cabeza a toda esa gente bienintencionada. Oh, todos sabían que era sombrío, poderoso y lo bastante rico como para rivalizar con los maharajás, pero aparte de eso, no sabían absolutamente nada. Aquello irritaba aún más a las mujeres, porque era endemoniadamente apuesto, no estaba casado, tenía el número correcto de dedos en manos y pies, no cojeaba y no presentaba ni una sola imperfección. Era su derecho conocer su pasado, diseccionar su personalidad y murmurar sobre sus relaciones más recientes.

Tal vez habría confiado sus secretos más oscuros si alguien se lo hubiera preguntado, pero, por supuesto, nadie se atrevía a hacerlo.

Penelope estaba ahora de pie, sujetando la oreja de ese mismo duque oscuro, taciturno y terriblemente poderoso. Había visto el interior de su oreja, que había descubierto que estaba impecablemente limpia. Las damas de sociedad morirían de envidia. Ella sabía más de él que todas ellas juntas.

Lo ideal habría sido soltarle la oreja en ese mismo instante. No lo hizo porque, por alguna razón, su cerebro se negaba a permitirle liberarlo. No quería enfrentarse a lo que ocurriría una vez que le devolviera la oreja. Emitió un sonido a medio camino entre un gemido y un chillido.

El duque, cansado de esperar a que reaccionara, le agarró la muñeca y se liberó.

—¿Quién demonios es esta, Anne? —preguntó a su hermana, señalando a Penelope con disgusto.

—Eh… ¿recuerdas que mamá te dijo que la hija de la señora Fairweather venía a visitarnos durante la temporada? Es ella. Quiero decir… es la señorita Fairweather —respondió lady Anne, angustiada.

—Ya veo —dijo él con frialdad, recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

Penelope sabía lo que estaba viendo: una muchacha insignificante, de cabello castaño apagado y ojos marrones. Su vestido, que por desgracia también era marrón, estaba bordado de flores rosas. Era muy consciente de las manchas de barro y de varios parches grandes y húmedos por la lluvia.

El Halcón se había mostrado encantado con su vestido, comentando que combinaba a la perfección con las cortinas de su casa. No creía que al duque le pareciera encantador.

De hecho, la miraba como si fuera un roedor particularmente repugnante.

—Madre, ¿cómo piensas presentar esto… esta cosa en sociedad? Evidentemente carece de modales y no tiene ningún atractivo. ¿Al menos tiene una buena dote?

—¡Charles! ¿Cómo puedes decir algo así? —exclamó la duquesa viuda, indignada.

—Me agarró la oreja y luego se negó a soltarla. ¿Eso te parece propio de una dama? Dudo que haya visto a un duque en toda su vida. Por el estado de su vestido, estoy convencido de que no solo es una patosa, sino que además es pobre. Madre, envíala de vuelta a casa; jamás atrapará a un marido.

—Eso es suficiente, Charles —espetó la duquesa viuda.

Penelope se quedó mirando al duque, atónita. Era horrible, pensó, fulminándolo con la mirada.

Era cierto que no tenía dote. Su padre pertenecía a la pequeña nobleza terrateniente, y su única conexión con la aristocracia era un primo segundo de su difunta madre, que estaba tercero en la línea de sucesión de un reino empobrecido. Ese primo bueno… también estaba muerto.

Su padre ganaba lo justo para vivir con comodidad, pero no con lujo, razón por la cual la duquesa viuda insistía en pagar ella su temporada en Londres.

Aun así, el duque no tenía ningún derecho a hablar de ella con semejante desdén. El rostro de Penelope se encendió de vergüenza. Él la había hecho sentir como un caso de caridad no deseado. Parpadeó con rapidez para ahuyentar las lágrimas de rabia y luego respiró hondo. No permitiría que aquel hombre, duque o no, la hiciera sentir tan miserable. Al fin y al cabo, ella se había enfrentado al Halcón.

Según Della, la cocinera de su casa, la mejor defensa de una dama ante un bruto es la modestia, la alegría y un porte elegante. Della había logrado vencer al carnicero grosero, que solía engañar a sus clientes poniendo más huesos que carne, con simple cortesía. El carnicero ahora estaba a bordo de un barco rumbo a la India en busca de guía espiritual.

Así pues, Penelope cuadró los hombros, tomó su falda y se inclinó en una torpe reverencia.

—Le pido disculpas, su gracia —dijo con la voz ligeramente temblorosa.

Él la observó un instante, buscando en su rostro cualquier atisbo de burla. Al no encontrarlo, hizo un breve gesto de asentimiento y luego le dio la espalda.

—Anne, quería hablar contigo sobre el baile de Lady Hartworth. Quiero aceptar… —se interrumpió, mirando fijamente el rincón donde Penelope había estado sentada al principio.

Lady Anne miró con preocupación a su madre y luego intentó agitar las faldas para ocultar el lugar de la vista del duque.

—Tus faldas no pueden esconderlo. Aún puedo ver la cosa, Anne —comentó el duque, mirando a las tres.

Nadie se atrevió a responder.

—Ya veo. Debo decir lo obvio y hacer la pregunta. Estamos en el Salón Azul y, madre, parecía que estabas recibiendo a una invitada para el té. Ahora bien, estoy confundido y curioso por saber por qué hay una cabra sentada en ese rincón, junto a la silla Chippendale, comiéndose lo que parece ser una hoja de lechuga.

La cabra en cuestión levantó la cabeza de su plato de sándwiches de lechuga y baló.

—A Lady Bathsheba no le gusta que la llamen cabra —murmuró Penelope.

El duque se volvió para mirar a Penelope, y la frase que iba a añadir murió en sus labios.

—¿Lady Bathsheba, dices? —preguntó en voz suave.

Penelope se aferró a las faldas e intentó morderse la lengua. Su desafortunada costumbre de balbucear cuando se ponía nerviosa y soltar disparates asomó su fea cabeza. Evitó su mirada, clavándose las uñas en la palma de la mano.

No sirvió de nada.

Sintió las palabras burbujear en su interior y al final se rindió, dejando que su lengua hiciera de las suyas.

—Bueno, sí, verá, tenemos una tía llamada Lady Bathsheba, y mi hermana menor Jane le tiene mucho cariño, y cuando se fue a las Américas, Jane no dejaba de llorar. Tenía que hacer algo y, al final, le dije que un mago, al que ella había ofendido, había transformado a nuestra tía en una cabrita. Lady Bathsheba es muy dócil y ha sido mi compañía durante un tiempo. Está acostumbrada a estar siempre conmigo, y la única vez que se porta mal es cuando alguien la llama C-A-B-R-A y…

—¿Tu hermana te creyó? —interrumpió Lady Anne, recibiendo de inmediato una mirada fulminante del duque por su intervención.

—Sí, verá, Jane solo tenía cinco años. Ahora tiene seis. Ya no lo cree… —respondió Penelope, apagándose su voz al final.

El duque pareció desconcertado por un momento, luego frunció el ceño y dijo:

—No voy a aceptar malgastar buen dinero presentando a esta… a esta molestia pastoral en sociedad. La cabra vuelve hoy mismo a casa con la muchacha, y no me importa lo tarde que sea. Puede viajar toda la noche. Enviaré guardias armados si es necesario.

Luego se dirigió a su mayordomo, que había aparecido misteriosamente a su lado.

—Perkins, pídele a Hopkins que traiga el bigote postizo de mi cámara. Necesito visitar a mi abuelo.

—Sí, señor.

—Y, Anne, ven a verme al despacho antes de la cena.

—Sí, por supuesto —respondió Lady Anne.

Él hizo un breve gesto con la cabeza y salió a grandes zancadas de la habitación, lanzando una última mirada airada a la cabra.

La puerta se cerró de golpe tras él, haciendo que Penelope diera un respingo. Eligió un punto en la alfombra y fingió estar profundamente absorta. Había sido despedida sin miramientos a un día de su llegada a Londres. Estaba completamente mortificada y se sentía tan pequeña como una hormiga.

Se estremeció, apretando los ojos con fuerza. Ya no sabía cómo enfrentarse a las dos mujeres a las que había estado entreteniendo unos instantes antes. Forzó un ojo a abrirse cuando sintió una mano en el brazo.

La duquesa viuda se había acercado, y Penelope se preparó para el discurso de disculpa que estaba segura de que vendría. Sin duda, la duquesa le diría cuánto lo sentía y que se encargaría de arreglar un carruaje adecuado para llevarla de vuelta a Finnshire.

—Abra el otro ojo también, señorita Fairweather, y por favor, siéntese. Tenemos mucho que discutir —dijo la duquesa viuda.

Penelope abrió el otro ojo de golpe y se dejó guiar hasta su asiento en la silla.

—Lo siento muchísimo —dijo Lady Anne cuando Penelope se sentó.

Penelope hizo una mueca, sin saber qué podía decir en una situación así.

La duquesa viuda volvió a tomarle la mano.

—Mi hijo es un poco… —se interrumpió, buscando las palabras.

—¿Grosero? —aportó Penelope sin pensar.

—Orgulloso y… —empezó la duquesa.

—¿Autoritario? —interrumpió Penelope, apretando los labios. No estaba bien insultar al duque, y menos delante de su madre.

—Voluntarioso —replicó la duquesa.

—¿Maleducado? —soltó Penelope.

—Responsable —añadió Lady Anne.

—Condescendiente, odioso y un tipo áspero —replicó Penelope.

Los labios de la duquesa se crisparon al responder:

—Trabajador, disciplinado y bondadoso.

—¿Bondadoso? —preguntó Penelope con duda.

—Sí, bondadoso. Ahora, si ya hemos terminado con los juegos de palabras, ¿puedo explicar, por favor? —pidió la duquesa.

Ante el asentimiento tímido de Penelope, los ojos de la duquesa se velaron y dijo con tono nostálgico:

—Charles era un niño maravilloso, un poco travieso y siempre riendo…

Tanto Penelope como Lady Anne resoplaron incrédulas.

La duquesa las ignoró y continuó:

—Su padre murió cuando él tenía diecisiete años y desde entonces ha sido responsable de un gran ducado. Es un buen duque y cuida bien de sus arrendatarios. Por desgracia, sus numerosas obligaciones hacen que tenga poca paciencia con cualquier cosa fuera de lo común. Su vida funciona como un reloj, con todo asignado a un tiempo concreto. Deben perdonarlo si a veces tiene mal genio.

—¿Un poco de mal genio? —sonrió con sorna Lady Anne.

—Admito que a veces olvida sus modales —continuó la duquesa en voz alta—, y una madre siempre puede seguir alabando las virtudes de su hijo. Lo que intento decir, querida mía, es que me disculpo en su nombre.

—No hace falta —respondió Penelope con debilidad.

A pesar de las palabras de la duquesa, no podía perdonar al duque. Podía ser responsable del sustento de cientos, si no miles, pero eso no le daba derecho a ser un bruto maleducado.

Era, decidió, completamente consentido.

—En cuanto a usted y Lady Bathsheba, se quedarán hasta que termine la temporada. Él podrá ser el duque, pero yo soy su madre. Está aquí como mi invitada y por mi invitación. Por favor, diga que se quedará.

Penelope miró a la duquesa con consternación. Notó que tenía los mismos ojos azul oscuro que su hijo. No eran tan brillantes ni intensos, ni tenían una expresión dura. Estaban apagados por la edad y eran amables. Sus rasgos eran dulces y delicados y, pese a las canas, era fácil ver que la duquesa había sido una mujer muy hermosa.

Concluyó que el duque debía de haber heredado su rostro severo y sus modales de su padre.

En cuanto a quedarse, estaba dividida. Era cierto que no podía regresar… pero aquella era, al fin y al cabo, la casa del duque, dijera lo que dijera su madre. Quedarse después de haber sido despedida con tanta rudeza iba contra su orgullo.

—¿El duque? —preguntó por fin.

—Tenemos una manera de convencerlo. Es infalible y solo la usamos cuando las circunstancias son graves —dijo la duquesa, sonriendo.

—Si él acepta, ¿se quedará? —preguntó Lady Anne con ansiedad.

—¿Se disculpará? —preguntó Penelope, aún indecisa.

—Eh… nunca se disculpa, pero le pedirá que se quede. Por favor, tómelo como una disculpa, se lo ruego —dijo Lady Anne, apretándole la mano.

—¿Cómo lo lograrán? —preguntó Penelope, ganando tiempo.

La duquesa sonrió y miró a Lady Anne con intención. Penelope, a su vez, miró a Lady Anne con confusión.

—Anne, aquí está nuestra arma secreta.

Penelope se quedó mirando a Lady Anne.

Anne Radclyff, la hermana del duque, no había heredado ni el carácter dulce y apacible de su madre ni su belleza. Sus ojos eran de un azul más claro y su nariz un poco demasiado afilada. Pero, como la mayoría de las damas inglesas cumplidas, disimulaba sus defectos bajo una apariencia de elegancia, polvos y metros de seda favorecedora.

Le devolvió la mirada a Penelope con expresión resuelta.

—¿Arma secreta? —preguntó Penelope, desconcertada.

—Sí, verás, Anne, aquí está la gran debilidad de Charles. Quiere a su hermana más que a nada en el mundo. Es protector hasta el exceso, pero si Anne derrama una sola lágrima, él hace lo que sea con tal de verla sonreír otra vez. Admito que a veces usamos eso a nuestro favor.

—Derramaré cubos enteros de lágrimas por usted, señorita Fairweather —dijo Lady Anne alegremente.

Penelope miró a Lady Anne con asombro. No había pensado que el duque pudiera querer a alguien con tanta devoción.

—No puede dejar que sus lágrimas sean en vano, señorita Fairweather. ¿Se quedará?

Penelope tomó aire despacio y lo soltó con lentitud. Al final sonrió y asintió, todavía insegura. Seguía sin creer que el duque aceptara.

Lady Anne dio una palmada de alegría y abrazó a Penelope.

—Oh, nos vamos a divertir muchísimo.

La dama viuda sonrió.

—Ahora que eso está decidido, quiero saber qué ocurrió con el Halcón. ¿La dejó directamente en nuestra puerta?

—Sí, lo invité a tomar el té —respondió Penelope.

—¿A tomar el té? ¿Aquí? —preguntó la dama viuda, alarmada. Que el duque pasara por alto la presencia de una cabra era una cosa, pero ¿un salteador de caminos?

—Rechazó la invitación —dijo Penelope con tristeza.

—Qué… qué desgracia —respondió la dama viuda con voz débil.

—Lo es, ¿verdad? —dijo Penelope, y luego frunció el ceño—. Tengo una pregunta. ¿Qué quiso decir el duque cuando dijo que necesitaba un bigote falso para ver a su abuelo?

—Ah, bien, señorita Fairweather, ¿por qué no la acompaño a sus aposentos? Le contaré lo de mi abuelo y le explicaré las normas y costumbres de la casa mientras se prepara para la cena. Estoy segura de que se quedará. Por lo tanto, es mejor que conozca todas nuestras rarezas cuanto antes —respondió Lady Anne.

—¿Normas… rarezas? —preguntó Penelope con nerviosismo.

—Vamos, señorita Fairweather, Lady Bathsheba. La instrucción llevará su tiempo —dijo Lady Anne, levantándose y alisándose las faldas.

Penelope se puso de pie y le hizo una rápida reverencia a la dama viuda. Luego salió corriendo tras Lady Anne, que ya estaba en la puerta.

—Espere, quiero saber cuáles son las normas. ¿Por qué bigotes falsos? Lady Anne… puede que cambie de opinión sobre quedarme… ¡Lady Anne!

CAPÍTULO CUATRO

—¿Le gusta su alcoba? —preguntó lady Anne.

—Tengo una cama con dosel solo para mí —respondió Penelope, maravillada.

—La sala de baño es por aquí —dijo lady Anne, abriendo una mampara francesa bellamente pintada.

Penelope asomó la cabeza y se quedó boquiabierta al ver la bañera de marfil con patas de garra.

—También hay flores en el baño… flores frescas.

—Me gustan mucho las flores, así que mi hermano se asegura de que la casa esté siempre llena de ellas. Le pide al ama de llaves, la señora Reed, que las coloque en todos los lugares donde pueda detenerse mi mirada.

Penelope no quería pensar en el duque, así que abrió rápidamente el armario de nogal. Alguien había deshecho su maleta de viaje, y los pocos vestidos que poseía estaban cuidadosamente doblados y colocados en los estantes. Se veían patéticos entre tanto lujo. Las cortinas de la habitación habrían dado vestidos más bonitos que los que ella había traído.

—Ahora, dígame, lady Anne, ¿qué quiso decir el duque con lo del bigote?

Lady Anne se acercó a ella y empezó a examinar los vestidos mientras hablaba.

—Sir Henry Woodville es el padre de mi madre. Cena con nosotras todas las noches; el resto del tiempo se queda en sus habitaciones debido a su delicada constitución y su salud quebradiza. Él… él es un poco tradicional en su forma de pensar. Es decir, tiene ideas peculiares sobre cómo debe ser una persona.

—Ya veo —dijo Penelope, sin ver nada en absoluto.

Lady Anne sacó un vestido rosa y lo observó con ojo crítico mientras continuaba:

—El abuelo cree que a un hombre hay que juzgarlo por su bigote. Si un hombre tiene un bigote respetable, y con eso se refiere a uno abundante, muy grande y bien cuidado, entonces ese hombre es alguien de importancia. Se niega a recibir a cualquiera que no lleve bigote.

Inclinando la cabeza hacia un lado, Penelope buscó el rostro de lady Anne… y lo encontró mortalmente serio.

Lady Anne arrojó el vestido sobre una silla y luego se sentó en la cama. Dio unas palmadas en el lugar a su lado y Penelope se sentó con ella.

—Déjeme explicarle. El abuelo tiene ideas muy anticuadas. Cree que las mujeres y los niños deben ser vistos y no oídos. Que las mujeres no deben ser educadas. Una mujer ignorante es una buena mujer. Debemos comportarnos como imbéciles, revolotear las pestañas y obedecer cada deseo de un hombre. Los hombres, en cambio, deben ser varoniles. Deben comportarse como tales y vestir ropa adecuada que lo refleje. Por lo tanto, un hombre sin bigote no es hombre. Un hombre —dice— debe llevar su bigote con orgullo, y cuanto más glorioso sea el bigote, más poderoso es el hombre.

—Suena espantoso.

Lady Anne suspiró.

—Sí, es difícil, pero verá, es tan mayor que, por respeto, intentamos mantenerlo contento. Creemos que va a morir pronto, pero llevo oyendo hablar de su inminente fallecimiento desde que yo llevaba vestidos cortos.

—¿Cuántos años tiene?

—Calculamos que alrededor de cien, aunque su edad exacta es difícil de determinar. En aquella época no llevaban registros de nacimiento como ahora. O, si los llevaban, la madre del abuelo no estaba enterada de ello.

—¿Qué ocurre cuando tienen invitados que no llevan bigote?

—Tenemos una provisión de bigotes postizos. El mayordomo, Perkins, aparece con una bandeja y cada uno elige uno y se lo coloca. Los hay de todos los tipos: grises, castaños, negros y rojizos. Algunos son ralos, otros tupidos; unos caen hacia abajo y otros se rizan. El duque permite que los invitados elijan el suyo, y lo toman

como una broma muy divertida. No les molesta y, aunque les molestara, nadie se lo diría al duque.

—Mmm —dijo Penelope, asimilando aquel dato tan extraño.

—¿Se pondrá este vestido rosa para la cena de esta noche? Es perfecto, y al abuelo le agradará. Mañana podemos revisar su guardarropa y visitar a la modista. El primer baile es dentro de poco más de una semana, y estoy segura de que mademoiselle Bellafraunde tendrá algo adecuado para usted a tiempo.

Penelope miró el vestido espumoso con disgusto. Tenía capas y más capas de enaguas y le quedaba un poco largo. El corpiño era bajo, aunque no de forma embarazosa. Estaba salpicado de perlas artificiales.

Había sido un regalo de su bienintencionada vecina, la señora Biddy, y lo había empacado por sentimentalismo, no con la intención de ponérselo. Pero no quería ofender a lady Anne, así que asintió de mala gana.

—Maravilloso. Ahora que eso está decidido, puedo seguir con las normas.

—¿Normas?

—Normas de la casa que todos deben cumplir, incluidos los invitados. Sin excepciones.

—Ya veo.

—Bien, norma número uno: todo el mundo debe llegar puntual a las comidas. La cena es a las siete, el desayuno a las nueve, el almuerzo a las doce y el té a las cuatro. Si llega aunque sea un instante tarde, pierde la comida. Tampoco puede empezar a comer antes de la hora fijada. Ni un segundo antes, o se le pedirá que abandone la mesa. Espere a que uno de nosotros tome el tenedor para no equivocarse —recitó lady Anne, como si fuera un discurso bien ensayado.

—¿Y cómo saben si llegamos un instante antes o después?

—El abuelo mantiene la vista fija en su reloj de bolsillo y nos da la señal para empezar. En otras ocasiones, el duque nos indica la hora. Nuestro único respiro de este horario es cuando el duque y el abuelo están ausentes. Entonces podemos comer cuando queramos.

—¿Qué más? —preguntó Penelope, detestando aún más al duque. En su casa nadie había sido tan estricto. Aquello sonaba espantoso.

—No puede comer nada en sus habitaciones. Ni siquiera una galleta, aunque se le permite que, de vez en cuando, le lleven una bebida caliente. Mamá y yo tomamos el té en nuestras habitaciones todas las mañanas. Le recomiendo salir hacia cada comida un poco antes de lo habitual, ya que la casa es grande y podría perderse.

Penelope buscó apresuradamente papel y pluma para anotarlo.

—Lo tengo todo escrito. Guardo una copia para cada invitado. Debería estar en el cajón de su tocador.

Penelope asintió débilmente y fue a buscarlo.

—Ahora, este apartado significa que no puede ir a ningún sitio sin acompañante. No puede recibir a nadie en la casa sin el permiso del duque. No puede entrar en ciertas zonas, como las dependencias del servicio, las cocinas y el jardín trasero.

—¿Por qué no puedo invitar a nadie?

—El duque se toma sus responsabilidades muy en serio. Es muy cuidadoso con nuestra seguridad.

—Difícilmente voy a invitar a un rufián a cenar —dijo Penelope, ofendida, olvidando que solo unas horas antes había invitado a un famoso salteador de caminos, ladrón y cazador furtivo de ciervos.

—Sí, bueno, ahora la siguiente norma —dijo lady Anne con rapidez—. No debe, bajo ningún concepto, entrar en su estudio.

Penelope no tendría ningún problema en cumplir esa norma. Evitaría a ese hombre como a la peste.

—El resto son bastante sencillas: detallan las consecuencias si no está casada y visita a un caballero en sus habitaciones mientras vive bajo este techo. Nada de deambular por los pasillos de noche en bata, y unas cuantas más. Léalo esta noche cuando tenga tiempo. Por lo demás, puede hacer lo que le plazca.

—Ajá —dijo Penelope, pasando la página. Veintiuna normas que debían cumplirse o se le pediría que se marchara. Se preguntó cuánto tiempo resistiría.

—Bien, la dejo para que descanse y se prepare para la cena. Vendré a buscarla yo misma para que conozca el camino. Ahora

debo ver a mi hermano en su estudio y derramar esas lágrimas. Deséeme suerte.

—Buena suerte —murmuró Penelope distraída, con los ojos recorriendo febrilmente *El decreto estándar sobre los principios de conducta dentro de la casa Blackthorne* e intentando memorizarlo al mismo tiempo. No oyó el clic de la puerta al cerrarse cuando lady Anne se marchó.

***

Mary atascó un peine en el cabello de Penelope e intentó pasarlo. Se quedó enganchado.

—Su pelo, señorita Pea, es como la cola rizada de un chimpancé.

—¿Ha visto alguna vez un chimpancé, Mary?

—No, pero el mozo del establo me estuvo contando cosas. Vio uno en un circo.

—¿Ya está coqueteando? Supongo que el mozo del establo es un joven apuesto y fornido.

—Ay, señorita Pea, deje ya sus burlas.

Penelope sonrió a su doncella, y Mary le devolvió la sonrisa.

—Me alegra verla feliz, señorita. Estaba preocupada después de lo que la señora Gertrude le dijo esta mañana. Se la veía terriblemente infeliz.

—¿Lo oyó?

—Estaba tendiendo la ropa, señorita. Oí lo suficiente.

—Estoy segura de que no lo dijo con mala intención —respondió Penelope, evitando la mirada de Mary.

—¿Encontrará usted un marido, señorita?

—La duquesa viuda me ayudará, estoy segura. Si no ocurre nada, siempre puede volver al pueblo. O quedarse aquí —cambió de tema con rapidez—. ¿Su alojamiento es adecuado y cómo se está manejando con las cosas abajo?

—Es usted quien me preocupa, señorita. En cuanto a las dependencias del servicio, ¡tenemos ventanas! Puedo ver directamente el jardín trasero y bajar a lady Bathsheba para que haga sus cosas por la ventana.

—¿Entonces el duque cuida bien de sus sirvientes?

—Lady Anne supervisa las cocinas y al servicio. No nos regatean unas monedas extra para el té de vez en cuando, y podemos comer todo lo que queramos. Hasta la fregona es una chica bien rellenita. Parece demasiado bueno para gente como nosotras.

—Eso es maravilloso —dijo Penelope en voz baja. Al cabo de un momento añadió— Eso será todo, Mary, gracias.

Mary dudó, pero una súplica silenciosa por parte de Penelope la hizo hacer una reverencia y abandonar la habitación, aunque de mala gana.

Mary siempre había querido una habitación con ventana, pensó Penelope con cariño. Las habitaciones del servicio en Finnshire habían sido oscuras y húmedas, con apenas un hilo de luz. Miró la cama suave y acogedora y sonrió con ironía. A ella también le habían dado una estancia digna de una princesa, muy lejos de su cuarto pequeño pero confortable en la casa de su padre.

Inquieta, se levantó y fue a asomarse a la ventana. El paisaje era lúgubre. El sol volvía a esconderse y el smog negro se acomodaba plácidamente sobre sus cabezas. El jardín de rosas, hacia el que daba su alcoba, parecía húmedo, frío y miserable. El viento, advirtió, lo único feliz, correteando entre los árboles y los arbustos como un gatito excesivamente excitado.

Si forzaba la vista, podía distinguir vagamente la silueta de una fuente a lo lejos. Se concentró en la estructura que coronaba la fuente y por fin logró descifrarla: una estatua de mármol de un angelito regordete, de rizos abundantes, orinando en el estanque de nenúfares que había debajo. Suspiró con tristeza y se apartó de la ventana.

Sacó el retrato de su madre del armario, lo colocó sobre el escritorio de madera de sándalo rojo, se dejó caer en la silla y apoyó la barbilla en las manos. Ladeando la cabeza de un lado a otro, examinó el retrato con atención.

El óleo era del tamaño de su mano, quizá un poco mayor. Representaba a su madre a los veintiún años. Lo observó brevemente y luego dijo:

—Buenas noches, mamá. Te ves muy bien. ¿Cómo van las cosas en el cielo? Bien, bien… Bueno, yo estoy en un pequeño aprieto y

quería rogarte que, por favor, intercedas ante el Señor en mi nombre. Parece que mi ángel de la guarda ha huido o está de sabático, y el sustituto aún no ha llegado.

Hizo una pausa, preguntándose si las palabras tardaban en viajar de la Tierra al cielo. Dejó pasar un momento, por si acaso, y luego, mirando esos ojos marrones idénticos a los suyos, continuó:

—Creo que te pareces muchísimo a mí, aunque padre no está de acuerdo. Siempre señala que tu barbilla es dulce, mientras que la mía es testaruda. Mi nariz es redonda en la punta, la tuya es más afilada, y mientras yo tengo dieciséis pecas, tú no tienes ninguna. Solía decirme que eras tan buena que el Señor decidió llevarte con Él.

Yo no soy tan buena, como bien sabes, mamá. ¿Eso significa que iré al infierno? ¿O me quedaré atrapada en la Tierra por toda la eternidad? El sacerdote del pueblo parece convencido de que mi sitio junto a Mefistófeles ya está reservado. Pero me desvío. Quería contarte cómo ha sido mi día y el problema en el que me encuentro. El que necesita la intervención de un ángel de la guarda o, si puedes arreglártelas, que envíes unos cuantos ángeles más revoloteando para ayudarme a salir de este aprieto.

Miró a su alrededor de forma distraída, pensando cómo explicar mejor la situación. Sus ojos volvieron a la ventana y dijo con aire soñador:

—Mamá, ¿recuerdas el estrecho alféizar de la ventana de mi cuarto de niña, donde solía sentarme? Me quedaba despierta hasta altas horas, dejando que las cortinas ocultaran la vela y a mí, mientras miraba el bosque verde oscuro que había detrás. Estaba convencida de que el pueblo feérico saldría a jugar y de que algún día los sorprendería bailando en el huerto. Permanecía inmóvil, casi sin respirar durante horas, y lo más emocionante que llegué a ver fue un zorro descarado camino del gallinero.

Frunció el ceño al recordar aquello y dejó caer la barbilla sobre las manos.

—Ojalá pudiera sentarme de nuevo en alguno de mis lugares favoritos, especialmente en la roca lisa junto al arroyo… el arroyo murmurante que pasa junto a la casa y se pierde en el bosque,

donde el señor Pato y la señora Pato se deslizan con calma sobre el agua, seguidos por los patitos que patalean frenéticos.

Hizo una pausa y continuó, todavía absorta:

—¿Y recuerdas aquella vez, cuando tenía diez años, que até toda mi ropa en un hatillo, me puse mi vestido más bonito y, con las trenzas bien hechas, decidí marcharme en busca de aventuras? Lo curioso, ahora que lo pienso, es que en lugar de seguir el arroyo hacia el bosque oscuro, donde estaba tan convencida de que vivían las hadas, quise seguir el sendero blanco y brillante que bordeaba el bosque alejándose del pueblo. El sendero que conducía a una tierra desconocida… quería avanzar por él y llegar al cielo para encontrarte, mamá… o quizá encontrar un hogar.

Una lágrima rodó por su mejilla y la apartó con rabia.

—Esa horrible arpía… está bien, está bien, madre, no agites las alas.

Continuó con más respeto:

—Mi madrastra, Gertrude, como bien sabes, siempre ha detestado verme. De niña viví con un miedo constante, un miedo que solo un niño puede sentir, y que ella provocaba. Hice todo lo posible por mantenerme alejada y por complacerla. Tú lo sabes. Desde el cielo seguro que tienes buena vista de todo lo que ocurre aquí abajo.

Pues bien, la usurpadora ha exigido, te lo cuento por si no estabas al tanto, que no vuelva jamás. Esa bruja taimada, inútil… Oh, se me va la lengua, mamá. No claves tu varita en mi conciencia. Se lo merece. Me dijo que no regresara nunca a la casa de mi padre.

¿Te das cuenta de que nunca la llamo "hogar"? Siempre es la casa de padre. Ella nunca la convirtió en un hogar y ahora también me han arrebatado mi antigua morada. Ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme como es debido.

Sollozó al decir lo último.

Sorbiéndose la nariz, se la limpió. La angustia no espera a que una encuentre un pañuelo.

—Me dijo que jamás debía volver a la casa de padre. Aseguró que él ha dilapidado toda su fortuna. Que ya no puede permitirse vestirme ni mantenerme. Sabía que era terrible con las cuentas, pero no imaginé que la situación fuera tan grave.

Dijo que, puesto que no tengo fortuna, ni logros, ni belleza, ni perspectivas de matrimonio a la vista, debía aprovechar esta oportunidad que la duquesa viuda me ha dado y aferrarme a un hombre… a cualquiera que me acepte, aunque fuera como su amante, o bien encontrar un trabajo adecuado.

Madre, ya no soy aquella niña débil e indefensa. Me negué a dejarme intimidar. Se lo dije… y entonces cambió de táctica. Me recordó a mis hermanastras pequeñas: Jane, aún con vestidos infantiles, y Celine, solo un año menor que yo y todavía no presentada en sociedad. Me preguntó cómo podía ser tan cruel y seguir siendo una carga para mi padre, que debía cuidar de cinco muchachas jóvenes. Admito que vacilé un poco, pero vio que seguía indecisa y fue entonces cuando sacó su carta triunfal.

Penelope enderezó la espalda y apretó la silla con fuerza mortal.

—Madre, Gertrude me informó de que sabía lo de la propuesta de lord Weevil. El mismo anciano lord Weevil, que parece una enorme rata lasciva, con dientes salidos y un solo ojo que mira con lascivia a todo lo que lleva falda. Me ha acosado en varias ocasiones y siempre he rechazado sus proposiciones. Al parecer, se acercó a Gertrude al enterarse de mi inminente temporada en Londres y, animado por las circunstancias, le pidió mi mano. Quizá sabía que padre se negaría. Ella no lo hizo, pero le pidió tiempo, con la esperanza de que la duquesa viuda me ayudara a encontrar un partido mejor. Si me caso bien, podrá colgarme al cuello las responsabilidades de sus hijas. Me dijo que, si me atrevía a regresar sin marido o sin empleo, tomaría cartas en el asunto y se aseguraría de que me casara con ese espantoso, espantoso lord Weevil.

Se detuvo para respirar hondo varias veces.

—Así que ya ves, mamá, estoy desesperada. Tengo que casarme o encontrar trabajo. No puedo volver. Ese lord Weevil me da escalofríos. Cuando partí hacia Londres esta mañana, detuvo el carruaje justo a las afueras del pueblo y me ordenó bajar. Estaba convencido de que, con el permiso de Gertrude, yo ya era su prometida. Asomé la cabeza y le pedí con educación que me dejara marchar. Se negó y se dispuso a abrir la puerta del carruaje. Oh,

mamá, de verdad no quise hacerlo, pero no tuve elección. Tuve que darle un puñetazo en el ojo bueno.

Hizo una pausa respetuosa, imaginando que su madre, sentada sobre una nube esponjosa, estaba sufriendo un pequeño ataque de apoplejía con esa última noticia.

—Ahora lamento haberlo golpeado. No fue muy fuerte, solo lo suficiente para que cayera al suelo y nos diera tiempo a escapar.

Acarició el retrato de su madre.

—Ahora que estoy en Londres, desearía estar de vuelta en Finnshire. Sé que estoy siendo contradictoria, pero aparte de la presencia de Gertrude, era feliz. Sé que quería recorrer ese sendero blanco hacia la aventura, y aun así echaré de menos a la buena señora Buttersmith, a mis cómplices de la infancia —Susey y Clair—, a la anciana crepitante que vive en el bosque y a todos los patitos. Pero, sobre todo, echaré de menos a padre y a mis hermanastras. Ese sendero blanco no conduce a ningún lugar agradable, mamá. Me siento extraña en esta casa desconocida. Al menos la casa de padre contiene mi habitación de siempre, que es justo eso: si no mía, al menos familiar.

Sollozó un poco más, esta vez levantándose de la silla para buscar un pañuelo y sonarse bien la nariz.

—Gertrude me odia porque dice que padre siempre te amó, mamá, y que ocupas un lugar especial en su corazón. Cree que ese lugar le corresponde por derecho. Sabe que él se casó con ella para darme una madre, pero ¿por qué tuvo que traer al mundo a cinco más tan de prisa? Piensa que padre me favorece y descuida a mis hermanastras. Mi rostro le recuerda constantemente tu presencia; un fantasma, dice, que debería permanecer frío y muerto en la tumba. Sus ojos cuando se despidió de mí tenían una expresión casi maniática, el rostro marcado por el odio y una pasión tan profunda que me asustó.

Lloró convulsivamente y, tras un largo y buen llanto, se sintió mejor.

—Tu varita vuelve a pinchar mi conciencia. No debería haber caído en este abismo de autocompasión. Y sí, sí, te oigo. No puedo bajar a

cenar con el duque luciendo ojos de grosella. Ya está, me he lavado la cara con agua fría. Eso debería bastar.

Se secó el rostro con un paño de muselina, más blanco que su vestido más blanco.

—Ahora veamos el lado positivo. Siempre he querido viajar, descubrir el mundo más allá de Finnshire y escapar de la espantosa Gertrude. Pues aquí estoy, con una oportunidad digna de un cuento de hadas, depositada directamente en la casa de un duque, con la perspectiva de vestidos nuevos, bailes, cenas comestibles y quizá, solo quizá, mi… mi primer beso. En unos meses podría tener marido, y si incluso un ogro quisiera aceptarme, ¿qué más da? Los pequeños ogros que traería al mundo al menos serían adorables, y quizá por fin tendría mi propio hogar. Tengo meses para pensar qué hacer si no logro atrapar a un hombre. Además, mamá, para entonces seguro que ya me habrás enviado de vuelta al ángel de la guarda, con instrucciones estrictas de no separarse de mí, como la mantequilla de la tostada.

Besó el retrato y, envolviéndolo en papel de seda, lo devolvió al armario. Alisándose las faldas, se sentó en la cama y se preparó para esperar la llegada de lady Anne, que debía llevarla a cenar.

Tenía tres meses para ganarse el afecto de la viuda, tres meses para encontrar un hombre y, si todo lo demás fallaba, otros tres meses para hallar una solución alternativa. Intentó silbar algo alegre para animarse, pero, con el paso del tiempo, la melodía se fue apagando hasta convertirse en una lúgubre endecha.

CAPÍTULO CINCO

—¿Está lista, señorita Fairweather?

—Ya voy, lady Anne —respondió Penelope.

Agarró el chal y salió corriendo hacia la puerta. Tropezó y consiguió mantenerse en pie. El condenado vestido era demasiado largo y tenía demasiadas enaguas.

Lady Anne la esperaba en el pasillo, con los ojos azul claro brillándole de impaciencia. Llevaba un elegante vestido verde mar que flotaba a su alrededor como un sueño. Un poco de harina le moteaba las mejillas sonrosadas, y algunos mechones de su cabello negro como la tinta se habían escapado del elaborado moño en la nuca. Le dedicó una sonrisa rápida de bienvenida, y Penelope se sintió decididamente desaliñada con su atuendo anticuado.

—Espero que haya logrado entretenerse durante estas dos últimas horas, señorita Fairweather. Un pequeño desastre en las cocinas me retuvo y no pude llegar antes. Sé lo difícil que es adaptarse a un entorno nuevo, sobre todo el primer día. Me disculpo por ser una anfitriona negligente, pero prometo compensarla.

—Oh, no, lady Anne, no tiene por qué disculparse. Me llevó un buen rato vestirme. Después tuve una larga charla con mi madre. Estuve bien, de verdad.

—¿Charló con su madre? Ah, quiere decir que le escribió a su madrastra.

—No, hablaba con el retrato de mi madre. La que está muerta… fría en la tumba, muerta —explicó.

Lady Anne se detuvo a mitad de paso y luego continuó caminando con una sonrisa que le iba de oreja a oreja.

—¿Cómo fue su encuentro con el duque? —preguntó Penelope, encontrando la sonrisa un tanto inquietante.

Lady Anne pasó su mano por debajo del brazo de Penelope.

—Se lo pedí y se negó.

Penelope soltó un jadeo, y lady Anne sonrió con picardía.

—Escúcheme. Luego le rogué y volvió a negarse. Finalmente lloré y, antes de que una sola lágrima recorriera mi mejilla, aceptó. Incluso prometió pedirle que se quede.

Penelope miró a lady Anne con respeto.

—Gracias —dijo con gratitud.

—No, no me dé las gracias. Mi hermano fue un poco duro...

—Mi lady —interrumpió una voz.

Ambas alzaron la vista y vieron a una criada bloqueándoles el paso.

—La señora Reed la necesita con urgencia, algo relacionado con la cena.

Lady Anne dio una patada en el suelo, sobresaltando un poco a Penelope.

—¡Otra vez no! Acabo de estar en las cocinas. ¡Ay, este nuevo chef que tenemos! Tiene problemas para sacar las comidas a tiempo. Hasta ahora he logrado evitar desastres, pero no sé cuánto más podré seguir inventando soluciones creativas. Lo siento, señorita Fairweather. Aún tenemos algo de tiempo antes de que sirvan la cena, pero debo hablar con la señora Reed. Becky, por favor, acompaña a la señorita Fairweather al comedor. ¿No le importa?

—No me importa —respondió Penelope con rapidez.

Le habría gustado contar con el apoyo de lady Anne al enfrentarse al duque y a sir Henry Woodville. ¿Quizá la viuda ya estuviera abajo? Pegándose una sonrisa educada, siguió a la criada, Becky, a quien lady Anne había llamado.

***

Penelope levantó el pie izquierdo y lo observó con mirada crítica. Luego se subió ligeramente las faldas y volvió a inspeccionarlo. No había remedio. Su pie izquierdo seguía oculto bajo las faldas.

Miró con desaliento la interminable escalera de roble en espiral, iluminada por decenas de candelabros centelleantes. La criada que debía escoltarla al comedor había desaparecido. Tendría que intentar bajar sola. Era mejor arriesgar el cuello que llegar tarde a la cena.

Respiró hondo, bajó el primer escalón y se tambaleó. Extendió la mano de golpe y se aferró a la barandilla.

Pasaron unos momentos antes de que recuperara la compostura. No había otra salida. Tendría que subirse aún más las faldas. Se asomó escaleras abajo para asegurarse de que estaba sola antes de cometer cualquier acto impropio de una dama… y se encontró con el duque mirándola desde abajo. No la sorprendió. Ese tipo de cosas le pasaban a menudo.

Él, a su vez, la miró con irritación.

Pensó que tenía un aspecto impresionante: severo y endiabladamente apuesto. Se obligó a respirar y compuso el rostro en algo parecido al desdén. Ella también podía burlarse tan bien como él, pensó con enfado.

Alzó la barbilla y, manteniendo una expresión altiva, bajó otro escalón. Su pie no encontró el segundo, sino que quedó suspendido sobre el tercero, buscando desesperadamente un apoyo firme. Se balanceó al borde, con los brazos agitados como los de un búho recién nacido probando sus alas por primera vez. Abrió la boca, los ojos se le agrandaron y los músculos del rostro se le contrajeron de la manera menos favorecedora posible. Finalmente perdió todo el equilibrio y cayó, rodando por la escalera hasta que alguien la atrapó.

Cerró los ojos con fuerza, muerta de vergüenza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el duque con urgencia.

—¿Vio mis enaguas? —susurró ella.

—¿Cómo dice? ¿Se golpeó la cabeza?

—Mis enaguas… ¿las vio? —preguntó, abriendo los ojos de golpe.

—Eh… no.

—Menos mal. Al menos estas malditas faldas sirvieron para algo. Aunque no me habría tropezado si no fuera por ellas.

—Parece ilesa. Ya ha recuperado la lengua. ¿Está bien?

Penelope miró al duque arrodillado frente a ella, con la preocupación claramente reflejada en su mirada aguda. Desconcertada, apartó sus brazos y se levantó con rapidez, solo para tropezar de nuevo y caer directamente en ellos.

—Deje de moverse. La soltaré en un momento. Levante el pie derecho. Creo que la falda está enganchada debajo de… sí. Ahora

apóyese en mi hombro y vuelva a poner el pie en el suelo. Eso es. Bien, ahora la voy a soltar. ¿Está segura de que no volverá a caerse?

—No… no, estoy bien. Yo… gracias —balbuceó Penelope.

El duque esperó a que ella diera unos cuantos pasos sola antes de soltarle el brazo.

—¿Por qué se ha puesto algo tan ridículo? Veo que no tiene gusto ni el menor sentido práctico. Podría haberse matado solo por culpa de la moda.

—Su hermana me recomendó este vestido, Su Gracia —respondió ella, erizándose.

Se había ablandado ante su preocupación, pero el tono de él volvía a ser mordaz. Dedujo que su inquietud no era por su seguridad. Lidiar con los cadáveres de invitados que se rompieran el cuello al caer por su escalera, con faldas demasiado largas, habría alterado su agenda. Limpiar la sangre y los restos de las alfombras color crema habría trastocado aún más la hora de la cena.

—Entonces sus otros vestidos deben de ser realmente espantosos —murmuró el duque.

Llegaron sanos y salvos al último escalón, mientras Penelope se devanaba los sesos buscando una réplica ingeniosa.

—Perkins, tráigame dos copas de brandy. Generosas —ordenó el duque al mayordomo.

Penelope permaneció allí, arrastrando los pies y aun pensando en una respuesta adecuada.

—¿Señorita Fairweather? Permítame acompañarla al comedor.

Penelope se rindió. Ya ni siquiera recordaba a qué intentaba responder. Colocó con cuidado las yemas de los dedos sobre el brazo de él, tocándolo lo menos posible.

La boca del duque se curvó, como si lo entendiera.

Entraron en el comedor, y el duque la acomodó en una silla frente a una mesa lo bastante larga como para sentar a dieciséis personas.

—Tome, bébalo de un solo trago —ordenó, entregándole una copa de brandy.

Ella lo miró con duda.

—Va a entrar en shock. La caída por la escalera podría haberla matado. Es una reacción tardía. El brandy ayudará a calmarle los

nervios.

—Puaj —murmuró, y bebió el contenido.

Tosiendo y salpicando, dejó caer la copa vacía sobre la mesa. Cuando dejó de atragantarse, se preparó para que el shock retardado la golpeara. No ocurrió. Se sentía perfectamente bien. Es más, el brandy le había dejado una agradable sensación de calor y, pensándolo bien, nunca había probado el brandy. Siempre bebía vino. Se arrepintió de haberlo tomado tan rápido. Debería haberlo saboreado.

—¿Puedo tomar otro? —preguntó.

—¿Otro qué?

—Brandy… o whisky… ¿ron?

—¿Está segura? —preguntó el duque.

—Sí, por favor —respondió con corrección.

Él asintió y le sirvió un poco más en la copa.

Ella la tomó y dio un sorbo delicado. Era horrible, pero ahora tenía que bebérselo con el duque mirándola. Dio otro sorbo, y luego otro. El sabor empezó a gustarle y, antes de darse cuenta, le encantaba.

—Está delicioso, gracias.

—De nada. Es brandy de cereza. Vaya despacio; lo está bebiendo demasiado… ah, ya veo que se lo ha terminado.

—¿Puedo…?

—No —cortó él, interrumpiéndola en seco.

—Solo quería un poco más —murmuró para sí.

Observó al duque de reojo mientras sacaba su reloj de bolsillo y comprobaba la hora. El mayordomo, como si fuera una señal, le entregó algo en una bandeja. El duque tomó un gran bigote oscuro y colgante y se dirigió al espejo. Apenas lo hubo acomodado en su sitio cuando anunciaron a sir Henry Woodville.

—¿Quién es esta joven? —preguntó una voz temblorosa.

—Es la señorita Fairweather, abuelo.

—Ah, sí, nuestra invitada de la temporada.

Penelope observó cómo dos fornidos lacayos llevaban al frágil anciano al interior de la sala.

Sir Henry tenía un cabello blanco deslumbrante, unos ojillos negros como el azabache y una nariz bulbosa sobre la que reposaba un gran lunar negro. La mitad inferior de su rostro quedaba oculta tras el bigote más exquisitamente cuidado de toda Inglaterra. Era un bigote aristocrático, poderoso, digno y, por encima de todo, frondoso. Largo y blanco, con las puntas rizadas hacia arriba, le daba un aspecto casi amenazador. Un bigote decente puede intimidar a un hombre; un gran bigote puede asustar a un ejército. Y el bigote de Sir Henry era grande. Unido con cariño a la parte inferior del bigote había una barba esponjosa. Sus labios finos habían desaparecido, comprensiblemente, detrás de tanto pelo.

Penelope se levantó e hizo una reverencia, ofreciendo una sonrisa temblorosa.

—¿Qué le parece Londres? —resolló el anciano desde el otro lado de la mesa.

—Acabo de llegar hoy y todavía no he visto lo suficiente como para formarme una opinión.

—Lo odiará. En mis tiempos, Londres era verde, los hombres valientes y las mujeres… rebotantes… —Se detuvo cuando un ataque de tos se apoderó de él.

Perkins se apresuró a servir vino en una copa y la colocó delante de Sir Henry, mientras el duque se incorporaba a medias en su asiento.

Penelope se aferró a las faldas, horrorizada. El ataque de tos de Sir Henry parecía no terminar nunca. Estaba convencida de que acababa de oír al anciano pronunciar sus últimas y trágicas palabras.

Por fin, Sir Henry Woodville dejó de toser con un estertor. Tenía los ojos cerrados y Penelope se inclinó hacia delante para comprobar si seguía respirando. El duque también parecía haber decidido que aquello era el final cuando Sir Henry abrió los ojos de golpe y dijo:

—Me gusta su vestido.

Ella dio un salto del susto. El duque volvió a sentarse y retomó tranquilamente su brandy.

—Eeeh… gracias —logró decir al fin, con la mano sobre el corazón desbocado.

—Las mujeres ya no tienen sentido del estilo. Llevan ropa que les empuja el pecho hasta el cuello. Casi podrían ir desnudas. Mi esposa llevaba más enaguas en la cama de las que ellas llevan ahora en un baile. Inspiración griega, lo llaman. ¡Bah! Es más bien ir a un baile en camisón. Deplorable. Querida, no deje que esas modistas londinenses cambien su estilo. Lleva el número adecuado de enaguas.

Penelope agarró su copa de vino y se la bebió de un trago. Tenía la cara encendida y no se atrevía a mirar al duque. ¿Era habitual que los aristócratas sacaran a relucir pechos y enaguas femeninas en la mesa?, se preguntó. Deseó con todas sus fuerzas que Lady Anne y la duquesa viuda llegaran y la salvaran de morir de pura mortificación.

Su deseo fue concedido, pues entraron justo en ese momento. En cuanto tomaron asiento, Perkins, el mayordomo, apareció con una jarra nueva de vino.

Perkins había llegado a la mansión Blackthorne junto con Sir Henry Woodville diecisiete años atrás, justo después del fallecimiento del duque de Blackthorne VI. Berkins, el mayordomo de entonces, estaba tan abatido al enterarse de la muerte de su amado señor que se retiró. A Perkins le había parecido muy decente por su parte dejar el puesto y dejarlo tan convenientemente libre para él.

En aquel momento, Perkins, que sustituyó a Berkins, era considerado el mejor mayordomo de la ciudad. Miembros de familias aristocráticas rivales solían acosarlo con promesas de cabos de vela, botellas, grasa de goteo, huesos y tabaco para que dejara su puesto y trabajara para ellos. Él, por una lealtad profunda y orgullo, siempre se negó. Los sirvientes de abajo ahora deseaban que a alguien se le hubiera ocurrido algo para sacar de allí al maldito hombre.

Con su cabello blanco, figura encorvada y el rostro arrugado como un dátil de Bagdad reseco, Perkins era tan viejo que, con toda justicia, debería estar muerto. Pero no lo estaba, y aunque su cerebro funcionaba relativamente bien, su cuerpo casi se había rendido, quejándose a cada paso. Veía apenas un poco mejor que una piedra ciega y, en más de una ocasión, había logrado verter una

jarra de vino en los pechos de diversas mujeres atractivas que se atrevían a llevar el escote demasiado bajo.

De manera sorprendente, solo las mujeres atractivas sufrían tales baños, y curiosamente nadie en la familia había notado esa coincidencia.

Ese mismo Perkins, con su vista granulosa, las articulaciones doloridas y las manos temblorosas, avanzaba centímetro a centímetro en el penoso viaje alrededor de la mesa para llenar las copas de vino.

Entró una criada con bandejas de comida. La seguía otro sirviente, y luego otro más, hasta que la mesa larga quedó cubierta de frutas, carnes, quesos, frutos secos y pan recién horneado. Alguien colocó un cuenco de sopa delante de Penelope, pero Perkins aún no había llegado a su copa.

Penelope le lanzó a Perkins una mirada asesina. Deseaba que el maldito hombre se diera prisa y le llenara la copa. En ese momento estaba revoloteando sobre la cabeza de la duquesa viuda. Sus ojos se deslizaron hacia el duque. Él estaba susurrándole algo a una bonita criada. Su copa estaba llena, observó con irritación. Volvió la mirada bruscamente a su plato.

Un instante después, la misma criada bonita apareció a su lado y le llenó la copa de agua. Penelope frunció el ceño y luego fulminó al duque con la mirada, molesta. ¿Pensaba que ya había bebido suficiente vino por esa noche? No era una niña. Enfadada, esperó hasta que Perkins llegó por fin a su lado. Con una mirada lastimera a su escote relativamente alto, volcó el vino en su copa. Ella la levantó con desafío y dio un buen sorbo.

El duque alzó una ceja, divertido, y volvió a su brandy.

—El chef parece haber servido la cena a tiempo —dijo Penelope a Lady Anne, sentada a su lado.

—Sí, bueno, es temperamental. Es francés y el ama de llaves es inglesa. Si alguna vez quieres presenciar una batalla, baja a nuestras cocinas algún día.

Penelope asintió comprensiva y dio otro largo trago a su copa.

—Este vino es distinto al que estoy acostumbrada. Es delicioso y, de alguna manera, el sabor es… más profundo, y el color más

oscuro.

—¿Más profundo? ¿Más oscuro? Suena a que solo has bebido vino aguado —dijo Lady Anne riendo. Su sonrisa se congeló al ver la expresión de Penelope—. ¡Has bebido solo vino aguado! Cielo santo, no me di cuenta… pero solo has tomado una copa. Estarás bien. Bebe con moderación. Quiero decir que, si no estás acostumbrada, puede subirse a la cabeza.

Penelope miró a Lady Anne, alarmada. Había bebido más de una copa; unas cuantas, de hecho, y el brandy. ¿Cuántas copas eran eso? Ni siquiera había comido nada. ¿Eso lo empeoraba o lo mejoraba? Tenía la cabeza un poco rara, pero quizá fuera por el hambre. Frunció el ceño, intentando pensar, y cuanto más forzaba el cerebro, más embotada se sentía.

Las velas parecían haberse vuelto más brillantes, y Penelope entornó los ojos hacia Sir Henry, que estaba sentado mirando su reloj de bolsillo. Levantó la mano y la dejó caer una vez sobre la mesa con un golpe seco. Lady Anne le dio un codazo a Penelope, y entonces vio que todos cogían las cucharas y empezaban con la sopa. Miró el sinfín de cucharas y tenedores y eligió uno al azar. Con cuidado, hundió la cuchara en el cuenco y la llevó hacia la boca. Su cerebro estaba ya completamente revuelto. Ese procedimiento tan simple estaba resultando difícil. Al fin consiguió llevar la cuchara a la boca y tragó el contenido. Sonrió encantada y miró alrededor de la mesa con orgullo.

Lady Anne la observaba con preocupación, mientras el duque la miraba con desaprobación.

Penelope le sacó la lengua al duque y le hizo una pedorreta.

Las cucharas se quedaron suspendidas en el aire y todos se volvieron a mirarla, atónitos.

Penelope se sintió satisfecha. Le enseñaría al duque, pensó feliz. Podía comer su sopa y beber todo el vino que quisiera. Agarró su copa y se bebió el contenido, relamiéndose.

Sir Henry, ajeno a la situación, dijo:

—Señorita Fairweather, ¿qué la trae a Londres?

Penelope frunció el ceño, intentando dar sentido a las palabras.

—He venido a cazar a un hombre, un marido, quiero decir, durante la temporada… es curioso, ¿no?, que lo llamemos la temporada londinense. Es como decir que es temporada de caza… que supongo que lo es, salvo que cazamos hombres en vez de conejos. —Se rio—. Conejos, hombres con orejas de conejo, ji, ji.

—¿Tienes alguna idea del tipo de marido que le gustaría? —preguntó Sir Henry, un poco perdido con lo de los conejos.

—No, cualquiera sirve, mientras sea hombre. Pero, Sir Henry, no encontraré un hombre con este vestido. Lo odio porque es rosa, y el rosa me recuerda a los cerdos. No sé por qué me recuerda a cerdos rosas —dijo con tono lastimero.

—¿Cualquiera? —insistió Sir Henry, desesperado por mantener la coherencia de la conversación.

—Sí, cualquiera. Si es rico, mejor aún —hipó.

—No creo que tenga título ni sea heredera. ¿Cómo piensa atrapar a un marido adinerado, querida? Quizá debería mantener la mente abierta a todas las posibilidades. Es un consejo amable de un anciano.

—Supongo… supongo que usaré algunos de los trucos femeninos que usan las damas para atrapar a un hombre. Tengo que casarme lo antes posible. Pero entiendo su punto, Sir Henry. Aceptaré a cualquiera que me quiera.

El tenedor de la duquesa viuda cayó con estrépito sobre el plato. Miró nerviosa a su hijo. El duque tenía un aspecto tormentoso.

—¿Está un poco achispada, querida? Solo ha tenido tiempo de beber una o dos copas de vino desde que nos sentamos. Una constitución muy delicada, supongo —comentó Sir Henry, captando por fin la situación.

Penelope sonrió ampliamente y, tras unos momentos de sonrisa bobalicona, dijo:

—¡Un brindis!

Subiéndose con torpeza a la silla, alzó la copa con mano insegura.

—Un brindis por… por los bigotes —rio—. Por los bigotes… Si piensa tomar esposa, Sir Henry, mi cocinera, Della, en casa de mi padre, tiene un bigote espléndido. Le encantaría su bigote, y además tiene unos cuantos pelitos en la barbilla. Se rizan.

Lady Anne dio un salto y trató de bajarla, susurrando con urgencia.

—Shhh, Lady Rashclyff… tengo un shecreto —susurró Penelope en voz alta—. Usted es muy dulce y me gusta. La duquesa viuda es hermooosa, también me gusta, y ella ha engendrado desgra… desgraciaaa-damente a un apuesto y grosero y malo y otras cosas horribles… eeh… —Se enderezó y señaló al duque—. A ti no te quiero, y por desgracia estoy viendo tres de ti.

—Por favor, cállese, señorita Fairweather —suplicó Lady Anne.

—¡Aye, aye, picarón! —chilló Penelope.

Lady Anne se estremeció, llevándose las manos a los oídos.

Penelope rio y dio vueltas sobre la silla.

—Oh, Lady Bathsheba, te dejé con Mary, pero me echaste de menos y viniste.

Todos se volvieron hacia la puerta, donde ahora estaba la cabra, con aspecto aburrido. Mary entró corriendo, muy avergonzada, e intentó llevarse al animal.

—Nooo, Mary, no puedes llevártela… Lady Bathsheba —aulló Penelope, y se cayó de la silla.

El duque ni siquiera intentó atraparla. Lady Anne detuvo la caída, pero no del todo.

Penelope quedó tendida en el suelo, completamente desmayada.

Un silencio mortal cayó sobre la estancia.

Sir Henry por fin miró al duque y preguntó:

—Sabía que teníamos problemas con el chef, pero servir la cena sin cocinar, viva y dando patadas, es verdaderamente vergonzoso.

El duque miró a su abuelo, confundido.

—El cordero, no estaba cocido.

—Charles, lleva a Penelope a su habitación —intervino rápidamente la duquesa viuda—. Harás lo que te digo —añadió al notar la expresión del duque.

El duque asintió y, sin ningún miramiento, agarró a Penelope por la cintura, se la echó al hombro y salió a grandes zancadas.

Sir Henry, por una vez, permitió que su hija y sus nietos abandonaran la mesa antes de tiempo. Los observó marcharse mientras se retorcía pensativo su esponjoso bigote blanco.

CAPÍTULO SEIS

Lady Anne estalló en carcajadas.

La duquesa viuda la fulminó con la mirada, señalando a Penelope, que dormía sobre la cama.

—Madre —rio Lady Anne—. Llegó esta misma tarde y ha conseguido irritar a Charles, asustar a Sir Henry, escandalizarte a ti y entretenerme a mí. Y no me creo que sea una borracha. Esto es magnífico. Oh, ojalá empezara ya la temporada. Imagínatela suelta en un salón de baile. Arrasaría el lugar más rápido que un tigre de Bengala de verdad.

La duquesa viuda frunció el ceño con desaprobación.

Lady Anne se serenó, no por la mirada severa de su madre, sino porque un nuevo pensamiento, inquietante, se deslizó en sus ensoñaciones.

—¿Tendrá que volver a Finnshire? Charles jamás aceptará que se quede ahora, y el abuelo… bueno, si vuelve a verla en la mesa, podría sufrir un ataque o, desesperado, ahogarse en la sopa de tortuga —se dejó caer, abatida.

La duquesa miró a Penelope, un bulto engañosamente inofensivo que sonreía en sueños. Luego observó a su hija, que había adoptado la pose de una reina trágica a punto de ver morir a su amante en el campo de batalla. Suspiró.

—No la entiendo. Es increíblemente ingenua, y sin embargo percibo inteligencia detrás de esos grandes ojos marrones. Al principio pensé que era tímida y que su inseguridad la hacía parlotear, pero luego se lanzó a relatar ese encuentro tan valiente con el salteador de caminos. Me estremeció. ¿Es una mujer segura de sí misma, una joven desatendida o…?

—Está loca, mamá: chiflada, ida, completamente tarada. Justo antes de cenar me dijo que había estado hablando con su madre muerta. Además, la pillé susurrándole a esa cabra, y no eran

arrumacos cariñosos, no: mantenía una conversación adulta… con una cabra.

La duquesa, lejos de alarmarse, miró a Penelope con compasión.

—Tal vez las cartas de Gertrude, jurándome su amor por la niña, fueran una completa mentira. Es posible que la señorita Fairweather haya sido vergonzosamente descuidada, hasta el punto de tener que recurrir a objetos inanimados y animales para animarse. Y la chica tiene carácter y valor, mucho valor. Debería haber vigilado mejor su situación. He faltado a la promesa que le hice a su madre. No es demasiado tarde. Haré lo que esté en mi mano. Tenemos que quedarnos con ella.

—Bah —bufó Lady Anne—. Es fácil decirlo, mamá. ¿Cómo piensas convencer a la gran bestia arrogante de la selva que es mi hermano? Y el abuelo preferiría afeitarse ese bigote esponjoso antes que aceptar a una fugada de Bedlam.

—Querida, ¿cómo no has notado que, en todos estos años, todo ha salido según mis planes? No según los de mi hijo ni los de mi padre. Ellos creen mandar, pero aprende esto, Anne: un hombre nunca está al mando, por mucho que viva bajo esa ilusión. La mujer es la que lleva el látigo que azota la grupa del caballo. Y otra lección para que la mastiques: los hombres son como los barriles de vino del sótano de sir Hammersmith. Fuertes, sólidos y tentadores por fuera, y completamente vacíos por dentro.

No tuvieron tiempo de seguir con la bufonada masculina, porque la cabeza ceñuda del duque apareció en la puerta de la habitación.

Se detuvo, atrapado por la visión de Penelope dormida. Su pequeño rostro asomaba bajo el grueso edredón, y sus largas pestañas proyectaban sombras sobre las mejillas sonrosadas.

Apartó la vista y se dirigió a su hermana:

—Anne, estaba escabechada en la mesa. En su primer día en Londres. ¿Cómo esperas que lo pase por alto? Puedo perdonarle que me pellizcara la oreja, incluso que llevara… esa abominación rosa y que casi se rompiera el cuello, pero emborracharse e insultarme bajo mi propio techo es imperdonable. Lo siento, Anne; aunque yo cediera, el abuelo no lo hará.

La duquesa habló antes de que Lady Radclyff pudiera responder:

—Charles, ha tenido un día difícil. Es la primera vez que sale de casa. Casi la roban en el camino y luego tú la despachaste con una descortesía impropia. Tú eres un duque y ella una simple chica de campo. Piensa lo aterrador que debió de resultarle tu comportamiento hostil. Deberíamos darle otra oportunidad. Apenas la conocemos.

—Tienes que convencer al abuelo, Charles —añadió Lady Anne—. No sabía que el vino no estaba aguado. La pobre estaba aterrada pese a aparentar seguridad; le vi las manos temblar… y mamá hizo una promesa a la madre de la señorita Fairweather. Piensa en el honor de mamá. Tienes que dejar que se quede.

—Gente como ella no pertenece a esta casa, y madre lo sabe. Nunca debió enviar la invitación —espetó el duque.

—¿Gente como ella? —replicó la duquesa, frunciendo el ceño—. Siempre has tratado a todos por igual. Jamás pensé que te creyeras superior por tu título.

—Sí, gente como ella. De las que hacen cualquier cosa por atrapar a un hombre. Está desesperada por casarse, y… no la quiero en esta casa.

La duquesa miró a su hijo con compasión.

—Niégalo. Dime que no está desesperada por casarse, lo bastante como para engañar y manipular. Todos la oímos esta noche. Cazando hombres como quien caza conejos —rugió el duque.

—Tiene que casarse, como todas las jóvenes de su edad. Es cierto que su familia depende de ella y que la presión quizá le haya tocado algún botón, pero por su comportamiento de hoy creo que es incapaz de engañar a nadie. Sus tropiezos fueron desafortunados, pero no imperdonables. De hecho, nunca he conocido a nadie tan honesta y abierta como ella. Ninguna criatura taimada podría meter la pata de una forma tan estrepitosa —argumentó Lady Anne.

—Así que admites que su comportamiento fue desastroso. ¿Cómo podemos introducir a semejante medio lerda en la buena sociedad?

—Charles, ¿qué te sucede? —preguntó la duquesa con suavidad.

El duque dio la espalda a su madre y clavó la mirada en la joven dormida. No respondió.

Tras un momento de tenso silencio, Lady Anne preguntó:

—¿Qué quisiste decir con que casi se rompe el cuello?

—Tropezó bajando las escaleras. Detuve su caída y le di una copa de brandy para calmarle los nervios. Ahora me arrepiento de ese acto de amabilidad. Debería haber dejado que se matara.

—Eso es cruel. No permitiré que hables así. ¿Cuánto brandy le diste? —preguntó la duquesa.

—Una cantidad generosa, y luego pidió más. Podría jurar que no lo había probado nunca.

—¿Y se lo diste? —inquirió Lady Anne.

—Bueno, sí…

Lady Anne ocultó su sonrisa tras la mano. Madre e hija intercambiaron una mirada cargada.

Borrando la sonrisa, Lady Anne adoptó un gesto severo y se enfrentó a su hermano:

—Eso lo explica todo. No es de extrañar que la pobre se bebiera hasta caer inconsciente. Estaba en shock y, sinceramente, Charles, esto es culpa tuya. Deberías haber cuidado mejor de ella, asegurarte de que comiera algo antes de beber brandy o permitirle retirarse a su habitación. Podría haber muerto, Charles, *muerto*, al caer por esas escaleras. Y en lugar de ayudarla, vas y la emborrachas. Mamá, seguro que estás de acuerdo. Tiene que enmendarlo: no solo fue descortés, también la dejó hecha un pimiento. Tiene que convencer al abuelo.

—¿Qué? Eso es ridículo. Yo no la emborraché —rugió el duque.

—Silencio, la muchacha duerme. Ya has sido bastante cruel, y ahora es tu deber arreglar las cosas. No quiero oír más sobre esto, Charles. Puede que ella no lo supiera, pero tú conoces los efectos de mezclar brandy y vino. Deberías haberla advertido. Me temo que debo estar de acuerdo con Anne —dijo la duquesa con firmeza.

El duque se puso púrpura de rabia. De sus ojos no salían dagas, eso habría sido demasiado banal, sino truenos y relámpagos brotando de profundidades azules en llamas. Tomó aire, dispuesto a lanzar una diatriba exigiendo justicia.

Abrió la boca, y las palabras indignadas subieron hasta sus labios… para apagarse como fuego sofocado por agua fría, porque Penelope habló desde la cama:

—No. Volveré a casa de mi padre.

Penelope había salido de su estupor alcohólico y había oído parte de la conversación.

Los tres se giraron para mirarla.

—Ahora la has despertado —murmuró Lady Anne al duque. Corrió al lado de Penelope y se sentó en la cama—. ¿Cómo te sientes? Bebe esto. El cocinero dice que hace maravillas. Sé que tiene un aspecto horrible, pero te ayudará.

El edredón fue arrancado con fuerza de su puño y por fin apareció el resto de la cabeza de Penelope.

—Lo siento —dijo miserablemente—. Estoy de acuerdo con el duque. Debería irme. No soy capaz de manejar Londres.

—Nadie te culpa. Lo entendemos. Las circunstancias fueron inusuales y deberíamos haberte cuidado mejor —la tranquilizó la duquesa.

Penelope olisqueó, y una lágrima rodó por su mejilla. Destellos de la noche iban y venían en su mente. Se sentía fatal: le dolía la cabeza y el estómago se le revolvía, aunque al menos el cerebro parecía funcionar de nuevo con normalidad.

La duquesa se sentó a su lado y le tomó la mano, acariciándola con suavidad.

Penelope no podía creer lo bien que se estaban portando con ella. Sabía que lo había estropeado todo, y su orgullo y su vergüenza no le permitían quedarse ni un momento más. Se secó las lágrimas y apartó el edredón.

Evitando las miradas de todos, dijo:

—Quiero irme… dejar Londres.

—Pero no te culpamos. No fue culpa tuya —la calmó Lady Anne.

—Tu madrastra cuenta contigo —añadió la duquesa.

Penelope no respondió. Sabía que sus opciones eran limitadas, pero era mejor marcharse antes de avergonzar al duque y a su familia ante la sociedad. Sin duda diría o haría alguna tontería más; ya no confiaba en sí misma. Había acabado borracha en la mesa el primer día en Londres. En tres meses podían pasar cosas mucho peores.

Se deslizó de la cama en silencio y dio un paso hacia el armario. En cuanto el pie derecho tocó el suelo, gritó y cayó.

—¿Qué ocurre? —preguntó el duque con escepticismo, mirándola desde arriba.

Ella alzó la vista, los ojos llenos de dolor.

—Mi… mi tobillo.

Sus ojos chispearon de ira. Le lanzó una mirada incrédula.

—Déjame ver —dijo la condesa viuda, apresurándose al lado de Penelope.

A pesar del dolor, Penelope era consciente de que el duque la observaba. Se sonrojó y se negó a subirse el vestido. No podía mostrarle el pie desnudo; aquello sería sencillamente escandaloso.

Lady Anne fulminó con la mirada al duque, que no parecía dispuesto a marcharse.

—Déjanos, por favor —dijo la viuda, clavando los ojos en el duque.

Él abrió la boca para discutir, pero la mirada acerada de su madre lo detuvo. Dudó, con los ojos posándose en el rostro ceniciento de Penelope.

—Está bien, pero de ahora en adelante todo se hará según mis deseos. Madre, siempre me has escuchado, y te advierto que mantenerla aquí es un grave error. Anne, ni se te ocurra derramar una lágrima más. No me afectará —espetó, dándose la vuelta sobre los talones.

—Aye, aye, corsario —saludó Lady Anne.

El duque dio un portazo al salir.

Penelope se desplomó, aliviada. La viuda le subió con cuidado el vestido, dejando al descubierto el tobillo rojo e hinchado.

—Ay, querida, debiste torcértelo al caer de la silla —chasqueó la lengua la viuda.

—Estaré bien. Solo pida que alguien me lleve al carruaje. No puedo quedarme más tiempo… no después de…

—Calla, niña, no permitiré que regreses a casa en ese estado. ¿Qué pensaría tu familia?

—Por favor.

—Quédate unos días. Deja que el pie sane. Luego podremos hablar de tu marcha. Si dentro de una semana sigues queriendo irte, no te lo impediré. Tu familia cuenta contigo. Quédate por ellos, aunque sea solo por eso —la persuadió la viuda.

Penelope asintió con desgana. No quería quedarse, pero el dolor en la pierna le dificultaba defender su postura. Quizá por la mañana podría pedirle a la viuda que cambiara de opinión y la dejara ir. Era solo una noche más. Nada podía salir mal.

La viuda y Lady Anne se marcharon, dejando a Penelope a solas con sus pensamientos. Sobre la mesilla, junto a la cama, había una taza de té humeante y aromático de hierbas. La sostuvo con gratitud y recordó las últimas palabras de la viuda. ¿Qué había dicho? Ah, sí: que su familia contaba con ella. Frunció el ceño. ¿Su familia contaba con ella? Miró a Lady Bathsheba calentándose frente al fuego.

—Lady Bathsheba, la viuda cree que mi familia cuenta conmigo. ¡Por mis rosadas posaderas…! —se detuvo, mirando con culpa hacia el armario donde descansaba el retrato de su madre—. Lo que quiero decir es que el ángel guardián no ha llegado. Mamá debe de estar ocupada lanzando su halo para que los sabuesos celestiales se lo traigan. Eso, si es que dejan entrar perros en el cielo. Lady Bathsheba, ¿tú qué crees que te pasará cuando mueras?

Hizo una pausa para ordenar sus ideas. Bueno, había algo de verdad en las palabras de la viuda. Su familia no estaba formada solo por la arpía, sino también por sus hermanastras pequeñas y su padre. Si se casaba bien, podría ayudarlos, aunque fuera un poco. Tal vez podría ayudar a presentar a Celine en la sociedad londinense. Celine era solo un año menor que ella y, a pesar de Gertrude, eran muy unidas. Se veían en secreto, lejos de los ojos vigilantes de su madrastra, y compartían sus secretos más profundos y oscuros, si es que a unas chicas jóvenes se les puede atribuir secretos así. Además, en Finnshire no había muchos hombres disponibles. Era posible que alguna de sus cinco hermanas acabara atada a Lord Weevil. Se estremeció ante la idea y se arrebujó en las colchas.

¿Debería quedarse y olvidar el vergonzoso episodio de la borrachera? Tomar el nuevo día como un nuevo comienzo. Apuró el té, dejó la taza a un lado y se acomodó mejor en la cama. Mary no

tardaría en pasar a recogerla y a llevar la cabra a las habitaciones del servicio. Bostezó, demasiado somnolienta para decidir un rumbo adecuado. Tal vez por la mañana todo se vería más claro. Cerró los ojos y se quedó dormida.

CAPÍTULO SIETE

El reloj dio una hora avanzada y Penelope, junto con los demás habitantes de la Mansión Blackthorne, dormía profundamente.

Lady Bathsheba observó pensativa a su ama. Parpadeó dos veces con sus largas pestañas y luego, como si hubiera tomado una decisión sobre un asunto grave, baló. Baló fuerte y claro, y no dejó de hacerlo hasta que Penelope se incorporó de golpe.

Parpadeó, abriendo los ojos nublados de sueño.

—¿Lady Bathsheba? Deberías estar durmiendo con Mary, en las dependencias del servicio. Debe de haberse olvidado… Shhh, calla. Alguien te oirá. No, ¡me estás tomando el pelo! ¿Q-quieres hacer tus necesidades ahora? Está bien… está bien, te dejaré salir. No sé por dónde ir; espera un momento, necesito ponerme la bata. Vale, ya voy. No veo absolutamente nada en esta oscuridad.

Penelope avanzó tambaleándose hacia la puerta y la abrió un poco. Tal vez hubiera una vela encendida afuera que pudiera usar.

Por desgracia, Lady Bathsheba tenía otras ideas. Empujó la puerta con su hocico rosado y salió disparada.

Horrorizada, Penelope fue tras ella al pasillo.

—Detente, Lady Bathsheba, detente. Vuelve ahora mismo o no te daré ni una manzana más —susurró Penelope, cojeando detrás de la cabra. El dolor punzante en la pierna le dificultaba caminar, y mucho menos correr.

Lady Bathsheba no le prestó atención y siguió adelante. Recorrió a toda velocidad el largo corredor, subió al galope un tramo de escaleras, atravesó otro pasillo, subió una segunda escalera y llegó a su destino. Desapareció en una habitación a la derecha.

Penelope se quedó mirando la puerta, que estaba entreabierta. Era enorme, y si una puerta podía parecer masculina, esa lo era. Sintió un impulso de reírse y se llevó el puño a la boca. Si alguien la encontraba merodeando por el pasillo en mitad de la noche, riéndose histéricamente porque una puerta le parecía varonil,

acabaría en Bedlam antes de poder decir «corsario» otra vez. Se mordió la mano y se obligó a calmarse.

Pasaron unos momentos y, como Lady Bathsheba no salía, Penelope se acercó con cautela y pegó la oreja a la rendija. Aguzó el oído en busca de cualquier sonido que pudiera aclararle quién, o qué, había tras la puerta. No oyó nada, y sus lastimeros llamados a Lady Bathsheba fueron ignorados.

Respiró hondo, se puso a cuatro patas, empujó la puerta y asomó la cabeza.

Había una vela encendida en algún punto, proyectando una luz tenue. Era un dormitorio, con una gran cama en el centro. Un bulto bajo las cortinas indicaba que alguien dormía allí. Penelope ahogó un chillido y se dispuso a retirarse cuando vio la cola blanca de Lady Bathsheba sobresaliendo del armario.

Dudó. ¿Debería esperar afuera o sacar a la cabra a rastras? ¿Y si Lady Bathsheba empezaba a balar? Podía esperar, pero no tenía idea de la hora ni de cuándo despertaría el ocupante de la habitación. ¿Y si esa persona encontraba a Lady Bathsheba antes que ella? No podía permitirse molestar aún más a nadie de la casa.

¿Y si el ocupante era Sir Henry Woodville y ordenaba al cocinero que guisara a su cabra?

Ese último pensamiento la decidió. Debido al dolor del tobillo, se metió gateando en la habitación. Además, era más fácil ser sigilosa a cuatro patas.

Se acercó al armario, agradecida de que el suelo estuviera cubierto por una alfombra gruesa. El corazón le martilleaba en el pecho a medida que se aproximaba a su objetivo.

Miró el trasero de la cabra. La corta cola blanca se movía de un lado a otro. Podía lanzarse sobre ella, levantarla y salir corriendo… salvo que su pie podía fallarle y el ruido despertaría a la persona desconocida. No le quedaba más remedio que convencer al maldito animal para que saliera.

Le dio unas palmaditas suaves en el lomo.

Lady Bathsheba asomó la cabeza y miró a Penelope con aire interrogante. Tenía un trozo de tela en la boca.

Penelope se lanzó y agarró el extremo de la tela. A continuación, se produjo un silencioso tira y afloja. Lady Bathsheba sujetaba la tela con los dientes y tiraba, mientras Penelope, usando todas sus fuerzas, tiraba en sentido contrario.

Penelope ganó al final, pero antes de que pudiera agarrar a la cabra por el cuello, Lady Bathsheba volvió a meterse en el armario y salió con otro trozo de tela.

Penelope dejó escapar un gemido suave de frustración. Fulminó con la mirada a la cabra y luego miró la prenda que había logrado rescatar. Sus ojos se abrieron de par en par, horrorizados. Por primera vez en su vida contempló… santo cielo… una prenda interior masculina.

La arrojó lejos y luego miró primero su mano y después la tela. ¿Acababa de sostener la… de Sir Henry? Cerró los ojos con fuerza y se frotó las palmas contra la falda.

Miró a Lady Bathsheba con reproche, mientras la cabra masticaba satisfecha. Tenía la sospecha de que la otra tela que colgaba de la boca del animal era del mismo tipo.

—Lady Bathsheba, eso es… eso es muy indigno. No puedes estar mordisqueando la ropa interior de un hombre. Por favor, sé una buena dama y suéltala de inmediato. De verdad que no puedo tocarla otra vez —susurró suplicante.

Lady Bathsheba ignoró su ruego y siguió masticando con deleite.

Finalmente, cansada de esperar, Penelope cerró los ojos con valentía, agarró la tela y tiró.

—Suéltala… Lady Bathsheba, te lo advierto, o no habrá más manzanas. Una mujer refinada no se comporta así. Por favor, dámela. Eres una buena cabra, ¿verdad?

La cabra se mantuvo firme y, al cabo de un rato, Penelope se rindió. Tendría que arrastrar al estúpido animal fuera, con ropa interior incluida, y luego forcejear con ella en el pasillo y esconderla en una maceta.

¡Que locura! No había otra opción, así que agarró a Lady Bathsheba por el cuello y empezó a retroceder gateando.

A mitad de camino, sus posaderas chocaron contra algo sólido. No recordaba ningún obstáculo en el trayecto. ¿Había retrocedido

demasiado? Confundida, miró atrás y soltó un pequeño grito.

Con los brazos cruzados, el duque estaba de pie, envuelto en una bata de seda azul oscuro, observándola.

Penelope se incorporó de golpe, haciendo una mueca cuando el pie protestó y perdió el equilibrio.

Él no hizo ademán de sostenerla; en cambio, sus ojos se encendieron como si hubieran capturado las llamas de la vela que ardía junto a su cama.

Su boca y sus extremidades quedaron paralizadas al instante por el terror.

—Señorita Fairweather —empezó a decir, y luego se detuvo. Había visto la prenda interior en su mano.

Penelope se sonrojó y la dejó caer apresuradamente. Luego se sujetó el camisón e hizo una reverencia.

—Lo siento, Lady Bathsheba se escapó…

—Y de entre doscientas cincuenta habitaciones de la casa Blackthorne, decidió esconderse precisamente en la mía. Por pura coincidencia, supongo —dijo, arqueando una ceja incrédula.

—Sí —respondió ella con voz débil.

—Es pasada la medianoche, señorita Fairweather, pero aún conservo el juicio. Ha venido a calentar mi cama.

—¿Su cama está fría? —Ante su expresión atronadora, se apresuró a continuar—. No sabía que esta era su habitación. ¿Cómo iba a saberlo? Acabo de llegar.

—Con una moneda a las criadas lo habría sabido.

—Bueno, no se lo pregunté a ninguna exprimetrapos… criada —aclaró ante su gesto perplejo—. Lady Bathsheba se escapó y fui tras ella.

—Deje de hacerse la tonta. Ha venido a seducirme. Seguro que planeaba que nos encontraran en una situación comprometida, ya que esta es su última noche en Londres. Estaba lo bastante desesperada como para…

—¿Seducirlo? —saltó Penelope—. ¡Por favor, cabezota necio! No planeé nada de eso.

—¿Necio? ¿Exprimetrapos? ¿Dónde demonios aprende esas… esas palabras tan fascinantes? ¿De los pescadores?

—Finnshire no es un pueblo pesquero —replicó entre dientes.

—¿Y de dónde saca su ropa? —continuó él, como si no la hubiera oído—. Es el camisón más espantoso que he visto en mi vida. Si de verdad planeaba esto, lo hizo muy mal. Debería haber venido desnuda, y entonces quizá…

—Escuche bien, soy una chica de campo —gruñó Penelope, señalándolo con el dedo—, una chica de campo fuerte y sana. Usted es un duque y, sin duda, está debilitado por el agua de Londres. Tenga cuidado, no permitiré que manche mi buen nombre…

El duque acortó la distancia entre ambos, le agarró la muñeca y se la retorció a la espalda.

—La estoy sujetando, pequeño gorrión, con una sola mano. Intente soltarse ahora. Probemos esa fuerza suya.

Su corazón empezó a latir de forma errática, pero obligó a sus ojos a encontrarse con los de él. Tal vez fue una de las cosas más valientes que había hecho nunca.

Las sombras que proyectaba la vela sobre su rostro afilaban sus rasgos, volviéndolos más angulosos… casi depredadores. Y la expresión de sus ojos oscuros le robó el poco valor que había logrado reunir.

Asustada, se revolvió en su agarre.

—¡S...su gracia! —susurró, indefensa.

Él la atrajo contra su cuerpo, apretando la presa.

—Confesó esta noche en la cena que haría lo que fuera para atrapar a un hombre. Aparece en mi habitación con ese camisón horrible, color mostaza, de cuello alto y lleno de manchas marrones, con una historia ridícula. Sus intenciones están claras. Conozco a las de su calaña, señorita Fairweather, y la mayoría suele venir envuelta de forma mucho más atractiva. Me gusta la calidad, y usted estás muy lejo de ella.

—Y...yo no sé qué clase de mujeres frecuenta, su gracia. Le digo la verdad. Por favor, créame, no soy así —suplicó, con las pestañas ligeramente húmedas.

—Está desesperada por casarse, ¿no es cierto? —preguntó él con suavidad.

—M...me estás haciendo daño —balbuceó ella, apartando la mirada.

Él aflojó de inmediato la presión, pero no la soltó.

—Este es un juego peligroso, querida. Si la poseo y lo niego, nadie le creerá.

Penelope tragó saliva, nerviosa.

—Creía que no era lo bastante buena para usted.

Él estudió su rostro, recorriendo con la mirada su cabello oscuro y rizado y la piel delicada que asomaba por encima del escote. Al moverse ella, él apretó de nuevo los dedos alrededor de su muñeca.

Algo cambió en el aire, y una extraña intensidad invadió la habitación. El duque se quedó inmóvil, y sus ojos se oscurecieron.

—Oh, no lo sé —dijo él con voz ronca—. Me recuerda a los cuentos de hadas oscuros y violentos. Un duende escapado de las páginas de un libro o un pixie con un atisbo de locura acechando en unos grandes ojos marrones. Sería una experiencia novedosa.

Ella mantuvo la mirada fija en su pecho mientras un rubor tenue le subía por el cuello.

—Está temblando —observó él distraídamente.

Los párpados le pesaban, y de pronto el aire de la habitación no parecía suficiente. Tenía razón; estaba temblando… no podía dejar de temblar.

Él frunció el ceño y soltó su muñeca.

—Estoy furioso porque intentó engañarme, pero no voy a hacerle daño. No ponga esa cara. —Sus ojos bajaron hasta su boca temblorosa—. Puede que otro aprecie lo que ofrece, pero yo no soy ese hombre, Señorita Fairweather. Tenga cuidado en quién elige en el futuro. Los hombres pueden ser crueles.

Inclinó la cabeza hacia ella, con la mirada oscura, inquieta y penetrante.

—Manténgase alejada de mí, chica de campo. Yo soy el arquitecto, no el necio. Yo planifico, y los demás obedecen. ¿Lo entiende?

Ella asintió, con el rostro pálido.

Él estudió su expresión con calma. Bajó aún más la cabeza hasta que sus labios quedaron a un latido de los de ella, con la intención

de asustarla para que huyera y no volviera a molestarlo jamás.

Cuando ella no corrió, le acarició la mejilla con el pulgar y trazó un camino sensual hasta su cuello, deteniéndose en el pulso agitado que palpitaba allí.

Se sintió como un pájaro atrapado y comprendió de pronto su advertencia anterior. Él era el duque: un duque con un ejército, una mansión y poderosas conexiones. Según su estado de ánimo, podía besarla o matarla sin consecuencia alguna.

Y, aun así, no huyó.

Tal vez su corazón había fallado de tanto latir, y ahora el juicio se le había dispersado porque habían dejado de importarle ciertas cosas. Un arrebato de rebeldía se desenrolló en su interior, empujándola a arrojar la cautela al viento.

Su aroma, una mezcla embriagadora de tabaco y whisky, le inundó la cabeza, mientras el calor de él calmaba la piel erizada por el frío nocturno.

Era maravilloso.

Aquella cercanía resultaba deliciosa y un poco traviesa, como si él fuera un pastel de frutas y, si comía demasiado, fuera a engordar. Pero quería comerse ese pastel, comérselo entero hasta quedar saciada. Anhelaba la dulzura. Anhelaba su contacto, y ahora que lo había probado, quería más.

Su aliento rozó su piel, enredándole aún más la cabeza.

Debería haber tenido miedo, y lo tenía. De verdad, estaba llena de terror, porque no había perdido del todo el juicio. Pero, curiosamente, quería seguir sintiendo ese miedo.

No era el mismo pavor que se siente al toparse con un fantasma, sino el que hace vibrar el corazón de emoción. El miedo bueno, el que sentía al robar manzanas a un vecino desagradable o al plantarse en lo alto de una colina y mirar al valle, sabiendo que un solo paso en falso la llevaría a la muerte.

Su mente errante volvió bruscamente a la realidad cuando sintió que los dedos de él le agarraban la nuca, casi con dolor, y empezaban a amasar.

Las pestañas le temblaron ante su osadía, y las fuerzas la abandonaron. Todos los pensamientos se disiparon mientras sus

sentidos se concentraban en los dedos cálidos que danzaban sobre su piel. El rubor de sus mejillas se intensificó y sus ojos se humedecieron.

Sus dedos se detuvieron un instante para soltarle la cofia. Las horquillas cayeron en silencio sobre la alfombra y su cabello espeso y sedoso se deslizó entre sus dedos.

Seguía emanando un aura amenazante, peligrosa, pero el contraste con sus dedos suaves y sensuales la tenía hechizada.

Ella arqueó la espalda hacia él, deseando estar más cerca.

Él bajó la cabeza y mordisqueó su hombro desnudo.

El dolor agudo hizo que recuperara el juicio de golpe.

¿Cuándo se le había deslizado el camisón por un brazo?

—Váyase —susurró él, con un matiz de confusión en la voz.

Y esta vez, ella lo hizo.

Corrió, olvidando el dolor del tobillo. Ni siquiera recordó a Lady Bathsheba hasta que se dejó caer en la cama y encontró a la cabra acurrucándose contra ella.

Rodeó al animal con los brazos y rompió a llorar.

—Quiero irme a casa, Lady Bathsheba, quiero irme a casa —sollozó—. En sus brazos se me secó la garganta, me temblaron las extremidades y empecé a sufrir una locura parcial. ¡Buaaa! El duque es un sabueso salvaje que muerde, y yo quiero que me muerda otra vez. Ahora soy una imbécil total, Lady Bathsheba, una completa, completa idiota.

***

El duque se quedó mirando el lugar donde Penelope había estado hacía apenas unos instantes y recordó el momento en que la conoció.

Había entrado en el salón de la mañana; ella le había agarrado la oreja y lo había obligado a inclinarse.

Sus ojos hermosos y brillantes, llenos de vida, y su boca dulce y sonriente habían quedado a un suspiro de su mirada. Ella hablaba con su madre y su hermana, pero él no oía nada, porque sus sentidos habían quedado cautivados por el aroma a lluvia y tormenta en su piel, y su cuerpo había reaccionado instintivamente al delicado dedo que le recorría el pabellón de la oreja.

Se había quedado entumecido, incapaz de creer que una joven lo tocara de forma tan íntima delante de su madre. ¡Qué osadía, atreverse a juguetear con un duque!

La había puesto en su sitio con rapidez para asegurarse de que la muchacha no intentara jamás semejantes artimañas.

Ahora, tras su atrevida incursión en su dormitorio, estaba aún más convencido de su plan.

Apretó el puño al recordar la sensación de su cintura pequeña y esbelta hacía apenas unos momentos.

La reacción de ella había sido ingenua, inexperta.

Frunció el ceño.

¿Tal vez le habían enseñado el arte del coqueteo sin darle experiencia práctica?

¡Bah! ¿Qué importaba? El caso era enseñarle a no ser tan necia y a no jugar con hombres adultos.

Sonrió con sorna. Al menos, había logrado su objetivo. La señorita Penelope Fairweather no volvería a intentar meterse a rastras en su cama.

El rostro asustado de ella se alzó ante él al recordar cómo había intentado darle una muestra de aquello que supuestamente deseaba.

Por un instante, sintió remordimientos.

¿Y si ella había estado diciendo la verdad?

La desterró de inmediato de su mente. Ella era una mujer taimada y arteramente calculadora, y cuanto antes abandonara su casa, mejor para todos los implicados. Una tonta chica de campo no era rival para el duque de Blackthorne. Antes de darse cuenta, estaría de vuelta en Finnshire.

CAPÍTULO OCHO

El *«Decreto estándar sobre los principios de conducta dentro del hogar Blackthorne»* yacía boca abajo sobre la mesilla de noche de palisandro de Penelope. Las normas número 5, 11, 13 y 15 estaban tachadas. Penelope las había infringido todas en un solo día (una hazaña notable que, a día de hoy, sigue sin igualarse).

El sol, que nunca estaba cuando se lo necesitaba, brillaba esa mañana con previsible entusiasmo. Penelope se subió la sábana de satén hasta cubrirse la cara, luego el edredón y, por último, la almohada. El sol alegre se abrió paso igualmente a través de la sábana, el edredón y la almohada para bailar sobre sus párpados.

Mientras tanto, la madre de Penelope, sentada muy por encima de la Mansión Blackthorne, en la segunda nube a la derecha, observaba dormir a su hija. Su niña estaba creciendo. Su querida hija por fin había comprendido los peligros de lubricar sus entrañas con brandy y vino. Un dolor de cabeza y una mortificación absoluta eran consecuencias seguras. Suspirando, dio un sorbo a su vino celestial con placer, mientras su mano salía disparada de forma automática para atrapar a un cupido travieso que huía con su botella de licor sagrado. En el cielo nunca se sufre resaca, por mucho líquido que chapotee en el estómago. Sonriendo con lágrimas en los ojos, ajustó un halo sobre un lebrel celestial y se recostó en su asiento de nubes para observar cómo se desarrollaba el día.

De vuelta en la habitación de invitados de la Mansión Blackthorne, Penelope apretó los ojos con más fuerza, intentando desesperadamente dormir un poco más.

El tintinear de las tazas, alguien atizando el fuego y una melodía alegre asaltaron sus oídos a continuación. Apartó el edredón de un manotazo y fulminó con la mirada a su doncella sonriente.

—Buenos días, señorita Pea —dijo Mary, con las mejillas sonrosadas por el ejercicio, los ojos brillantes y una expresión jovial.

Penelope se preguntó si colgaban a las mujeres. Si asesinaba a su doncella, ¿se saldría con la suya? Quizá, si lo planeaba bien, reflexionó, soplando un mechón de pelo fuera de su cara. Su cabello, de algún modo, siempre tardaba en rendirse a la gravedad. La gravedad siempre ganaba, pero la batalla la dejaba con aspecto de fregona nueva y esponjosa cada mañana. Aún adormilada, alcanzó su taza de té y dio un sorbo en silencio.

La historia de amor de Mary con el mozo de cuadras avanzaba de manera satisfactoria. Aquella mañana, el mozo le había tomado la mano y le había regalado los restos de sus velas. Mary explicó toda la escena romántica a Penelope con gran detalle, recalcando cuántas veces se había sonrojado y cuántas había tartamudeado él.

Normalmente, Penelope le habría pedido más detalles y habría saboreado el cotilleo. Se habría alegrado por su doncella y le habría ofrecido algún consejo útil sobre cómo conquistar al mozo de cuadras.

Pero aquel día no era un día normal, porque diminutas criaturas creadas a partir de una mezcla de brandy y vino habían subido desde el estómago de Penelope hasta su cabeza. Ahora estaban sentadas allí tocando violines desafinados y flautas estridentes.

Así que, mientras Mary parloteaba sin parar, Penelope la observaba con los ojos inyectados en sangre y meditaba sobre las distintas formas en que una ama podía matar a su doncella.

Pronto, las cosas se volvieron aún más difíciles para Penelope cuando Mary se le acercó con un peine. Mary era lista, pensó. Un peine deslizándose por un pelo enredado sobre una cabeza palpitante era un arma excelente. Miró su taza con pesar. No quedaba ni una gota del té hirviendo, que podría haber sido un magnífico contraataque. Irritada, permitió que Mary atacara. Era mejor permanecer pasiva y sufrir que intentar ganar una guerra con las manos desnudas.

Así que Mary peinó, tiró, jaló y forcejeó. Mientras combatía los nudos del cabello de Penelope, su charla chispeante se transformó en un silencio malhumorado. La sonrisa desapareció de sus labios y pronto su buen humor fue sustituido por un ceño fruncido.

Nada molestaba más a una doncella que un nido de pelo salvaje, indómito y enredado. Penelope se sintió vengada y reconfortada. Se lavó la cara, se cepilló los dientes y se puso su nueva muselina moteada con un ánimo más amable.

***

Penelope estaba sentada en una silla antigua, inspeccionando su tobillo hinchado. Estaba peor: rojo y enfadado. Lo tocó con cuidado e hizo una mueca de dolor; un instante después, volvió a tocarlo. Seguía doliendo. Las mañanas en la Mansión Blackthorne, al parecer, eran un momento propicio para la autoflagelación.

Penelope cerró los ojos con fuerza y se obligó a revivir los acontecimientos de la noche anterior. El desastre etílico, las horribles palabras del duque y la cabra con la ropa interior de él desfilaron por su mente con un detalle vívido. No disfrutaba reviviendo esas escenas, pero la experiencia le había enseñado que recordar los momentos embarazosos poco después de que ocurrieran ayudaba a amortiguar un poco la vergüenza. Nunca es tan horrible como parece.

Por desgracia, esta vez recordar la noche no la hizo sentir mejor. Si acaso, se sentía aún más avergonzada.

Él le había mordido el hombro y había dejado una marca. Un recordatorio del poder que tenía para hacer lo que quisiera. Podía arrojarla a una olla y convertirla en cena con un movimiento de muñeca. Sus huesos serían pescados y enterrados en algún lugar lejano, y su fantasma vagaría sin rumbo para siempre…

Penelope se obligó a respirar. Sus manos frías intentaban enfriar sus mejillas ardientes mientras su cerebro trataba de calcular la forma más rápida de salir de Londres sin ser vista. Tras entretenerse con la idea de huir con un circo, rogarle a un vendedor de ginebra que la adoptara o unirse a la chiflada bruja de Finnshire en el bosque, llegó a la conclusión obvia. Tendría que despedirse de la anciana. La cuestión era: ¿qué demonios se suponía que debía decirle?

Intentó encontrar una respuesta, pero sus pensamientos se negaban a comportarse. Se desviaban una y otra vez de la anciana y aterrizaban de lleno sobre el duque. Su mente saltaba de la imagen

de la caída por las escaleras a los brazos del duque sosteniéndola, del terror que él le había provocado a las acusaciones que le había lanzado. ¿Por qué había parecido tan desolado al final? Su voz estaba llena de desprecio hacia sí mismo. ¿O era arrepentimiento? Era tan difícil de leer…

Se sacudió y tocó su tobillo. El dolor la ayudó a concentrarse. Aquel hombre detestable era lo bastante inteligente como para odiarse a sí mismo. Era despreciable, y era justo que conociera su propio carácter. El bruto. No merecía su compasión. Ella era una tonta por intentar ver algo bueno en él.

El grosero se había atrevido a insinuar que ella, la señorita Penelope Winifred Rose Spebbington Fairweather, sería capaz de rebajarse hasta seducirlo, y además en su primer día en Londres. Creía que era una cualquiera, una fulana, una deslenguada.

—Arrrgh —gruñó Penelope en voz alta.

Aquel hombre necesitaba una lección. Duque o no, alguien tenía que bajarlo de su pedestal. Se comportaba como si fuera el rey Jorge, o más bien un dios. Frunció el ceño. Una duendecilla loca la había llamado. Pues el demente era él…

Un arrastre y un leve ruido la distrajeron de sus pensamientos sombríos. La cabra estaba sentada sobre la alfombra, rascándose detrás de la oreja.

Le lanzó una mirada asesina.

—Lady Bathsheba, te veo muy satisfecha. Supongo que ya has desayunado, pero no tengo ni idea de si alguien aparecerá con una bandeja para mí. No me jugaré el cuello intentando bajar esas escaleras de roble con un tobillo torcido.

Lady Bathsheba cruzó las dos patas delanteras y se preparó para un largo monólogo. Penelope llevaba demasiado tiempo en silencio y ahora se dirigía a su público favorito, uno que no podía interrumpirla.

Si una cabra pudiera suspirar, Lady Bathsheba lo hizo.

—Tengo hambre, muchísima hambre. Supongo que podría meterte en la chimenea y cocinarte. Te lo mereces, ¿sabes? No estaría en esta situación de no ser por ti. —Se fue animando—. Sí, eso es. No soy yo, eres tú. Tú eres el eje de todo este desastre. ¿Por

qué tuviste que meterte en el dormitorio del duque, de todos los sitios posibles? ¿Solo porque te llamó cabra? Ahí lo he dicho. Cabra, cabra, cabra. Eres una cabra. Haz lo que quieras con mi habitación y mi ropa, me da igual. Deberías estar huyendo aterrada, Lady Bathsheba, en lugar de parecer aburrida. Lo digo en serio; ahora mismo no veo a mi querida mascota sentada en la alfombra. Lo que veo es un gran y jugoso pedazo de cordero esperando a ser arrojado al fuego. Y en cuanto al duque, espero no volver a verlo jamás. Supongo que estará ocupado todo el día haciendo lo que sea que hacen los duques y, para cuando regrese, yo ya estaré en el carruaje camino a algún lugar… ¿Puedes creer su arrogancia al suponer…?

—¿Suponer? —intervino el duque desde la puerta.

Lo ideal habría sido que, al verlo, Penelope se hubiera quedado sentada y le hubiera hecho un gesto imperioso con la mano. Eso era lo que haría una dama refinada. Debería haberlo hecho, pero no lo hizo. En lugar de eso, lanzó un chillido y, por alguna razón extraordinaria, saltó de la silla, corrió hacia la cama y se zambulló bajo las colchas. Su ingenio, al parecer, le tenía miedo al duque. Huía en su presencia.

El duque miró primero la silla y luego la cama. Una ceja se alzó en señal de pregunta y luego volvió a su sitio.

Intentó parecer inofensivo cuando dijo:

—Tranquila; he venido a bajarla en brazos para desayunar.

Penelope se deslizó aún más hacia el fondo de la cama y se aferró a las sábanas con un agarre mortal.

El duque frunció el ceño y dijo:

—No quiero cargarla más de lo que usted quiere que la cargue yo, pero mi madre lo ha pedido. No quiero preocuparla más.

—¿No puedo comer en mi habitación? —preguntó ella.

—No.

—Bueno, entonces no quiero desayunar.

—Hace un momento estaba dispuesta a cocinar a su mascota.

—De acuerdo, no quiero que me lleve. Ya lo he dicho.

—¿No le dije que hago lo que me da la gana? Y ahora mismo me da la gana complacer a mi madre.

—Quería que me mantuviera alejada. Estoy siguiendo su orden, su gracia.

—Me alegra que mi indicación haya penetrado en su cabeza dura. Mi siguiente orden, como usted la llama, es que nunca discuta conmigo.

Ella frunció el ceño y luego se quedó inmóvil.

Él avanzaba hacia ella con una sonrisa extraña en el rostro.

—No debería haberla besado.

Aturdida, lo miró fijamente durante un instante.

La respiración de Penelope se aceleró y sus ojos se desviaron hacia los labios de él.

—No lo hizo.

—Casi.

¿Que casi la había besado? Se preguntó cómo había podido pasar por alto aquel detalle tan estremecedor… y además, él había querido besarla.

Frunció el ceño y dijo:

—¿Eso es una disculpa?

Él la levantó en brazos y se dirigió hacia la puerta.

—¿Eso es una disculpa? —repitió ella, aferrándose con fuerza a su camisa.

—Yo nunca me disculpo.

Ella lo miró confundida. ¿Por qué había mencionado el beso si no pretendía disculparse? Quizá —pensó— las palabras se le habían escapado. Ahora parecía arrepentirse de haberlo dicho… sus pensamientos se detuvieron en seco y se volvieron un completo caos cuando notó el calor de las manos de él filtrándose a través de su ropa y calentándole la piel. Estaba en sus brazos, se dio cuenta, otra vez. El pecho se le oprimió y, por alguna razón extraña, empezó a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo.

En un intento de distraerse de aquel nuevo y perturbador desarrollo, dijo:

—Podría decirle a tu madre que intenté… sobre anoche, quiero decir. Me mandará de vuelta a casa.

—Tiene la cara roja como un tomate. No me diga que nunca has estado tan cerca de un hombre. No me lo creería. Es igual que sé

que está fingiendo ese esguince del pie. En cuanto a decírselo a mi madre, puede que la mande de vuelta a casa… o que insista en que me case con usted. Y si insiste en el matrimonio, librarme de usted será un poco más complicado. Y ni se le ocurra decírselo usted tampoco, o le haré la vida imposible.

Se detuvo y aflojó ligeramente el abrazo, amenazando con dejarla caer.

Los brazos de ella salieron disparados y se aferró a su cuello. Se agarró con todas sus fuerzas, con la nariz hundida en su pecho.

—No diré una palabra —prometió deprisa.

—Ya veremos —dijo él, volviendo a sujetarla con firmeza mientras reanudaba el paso.

—Sí quiero irme. De verdad que sí, y tiene razón; no puedo enfrentarme a la temporada. No estoy preparada.

Él soltó una risa.

—Así que quiere volver a casa, ¿eh? Mi abuelo se asegurará de ello después del desastre de anoche, quiera de verdad o no.

—¿Tiene que poner en duda cada palabra que digo? —preguntó Penelope, irritada.

—¿Vas a quedarse ahí de pie discutiendo mientras la sostienes, o vas a dejarla en el suelo? —intervino lady Anne, observando a la pareja con un brillo divertido en los ojos.

El duque alzó la vista, sobresaltado al darse cuenta de que estaban en el comedor del desayuno.

***

Dos tazas de té y una rebanada de pan tostado después, Penelope había dejado de sentirse como una jirafa gigante e indeseada.

La anciana rompió el silencio.

—Ahora que estamos reconfortados, Charles, quiero que te quedes y hablemos de esto… de este aprieto. Una hora de tu tiempo no es demasiado pedir, ¿verdad?

El duque sonrió y dijo:

—Por supuesto que no, madre. Puedo dedicarle una o dos horas, pero sinceramente creo que es una causa perdida. El abuelo nunca aceptará que ella esté en la casa.

—Entonces encuentra una solución. Eso es lo que haces, ¿no? Resolver los problemas de los demás. Aplica esa mente a este pequeño embrollo —dijo lady Anne.

—No seas absurda, Anne. No es lo mismo. Como duque tengo ciertas responsabilidades, pero no de este tipo.

—Como duque tienes que resolver asuntos personales y financieros, además de mantener el orden y la ley en tu propiedad. Esto no es diferente —argumentó lady Anne.

—Annie, conoces al abuelo tan bien como yo. No aceptará. La señorita Fairweather tendrá que volver a casa.

—Ni siquiera lo estás intentando —se quejó lady Anne.

Por primera vez, Penelope se sintió agradecida por la presencia del duque. Al menos él, sin proponérselo, estaba de su lado.

La anciana frunció el ceño, pensativa.

—Charles, tengo una idea. Garantizará que mi padre no se vea perturbado por la presencia de la señorita Fairweather y que ella pueda quedarse y tener su temporada.

—A ver —dijo el duque con escepticismo.

—Padre solo baja a cenar. El resto del tiempo permanece en sus habitaciones. Propongo que doblemos un poco las reglas y permitamos que la señorita Fairweather cene en su cuarto.

—Nunca sabrá que está aquí —añadió lady Anne, dando palmas con entusiasmo.

—Imposible, madre. ¿Cómo puedes siquiera sugerir algo así? La casa Blackthorne no ha roto ninguna norma en dos siglos. Además, ¿cómo se te ocurre engañar a tu propio padre?

—Rompes una norma cada noche al dejar una vela encendida hasta medianoche, y he encontrado migas de pastel en tu ropa de cama durante toda tu adolescencia —replicó la anciana.

El duque balbuceó.

—¿Y qué hay de aquella vez que te escapaste a…? —empezó lady Anne.

—Basta —la interrumpió él.

—En cuanto a engañar a mi padre, lo que no sabe no puede hacerle daño. Guardaremos silencio sobre su presencia, sin afirmar ni negar nada. Unas pocas semanas y habrá olvidado cómo era.

Entonces podremos presentarla de nuevo, esta vez sin contratiempos —continuó la anciana, ignorando el sonrojo de su hijo.

—Me niego a mentirle al abuelo —dijo el duque con firmeza.

—Pero te quedarás callado. Si te pregunta directamente, puedes confesar —rogó la anciana.

—Ningún invitado ha roto jamás una norma en esta casa —replicó él.

—Pillaste a lady Henley en la cama con lord Stone, y encontramos a Henrietta, la fregona, con… —murmuró lady Anne.

—Está bien, haz lo que quieras, madre. No tendré nada que ver con esto.

—Eso es todo lo que quería oír. Y, Charles, una cosa más —dijo la anciana, sonriendo.

—¿Qué ahora?

—Tienes que reclamar el primer baile de la temporada.

—¿Eh?

—El primer baile de Penelope debe ser contigo. Es lo que se espera.

—Madre, no voy a bailar con esta… esta…

—Por favor —dijo lady Anne con tono lastimero.

—Está bien, bailaré con ella. Resérveme el primero —le espetó a Penelope.

Penelope parpadeó. Así no se había imaginado que empezaría su temporada ni que se llenaría su carnet de baile.

—Ahora, señorita Fairweather, ¿hablamos de…? —La anciana se detuvo y se volvió hacia su hijo—. Eso es todo, Charles, puedes retirarte.

La puerta se cerró de un portazo tras él.

—Ahora que eso está resuelto, señorita Fairweather, ocupémonos de nuestro otro problema urgente —dijo la anciana.

—Quieres volver a casa, ¿verdad? —preguntó lady Anne.

—Sí, lo siento, creo que lo mejor es que me marche… —respondió Penelope.

—Pero a partir de ahora solo puede ir a mejor, querida. Ese tipo de cosas no ocurren todos los días. Fue un caso de circunstancias

extraordinarias —la tranquilizó la anciana.

—Pero suelo meterme en este tipo de aprietos —replicó Penelope.

—¿Te emborrachas? —preguntó lady Anne, encantada.

—No, pero si algo malo tiene que pasar, normalmente acabo yo en medio.

—¿Y por qué? —preguntó lady Anne, fascinada.

—No lo sé —respondió Penelope con abatimiento.

—Pues nada terrible va a volver a ocurrir a partir de ahora. Nos tienes a nosotras para guiarte por el buen camino —dijo la anciana con firmeza.

Penelope se sintió conmovida por todo lo que la anciana estaba dispuesta a hacer por ella. Estaban dispuestas a romper las normas y ocultar su presencia a sir Henry Woodville. Lo que no lograba comprender era por qué. Desde que había puesto un pie en Londres, no había hecho más que causar caos.

La anciana observó el rostro de Penelope y comprendió sus temores. Sacó su labor de punto y, con las manos ocupadas, dijo:

—Ha conocido a mi padre, sir Henry Woodville, y ha visto lo estricto que es. Sus ideas sobre las mujeres… bueno, no le contaré la larga historia de cómo llegó a ser así. En resumen, siempre ha sido un viejo amargado.

Lady Anne soltó una risita.

El tono de la anciana se volvió grave al continuar:

—Mi madre enfermó un invierno mientras nos alojábamos en nuestra casa de campo. Padre creyó que lo mejor era enviarme a la academia de señoritas más cercana mientras ella se recuperaba. No quería hacerse cargo de una niña llorona. Permanecí en la academia cinco años y solo regresé a casa tras la muerte de mi madre.

Durante aquellos primeros días en la escuela fui terriblemente tímida. Un día, una niña descarada llamada Grace me encontró llorando. Me consoló y se hizo mi amiga. Éramos polos opuestos. Yo era una niña triste y silenciosa, y ella era vida, risa y alegría. Me sacó de mi caparazón y me enseñó a vivir. Por primera vez en mi vida me senté al sol sin preocuparme por mi tez, rompí las normas y sentí emoción en lugar de miedo. Nos provocábamos y discutíamos. Reíamos, cantábamos y bailábamos. Aprendí a divertirme. Fue una

época feliz y despreocupada, y guardo esos recuerdos con cariño. Le estoy agradecida…

La anciana se detuvo para secarse los ojos.

—Unos años más tarde recibí una carta de Grace. Nos escribíamos a menudo. En esa carta estaba alegre y contenta, contándome lo feliz que se sentía porque pronto iba a ser madre. Me pedía consejo, ya que yo ya había dado a luz a Charles. No me dijo que estuviera enferma ni que sufriera. La única señal de que algo no iba bien estaba en la última línea de su carta. Me pidió que cuidara del futuro de su bebé si le ocurría algo. Le respondí de inmediato, prometiéndole que me ocuparía de su bebé. Mi posición y mi palabra como duquesa, junto con nuestra larga amistad, calmaron sus temores. O al menos eso espero, porque esa fue la última carta que recibí de ella. Murió al dar a luz a una preciosa niña llamada Penelope.

El único sonido en la estancia fue el llanto suave de las tres mujeres.

Penelope se acercó y abrazó a la anciana.

—Gracias —dijo simplemente.

—Tengo un motivo más egoísta para ayudarte —anunció lady Anne tras secarse los ojos—. Puede que te resulte difícil de creer, pero en realidad me caes bien. La temporada es un aburrimiento, pero contigo cerca estoy segura de que las cosas serán mucho más emocionantes.

Penelope soltó una risa entrecortada y luego se puso seria de repente.

—No quiero avergonzarlas. Estoy muy agradecida por su bondad, pero me temo que no estoy preparada para la temporada. Entiendo sus razones para ayudarme, su gracia, pero…

—Ahí es donde entramos nosotras. Tenemos una semana y, al final de ella, serás digna de convertirte en la esposa de un rey. Confía en nosotras —la animó la anciana.

Penelope se sentía dividida. Por un lado, dudaba que fuera posible aprender los matices de la buena sociedad en tan poco tiempo. Lo veía improbable. También se preguntaba si no sería mejor volver a

Finnshire que hacer el ridículo y avergonzar a la familia Radclyff delante de la sociedad.

Por otro lado, sabía que, si se casaba bien, podría ayudar a sus hermanas, a su padre y a sí misma. Además, las palabras de la anciana la habían hecho sentirse menos como una carga indeseada, y quería ayudarla a cumplir su promesa. Quizá, si se aplicaba, podría llegar a atraer a algún hombre.

Una visión de su propio rostro agotado, vestida con un uniforme gris y un gorro de solterona, persiguiendo a los hijos de otros, cruzó su mente. Se estremeció. Aquello era un cruce de caminos: de un lado, un hogar feliz al alcance de la mano; del otro, años de soledad y miseria.

Miró a las dos mujeres elegantes que tenía delante. No podía pedir mejores maestras que la anciana y lady Anne, y si rechazaba aquella oferta, siempre se preguntaría qué habría pasado.

—Estoy dispuesta a intentarlo —dijo Penelope, con el corazón acelerado por la emoción.

—Entonces no perdamos tiempo y preparémosla para el primer baile de la temporada, señorita Fairweather —dijo lady Anne, levantándose de un salto de la silla.

Penelope sonrió con debilidad y asintió.

CAPÍTULO NUEVE

El duque había sido frustrado en su intento de despachar a la señorita Fairweather, pero la guerra aún no había terminado. Ya estaba de nuevo en pie con un plan y sabía que debía actuar deprisa, porque si aquella plaga rural olía lo que pretendía hacer, no perdería tiempo en buscar una salida. Sonrió, si es que la leve inclinación de sus labios podía considerarse una sonrisa, y, con gran deferencia, condujo a un anciano caballero hacia el Salón Azul.

—Charles, ¿qué te trae por aquí? Nunca te he visto salir de tu estudio a estas horas —dijo lady Anne, observando a su hermano con suspicacia.

—He venido simplemente a cumplir con mi deber como buen anfitrión. Me apenó ver a la señorita Fairweather sufrir por ese esguince en el tobillo. No podemos hacerla sentir incómoda ahora, ¿verdad? Por lo tanto, he traído un remedio —anunció, con aire bastante satisfecho por la ingeniosa solución a todos sus problemas. Se apartó para dejar pasar al anciano.

—¡Doctor Johnson! Qué considerado, Charles. Me sorprende que a ninguno se nos ocurriera llamarlo antes —dijo la duquesa viuda, con una mirada que le decía al duque que sabía perfectamente qué estaba tramando.

El duque abrió los ojos con fingida inocencia.

La viuda resopló y murmuró algo poco educado entre dientes.

El duque sofocó una sonrisa y dirigió la mirada hacia Penelope. Parecía culpable, pensó con satisfacción. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos esquivos y las manos tironeando del ovillo con nerviosismo. Ya la tenía. No podía engañar a un médico experimentado. No había absolutamente nada malo en su pie y su pequeño teatro quedaría al descubierto para siempre. Madre se escandalizaría y Anne se sentiría decepcionada al descubrir que su pequeña amiga inocente no era tan inocente después de todo y que,

de hecho, era una mentirosa. No podía esperar a oír el dictamen del buen doctor.

—Vete, Charles. El doctor no puede examinarla contigo en la habitación —ordenó la viuda.

Parte de su exuberancia se apagó ligeramente. Abrió la boca para protestar, pero quedó perfectamente silenciado por una sola mirada de la engañosamente dulce viuda. Con una breve inclinación de cabeza, se marchó.

Se marchó, pero no del todo. Es decir, salió por la puerta, dio unas pisadas por el pasillo y, cuando los ocupantes de la habitación estuvieron convencidos de su partida, encorvó su metro ochenta y pegó el ojo a la cerradura.

Descubrió que tenía una vista espléndida de la señorita Fairweather y, si se mantenía en la misma posición, podría verlo todo con claridad.

Ella se mantuvo en la misma posición. Fue el médico quien se acercó a ella. Tras unas preguntas rutinarias, el doctor estiró la mano hacia su pie.

El duque dejó de respirar. Era el momento… el momento de la verdad.

De pronto oyó un suspiro profundo y sentido a su espalda. Se quedó helado y luego se giró.

Una criada estaba plantada allí, mirando su trasero con admiración y estupor. La tonta estaba clavada al suelo, con los ojos como platos, la boca ligeramente abierta y un indicio de… ¿baba?

La fulminó con la mirada, pero ella no se dio cuenta. Se enderezó y le hizo señas sin obtener respuesta. Saltó de un pie a otro, intentando llamar su atención lo más silenciosamente posible. Cuando tampoco eso funcionó, meneó las nalgas, y los ojos de ella se movieron con ellas. Se rindió. Ya se ocuparía de ella más tarde. En ese momento, su atención era requerida con urgencia en otra parte. Volvió a inclinarse para mirar por la cerradura.

Pero antes de que su ojo pudiera enfocar lo que sucedía dentro de la habitación, alguien carraspeó a su espalda. El duque cerró los ojos con fastidio. Por un instante consideró ignorar esta nueva

interrupción, pero decidió no hacerlo. Se volvió y descubrió que Perkins se había unido a la criada.

Perkins no parecía complacido, ni por la expresión embobada de la muchacha y su objeto de interés ni por la indigna ocupación del duque.

En silencio, Perkins intentó arrastrar a la criada. Aturdida, ella se negó a moverse.

El duque los miró con irritación y volvió a inclinarse para espiar por la cerradura.

Esta vez fue una voz la que lo distrajo.

—Su excelencia, yo… —la desafortunada criatura fue acallada por Perkins, la criada y el duque a la vez.

El duque volvió a enderezarse… otra vez, con un leve pinchazo en la espalda, para encontrarse con que el administrador de la finca, Theodore, también estaba mirando su trasero. Theodore tenía exactamente el aspecto que uno imaginaría para un hombre con ese nombre: pequeño, moreno y nervioso.

Esta vez, el duque juró que no apartaría la vista, pasara quien pasara. Se inclinó de nuevo y consiguió pegar el ojo a la cerradura sin más interrupciones.

Vio al doctor besar la mano de la viuda. Había terminado el examen y estaba dando su veredicto. ¿O el veredicto ya se había dado? El duque no estaba seguro. Entró en pánico. Si ya se había dado, entonces se dirigirían hacia allí. Reuniendo los últimos restos de su dignidad, corrió de vuelta a su estudio.

La criada y Theodore salieron disparados tras el duque. Perkins los siguió a la velocidad de un caballo… es decir, corrió, pero en su cabeza. En realidad, avanzó unos pocos centímetros renqueando.

—Lárgate —espetó el duque, girándose para dirigirse a la criada hechizada.

La muchacha salió de su trance. Sus ojos se arrancaron del trasero del duque y se clavaron en su rostro. Bastó una mirada a su expresión para que huyera.

—Theodore, no creo que tenga que decirte que…

—No mencionaré el pequeño incidente, su excelencia. Ni siquiera en mi lecho de muerte.

—Gracias, pero por seguridad deberías darme tu juramento solemne.

Theodore repitió su promesa con la mano en el corazón.

—Ah, estas cosas deben hacerse como es debido. Tráeme un libro sagrado.

Theodore por fin se marchó tras jurar de varias formas y en varios idiomas.

El duque esperó en su estudio durante media hora, impacientándose. El médico se había marchado hacía rato y ya habría contado a su madre y a su hermana que la muchacha del campo era una impostora.

Se imaginó mirando a su hermana por encima de su larga nariz aristocrática y diciéndole que, en el futuro, debía remitirse a su juicio. Era demasiado joven para evaluar correctamente el carácter de las personas. Se ofrecería con gracia como guía y, en lugar de mostrarse engreído y sabelotodo, adoptaría una expresión comprensiva. No se burlaría de su madre. No, le sonreiría y la consolaría. Un error así era muy fácil de cometer. Le daría una palmada en la espalda, le ofrecería un poco de brandy y luego tendría el agudo placer de echar a la señorita Fairweather de la mansión Blackthorne, meterla en un carruaje con destino directo a Finnshire y sacarla de su vida para siempre.

Cogió un tintero y lo dejó de nuevo. Luego abrió un libro de cuentas, miró los números un rato y lo cerró de golpe. Sus ojos se desviaron hacia el reloj. Frunció el ceño. Había pasado media hora y su madre no había aparecido. Su paciencia se rompió y decidió inspeccionar la situación por sí mismo.

Caminó hacia el Salón Azul, deteniéndose un instante frente a un gran espejo veneciano. Observó su reflejo y escrutó su expresión. Parecía demasiado contento. Frunció un poco el ceño, pero… no, eso tampoco era correcto. Entonces eligió su expresión aristocrática neutra. Perfecta.

Entró en la habitación y se encontró con una escena que algunos considerarían dulce, pero que a él le resultó vil. El resplandor rosado, las sonrisas brillantes, la risa femenina y la mano de su madre acariciando suavemente la de la señorita Fairweather lo hirieron

profundamente. Se enfureció en silencio ante la necedad de los miembros de su familia. ¿Ya la habían perdonado? ¿No tenían amor propio?

—Charles —comentó lady Anne, deleitándose al ver la expresión atronadora de su hermano.

—¿Qué te trae por aquí… otra vez? —preguntó la viuda, ocultando su sonrisa tras una taza de té florida.

El duque recompuso su expresión hasta dejarla levemente inquisitiva.

—Solo estaba preocupado por nuestra invitada. Supongo que el doctor Johnson ya la ha visto.

—Sí —dijo la viuda.

El duque esperó y, al no arrojarse más luz sobre lo ocurrido, se dignó a preguntar:

—¿El pronóstico?

Lady Anne se apiadó de su hermano y dijo:

—Le ha vendado el tobillo. Nos aseguró que no estaba roto, solo torcido. En unos días estará bien.

—¿Así que sí estaba torcido?

—Sí, se lo torció bastante. Está horrible, todo rojo e hinchado. Parece realmente doloroso —respondió lady Anne.

—Ya veo… ya veo. Supongo que entonces debo volver al trabajo —murmuró, girándose sobre los talones.

—¿No quieres desearle a la señorita Fairweather una pronta recuperación, ya que hace un momento estabas tan preocupado por su bienestar? —preguntó la viuda.

—¡Señorita Fairweather, váyase a hervir la cabeza! —bramó el duque, dando un portazo al salir.

—Qué conmovedor —murmuró Penelope.

—Mucho —respondió la viuda, retomando las agujas de tejer.

CAPÍTULO DIEZ

Madame Bellafraunde entró revoloteando con un susurro de faldas color berenjena, velos y borlas doradas. Cuatro criadas uniformadas la siguieron. Su forma imponente se desplomó de inmediato sobre la chaise longue más cercana, mientras una de las criadas la abanicaba con urgencia usando un exquisito abanico de encaje de seda y crema.

Todos esperaron a que se le administraran las sales aromáticas y a que bebiera el champán bien frío. Por fin, Madame, muy repuesta tras la terrible odisea de caminar desde su carruaje hasta la puerta de la casa del duque, alzó una mano imperiosa a modo de señal.

Lady Anne se lanzó enseguida a dar explicaciones:

—Nadie más que usted puede ayudarnos, Madame Bellafraunde. La situación es desesperada. La señorita Fairweather necesita su atención de inmediato. Es recién llegada del campo, pobre como una rata de iglesia y no tiene absolutamente nada que ponerse, ¡y debuta la semana que viene! Sé que usted no hace visitas a domicilio, pero la señorita Fairweather se ha torcido el tobillo. Si la situación no fuera tan grave, habríamos esperado. Pero como puede ver… solo la mejor puede ayudarla.

Penelope arrastró un poco los pies, haciendo todo lo posible por parecer patética. Le habían dicho que una pizca de halago y muchas observaciones despectivas sobre la víctima en cuestión eran la única manera de conseguir la ayuda de la excelente, extremadamente selectiva y más cara modista de la ciudad. Se rumoreaba que Madame Bellafraunde había rechazado una vez a una condesa porque no le gustaba su sonrisa.

Así que Penelope no sonrió.

La duquesa viuda entró en el Salón Azul y, milagro de los milagros, Madame Bellafraunde se levantó de la chaise longue para hacerle una reverencia.

—¿Se la puede hacer presentable? —preguntó la viuda.

Madame Bellafraunde levantó el velo y Penelope ahogó un grito.

Madame Bellafraunde no era una Madame, sino un señor Bellafraunde, con un bigote incipiente y barba de un día.

Tras un momento de silencio atónito, Penelope se giró en redondo. Dio una vuelta sobre sí misma y la alfombra y los muebles giraron y se arremolinaron con ella. Enseguida localizó lo que estaba buscando y, rápida como un rayo, corrió hacia ello. Saltó por encima de una silla, calculó mal la distancia, se estrelló contra el respaldo de la chaise longue y cayó de bruces.

Ignoró el dolor del tobillo y reunió fuerzas. Se incorporó a trompicones y dio otro salto en vuelo. Abrió las piernas, las faldas se elevaron y los pies apuntaron con gracia. El aterrizaje fue algo torpe, pero había alcanzado su objetivo.

Se giró como una guerrera. Entrecerró los ojos y entreabrió los labios. Como una cazadora experta, alzó el objeto que había arrancado de encima de la chimenea.

La sala chilló de horror.

Penelope sostenía un arma de fuego, es decir, un rifle de caza, un rifle gris y oxidado que había pertenecido al abuelo paterno del duque. La última vez que se había usado había sido en un intento de abatir a un tigre. El tigre sobrevivió, pero la desafortunada ardilla que recibió el disparo por el camino… no.

Por lo demás, se utilizaba para ahuyentar a invitados molestos, a los pretendientes inadecuados de Lady Anne y al ocasional intruso. Ahora lo sostenía Penelope y lo apuntaba contra el impostor, el hombre que había osado entrar en la casa del duque vestido con un exquisito vestido de seda color berenjena.

—No se preocupe, su gracia. Tengo la situación bajo control. Lady Anne, ¿sería tan amable de llamar a unos cuantos lacayos fornidos? Ataremos a este impostor y lo mantendremos en el calabozo hasta que lleguen los Corredores.

Penelope se sintió orgullosa de que su voz sonara firme y alta. El encuentro con el salteador de caminos había hecho maravillas por su valentía. Siempre había pensado que era tan audaz como un ratón. Londres, al parecer, la había convertido en un gato montés.

—Ejem, señorita Fairweather… no tenemos calabozo y… —empezó a decir Lady Anne.

—Bueno, siempre podemos encerrarlo en una habitación o en un ático mugriento. Lo importante es atar al hombre. Deje de perder el tiempo y dese prisa, Lady Anne. No se preocupe; sé que tengo que apretar el gatillo, y si intenta escapar, lo lamentará muchísimo. He visto a mi padre hacerlo. Lo tengo todo bajo control.

—Aprieta el gatillo, querida —dijo el hombre.

Penelope lo miró boquiabierta. Se concentró en su expresión y le inquietó comprobar que el hombre parecía seguro y sereno, a pesar de estar frente a un arma cargada y envuelto en metros de seda. ¿Sería una fanfarronería?, se preguntó, mientras su valor flaqueaba rápidamente ante su sonrisa.

—Lo haré… se lo advierto…

—Por favor, adelante. No se contenga.

—No, señorita Fairweather, no lo entiende. Está equivocada —interrumpió la viuda con urgencia.

Pero Penelope ya se había colocado el rifle al hombro y estaba apuntando.

La sala se congeló, con la garganta cerrada por enormes nudos de miedo.

Penelope cerró un ojo y entrecerró el otro. No veía absolutamente nada. ¿Cómo se miraba a través de un rifle de caza? Lo intentó de nuevo, escrutando desesperada, con los brazos ya doloridos por el peso del arma. Se rindió y apuntó con los dos ojos abiertos. Su intención era apuntar y mantener el arma así hasta que llegara ayuda. Por desgracia, en ese momento el peso del rifle resultó excesivo, la espalda se le dobló y la mano se le resbaló.

Había apretado el gatillo… y, gracias al cielo, disparado al techo.

Lady Anne gritó, las criadas chillaron y Madame Bellafraunde chasqueó la lengua.

Unos trozos de yeso cayeron al suelo y, con ellos, el gato montés huyó. Penelope volvía a ser tan valiente como un ratón. El rifle yacía ahora en el suelo y no se atrevía a recogerlo otra vez.

—Querida, llevamos rato intentando explicártelo. Esta es la auténtica Madame Bellafraunde. No es ningún impostor —dijo la

viuda, mirando el techo horrorizada.

—¡Pero… pero esta ella… es un él!

—Soy un hombre, sí. No hace falta que pongas esa cara de espanto, niña. Soy un hombre con alma de mujer y un cerebro que puede cambiarte la vida.

—Yo… estoy segura de que puede… yo solo… estaba sorprendida. Incluso en mi aldea hemos oído hablar de su talento, señor… quiero decir, Madame —balbuceó Penelope.

La viuda y Lady Anne parecían horrorizadas, mientras que Madame… Madame parecía satisfecha y un poco somnolienta, como un gato bien alimentado a punto de lamerse las patas y ronronear.

Penelope esperaba que Madame no se negara ahora a ayudarla. Oh, casi le había disparado… y había disparado al techo del duque. Ningún hombre ni mujer en el lugar de Madame aceptaría a una imbécil semejante. Todo había terminado antes incluso de empezar.

Afligida, Penelope dijo a todos los presentes:

—Lo siento por dispararle a Madame. Quiero decir, al techo. Solo iba a dispararle al pie, pero con mi puntería podría haberle dado en la cabeza. De verdad siento haber estado a punto de matarla, Madame. El techo no es tan importante. Es decir, el techo sí es importante, Lady Anne. Al fin y al cabo es su casa, pero creo que Madame es más importante...

Madame Bellafraunde alzó una mano y detuvo su verborrea.

Penelope se frotó las palmas sudorosas. Tenía el corazón en la garganta. Veía cómo sus esperanzas de cazar marido se marchitaban y morían. Les dijo adiós en silencio.

Se maldijo por su imprudencia. Le daba igual que un hombre grande y peludo fuera quien eligiera sus vestidos, siempre que la ayudara en su misión. Ahora no la ayudaría jamás.

—Hay suficiente desesperación en su tono como para casi convencerme, pero necesito inspeccionarla más de cerca antes de decidir —dijo Madame, quitándole importancia al incidente como si no hubiera sido nada.

Penelope alzó las pestañas; la esperanza volvió a surgir de las cenizas.

—¿En qué es buena? —preguntó Madame.

Penelope respondió con entusiasmo:

—Soy una gran canoozer de comida.

—¿Podría repetirlo? Creo que no he oído bien.

—Sí —dijo Penelope, y repitió en voz alta—: Soy una gran canoozer de comida.

Lo que no había logrado un rifle, lo consiguió aquello. Madame palideció.

Las criadas se apresuraron a abanicarle las mejillas, y las sales aromáticas y el champán se administraron con rapidez.

Al cabo de un rato, se recostó de nuevo y, volviéndose hacia Penelope, dijo:

—Quisiste decir connoisseur, no… en fin. Sigamos. ¿Puedo inspeccionarla más de cerca? —preguntó a la duquesa viuda.

La viuda asintió con rapidez y Madame, sin apartar sus ojillos de Penelope, se acercó. Le tomó el rostro entre las manos y lo giró a un lado y a otro. El cabello de Penelope estaba suelto y caía ahora en capas espesas y sedosas sobre sus hombros. Le midió la cintura y examinó los tobillos. Frunció el ceño ante las uñas y chasqueó la lengua por las cejas. Mientras tanto, Madame seguía disparando preguntas a la viuda:

—¿Modales?

—Abismales.

—¿Talentos?

—Un poco de baile enérgico.

—¿Dibujo o pintura? ¿Costura?

—Desastrosa.

—¿Cocina?

—Sí, cocina, pero nada sofisticado.

—¿Manejo del abanico?

—No lo sé.

—¿Encanto?

—Un pellizco.

—¿Comportamiento ante los hombres?

—Mi padre y el duque la detestan.

Madame Bellafraunde se volvió y sonrió a la viuda.

—Estoy impresionada. Nunca he tenido un caso tan desesperado. Los hombres huirían a la carrera si la vieran acercarse, y eso, para mí, es un desafío. La transformaré en la fantasía de cualquier hombre. Haré esto. Lo haré y triunfaré. Será uno de los hitos de mi carrera porque usted, señorita Fairweather, pese a sus evidentes defectos, se casará con lo mejor que la temporada puede ofrecer.

Penelope sonrió con debilidad, sin saber si debía sentirse infeliz por que la llamaran desesperada y airearan así sus defectos, o contenta de que Madame hubiera aceptado ayudarla precisamente por ser un caso perdido.

La viuda y Lady Anne soltaron un suspiro de alivio.

Después de aquello, Madame Bellafraunde se transformó en otro ser. Su caminar lento y lánguido se convirtió en un trote rápido. Su arrastre grave dio paso a un habla veloz y precipitada, y su rostro se iluminó con una especie de entusiasmo febril. La señorita Fairweather centellearía, brillaría, resplandecería y haría girar cabezas allá donde fuera, y mientras mantuviera la boca cerrada el resto de su vida, se casaría y viviría feliz para siempre.

—Quítese todo hasta quedarse en camisa —ordenó Madame Bellafraunde.

—¿Ahora? ¿Delante de usted? —chilló Penelope.

—Niña, deje que la eduque. Tengo alma de mujer, y eso significa que mi bonete se agita por un hombre.

—¿Cómo?

—¿No ha leído historia romana?

—Papá lee en voz alta y yo muchas veces me he escondido bajo su escritorio y he escuchado… quiero decir, no lo sabía… pensaba que solo pasaba en los libros y en la historia.

—Algunos sobrevivimos fuera de las páginas aburridas —replicó Madame con ironía.

Penelope miró a la viuda con inseguridad y, al recibir un asentimiento alentador, empezó a desvestirse. Una de las cuatro criadas que habían acompañado a Madame se acercó y comenzó a ayudarla. Con cada prenda que caía, Penelope se ponía de un rojo más intenso. El cuello e incluso los brazos adquirieron un tono rosado. Pronto quedó medio desnuda, con un corsé gastado,

calzones y medias. Su único consuelo era pensar que la mayoría del público era femenino y que el único hombre de la sala era más mujer que todas ellas juntas.

En ese momento, la puerta se abrió y la cabeza del duque asomó por ella.

—Madre —empezó a decir, y se detuvo.

Poco a poco, los ojos se le abrieron de par en par y la boca se le quedó abierta de puro asombro. Miró a Penelope, casi desnuda, y luego a Madame Bellafraunde. El asombro se convirtió en ira.

—No permitiré que se confraternice en mi casa de esta manera. ¿Cómo se atreve a colar a un hombre aquí? ¿Bajo mi techo para realizar actos lasc...

—¡Charles! —intervino la viuda desde la chaise longue.

—¿Cómo has podido? —añadió Lady Anne.

El duque se desinfló al darse cuenta por fin de que, además de Penelope y el hombre, en la habitación estaban su hermana, su madre y cuatro criadas. Su rostro pasó a reflejar una confusión absoluta.

La viuda se apresuró a acercarse al duque y lo empujó fuera de la habitación, al pasillo.

—Yo le explicaré todo. ¿Por qué no continúa, Madame? Disculpe la interrupción —dijo con calma, siguiendo a su hijo.

Penelope se cubrió la cara con las manos y gimió. ¿Por qué, oh por qué, todo estaba saliendo tan terriblemente mal?

—No te preocupes, querida —la tranquilizó Madame Bellafraunde, con los ojos brillándole de humor contenido.

Penelope resopló contra sus manos. Madame no podía ni imaginar lo que ella estaba sintiendo en ese momento. Madame no había sido sorprendida vistiendo solo un corsé, unos calzones color lavanda y una media corrida. Y los calzones ni siquiera eran los mejores.

Lady Anne envolvió a Penelope con un chal y la condujo hasta la chaise longue. Le administraron enseguida una taza de té, acompañada de una generosa dosis de brandy. Cuando Penelope dejó de temblar de vergüenza y recuperó algo de color, Madame Bellafraunde saltó de su silla y dio una palmada.

Las cuatro doncellas que la habían acompañado formaron una fila.

—Vaya y únase a ellas, señorita Fairweather. No tenemos tiempo que perder. Vamos. Esta noche puede empapar la almohada en lágrimas, pero ahora debemos volver al trabajo.

Penelope se quitó el chal y, esbozando una sonrisa débil, se unió a las doncellas. Ya no soportaba las miradas compasivas de las otras mujeres. La mejor cura para ella era la acción, y estaba agradecida a Madame por pasar por alto el incidente como si no tuviera importancia. Por segunda vez desde su llegada, Madame había logrado suavizar la situación de algún modo. No sabía si había sido deliberado. Aun así, se sentía agradecida.

—Ahora, Lady Anne, esto es lo que propongo. Hoy nos concentraremos en el guardarropa de la señorita Fairweather. Eres una muchacha afortunada —dijo Madame, volviéndose hacia Penelope—, porque no necesitas ir a Burlington Arcade ni al Pantheon. Te llevaría una semana o más visitar a la modista, la sombrerera, el fabricante de abanicos, el de retículos, el sastre, la zapatería y el vendedor de chales para reunir tu vestuario. En cambio, me tienes a mí, que te vestiré de pies a cabeza, consiguiendo solo lo mejor disponible en todo París y Londres. Mis ayudantes harán el trabajo duro; de ti solo necesito que te quedes quieta, me obedezcas y te veas bonita. ¿Puedes hacer eso?

—Sí, Madame —respondió Penelope, sintiéndose por un momento como si la estuvieran preparando para la guerra.

—Molly, prepara un cuchillo bien afilado. Lady Anne, que traigan aquí una bañera llena de agua caliente. Coloque a un lacayo fuera de la puerta y que no deje entrar a nadie. Rose, corre y trae todas las cajas y materiales del carruaje.

Las dos doncellas jóvenes, vestidas con uniformes negros idénticos, inclinaron la cabeza y salieron corriendo a cumplir sus órdenes.

Lady Anne vaciló.

—¿Bañarse aquí?

—¿Dónde si no, muchacha? Esta habitación es lo bastante grande, con el fuego encendido y el aire cálido. Llevaría demasiado

tiempo calentar cualquier otra, y no disponemos de ese tiempo. Ahora ve… Date prisa.

Lady Anne imitó a las doncellas y, tras una rápida reverencia, salió corriendo.

—Ah, su excelencia, estamos listas para comenzar la transformación —comentó Madame en cuanto la duquesa viuda entró en la habitación.

Penelope no sabía si la viuda había logrado explicar la situación al duque. ¿Habría mencionado el desastre del disparo?

El rostro de la viuda permanecía impasible. Solo ofreció una sonrisa suave y contenida al responder:

—Eso es maravilloso. ¿Requieren mi ayuda en algo?

—Quizá mañana pueda ayudarnos cuando trabaje en sus modales y en el manejo del abanico. Hoy, deje a la muchacha en mis manos —dijo Madame Bellafraunde, con una mirada casi militar.

Penelope tragó saliva cuando la viuda se marchó. Miró con recelo el cuchillo afilado que la doncella había traído. ¿Cómo, se preguntó, pensaba Madame usar el cuchillo para hacerla más hermosa?

¿Cortarle la cabeza, tal vez, y acabar de una vez?

—Voy a usar el cuchillo y esta pastilla cremosa de jabón para eliminar el vello de tus manos y piernas. Aprendí el método cuando viajé al este en busca de secretos de belleza. Las mujeres inglesas aún no lo han adoptado del todo, pero estoy intentando introducir una nueva moda. Cada pocos días, pide a una de las doncellas que te ayude con esto.

Ahora, ten cuidado y elige a alguien que sepa lo que hace. Un resbalón y podrías cortar una vena preciosa y desangrarte, o con un pequeño corte podrías infectarte el brazo, y entonces el médico tendría que amputar todo el miembro para salvarte la vida. Conozco a algunas jóvenes, El Señor bendiga sus almas, que dieron su vida en nombre de la moda. Pero te queremos viva, así que deja de temblar, no te muevas y no te preocupes; mi muchacha me ayudará. Te prometo que estarás bien.

Penelope se quedó paralizada de miedo. Apretó los ojos y rezó una y otra vez hasta que terminó todo el calvario. Curiosamente, Madame solo se quedó el tiempo suficiente para comprobar que sus

brazos quedaban libres de vello… cuando llegó el turno de las piernas, Madame salió de la habitación.

Luego la metieron en la bañera y las doncellas la restregaron, la aceitaron y la perfumaron. Incluso su cabello fue rociado con mezclas de distintos frascos. Se sentía en carne viva, despojada y desnuda. Pero al menos olía de maravilla.

—Párate junto al fuego y bebe este café. Necesito que tu cabello se seque lo más rápido posible. He pedido a tu doncella que se nos una. Debe aprender a cuidar tu cabello y tu piel —dijo Madame al entrar en la habitación, una vez que Penelope se había puesto una bata.

—¿La piel?

—¿Has visto tu tez? He visto cadáveres con mejor color en las mejillas y sin una sola peca espolvoreando la nariz. Escúchame con mucha atención. Es más, anótalo —dijo Madame Bellafraunde, arrebatándole a Penelope la taza de café a medio beber.

—Aquí tienes pluma y… ah, gracias, Mary, ¿verdad? ¿Eres la doncella de la señorita Fairweather? Escucha todo lo que diga, Mary, y no olvides ni una sola cosa. Con mi formación te convertirás en la mejor doncella de dama de tu aldea. Ahora mismo eres atroz. ¿Por dónde iba…? Piel… Loción de Gowland, y aquí dice en la botella: "Los humores eruptivos huyen ante su poder; granos y pecas mueren en una hora". Hum. No sé yo, pero sí atenúa las manchas si la usas con constancia durante unos meses. Toma, Mary, guárdala para tu señora.

Penelope se quedó mirando el pequeño frasco de vidrio en la mano de Mary. Quería tocarlo y oler su contenido, pero Madame Bellafraunde ya agitaba otro frasco delante de su nariz; esta vez, una botella azul.

—Leche de Rosas curará ese enrojecimiento irregular tan distractor de tu rostro. Úsala al acostarte. Y ahora esto —dijo Madame, sacando con cariño una botella de cristal— se llama Flor de Ninon, un tónico maravilloso que ayuda con gusanos, sanguijuelas, piojos…

—¿Gusanos? ¡No tengo gusanos ni sanguijuelas… ni piojos!

—Bueno, no he dicho que los tengas ahora, pero podrías tenerlos. Además, es magnífico para suavizar tus callosidades, mantener el rostro terso y el busto firme. Toma unas gotas cada mañana con un vaso de agua.

Mary condujo a Penelope hasta la chaise longue y empezó a frotarle la piel con la loción de Gowland, seguida de la Leche de Rosas.

—Esto de aquí —dijo Madame, sacando un vial de una caja de madera abierta— es para tu cabello. Es una mezcla de aceites que creé hace unos años. Evita la calvicie y, en tu caso, domará tus mechones. Tu cabello es aceptable. Unos cuantos lavados con mi "Desmayo Capilar" y brillarás y centellearás a la luz de las velas.

—¿Desmayo Capilar?

—El aroma es tan delicioso que se rumorea que la condesa Randalf se desmayó la primera vez que lo olió.

—Seguiré sus consejos con fidelidad, Madame. Gracias —dijo Penelope, preparándose para despedirse.

—Aún no he terminado. Acabamos de empezar —exclamó Madame, abriendo un enorme cajón lleno hasta el borde de toda clase de cosas.

Penelope se dejó caer en la chaise longue, negando con la cabeza, desesperada. ¿En qué, se preguntó, se había metido?

CAPÍTULO ONCE

Penelope estaba sentada, embobada ante los delicados pastelillos de la mesa, mientras las criadas trabajaban en su rostro y su cabello.

Mientras tanto, Madame Bellafraunde iba sacando lociones para el cuerpo, jabón de uso diario, jabón para las noches de baile, jabón para lavar el cabello, aceites para el cuerpo, el pelo y el rostro, pasta para los dientes, talco imperial blanco, esencia de rosa florecida para teñir labios y mejillas, hollín para las pestañas y las cejas, gotas para volver los ojos seductores y luminosos, tónicos para la salud, tónicos para la belleza, un artilugio para depilar las cejas y perfumes para superponer y usar a distintas horas del día.

Por fin, Madame se recostó en la chaise longue e hizo sonar la campanilla para que trajeran té y café recién hechos.

—Es la hora del almuerzo. Sugiero que tomemos un pequeño descanso, no más de un cuarto de hora, y luego quiero a todo el mundo de vuelta en sus puestos.

Las criadas salieron huyendo, y Penelope las observó marcharse con desánimo. Seguía atrapada en la misma habitación y no creía que fuera a tener ni un solo momento de libertad hasta la cena.

Lady Anne se unió a ellas justo cuando entraba la bandeja del almuerzo.

—Te ves maravillosa —exclamó Lady Anne, contemplando a Penelope.

—Ahora comenzaremos con tu etiqueta en la mesa —dijo Madame, ignorando a Lady Anne.

Penelope miró a Lady Anne en muda súplica. Lady Anne, a su vez, se encogió de hombros con impotencia.

Penelope gimió para sus adentros y tomó la cuchara.

—No tan deprisa, muchacha. Sorbos delicados, bocados finos. Mira, sujeta la cuchara así. Levanta y aléjala del cuenco… no la acerques hacia ti… ¡no alimentes a la maldita mesa!

Penelope lo intentó, pero su mente agotada estaba a rebosar. Exhausta, se desplomó en el asiento y recibió una larga lección sobre la importancia de mantener una postura correcta.

Lady Anne la observó con simpatía, pero no se atrevió a interrumpir a Madame Bellafraunde.

La duquesa viuda entró para comprobar cómo iba la víctima. Bastó una sola mirada al rostro demacrado de Penelope para comprender la situación.

—Madame Bellafraunde, quizá deberíamos pasar rápidamente al atuendo de la señorita Fairweather. Sus costureras necesitan ponerse a trabajar en su ajuar de inmediato. Podemos ocuparnos del resto de sus defectos mañana —sugirió la duquesa.

—Estoy de acuerdo con usted, su gracia. Su tez áspera y sus uñas horripilantes… En fin. Haré que las muchachas suban la caja de materiales. Yo misma tendré que traer las joyas.

Penelope cerró los ojos, aliviada, en cuanto Madame salió de la habitación.

—Vamos, come deprisa. No te preocupes por los modales. Déjalos para el salón de baile. No tenemos tiempo que perder… Come… Come —dijo Lady Anne, sacando un nuevo lote de galletas envueltas en papel marrón.

La duquesa sacó rápidamente una taza de té, ya un poco tibio, pero Penelope lo bebió como una criatura hambrienta.

La duquesa le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Quieres que le pida a Madame Bellafraunde que vuelva mañana en su lugar?

Penelope se tragó la última gota de té y dijo:

—No, necesito su ayuda y estoy profundamente agradecida por todo lo que está haciendo por mí. Me temo que, a pesar de todo este trabajo, lo estropearé todo.

Penelope dejó la taza en la bandeja y se recostó en el asiento. Al alzar la vista, se encontró con que la duquesa la miraba de forma extraña.

—Querida —dijo la duquesa—, eres muy valiente. Cuando me di cuenta por primera vez de que Madame era Lo… que era un hombre,

me desmayé. Me llevó un año reunir el valor suficiente para permitirle vestirme.

—Estoy de acuerdo; es admirable cómo superaste el impacto inicial al descubrir la identidad de Madame, enfrentarte a Charles en estado de semidesnudez y luego seguir adelante en la consecución de tu objetivo. No te has quejado ni una sola vez, y todo por el bien de tu familia —añadió Lady Anne.

Penelope sonrió con inseguridad y bajó la vista hacia sus manos. No sabía qué decir.

—Deberías sonreír más a menudo. Se te ilumina el rostro y ese destello de picardía resulta encantador —dijo la duquesa con tono alentador. Tras un momento, preguntó— ¿Es la situación de tu familia lo que te impulsa o hay algo más? Solo lo pregunto porque, en la última carta de Gertrude, decía que no dependía de tu éxito. Y si no han puesto todas sus esperanzas en ti, ¿por qué estás tan preocupada, querida…?

Un alboroto en la puerta distrajo a la duquesa, y Penelope soltó un suspiro de alivio.

—¿Quizá le gustaría quedarse a mirar las láminas de diseño y los materiales, su gracia? ¿Tal vez otro vestido para usted y para Lady Anne? —dijo Madame Bellafraunde, entrando con paso decidido en la habitación cargando una enorme caja.

Sus cuatro criadas entraron detrás de ella con diversos paquetes, sombrereras y bolsas de tela, mientras dos lacayos transportaban entre ambos un gran contenedor de madera.

—Me encantaría ver las láminas de diseño. Creo que mi hija y yo podríamos necesitar un par de vestidos más, Madame.

Madame Bellafraunde se animó y sacó las láminas de inmediato. Las damas examinaron los últimos cortes y estilos mientras bebían delicadamente aguardiente de uva en copas de tallo largo.

—He visto un encantador vestido de cena color prímula en *Mirror of Fashion* y una bonita muselina blanca tejida en Lady's Magazine de este mes. ¿Quiere que lo busque? —preguntó Penelope.

—No seas ridícula. Personas de tu estatus no pueden vestir lo que se encuentra comúnmente en cualquier hogar que sepa coser —replicó Madame con aspereza.

—¿Mi estatus?

—Hum. Tendrás un estatus al final de la temporada, muchacha, así que empieza a practicar. Si crees que eres mejor que los demás, los demás también te tratarán con esa misma deferencia. Estarás con la duquesa viuda y el duque. No puedes avergonzarlos comportándote como una simple fregona.

Penelope frunció el ceño. ¿Cómo se podía fingir ser mejor de lo que una era?

Madame continuó:

—Mide tus palabras antes de hablar. Hazlos esperar como si incluso conversar contigo fuera un privilegio. Mantén la cabeza alta y entra en una sala sabiendo que todas las miradas estarán puestas en ti, y así seguirá siendo gracias al delicado giro de tu tobillo, las finas venas azules de tu muñeca, el rubor de tus mejillas y la suave curva de tu busto, más seductora que la de cualquier otra mujer presente en esa habitación. ¿Entendido?

Penelope se ruborizó y miró su muñeca como si nunca la hubiera visto antes. Y en cuanto a entrar en una sala sabiendo que todas las miradas se posarían en ella… solo pensarlo le convertía las piernas en gelatina.

Madame Bellafraunde señaló con el dedo una acuarela que representaba un vestido.

—Seda color ámbar con un ligero abullonado y mangas largas es lo que sugiero para su primer baile. Complementará bien su cabello castaño y sus ojos. Un poco de encaje clancy en crema asomando bajo la falda, zapatillas de seda ámbar y ninguna joya.

—¿El escote? —preguntó la duquesa viuda.

—No se preocupe, su gracia. Será recatado, el busto quedará adecuadamente cubierto. A los hombres les gusta imaginar y pensar vulgaridades, pero si se les presenta algo demasiado audaz, salen corriendo.

—Muy bien, dejo la decisión en sus manos. ¿Y los otros vestidos?

—Esmeralda, melocotón empolvado, satén blanco, verde París y coquelicot —sugirió Madame, sacando los tejidos del contenedor de madera.

—No el coquelicot. Puede chocar con su piel castaña cremosa —dijo Lady Anne.

—Hmm… ¿este azul francés?

—Perfecto —respondió la duquesa.

—Sugiero un azul celestial para Lady Anne y este bordó para usted, su gracia.

Lady Anne pasó un rato delicioso rebuscando en la caja de madera, mientras la duquesa estudiaba detenidamente las láminas de estilo.

—Los adornos deben ser sencillos. Capullos de rosa, encaje, cintas y perlas. Cada vestido tendrá un solo adorno. Quiero mantenerlo sutil y dejar que su propia belleza brille. Quiero que la sociedad la vea a ella, no a la ropa —dijo Madame pensativa.

—Es muy generoso por su parte —comentó la duquesa.

—Tengo suficientes damas dispuestas a rozar los límites de la decencia con mis diseños. Con ellas puedo jugar con los estilos. Necesitan aprovechar que la moda ya ha pasado su primer esplendor. Para ellas creo prendas que desvían la mirada de rasgos caídos y arrugados. La señorita Fairweather no necesita nada de ese exceso.

Penelope alzó la vista del encaje espumoso que tenía entre las manos. Aquello casi sonaba como un cumplido. Madame, que vestía a princesas, duquesas viudas y condesas, y que había visto a las mujeres más bellas, no podía considerar que ella fuera… ¿aceptable? ¿O sí?

***

Horas después, ya en su habitación, Penelope se dejó caer por fin sobre la cama. La cena reposaba en la bandeja, enfriándose. Estaba demasiado cansada para comer, con la mente dando vueltas a todo lo que se había comprado para ella en apenas unas horas. Su nuevo guardarropa incluía guantes de cabritilla, medias de seda, zapatillas de terciopelo, vestidos de montar, trajes de mañana, hechizantes vestidos de baile, sombreros, sombrillas, abanicos de seda tornasolada y mucho más.

Su tocador rebosaba de frascos, lociones y perfumes. Parecía un cuento de hadas. Jamás en su vida había imaginado poseer tanto.

Todo aquello debía de haberle costado una fortuna al duque y, en lugar de sentirse complacida, se sentía miserable. Después de todo lo que se hacía por ella, de todas las libras y chelines gastados, ¿y si acababa siendo una decepción?

A lo largo del día había perdido el miedo a Madame y había aprendido a ver el corazón bondadoso que se escondía bajo su áspera apariencia. Pero incluso mientras se acostumbraba a ella, su ánimo se hundía cada vez más con cada nueva compra. El dinero ya se había pagado, las cuentas firmadas, las lociones y los tarros de crema abiertos y usados. Ya no había vuelta atrás. Tendría que asistir a la temporada.

CAPÍTULO DOCE

Qué sueño tan extraño, pensó Penelope. Madame Bellafraunde estaba de pie en su habitación, sosteniendo a Lady Bathsheba en brazos. Le hacía cosquillas a la cabra bajo el mentón y emitía extraños arrullos.

Penelope soltó una risita somnolienta.

La cabeza de Madame Bellafraunde giró bruscamente hacia la cama. Dejó a la cabra en el suelo y espetó:

—Arriba, niña. No tengo todo el día.

Penelope se incorporó de golpe en la cama y se frotó los ojos.

—¿Es de verdad usted?

—¿A quién esperabas si no? Ya pasaron las cinco. A tu edad, yo ya estaba despierta a las cuatro. Ahora date prisa, ponte uno de esos vestidos tan deplorables tuyos y baja. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Las cinco de la mañana? —chilló Penelope.

—No, de la tarde. Por supuesto que es por la mañana. Ahora levántate. No he conseguido sacar a tu doncella de la cama, así que vístete sola. Tu taza de té se está enfriando. Bébelo rápido.

—¿Madame?

—¿Sí?

—¿Por qué le importa tanto?

Madame dejó a la cabra y fue a sentarse junto a Penelope.

—El duque me está pagando una buena suma —respondió.

—No creo que sea la única razón —dijo Penelope, tomando la taza de té.

Madame la miró con sorpresa.

—¿Eso lo dice tu intuición o tu inteligencia? Sospecho que lo segundo… bien, para responder a tu pregunta, te ayudo por tres motivos. Primero, el duque realmente me paga una suma generosa por darte órdenes. Segundo, siento lástima por muchachas como tú, obligadas a casarse para mejorar su situación. Una solterona lleva

una vida espantosa, siempre dependiendo de la buena voluntad de los demás. Y, por último, convertirte en una dama es un reto. Me intrigó.

Penelope asintió y se pasó la mano por los ojos cansados y húmedos.

—No llores; se te pondrán los ojos rojos y no puedes permitirte parecer aún más espantosa. Embárrate la cara con alguna de las esencias de rosas que te di antes de bajar.

Penelope soltó una carcajada ahogada y se obligó a salir de la cama cálida y acogedora. Se sintió mejor después de salpicarse el rostro con agua. Y ahora que el sobresalto había pasado y sabía qué esperar, el día que tenía por delante no parecía tan terrible.

***

La Sala Azul había sido transformada. Los muebles se habían apartado hacia un lado para dejar un espacio despejado en el centro. Penelope pudo admirar por completo la gruesa alfombra azul empolvado, con su diseño ondulado en crema. Por exigencia de Madame, habían traído un enorme pianoforte desde la sala de música, y ahora ocupaba una esquina, empequeñeciendo la chimenea.

—Bailar es un arte. Un arte que permite a una mujer atraer la atención de un hombre hacia su figura de forma sutil. No importa con quién bailes, sino quién te observa mientras lo haces. Un pequeño movimiento de caderas y un delicado balanceo del cuerpo pueden crear fantasías en la mente de un hombre sin que la mujer pierda su respetabilidad —dijo madame Bellafraunde, levantándose de una silla en el rincón.

Penelope dobló la rodilla con torpeza para hacer una reverencia, y madame frunció el ceño.

—El baile es para criaturas elegantes que dominan lo básico. Cambio de planes, queridas —dijo madame, volviéndose hacia sus doncellas—. Tenemos que enseñarle a la muchacha los fundamentos. Empezaremos por la entrada. Salga de la habitación, señorita Fairweather.

—¿Salir? —chilló ella.

—Sí, sí, salir. Vamos, fuera, por el otro lado de la puerta… eso es. Ahora bien, en cuanto anuncien el nombre en un baile, todas las miradas de la sala se volverán hacia ti, y se debe aprovechar esos instantes. Entrarás con la cabeza bien alta, la mano delicadamente apoyada en el brazo de un caballero, o si estás solo en compañía de mujeres, mantén el abanico cerrado y sujeta la falda con una mano mientras con la otra sostienes suavemente el retículo… no estrujes el bolso, niña… mire, así es como se hace.

Penelope imitó obedientemente a madame.

—Mantén la mente en blanco y finge que eres una princesa y que todos los que tienes delante llevan calzoncillos color bígaro.

Penelope soltó una risita.

—Creo que me reiría si pensara eso.

—Tendrás el estómago lleno de mariposas. La risa será lo último en lo que pensarás. Y aunque te rieras, solo te haría parecer segura de ti misma.

Madame pasó las dos horas siguientes enseñándole cómo entrar con gracia en salones de baile, cenas y tertulias. Incluso le enseñó el método correcto para subir y bajar de un carruaje de la forma más distinguida posible.

—Ya casi son las siete. Haremos una pausa para el té. Después trabajaremos en tus reverencias. Es complicado, y te dolerán las rodillas de tanto inclinarte, pero el resultado —dijo, besando la punta de sus dedos— será exquisito. Encantarás a la sociedad con tu entrada y, en cuanto hagas la reverencia, quedarás etiquetada como una dama refinada. A partir de ahí, lo único que tendrás que hacer es mantener la boca cerrada y te tendremos casada antes de que te des cuenta.

Pasaban de las nueve cuando Penelope fue excusada para el desayuno. Se tragó su rebanada de pan con manteca y bebió a grandes sorbos el chocolate caliente. Acto seguido, regresó al Salón Azul para su siguiente lección, la que llevaba esperando toda la mañana: el baile.

Penelope entró en la habitación y encontró a madame rodeada de abanicos. Algunos eran de seda; otros estaban estampados,

pintados, tallados en marfil o confeccionados con plumas arrancadas de diversas aves y pegadas entre sí.

Su corazón se hundió, decepcionado, y madame sonrió.

—Esto será para otra ocasión, señorita Fairweather. No he olvidado mi promesa de enseñarte a bailar después del desayuno. Por la expresión ansiosa de tu rostro, deduzco que se te da bien, ¿no?

—Me gusta bailar. En cuanto a lo buena que soy, solo usted puede juzgarlo. Hasta ahora solo he bailado en pequeñas reuniones del pueblo.

—¿Cómo está tu tobillo?

—Mucho mejor. Alguna molestia de vez en cuando, pero estaré bien. Puedo bailar.

—¡Posiciones! —ladró madame.

Dos doncellas corrieron al centro de la sala y se colocaron frente a frente. Penelope se unió a ellas, encarando a una tercera criada.

—¿Sabes qué es esto?

—El cotillón, el baile de las debutantes —respondió Penelope.

—Muy bien. Rose —dijo madame dirigiéndose a una doncella—, muéstranos tus habilidades y toca una melodía en el piano. ¡Ahora bailamos! Muy bien, señorita Fairweather… ahora cambia la figura… cambia otra vez… muestra la enagua. muy bien. más enagua… paso, paso, paso, muestra la enagua… paso, paso, inclinación y giro… alto. Señorita Fairweather, tenía grandes esperanzas. Y si miro tu rostro, veo deleite y seguridad, algo que suele faltar en tus modales, pero si me atrevo a mirar tus pies, apenas puedo contener las lágrimas. ¿Has bailado alguna vez el cotillón?

—Sí, en el…

—En el pueblo. Ya sé lo que dijiste. Eres rápida de pies, así que esto quizá no sea tan difícil. Ven, obsérvame.

Madame Bellafraunde avanzó hasta el centro de la sala y eligió a la doncella más alta como pareja. Hizo un gesto a Rose, que comenzó a tocar el piano. Luego se inclinó, giró y se deslizó por el suelo. Sus pies parecían apenas rozar el suelo mientras volaba por la habitación al ritmo de la música.

—Madame —dijo Penelope, con los ojos muy abiertos de asombro —. Es usted una bailarina maravillosa. Y también creo que sería una ladrona excelente. Es tan ligera de pies que podría escalar muros, entrar de puntillas en los dormitorios y robar todas las joyas sin que nadie se diera cuenta.

Madame dejó de bailar. Resopló, pero una pequeña sonrisa complacida cruzó su rostro.

—Ahora inténtalo tú —dijo, de mucho mejor humor—. Muy bien. Otra hora más y habríamos logrado dominar el primer baile.

—¿Una hora para un solo baile?

—Aspira a la perfección. Vamos un poco despacio, pero no se puede evitar. Quizá podamos trabajar toda la noche. Tendré que hablar con la condesa viuda.

Aquella proclamación arruinó el placer que Penelope sentía al bailar. Aun así, obedeció, saltando, brincando y girando al compás de las alegres melodías, con paso tras paso intercalado con destellos de tobillos, muñecas y enaguas.

La condesa viuda y lady Anne se unieron a ellas a las once, animando el Salón Azul. Con cada nuevo estilo de baile, Penelope fue ganando confianza. Solo tenía que moderar su entusiasmo y tratar de ser más sensual. Su manera de moverse se suavizó y pronto aprendió a mecerse con la música, dejando que recorriera su cuerpo. El tobillo le dolía, pero no le importó, y por primera vez desde la llegada de madame, empezó a disfrutar de sus lecciones.

Madame chasqueó los dedos.

—Y ahora llegamos al vals. Es el baile de los amantes, en el que abrazarás a un hombre por primera vez a plena vista del público. Si lo haces bien, puedes atrapar a cualquier hombre para el matrimonio si te apetece.

—¿El vals? Pero eso es escandaloso —jadeó Penelope.

—El vals está de moda hoy en día, y la condesa viuda obtendrá el permiso de las patronas de Almack’s. Ahora deja de sonrojarte como una idiota y ponte de pie. Lady Anne, ¿podría pedirle que nos consiga un hombre que sepa bailar el vals?

Lady Anne salió con un brillo travieso en los ojos que llenó el estómago de Penelope de ciervos desbocados. Sus temores

resultaron bien fundados cuando el duque entró en la sala. Al parecer, lady Anne había derramado aún más lágrimas en su favor. Lady Anne, concluyó, era completamente exasperante.

La agitación de Penelope se desvaneció por un momento cuando la condesa viuda se excusó, confesando que estaba cansada tras toda la emoción de la tarde. Su frente se arrugó de preocupación mientras observaba cómo la viuda se retiraba.

Madame carraspeó delicadamente tras un pañuelo.

—Me alegra que lo apruebe, su gracia. Solo ha pasado un día, y veo que ha notado una mejora en mi joven alumna.

Los ojos de Penelope se alzaron de golpe hacia el rostro del duque, sobresaltada al descubrirlo mirándola fijamente.

Al notar su mirada, él apartó los ojos con rapidez.

—Tiene las mejillas sonrosadas de forma encantadora y los ojos más brillantes y grandes. Es asombroso lo que pueden lograr unos cuantos frascos de lociones —comentó madame con sequedad.

Penelope se puso color carmesí y bajó la vista hacia sus pies. Le sorprendía aquel elogio. Su vestido era viejo, sus medias antiquísimas y sus zapatillas, prehistóricas.

No era consciente de que su viejo vestido de mañana había adquirido con los años un tono crema favorecedor, que la tela se había suavizado con el uso y se adaptaba perfectamente a su figura. Sus mejillas estaban rosadas y sus ojos brillaban por tanto baile, mientras la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas la hacía parecer delicada, suave y tentadora.

El duque apretó el puño y masculló que todo aquel maldito asunto empezara de una vez.

—Música —dijo madame en voz baja.

El duque dio un paso adelante y tomó a Penelope entre sus brazos.

Comenzaron los primeros pasos y la voz ronca de madame acompañó el ritmo de la música.

—El hombre guía y la mujer sigue. Señorita Fairweather, una mujer en los brazos del hombre al que ama pierde la noción de sí misma. Olvida al público, los pasos y la música. En su lugar, una niebla desciende sobre su mente, nubla su juicio y la vuelve

consciente del tacto, del aroma y de las emociones desbordadas. Lo único que oye es el latido de su corazón.

Penelope, bailando en brazos del duque, no escuchaba ni una sola palabra de lo que decía madame. Tenía los ojos clavados en él; su mente estaba concentrada en el punto donde sus manos tocaban su cintura. Sus dedos ligeros, sujetándola con suavidad, casi le hacían cosquillas, y habría soltado una risita de no ser porque otros sentimientos más complejos la recorrían al mismo tiempo.

—¿No me pidió que guiara yo el baile en su lugar, su gracia? —preguntó madame, observando a la pareja dar vueltas por la sala.

—Es usted más refinada que muchas mujeres de mi conocimiento, madame —respondió el duque con cortesía.

Penelope, sacada un instante de su neblina, miró a madame, que se sonrojó de placer. No sabía que el duque fuera capaz de semejante encanto.

—Mantenga la vista en el duque, señorita —corrigió madame con aspereza.

Penelope obligó a sus pestañas a alzarse de nuevo y a mirar a sus ojos azul tinta. El estómago le dio un vuelco.

—¿Debería llamarla madame o…? —preguntó el duque, apartando la mirada de Penelope con esfuerzo.

—Madame será suficiente —respondió ella con rapidez.

—Pero yo sé que…

—Concéntrese en los pasos, su gracia, y mire a la señorita Fairweather. ¿Por qué intenta distraerse de la encantadora joven que tiene en brazos?

El duque devolvió la mirada a Penelope, a regañadientes.

Al cabo de un momento, madame preguntó:

—¿Está pensando en su abuela, su gracia?

El duque se detuvo en seco.

—¿Cómo ha…? —balbuceó.

—Conozco a los hombres —replicó madame con aire satisfecho.

—¿Por qué estabas pensando en la abuela? —intervino lady Anne.

El duque pareció avergonzado y, al notar la expresión desconcertada de Penelope, dio un paso atrás de manera abrupta.

—Basta de esta tontería. No me importa que me prometas un mes entero sin lágrimas, Annie. No voy a involucrarme en su instrucción. Lo siento, madame, pero acabo de recordar un asunto urgente. Si me disculpan.

Penelope compartió una mirada confusa con lady Anne. ¿Qué demonios había hecho que el duque saliera huyendo con tanta prisa? ¿Y por qué madame parecía satisfecha? ¿Y qué tenía que ver la difunta abuela del duque con todo aquello?

Lady Anne siguió al duque para exigirle explicaciones, mientras madame se apiadaba de Penelope.

—Señorita Fairweather, cuando un hombre sostiene a una mujer deseable entre sus brazos, piensa en su abuela. Eso ayuda a refrenar sus instintos más bajos.

—¿El duque cree que soy deseable? —preguntó Penelope, incrédula.

—Los hombres consideran deseables a todas las muchachas con falda, dependiendo de su estado de ánimo. Un hombre no necesita amar para hacer el amor.

Penelope se sonrojó y evitó la mirada de madame.

—Bailaste el vals lo suficientemente bien. Creo que mereces unas horas de descanso. Practica por tu cuenta por la tarde, antes de la cena. Y vigila a la condesa viuda. No creo que se encontrara muy bien esta tarde. Apenas probó su comida.

—Madame Bellafraunde, ¿qué aprenderé mañana?

—El arma de una mujer.

Abanicos, pensó Penelope. Tenía que ser eso.

—Muy bien, señorita Fairweather. La lección de mañana será el lenguaje de los abanicos, la importancia de las sombrillas y el arte de la conversación cortés.

Penelope parpadeó. Madame a veces resultaba inquietante con su capacidad para leer la mente.

—No leo mentes; simplemente observo mejor que los demás —dijo madame, despidiéndose con la mano de una Penelope boquiabierta.

CAPÍTULO TRECE

—Elige tu arma.

Penelope se quedó mirando la colorida colección de abanicos dispuestos sobre la chaise longue. Su mano se detuvo un instante sobre el de plumas de pavo real y el de satén color rubí, pero al final su atención quedó atrapada por un sencillo abanico oriental de seda, con varillaje de nácar. Lo tomó y se alegró al ver que madame aprobaba su elección.

—Posiciones, señoritas.

Las doncellas formaron una fila frente a la mesa larga, cada una con un abanico en la mano. Penelope fue a colocarse junto a ellas.

—¿Conoces lo básico?

—Sí —respondió Penelope, con inseguridad.

—Muy bien. Ahora sigan mis órdenes. Coloquen los abanicos.

Penelope observó cómo las doncellas depositaban los abanicos con suavidad sobre la mesa e hizo lo mismo.

—Arriba —rugió madame.

Las jóvenes levantaron los abanicos con un giro seco de muñeca.

—Desplieguen.

Los abanicos se abrieron con un chasquido semejante al disparo de una pistola.

Penelope se puso nerviosa. El suyo no había producido aquel sonido, aunque todos los demás sí.

—Lancen —fue la siguiente orden, y Penelope arrojó el abanico sobre la mesa con rapidez.

—Arriba… y aleteen, aleteen, aleteen —chilló madame.

Penelope aleteó.

—Abajo y alto.

Madame se secó la frente y fulminó a Penelope con la mirada.

—Conoces las órdenes, pero la ejecución… niña, el abanico, esta hermosa creación, está destinado a mantener ocupadas nuestras manos, refrescar la piel ardiente, ocultar los rubores, disimular

situaciones incómodas, comunicar mensajes secretos, pero, sobre todo, es un arma cuyo aire debería ser lo bastante fuerte como para hacer volar a un hombre, cuyo sonido podría ahuyentar a un bandido asesino y cuya belleza debe hechizar al ser amado. Lo que has hecho ha sido vergonzoso, una humillación para todas las mujeres de Inglaterra. Has faltado al respeto a nuestra única arma.

Penelope bajó la cabeza, clavando la mirada en el objeto en cuestión. Con culpa, admitió para sí misma que siempre había considerado el abanico una frivolidad absurda, algo incómodo de sujetar y de cargar.

Madame suspiró y se dejó caer en su asiento.

—Té. Necesito refrescarme después de este último desastre.

Pasaron dos horas antes de que madame se recuperara. Algo pálida, la condesa viuda se unió a ellas, al igual que lady Anne. Las tres pasaron el resto del día enseñándole a Penelope los matices de la diplomacia, el lenguaje de los abanicos y la forma correcta de desplegar y colocar una sombrilla.

—No hables de nada que no sea el clima. Recuerda, si te sientes nerviosa, imagina a la persona con la que conversas vestida solo con calzones color pervinca —aconsejó madame.

La condesa viuda asintió.

—Anima a la otra persona a hablar de sí misma. Si debes hablar tú, por ejemplo en una mesa, pregunta por su salud. Divide tu atención por igual entre las dos personas sentadas a cada lado.

Lady Anne le dio una palmadita reconfortante en el brazo.

—Estaré a tu lado en cada reunión social. Te guiaré. No te preocupes si surge alguna situación que no hayamos tratado hoy.

Penelope asintió débilmente, con la cabeza repleta de consejos, advertencias y reprimendas. Por eso, cuando se retiró a dormir, le dolía horriblemente la cabeza. Ni siquiera el té de sasafrás de Mary logró aliviarla. Dio vueltas en la cama toda la noche. ¿Cómo iba a recordar todo? ¿El baile, el lenguaje de los abanicos, las reglas de la buena sociedad?

Sabía que era inútil; la mitad ya se le había escapado de la mente.

Aquella noche, sus sueños volvieron a ser intensos. Soñó con abanicos vestidos con calzones color pervinca que la regañaban por comerse la cabeza de una exquisita escultura de galleta. Luego, los abanicos se transformaban en lores y damas sin rostro que le ordenaban bailar para el duque.

De pronto, perdió el control de sus pies, que se movían solos por la sala. Sentado en un trono dorado, el duque sonreía con burla, y las damas empezaban a reír y a señalarla… Penelope miró su ropa y descubrió que llevaba un vestido gris y raído, salpicado de suciedad. El vestido comenzaba a desintegrarse lentamente, y sus pies danzaban descalzos.

Despertó aturdida y abatida.

***

El duque también había despertado de pésimo humor. Desde el día en que aquella maldita mujer había llegado, su sueño era inquieto. Permanecía tumbado, mirando el techo ornamentado, rascándose la oreja derecha, la misma que ella había pellizcado y maltratado.

Desde el primer momento en que la vio, ella lo había irritado. Aquella insignificante campesina había intentado meterse en su cama. Él había ganado esa batalla, pensó con una sonrisa, poniéndola en su sitio y asustándola bien.

Su expresión se ensombreció. Pero la desconcertante plaga había conseguido el apoyo de su madre y de su hermana, y se había visto obligado a permitirle quedarse, incluso después del fiasco de la bebida.

Era como una luciérnaga: el mundo solo veía su brillo seductor, mientras él distinguía el insecto repulsivo oculto tras esa luz.

Quizá repulsivo era un término demasiado duro, teniendo en cuenta que, durante un instante, había deseado llevarla a la cama. Se clavó las uñas en la palma para devolver su mente errante al problema real.

Era una jugadora astuta. Todos sus intentos por echarla habían fracasado, y él nunca fracasaba. Su aldea debía de albergar mentes maestras para producir un espécimen tan ingenioso y maligno. Su ego estaba magullado tras demostrarse equivocado una y otra vez.

Golpeó la cama con el puño.

Su tobillo había estado realmente torcido. Si fue un accidente honesto o algo calculado, no lo sabía. Pero lo cierto era que se había sentido como un necio y había quedado como tal ante su madre y su hermana.

En la Sala Azul la había encontrado desnuda.

Se detuvo.

Bueno, casi desnuda. Llevaba calzones, medias y corsé. Una imagen repentina de ella sin calzones, sin medias y sin corsé se le apareció en la mente.

Gruñó, grave y bajo.

Había bailado con ella y le había parecido distinta… y olía a rosas.

Frunció el ceño.

Todo aquello era endiabladamente molesto. Su madre y su hermana deberían haberlo apoyado a él, no a una irritante muchacha de pueblo. Tendría que idear otro plan, y esta vez tenía que funcionar, porque cada vez estaba más claro que la señorita Fairweather no era una luciérnaga, sino una mosca de la fruta: indeseada e insignificante.

Una mosca de la fruta incapaz de causar un daño real, pero aun así molesta y digna de ser eliminada.

Todos sus pensamientos sobre Penelope se desvanecieron cuando Hopkins, su ayuda de cámara, dijo con urgencia desde la puerta:

—Su gracia, la condesa viuda ha caído enferma.

El duque no perdió ni un segundo. Saltó de la cama, se puso una bata y corrió al dormitorio de su madre.

Su hermana estaba sentada junto a la cama, mientras la mosca de la fruta se posaba al otro lado. Ignoró su presencia y se centró en su madre, que tenía un aspecto ceniciento, y el corazón se le encogió de miedo.

—¿Qué ocurre? —preguntó con suavidad, el rostro inexpresivo, ocultando su agitación.

—Me duele la garganta —susurró la condesa viuda.

—Tiene fiebre —añadió lady Anne.

El duque hizo un gesto a su hermana para que se apartara y ocupó su lugar junto a la cama. Sostuvo un instante la frágil muñeca

de su madre y luego le tocó la frente. Ardía.

—Enviaré a buscar al doctor Johnson. No, madre, insisto. Ahora, Annie, sal de la habitación. No sé qué es lo que tiene y podría ser contagioso. Anne, es una orden.

Esperó a que lady Anne se marchara y luego fue al escritorio de su madre. Escribió una breve nota y se la entregó a Hopkins.

—Sal de inmediato y asegúrate de volver con el médico.

Cuando se quedó a solas, su rostro perdió parte de su compostura. Evitó mirar a su madre, consciente de que su terror era ya demasiado evidente.

Un suave contacto en el hombro lo sobresaltó. La señorita Fairweather seguía en la estancia. Se había olvidado de ella.

La compasión brillante en sus ojos lo irritó.

—Fuera —susurró.

Penelope retrocedió, pero se negó a marcharse.

—Quiero quedarme a su lado. Puede necesitar algo.

—¿No oíste lo que le dije a Anne?

—Sí, la condesa viuda puede contagiar, pero usted sigue aquí.

—Soy su hijo.

—Yo le debo mucho.

—No lo suficiente como para arriesgar tu vida. Sal ahora mismo o te sacaré yo mismo.

—Soy una molestia para usted. ¿Qué más le da…?

No pudo terminar la frase. El duque la agarró del brazo, la arrastró por la habitación y cerró la puerta en su cara.

***

Madame llegó más tarde aquella mañana y encontró a su alumna distraída.

—Se pronuncia enigma, no enicma; cardo, no carrdo; cacofonía, no cocafonía… —Madame cerró el libro de golpe—. Has robado y leído muchos libros de la biblioteca de tu padre, pero es una lástima que nadie te enseñara a pronunciar las palabras. Deberías hablar con frases cortas y sencillas y usar solo palabras que… niña, ¿me estás escuchando?

Penelope parpadeó.

—¿Eh?

Madame suspiró. El médico estaba con la condesa viuda y, hasta que no aclarara el diagnóstico, nadie estaría tranquilo. Tras convencer a Penelope de que se probara varios corsés y volver a tomarle medidas para comprobar el ajuste, se dio por vencida y se marchó por ese día.

Pasó otra hora antes de que llegara una doncella para informar a lady Anne y a Penelope de que la viuda solicitaba su presencia.

Las dos muchachas se pusieron de pie de un salto antes de que la doncella terminara de hablar y corrieron a los aposentos de la viuda.

—No pongan esa cara tan lúgubre, queridas. Viviré. Solo tengo dolor de garganta y un poco de fiebre. Nada contagioso —susurró la viuda.

—No hables, madre; se nota que te duele hacerlo —dijo lady Anne, sentándose junto a la cama.

Penelope se quedó dubitativa junto a la puerta, preguntándose si estaba siendo una intrusa. Una sonrisa alentadora de la viuda la hizo acercarse y tomar una silla.

—Mamá, nos hemos encontrado con Charles afuera. Dijo que debes guardar reposo unos días.

La viuda asintió, con expresión sombría.

—Será terriblemente aburrido pasar todo el día en tu habitación sin nada que hacer —continuó lady Anne.

La viuda pareció aún más miserable.

—¿Quizá pueda leer? ¿Tejer? —sugirió Penelope.

La viuda negó con la cabeza y señaló primero sus ojos y luego su cabeza.

—Ah, le dará dolor de cabeza —dijo Penelope—. ¿Puedo…? ¿Le gustaría que le lea?

La viuda se animó de inmediato.

—¿No te importa leer? —preguntó lady Anne con escepticismo.

—No, me encanta leer. Claro que no puedo pronunciar difíciles como cocafonía y enicma, pero tengo un libro lo bastante sencillo.

Lady Anne y la viuda sonrieron aliviadas.

—Es una aventura llamada La contrariedad de Bertie. Un inquietante relato gótico de… —se detuvo porque la viuda

gesticulaba frenéticamente hacia su corazón y sonreía de oreja a oreja.

—¡Lo ha leído! Es mi libro favorito. Ah, veo que usted también lo adora. Sí… sí, lo entiendo, jamás podrías decirle a nadie que es su favorito. No es lo bastante elevado. Siempre guardo unos cuantos títulos aceptables en la cabeza para cuando me preguntan cuál es mi libro favorito, pero una nunca confiesa cuál es el que de verdad le gusta y ha leído una y otra vez…

***

El duque contemplaba la escena con gesto hosco. La mosca de la fruta estaba sentada leyendo en voz alta algún relato idiota. Su hermana dormitaba en el sofá mientras su madre escuchaba, embelesada por aquella criatura zumbante.

Si detenía a la criatura, Anne tendría que ocupar su lugar. Anne odiaba leer, lo detestaba, y eso significaba que al final él tendría que hacerlo.

A él le gustaba leer, pero para sí mismo. No para su madre, sobre todo cuando los gustos de ella se inclinaban hacia novelas románticas y de aventuras. Resultaba un poco incómodo leer en voz alta a su madre escenas de doncellas desmayadas y abrazos apasionados.

Se encontró en una de esas situaciones en las que no te gusta lo que está pasando, pero si lo detienes, las consecuencias pueden ser peores. Así que, a regañadientes, permitió que la mosca de la fruta siguiera revoloteando alrededor de su madre.

***

Penelope pasó los dos días siguientes pegada al lado de la viuda. Se tomaba descansos ocasionales para comer y chismorreaba con lady Anne cuando esta visitaba a la viuda. Sin embargo, las lecciones no se suspendieron por completo, y se vio obligada a soportar dos horas de clases y enseñanzas con madame.

Durante esos dos días se formó un vínculo curioso entre la viuda y Penelope. La capacidad de Penelope para percibir el ánimo y los deseos de la viuda la volvió casi indispensable. Su forma de leer dejaba mucho que desear, pero la viuda estaba simplemente feliz de

estar entretenida y de que le leyeran su historia favorita, por mal que lo hicieran.

A su vez, una viuda gruñona y caprichosa hizo que Penelope se sintiera más cómoda, y dejó de mirarla con reverencia. La viuda la necesitaba, y eso hizo que Penelope sintiera, aunque solo fuera por un instante fugaz, que tenía un lugar al que pertenecía y que no era una carga indeseada colocada sin más sobre aquella familia aristocrática.

CAPÍTULO CATORCE

Al tercer día, Penelope entró en el comedor para el desayuno y encontró a Lady Anne y al duque ya sentados.

—¿Cómo está madre? ¿No vino hoy el médico a verla? —preguntó Lady Anne.

—La infección de la garganta ha mejorado, pero sigue débil. Un día más de reposo y luego podrá retomar actividades ligeras —respondió el duque, con los ojos puestos en Penelope.

Penelope lo ignoró y tomó asiento. Había hecho de fulminarla con la mirada en cada comida una costumbre. Ya empezaba a acostumbrarse.

Lady Anne indicó a la doncella que sirviera el chocolate especiado de Penelope.

—Señorita Fairweather, ¿le gustaría venir a mi habitación después de sus lecciones con Madame? Puede ayudarme a decidir qué ponerme mañana. Estoy indecisa entre la seda rosa y la lavanda.

—¿Hay algo especial planeado? —preguntó Penelope, añadiendo una generosa cantidad de crema y azúcar a sus gachas.

Lady Anne soltó una risita.

—Tiene un talento especial para hacerme reír, señorita Fairweather.

Penelope añadió fruta seca picada y espolvoreó canela con cuidado.

—De verdad, Lady Anne, no tengo conocimiento de ninguna salida programada para mañana.

—Tonterías —murmuró el duque y luego, en voz más alta—. Anne, ¿de verdad quieres pedirle ayuda para decidir qué ponerte? Mírala.

—Filisteo empañado —murmuró Penelope en respuesta. Su vestido de muselina blanca de cuello alto era perfectamente aceptable.

—¿Qué has dicho? —preguntó Lady Anne.

—Pasas —respondió Penelope.

—¿Las pasas son filisteos empañados? —preguntó Lady Anne, con los ojos brillantes.

—Sí, cositas arrugadas. No me gustan —dijo Penelope, hundiendo la cuchara en el cuenco y pescando una pasa.

Lady Anne sonrió, rebosante de emoción.

—Charles, Madame llegará pronto con los vestidos ajustados, y Penelope estará preciosa en el baile de mañana. No tendrás motivo alguno para quejarte.

Penelope dejó la cuchara. Se le había ido por completo el apetito. ¿Cómo, en nombre de Belcebú, había olvidado que el baile era mañana?

***

—Madame Bellafraunde —Penelope hizo una reverencia y parpadeó con nerviosismo.

—Señorita Fairweather, he oído que la condesa viuda está mejor.

—Sí, está mejor… ¿Tenemos tiempo suficiente?

Madame sonrió e indicó a una de sus ayudantes, Rose, que comenzara a tocar el piano. Luego tomó a Penelope entre sus brazos.

—Practicaremos algunos pasos de baile y, mientras tanto, nos centraremos también en los planes para mañana.

—¿Usted guía, Madame?

—El tiempo apremia. No tengo el lujo de convencer al duque.

Penelope se marchitó de alivio, y todo su cuerpo se aflojó como goma de la India, permitiendo que Madame la girara como quisiera.

—Solo tenemos un día antes del baile de Lady Hartworth —continuó Madame—. Abrirá la temporada y asistirá todo aquel que importa conocer. Allí conocerá sin duda a todos los hombres casaderos, aunque su presencia en Almack's u otros eventos no esté garantizada. Si logra captar la atención de uno, acudirá a cada reunión social a la que usted vaya, porque los hombres dominados por el deseo pueden volverse muy creativos.

Esta vez Penelope ni siquiera se sonrojó. Empezaba a acostumbrarse a Madame.

—Nunca estaré lista a tiempo —dijo con desaliento.

—Las niñas empiezan a aprender estas artes desde el momento en que nacen. Por desgracia, usted no prestó atención o nunca tuvo la oportunidad. No puedo esperar que recuerde todo en tan poco tiempo. No soy tan irracional… no ponga esa cara. Si no podemos alcanzar la perfección, aspiraremos a la ilusión de ella.

—¿Qué quiere decir?

Madame la hizo girar.

—Me gusta su carácter vivaz, su forma de decir lo que piensa, pero a los hombres que buscan esposa no. Creen que desean una joven insípida, aparentemente obediente y dócil, lo opuesto a sus madres. No se dan cuenta de que esas mismas criaturas insulsas se convierten en arpías como sus madres en cuanto se leen los votos. El hombre se marchita poco a poco en el arrepentimiento, deseando haber elegido a la pelirroja fogosa, porque al menos habría calentado su cama.

Hago una digresión… mi punto es que usted, querida mía, se convertirá en un discreto alhelí durante el próximo mes. Tan increíblemente tímida que no escapará palabra alguna de sus labios en presencia de los hombres, y tan dulce que lo único que hará será sonreír de forma boba a todo el mundo. Las mujeres la adorarán, pues su supuesta estupidez las hará sentirse superiores, mientras que los hombres la compadecerán y querrán encerrarla en una habitación para protegerla de este mundo cruel. Su timidez los complacerá, haciéndoles creer que estará dispuesta a seguir todos sus caprichos sin cuestionarlos.

—Eso es terrible. Estaría mintiendo a toda la sociedad londinense, y me niego a seguir cada capricho necio de un hombre. Cuando mi primo intentó obligarme a darle mi trozo de pastel de frutas, lo tiré al río. Y antes de que pregunte: yo tenía dieciocho años y él veinticuatro.

—Como dije, admiro su capacidad para… ejem… arrojar hombres adultos a los ríos. Espero que fuera pleno invierno. Pero, querida, ¿quiere quedarse solterona con cofia o quiere casarse?

—Quiero casarme —respondió Penelope, aferrándose a los brazos de Madame.

—¿Por qué?

—Lo sabe. Por mi familia, para mejorar su situación… y la mía.

—¿Lo suficiente como para mentirle a la sociedad?

Penelope perdió un paso y se tambaleó hacia adelante, chocando con el voluminoso vientre de Madame.

—¿Puede mentirle a la sociedad? —repitió Madame.

Suspiró y, por fin, asintió.

—Muy bien. Entonces le enseñaré a ser el alhelí perfecto. Todo lo que tiene que hacer es asentir, sonreír y no pronunciar una sola palabra. Yo me encargaré de su aspecto y de que sea vista. ¿Puede guardar silencio durante una noche?

—Puedo —respondió con seguridad.

—Hmm… ya veremos. Por ahora, centrémonos en su baile y en su entrada. Vendré a enseñarle dos horas cada tarde hasta que termine la temporada o hasta que atrape a un hombre, lo que ocurra primero.

Penelope pasó el resto del día entrenándose para ser un alhelí. Escuchó todo lo que Madame tenía que decir mientras reflexionaba sobre algunos hechos extraños que habían salido a la luz. Madame tenía las pestañas más largas que Penelope había visto jamás y, si una se fijaba bien, el resto de sus rasgos también eran llamativos. Penelope se preguntó por qué Madame, con su excelente sentido de la estética, distorsionaba deliberadamente sus facciones con ayuda de colorete y polvos. Pero, sobre todo, se preguntó por qué Madame necesitaba ocultar su figura musculosa usando un falso vientre exageradamente acolchado.

***

Ya entrada la noche, Penelope entró en su dormitorio y por fin tuvo ocasión de revisar las cosas que Madame le había traído.

Se quedó mirando las cajas y paquetes bellamente envueltos, atados con cintas, y rompió a llorar.

—Vamos, vamos, señorita Pea. ¿Es esto para llorar? Tantas cosas bonitas… debería estar contenta —dijo Mary, su doncella, dándole unas palmaditas en la espalda.

—Estoy contenta.

—No lo parece.

—No sé por qué estoy llorando. Antes no solía llorar —sollozó Penelope.

—Creo que solo está cansada, señorita Pea. El viaje y el salteador de caminos, todas esas lecciones con Madame y, además, ha pasado el día entero cuidando de la condesa viuda.

—Supongo —respondió con incertidumbre.

—O quizá sea por el baile…

Penelope rompió a gemir.

Mary se apresuró a coger la caja más brillante del montón y la agitó delante de ella. Penelope dejó de llorar.

—Las cajas son preciosas, señorita Pea—dijo Mary, acariciando la tapa dorada.

Penelope se sonó la nariz y tomó uno de los paquetes.

—Puedes quedarte este, Mary —dijo, desatando los nudos de un paquete envuelto en metros de papel de seda rosa.

—No podría, señorita. No empiece a regalar sus cosas antes siquiera de haberlas usado. Si la veo repartiendo cajas y cintas entre los criados, se lo traeré todo de vuelta.

—Pero quiero que tengas la caja.

—Sé que de verdad quiere, pero a veces hay que aprender a guardar cosas para una misma. Esta es su temporada, señorita Pea, y no volverá jamás. Debería disfrutarla hasta la punta de los dedos de los pies.

—No puedo ponerme las cajas, Mary, y tengo de sobra.

—Aceptaré ésta, pero solo cuando termine la temporada.

—Entonces tendrás que llevarte dos —respondió Penelope, sonriendo.

Después se lanzaron de lleno al placer de abrir los regalos exquisitamente envueltos. De uno de ellos apareció una tela beige y brillante. Tras examinarla con atención, encontraron una nota pegada al fondo del papel de seda.

Camisa

—Es de seda —dijo Mary, maravillada.

—¿Para dormir…? ¿La gente duerme con seda? —respondió Penelope, dejando que el material suave se deslizara entre sus dedos.

—Hay más camisas en esta caja, señorita… diez. ¿Para qué va a necesitar tantas? Melocotón, rosa empolvado, lila… y ésta tiene capullos de rosa bordados en el dobladillo.

—La rosa tiene encaje francés. ¿Me pruebo una? Todos están cenando y, como no puedo unirme por culpa de Sir Henry, tenemos unas horas para nosotras.

—Creo que debería. Son preciosas.

—¿Y si las mancho? ¿Cómo voy a dormir con esto? Seguro que vale más que mi mejor vestido de mañana.

—Vamos, señorita Pea. Tiene que practicar vivir como la gente rica. No es que su familia sea pobre, pero el duque debe de tener un castillo en el campo con mazmorras y miles de cofres llenos de tesoros.

—Mary, ¿has vuelto a escuchar a esos viajeros?

—No, señorita, fue el ama de llaves. A veces lee en voz alta y yo estaba escuchando una historia maravillosa de piratas y fulanas. Quizá no debería decir nada más.

—No te detengas ahora. ¿Podrías subir el libro a escondidas?

—¡Ay, señorita, no diga eso! Jamás haría algo así. No es para damas —dijo Mary con severidad, ayudando a Penelope a quitarse el vestido.

—Todo lo bueno no es para damas —refunfuñó Penelope, con la voz amortiguada mientras Mary le pasaba la camisa por la cabeza.

Corrió hasta el espejo y se quedó mirando su reflejo.

—Es… —susurró Penelope.

—Sí —respondió Mary sin aliento.

—Indecente.

—Hermoso.

—Mary, con esto parezco casi desnuda. El color es igual al de mi piel. Me veo… —Penelope dejó la frase en el aire.

La seda se deslizaba sobre sus curvas, moldeando y favoreciendo cada parte de su cuerpo. Sus piernas parecían más largas y su cintura más frágil. El cabello, recogido de lado en una trenza sencilla, brillaba a la luz de las velas. Parecía frágil, delicada… y sensual. Sus labios se entreabrieron como en una invitación, y sus ojos se volvieron lánguidos.

—Mary, ¿cómo lo sabré? —preguntó, con la mirada fija en su reflejo.

—¿Saber qué?

—¿Cómo sabré si estoy enamorada? —susurró, ruborizándose.

—Cuando esté enamorada, señorita Pea, se le encogerán los dedos de los pies —respondió Mary con toda naturalidad.

—¿Se me encogerán los dedos? —chilló Penelope.

—Sí, señorita.

Penelope miró a su doncella horrorizada.

—Me gustan mis dedos rectos, Mary. ¡Estoy muy encariñada con mis dedos!

Mary bajó la vista hacia Penelope, aferrada a los dedos de los pies, y estalló en carcajadas. ¿Qué sería de la pobre señorita Pea en el baile de mañana?

CAPÍTULO QUINCE

Al día siguiente amaneció despejado y luminoso, en completo desacuerdo con el ánimo de Penelope.

—Señorita Fairweather, apenas ha tocado los huevos, y anoche su bandeja de la cena volvió intacta. ¿Se encuentra bien? —preguntó Lady Anne.

El duque frunció el ceño y hundió aún más la nariz en el periódico.

—Sí, Lady Anne. Quiero decir… estoy bien, gracias —respondió Penelope, sin demasiada convicción.

—¿Es por el baile? —preguntó la condesa viuda.

La bondad en los ojos de la viuda la desarmó. Penelope respondió con sinceridad:

—Lo siento, ¿es tan evidente? Estoy un poco inquieta. Cuando Madame me estaba enseñando estaba demasiado cansada para pensar. Ahora lo único que hago es preocuparme por el baile. Aún no estoy preparada para enfrentarme a la sociedad. Ojalá Madame viniera…

—Nadie va a ir al baile —espetó el duque.

—¿Qué? —chilló Lady Anne—. ¿Y eso por qué?

—Mamá ha estado enferma. No puedo permitir que esté rodeada de decenas de personas sin apenas aire para respirar. Necesita descansar. Y no puedo enviarlas a usteedes dos sin acompañante. Tendrán que olvidarse de los bailes hasta que mamá esté mejor.

—Tonterías, estoy perfectamente bien, Charles —la viuda suspiró al ver la expresión decidida de su hijo—. De acuerdo, no iré.

—¡Madre! —exclamó Lady Anne.

—Escúchame, Anne. Me quedaré en casa y descansaré si tú, Charles, acompañas a las chicas al baile y vigilas que todo vaya bien durante toda la velada.

—Pero… —balbuceó el duque.

—Ya tenías pensado asistir al baile de Lady Hartworth. Esto solo significa que tendrás que renunciar a una visita a la sala de juego. No es pedir demasiado.

—No estoy casada —añadió Lady Anne, batiendo las pestañas a su hermano—. Necesito ir para encontrar marido. Además, ¿cuándo no me has vigilado tú? —añadió en voz baja a Penelope—. Espanta a todos mis pretendientes.

El duque le lanzó a su hermana una mirada irritada.

—Está bien, llevaré a las chicas.

—Estupendo, hay otra cosa que necesito que hagas…

—Madre, ya quedamos en que si acompaño a las chicas, tú te quedas en casa.

—Sí, pero eso era por el baile de esta noche. Pensaba llevar a la señorita Fairweather y a Anne de compras mañana.

—No vas a ir a ninguna parte.

—Lo sé, y por eso iba a decir que deberías llevarlas tú. Anne se llevará una decepción si no va, y es norma tuya no permitirle ir a las tiendas solo con su doncella.

—Charles nunca aceptará llevarme, madre. Nunca tiene tiempo para su hermanita. Es demasiado importante como para perder tiempo en nimiedades —dijo Lady Anne, haciendo un mohín.

—Nunca he dicho que no te llevaría, Annie.

Lady Anne sonrió, guiñándole un ojo a su madre.

***

Aquella tarde, Penélope avanzaba dando tumbos en el magnífico carruaje del duque, tirado por seis apuestos sementales grises. Se dirigía al baile. Y, una vez más, estaba aterrada. Tenía las palmas sudorosas, la liga izquierda le pellizcaba el muslo y el corsé color crema le dificultaba la respiración.

Le daban ganas de sacar la cabeza por la ventanilla y jadear como un caniche francés obeso. Si lo hacía, su elaborado peinado, trenzado con esmero, apilado sobre la cabeza y sujeto con peinetas enjoyadas, se desharía. Además, dudaba mucho que el duque o Lady Anne, sentados frente a ella, aprobaran semejante comportamiento.

—Se ve preciosa —la tranquilizó Lady Anne.

Penelope no se sintió tranquila.

Madame había llegado aquella misma tarde para ocuparse personalmente de la toilette de Penélope. Había obrado un milagro. El vestido de satén crema, cubierto por una delicada gasa color oro rosado, tenía un corte modesto y flotaba a su alrededor como un sueño. En los pies llevaba zapatillas rosa intenso hechas de una tela exquisitamente suave, y en el centro de cada una, diminutas gemas color rubí formaban pequeñas rosas. No había más adornos, ni siquiera un solo hilo de perlas. El cuello quedaba desnudo, y unos tirabuzones enmarcaban su rostro. Las pestañas, oscurecidas con hollín, hacían brillar sus ojos marrones, y los labios, frotados sin piedad con azúcar, lucían rosados y húmedos.

—Señorita Fairweather, recuerde las palabras de Madame y sea un alhelí. Todo irá de maravilla —la consoló Lady Anne. Tras un instante, añadió— Creo que debería respirar. No está respirando.

—Sí, estoy bien. Seré un alhelí, la mejor flor de pared. De hecho, seré una pared, ni siquiera una flor…

Penélope fue interrumpida cuando el carruaje se detuvo de golpe, haciéndola resbalar del asiento de cuero. Acabó despatarrada en el suelo del carruaje. Los pocos restos de confianza que le quedaban huyeron sin mirar atrás. Se quedó sentada en el suelo, aferrada al asiento, clavando las uñas. Lady Anne tuvo que separarle los dedos y arrastrarla hasta el aire libre.

El duque la ignoró mientras Lady Anne murmuraba palabras de consuelo ininteligibles.

Penélope llegó a la entrada tras intentar huir solo dos veces.

Lady Anne le sujetaba el brazo con una fuerza de tenaza cuando anunciaron sus nombres.

Ahí estaba. Por fin habían entrado en el temido baile de Lady Hartworth.

El baile estaba en pleno apogeo. Condes, vizcondes, barones, marqueses y otros aristócratas, junto con sus respectivas parejas y su abundante prole, se apiñaban en una enorme multitud. Turbantes, plumas de pavo real, boas, escotes, seda, brocado y pelucas se mezclaban como una ensalada de frutas de colores, ligeramente mustia por el calor insoportable.

Rostros pintados de blanco flotaban ante los ojos de Penélope, y la pista de baile apenas se distinguía entre la masa de cuerpos. Se sintió aliviada al darse cuenta de que Lady Anne tenía razón: en semejante multitud, cualquier traspié suyo pasaría desapercibido.

Casi de inmediato tras su entrada, un hombre alto y distinguido acompañado de una joven pareja se acercó a saludar al duque.

—Señorita Fairweather, la pupila de mi madre —dijo el duque, volviéndose hacia Penélope—. Y este es el duque de Arden, Lord Hamilton y Lady Hamilton.

Penélope hizo una elegante reverencia. Algo le cosquilleó en el fondo de la mente. Había oído aquel nombre antes, ¿pero dónde? De pronto lo recordó y dijo:

—Recuerdo haber leído sobre usted, su gracia, en *The Reflections*. Mi padre recibe un ejemplar cada mes. Lo siento mucho… oí hablar del desafortunado final de su hermana. Fue asesinada, ¿no es cierto? ¿Y por...?

Un pellizco brusco en el brazo por parte de Lady Anne la hizo callar en seco.

El duque de Blackthorne la fulminaba con la mirada. El duque de Arden la observaba con interés, mientras que Lord y Lady Hamilton parecían ligeramente escandalizados.

Lady Anne murmuró excusas atropelladamente y arrastró a Penélope a través de la sala hasta un rincón discreto del salón de baile. Ahuyentó a una pareja que se arrullaba tras unas cortinas de seda gris y ocupó su lugar.

—Señorita Fairweather —dijo Lady Anne con una calma forzada—, no puede, absolutamente no puede, hablar de hermanas asesinadas, hermanos, tías… y menos aún con un duque. Ay, demonios. Evite cualquier tema relacionado con la muerte, el nacimiento o cualquier cosa entre medio. Se *suponía* que debía guardar silencio. ¿Qué ha pasado?

—Estaba nerviosa, no pensé. Lo siento. Me quedaré callada —respondió Penelope, avergonzada.

—Bien. El duque de Arden es un caballero decente. Es un gran amigo de la familia, así que pasará por alto este pequeño desliz.

Pero no podemos contar con que los demás sean igual de amables. Prométame, señorita Fairweather, que no volverá a parlotear.

—No diré una palabra —juró ella.

Salieron de detrás de las cortinas y encontraron al duque de Blackthorne esperándolas.

Lady Anne suspiró y susurró a Penélope:

—Mi hermano me custodia como una esfinge o un dragón furioso. Solo los hombres valientes consiguen acercarse a mi lado, y por desgracia Inglaterra está llena de idiotas con corazón de gallina.

—Estoy segura de que animaría a un pretendiente digno —susurró Penélope.

—No cree que existan tales criaturas.

La conversación se interrumpió cuando un dandi larguirucho apareció de la nada frente al duque. En un instante no estaba allí, y al siguiente sí. Aquella criatura increíblemente valiente vestía terciopelo verde de pies a cabeza, y llevaba unos zapatos de un azul cerúleo deslumbrante. Tenía los dientes más grandes y blancos que Penélope había visto jamás. Parpadeó, cegada por la visión.

Lady Anne suspiró.

—¿No es hermoso?

Penelope pensó más bien que parecía un duende estirado, pero quién era ella para objetar. Si Lady Anne decía que era hermoso, entonces lo era.

Mientras el duque se ocupaba del duende alargado, otros dos jóvenes se deslizaron junto a él y saludaron tímidamente a Lady Anne.

Lady Anne se animó al verlos. Abrió el abanico de golpe y lo sostuvo delante del rostro con la mano derecha.

Penélope frunció el ceño. Si recordaba bien las lecciones de Madame sobre el lenguaje del abanico, Lady Anne estaba pidiéndoles en secreto que la siguieran.

Tras echar un vistazo rápido al duque, que seguía enfrascado en conversación con el dandi verde, Lady Anne apretó la mano de Penélope con decisión y la condujo hacia la mesa de refrescos. Una vez ocultas entre la multitud y fuera del campo de visión del duque, los dos caballeros se reunieron con ellas.

—Lord Poyning —dijo Lady Anne, haciendo una reverencia.

Penélope notó el rubor en su rostro.

El otro caballero fue completamente ignorado. Lady Anne solo tenía ojos para uno.

Una tos discreta de Penélope hizo que Lady Anne reaccionara y, apresuradamente, presentara a Penélope.

—Lord Poyning y Lord Rivers. Y esta es la señorita Fairweather.

Lord Edward Poyning era un hombre alto y apuesto, de cabello rubio plateado, labios finos y grandes ojos azules de expresión inocente. Sonrió con encanto y enseguida entabló conversación con Penélope.

Es decir, intentó entablar conversación trivial mientras Penélope intentaba ser un alhelí tímido y discreto.

De pie a un lado, en silencio, Lord Anthony Rivers no necesitaba esforzarse para ser un alhelí. Era la viva encarnación de uno. Su naturaleza callada, su aspecto apenas por encima de la media, su cabello oscuro y sus ojos oscuros hacían que a menudo uno olvidara que estaba en la habitación. Apenas hablaba, salvo en frases cortas y secas, y muchos lo consideraban un auténtico aburrido.

—La señorita Fairweather es dolorosamente tímida, y sus esfuerzos son completamente inútiles. No dice una sola palabra hasta el tercer encuentro —dijo Lady Anne con irritación a Lord Poyning, que no dejaba de parlotearle a Penélope.

—Señorita Fairweather, me recuerda usted a una rosa al amanecer, una rosa nueva a punto de florecer, con los pétalos cubiertos de rocío y… —dijo Lord Poyning, ignorando a Lady Anne y esforzándose por arrancarle aunque fuera un sonido a Penélope.

No pudo evitarlo. Se echó a reír.

Lord Poyning frunció el ceño y luego sonrió de lado.

—Ah, ya veo que la lisonja no funciona con usted. Tendré que ajustar mi enfoque. Seamos sinceros entonces, señorita Fairweather. Creo que es usted la muchacha más bonita de la sala.

Consciente de que Lady Anne hervía en silencio, Penélope dijo:

—No me reí por su alusión a que yo fuera un capullo de rosa.

—¿No? Entonces ¿por qué fue? —preguntó él, examinándose la ropa con rapidez para asegurarse de que todo estuviera en orden.

Penélope nunca había sido sometida al encanto en toda regla de un hombre apuesto, y menos aún de un lord de sangre azul. En Finnshire, la mayoría de los caballeros elegibles solían ignorarla. Así que el interés persistente de Poyning la dejó más que un poco alterada. Era lógico que semejantes circunstancias la empujaran al límite. Sus nervios solo podían soportar cierta cantidad de masculinidad desbordante.

Así que hizo lo que mejor se le daba. Balbuceó.

—No, verá, lo siento muchísimo, pero usted me puso nerviosa. Terriblemente nerviosa, porque estoy segura de que es un hombre perspicaz y… bueno, no sé qué significa perspicaz, pero Madame me lo enseñó y olvidé por completo el significado. No sé por qué lo usé. ¿Por dónde iba?

Ah, sí, fue por Madame que me reí. Quiero decir, Madame Bellafraunde. Estoy segura de que ha oído hablar de ella. Verá, como soy una criatura tímida y retraída, ni siquiera un alhelí sino una oruga escondida entre las hojas, con nervios delicados, Madame me dijo que imaginara a todo el mundo en calzones color pervinca para calmar esos nervios y hacer la velada más llevadera. Por eso me reí, ¿lo ve?

Ah, no, no lo ve. Bueno, para ser sincera, la idea de usted, Lord Poyning, tan elegante con su frac gris, llevando debajo calzones color pervinca, es tan ridícula...

Un profundo estallido de carcajadas sonó detrás de Penélope, cortando su discurso en seco. Se giró y vio al duque secándose los ojos mientras reía. La miraba con deleite; sin duda lo había oído todo.

Sus ojos se habían suavizado, y por una vez parecía joven y despreocupado. La sonrisa traviesa de su rostro hizo que el estómago de Penélope diera un vuelco.

Una adorable muchacha rubia, menuda y exquisitamente vestida con gasa color melocotón, se prendió de la manga izquierda del duque. Él miró a la recién llegada, sin que la sonrisa se le hubiera borrado del todo.

—Charles, nunca te había visto reír así. He intentado tantas veces hacerte sonreír, pero nunca sonríes. ¿Qué ha sido tan gracioso? —

preguntó la muchacha a la manga izquierda.

Penélope apartó la mirada, como si estuviera entrometiéndose en un momento privado. Sentía una curiosidad intensa por saber quién era aquella joven que se atrevía a llamarlo por su nombre y se situaba más cerca de él de lo apropiado. Buscó a Lord Poyning y a Lord Rivers, y descubrió que se habían escabullido.

—La señorita Fairweather lo hizo reír —dijo Lady Anne con irritación, observando a la muchacha, que había cambiado de posición y ahora estaba prendida de la manga derecha del duque.

El duque dejó de sonreír, y la muchacha se quedó inmóvil. Sus ojos recorrieron la sala hasta posarse finalmente en la encogida Penélope.

Penélope vio cómo aquellos ojos verdes se volvían gélidos. La expresión dulce se resquebrajó un instante, dejando al descubierto una mueca cruel. Nunca habría imaginado que una joven tan bonita, con una naricita tan linda, pudiera parecer tan fría. La muchacha la recorrió de arriba abajo y de abajo arriba. En unos pocos latidos, Penélope fue juzgada, sentenciada y declarada insignificante.

El duque volvía a tener un aspecto sombrío y airado, una chica preciosa le dedicaba una mueca desdeñosa a Penélope, y Lady Anne estaba exasperada. El baile parecía ir excepcionalmente mal.

Penélope suspiró. Esto era lo que ella entendía. Así era como debía ser. Vestidos preciosos, carruajes elegantes, gente de sangre azul y lores apuestos deseosos de conversar con ella eran demasiadas cosas para un solo día. El mundo había recuperado su equilibrio, y ahora ella estaba en un terreno que comprendía. ¿Por qué, se preguntó, no podían presentarle todo poco a poco, llenándola como un cubo bajo un grifo que gotea?

—Señorita Fairweather —susurró Lady Anne, aferrándole la parte superior del brazo.

—A las cortinas de seda gris. Ya lo sé, ya lo sé —dijo Penélope, encaminándose ya hacia el borde del salón.

Una vez más, una pareja acaramelada fue ahuyentada, y comenzó la reprimenda de Lady Anne.

—¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo decirle a Lord Poyning, de entre todas las personas, que se lo estaba imaginando en calzones color

pervinca? Nunca se lo perdonaré. ¡Oh, qué pensará de mí! —se lamentó.

—Lo siento —respondió Penélope con desdicha.

—Señorita Fairweather, creo que lo mejor es que nos retiremos. No estoy segura de cuántas personas la oyeron. Puedo fingir un dolor de cabeza, y el duque nos hará subir al carruaje en un abrir y cerrar de ojos. Además, debemos consultar con Madame qué hacer con su hábito nervioso.

—Creo que será lo mejor —respondió Penélope, abatida.

—Bien, despidámonos de Lady Hartworth y busquemos a Charles. El baile ha sido un poco apagado. Sé que esperaba mucho, pero tenemos toda la temporada —dijo Lady Anne, dándole una palmadita en el hombro con tibieza.

—Lady Anne —dijo Penélope, deteniéndola antes de que apartara la cortina—. ¿Quién era esa muchacha, la que estaba con el duque?

—Oh, esa era Lady Lydia Snowly, la prometida del duque —respondió, regresando al salón.

Penélope se quedó un momento más, mirando el paño gris ondulante.

—La prometida del duque, Lady Lydia Snowly —dijo en voz alta.

La música, las risas y el murmullo de la gente en la sala hicieron que, de pronto, le entraran ganas de llorar.

Su primer baile había sido un auténtico desastre.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Penélope chocó con el duque fuera de la puerta de su estudio.

—No me gustas —dijo el duque, sujetándole el brazo con dos dedos mientras la ayudaba a incorporarse.

—Lo detesto —replicó Penélope, dolida. Sabía que él no la apreciaba, pero no era muy amable decírselo a la cara. Se zafó de su mano y dio un paso atrás.

—¿Por qué no te vas?

Penélope se encogió de hombros.

—Vuelve a Finnshire —ordenó él.

—Me gusta Londres, su gracia. Es un anfitrión excelente —dijo con educación.

—¿Eres sorda, mujer? Te he dicho que vuelvas a tu aldea —gruñó, irritado.

—Su madre quiere que esté aquí, su gracia —respondió Penélope con dulzura.

—Yo no te quiero aquí. ¡No quiero ver tu cara irritante todos los malditos días!

—Entonces váyase usted —dijo Penélope, empezando a perder la paciencia.

—Esta es *mi* casa —rugió él.

—Hable con su madre y dígale que quiere que me vaya de esta casa —replicó, soplando un rizo rebelde para apartárselo de la cara.

—Te estoy advirtiendo, señorita Fairweather: quiero que salgas de esta casa o las cosas se pondrán feas. Te das cuenta de que soy el duque y… ¿quieres dejar de soplar ese condenado rizo? —dijo, fulminando con la mirada el brillante tirabuzón.

—Fuu, fuu, fuu —se burló Penélope.

—Pero ¿qué demonios…? —dijo el duque, boquiabierto.

—Estoy soplando el rizo para quitármelo de la cara. Fuuuu… ¿Ve? Es mi pelo. Es mi aliento. Soplaré si me da la gana…

—Para… para de hablar un momento —tronó el duque, agarrándole el hombro. Alargó la mano hacia el rizo y se lo colocó detrás de la oreja.

Aturdida, Penelope levantó la vista y se encontró con sus ojos.

Él la miró de vuelta.

Todo quedó terriblemente silencioso.

Los ojos de Penelope se deslizaron hasta el índice derecho del duque, que aún permanecía cerca de su oreja izquierda.

Los ojos del duque también bajaron hasta su propio índice derecho, todavía junto a la oreja izquierda de ella.

Ambos se apartaron de un salto.

Evitando mirarse, se dieron la vuelta y se marcharon en direcciones opuestas… solo para encontrarse un momento después junto al elegante carruaje negro del duque. Iban todos de compras.

***

Penélope, acomodada en el precioso carruaje negro lacado del duque, avanzaba dando pequeños botes camino de las tiendas. Llevaba un vestido de paseo parisino de muselina azul empolvado, ribeteado con volantes blancos. Gemas azules se entrelazaban en su cabello, y cintas del mismo color adornaban su sombrero. En los pies, llevaba medias botas grises de suave cuero.

Mary se había ungido generosamente aquella mañana con Tintura Real de Hueso de Melocotón y había perfumado su cabello con Amor de Lavanda de Maharani. Se sentía, olía y parecía una dama.

Le disgustó comprobar que las ventanillas del carruaje estaban bien cerradas, impidiéndole observar las calles a plena luz del día. Si se abrían las contraventanas, le explicaron, no tardarían en quedar cubiertas de barro negro salpicado por las ruedas de carros, carretas y otros carruajes que pasaban. Aunque las contraventanas ocultaban la vista a sus ansiosos ojos, no podían hacer nada contra los sonidos que asaltaban sus oídos.

Ruedas repiqueteando sobre los adoquines, campanas de iglesia repicando sin descanso, niños gritando, músicos desafinados rasgueando instrumentos mal templados, floristas y lecheras cantando en forma estridente, marineros, piratas y ladrones lanzando creativas maldiciones, y pregoneros chillando sus

mercancías componían un estruendo en las calles que alimentaba de maravilla su imaginación. Se recostó y escuchó todo aquello con deleite.

Anne se había tapado los oídos con lana, y el duque había cerrado los ojos, fingiendo dormir. El carruaje avanzaba serpenteando, dando bruscos giros cada vez que alguien cruzaba corriendo la calzada. Subía y bajaba sobre los baches gracias a sus ruedas bien suspendidas.

Pronto Penélope empezó a impacientarse. El atasco en las calles era terrible y hacía que el avance fuera lento, y el bullicio exterior sonaba tan emocionante… no veía la hora de bajar y explorar.

Se preguntó si podría sacarle la lana de los oídos a Anne, pero decidió no hacerlo. En su lugar, le preguntó al duque cuánto faltaba para llegar.

Un músculo le palpitó junto a la boca, señal inequívoca de que la había oído y decidido ignorarla.

Ella lo miró con irritación. ¿Cómo podía una mujer tan hermosa como lady Lydia querer casarse con un hombre así? Siguió observándolo, con la esperanza de que notara su mirada y respondiera.

Durante un rato reflexionó sobre eso mismo. ¿Cómo sabía la gente cuándo la estaban mirando? Era un poco extraño y bastante inquietante. Los ojos no emitían rayos como el sol para pinchar a alguien en la nuca y avisarle de la atención ajena.

Entrecerró los ojos. Si de verdad salían rayos ardientes de su mirada, quizá al entornarlos aumentaría su efecto y quemaría un agujero en la espléndida camisa blanca del duque.

Curiosamente, no quería mirar directamente su rostro. Durmiera o no, no se atrevía. En su lugar, la camisa blanca fue objeto de toda su atención, reprimendas silenciosas y sermones mentales. Estaba a punto de sacarle la lengua a aquella prenda infernal cuando el carruaje se detuvo.

Por fin habían llegado a su destino. Mayfair.

El duque saltó a tierra, seguido de Anne, que no dejaba de murmurar que prefería ir a Cheapside y Fleet Street.

Penélope se apresuró tras Anne y asomó la cabeza por la portezuela. Volvió a meterse de inmediato: había visto cuatro caras tiznadas de hollín que miraban el carruaje con descaro desde la acera de enfrente. Anne la animó a bajar, y el lacayo la ayudó a descender directamente a un bache.

Le sorprendió comprobar que la calle estaba empedrada, llena de hoyos y era ancha. Dos o más carruajes podían circular fácilmente uno junto a otro.

Al otro lado de la calle, filas y filas de relucientes tiendas sobresalían hacia la calzada. Los escaparates centelleaban bajo el sol, y la zona que los rodeaba se mantenía limpia.

Penelope, Anne y el duque saltaron charcos, esquivaron a los niños que corrían y evitaron carruajes, caballos y carretas para llegar al lado bonito de la calle.

Penélope se detenía frente a casi todos los escaparates. Un gran zapato plateado relucía a la entrada del zapatero. Unas tijeras de filigrana dorada colgaban ante la sastrería. Montones de uvas españolas, melocotones jugosos y pilas de naranjas y manzanas tentaban desde las tiendas de comestibles.

La más bonita era la confitería, decorada en tonos pastel suaves y llena de pasteles y galletas elaborados con exquisito cuidado. Se detuvo ante la puerta, aspirando profundamente el aroma de la bollería recién hecha, el café y la canela.

Anne le tomó la mano y la arrastró hasta una tienda situada al final de la calle. Era un establecimiento discreto, gris y apagado por fuera, con una sólida puerta verde oliva. Solo el rótulo superior indicaba lo que realmente era.

Beany & Sons, 23 Winmore Street, Mayfair
Almacén de chales y linos que ofrece lo mejor de Inglaterra y de los mercados extranjeros

En el interior, la tienda bullía de clientas y empleados varones atareados. Era una sala enorme, con sofás y asientos acolchados colocados estratégicamente frente a grandes mesas de madera. Los vendedores desenrollaban enormes rollos de tela de distintos colores, materiales y texturas y los extendían sobre las mesas para que las mujeres los examinaran. Cientos de rollos iguales llenaban

las estanterías de todas las paredes, del suelo al techo. Se servían generosamente champán, vino, té y café, todo sin coste alguno.

Anne se acomodó en una silla, pidió café y se puso manos a la obra. El duque, tras asegurarse de que su hermana no se movería de su sitio durante al menos una hora, se marchó a atender ciertos asuntos.

Penélope ya estaba aburrida. No tenía ni idea de que el brocado hubiese pasado de moda ni de que la muselina dorada fuera ahora lo último. Además, solo tenía cincuenta libras, que no podía permitirse gastar en frivolidades. Aun así, se había convencido de llevar dos libras por si algo maravilloso llamaba su atención. Los pasteles de la confitería lo habían hecho, y su estómago, que gruñía sin pudor, ansiaba volver a olfatear aquel escaparate. Tras escuchar a un vendedor empalagoso intentar colocarle varas de una espantosa seda marrón, se rindió.

—Lady Anne, tengo hambre.

—Mmm, ¿qué le parece esta pashmina plateada? Nunca he tocado nada tan suave en mi vida.

—Parece cara. ¿Puedo ir a la confitería? Volveré en unos momentos.

—Mmm… ¿sabe cómo probar la calidad de un buen chal, señorita Fairweather? Quítese cualquier anillo del dedo y luego, recogiendo el chal, páselo por el hueco del anillo. Si el chal entero atraviesa el diminuto agujero, entonces vale la pena comprarlo —dijo, demostrando el gesto.

—Qué fascinante. Ahora, ¿puedo irme, por favor? No tardaré.

—Sí, sí… ¿puede enseñarme este en negro? —dijo Anne, apenas escuchando a Penélope, con los ojos fijos en los rollos de tela.

Penélope saltó de la silla y salió disparada por la puerta. Aspiró el hedor de Londres y suspiró de placer, por fin lejos de aquella tienda sofocante y refinada. Se dirigió con rapidez a la confitería y se detuvo frente al escaparate. Sus ojos quedaron clavados en un enorme pastel de nata decorado con pétalos de rosa confitados y flores blancas de jazmín. Se le hizo agua la boca, pero dudó, consciente de que los precios serían exorbitantes. ¿Debería ahorrar

sus monedas para algo que durara más, como una cinta o dos, quizá?

Un tirón brusco de la enagua la hizo alzar la vista. Un muchacho joven la miraba con una sonrisa burlona a pocos pasos de distancia, sosteniendo lo que parecía ser su bolso de cordón.

Lo miró confundida. Seguro que ese no era el suyo. Había cosido cuidadosamente el bolso en el bolsillo oculto del interior de la falda. ¿Cómo había logrado el chico sacarlo en un instante y, además, tenido el descaro de mostrarle su hazaña? Una rápida comprobación confirmó la destreza del muchacho y, en un abrir y cerrar de ojos, Penélope fue tras él.

Cruzó la calle corriendo, con las faldas ondeando y los tobillos al descubierto. Al diablo con el decoro, pensó. Dos libras enteras estaban en ese bolso. Además, el bolso era caro y un regalo de Madame.

Persiguió al pilluelo de cara tiznada, saltando baches, esquivando vendedores de ginebra y deslizándose bajo los brazos de caldereros y ladrones. Había dejado atrás el elegante Mayfair y se adentraba ya en zonas más turbias de la ciudad. El chico desapareció por un callejón estrecho a la derecha, y Penelope dudó.

¿Debía hacerlo o no?, se preguntó.

El muchacho asomó la cabeza por la esquina y le sacó la lengua. Apretando las faldas entre los dedos, Penélope dejó de pensar y lo siguió sin vacilar en el oscuro callejón londinense.

CAPÍTULO DIECISIETE

«24 Gin Road», como se llamaba con toda propiedad, era un lugar cálido, húmedo, sin sol y maloliente. Unos cuantos gatos se limpiaban las patas en los escalones traseros de varios edificios grises apiñados a ambos lados del callejón. Una docena de muchachos de aspecto miserable, cubiertos de suciedad y de entre nueve y quince años, estaban desparramados por la calle inmunda. Algunos jugaban a las canicas. Otro se apoyaba contra la pared, mascando lo que parecía un trozo de madera. Unos cuantos fumaban, y el ladrón que le había robado el bolso estaba sentado encima de una montaña de sacos llenos de basura.

A diferencia del bullicio y la multitud de Mayfair, allí reinaba el silencio, con solo unos pocos personajes sombríos holgazaneando. De pronto no se sintió valiente en absoluto, pero hizo todo lo posible por aparentarlo.

—Me ha robado el bolso —anunció al grupo con la voz más altiva que pudo.

Nadie la miró salvo el pequeño ladrón, que la observaba como un mono curioso. Una carcajada áspera de uno de los chicos la hizo dar un salto de susto. En ese momento, otro de los diablillos más jóvenes se fijó en ella.

—La dama lleva guantes bonitos y zapatos —dijo, avanzando hacia ella.

Penelope blandió la sombrilla como si fuera un arma. Un solo golpe y el muchacho saldría chillando en busca de su madre.

—Joe, mira, dama bonita.

Joe apareció de detrás de los sacos de basura. No era un niño, sino un hombre hecho y derecho, con barba corta y brazos musculosos. Su sombrilla no era rival para aquel hombre. Retrocedió un paso, de pronto aterrada. Sabía que, en su carrera desesperada tras el ladrón, se había desorientado, pero seguro que, si lograba volver a la calle concurrida, alguien la ayudaría.

Los ojos del hombre brillaron y se relamió los labios gruesos. No miraba sus guantes ni sus zapatos, sino a ella.

Se giró para huir y se encontró rodeada por los chicos. En silencio, habían formado un círculo a su alrededor, atrapándola. Podía haberse defendido de un niño, quizá de dos, pero no de quince. Extendió la sombrilla, apuntando con la punta afilada. Giró lentamente sobre sí misma, intentando localizar al más pequeño para esquivarlo.

El grupo se cerró aún más, dejándola sin salida.

Una breve oración escapó de sus labios. En su mente oyó a su padre reprendiéndola por decisiones imprudentes y la voz burlona de su madrastra advirtiéndole que sus actos irreflexivos acabarían llevándola a un final horrible.

¿Era ese el final?, se preguntó. ¿El horrible final?

El hombre estaba ya muy cerca, con el fuerte olor a ginebra en el aliento. Observó desde lejos cómo alzaba la mano.

El tiempo se ralentizó. Su visión se volvió clara y precisa. Vio a un chico rascándose la nariz por el rabillo del ojo, a otro arrastrando los pies, y la gran mano del hombre, manchada de tabaco, avanzando hacia su cuello.

Cerró los ojos.

—Suéltela —dijo una voz a su espalda. Una voz que jamás habría pensado que se alegraría de oír. Una voz autoritaria, fuerte y profunda.

Abrió los ojos de golpe y se dio la vuelta para encontrar al duque justo detrás de ella. El hombre intentó agarrarla, pero el duque ya la había rodeado por la cintura y la había colocado a salvo tras él.

—Déjenos marchar y no informaré a los corredores —sugirió el duque.

El hombre se burló.

—La dama es mía.

—Créame, buen hombre, me encantaría entregarle a esta joven con todas mis condolencias, de verdad, pero mi hermana y mi madre me cortarían la cabeza. Ella, verá, les pertenece a ellas —replicó el duque.

El hombre se detuvo, evaluando al duque con la mirada. En un instante, tomó su decisión.

—¡Muchachos, no podemos dejar escapar una cosa tan buena como esta! —bramó, alzando la mano para golpear al duque.

El duque pensaba reaccionar. Incluso había levantado la mano para detener el golpe, pero Penélope ahora sin miedo con el duque a su lado y envalentonada por el grito de guerra del hombre, alzó primero la sombrilla.

Le golpeó la cabeza y, para rematar, le clavó la punta entre las piernas. El hombre se desplomó y los niños salieron corriendo en todas direcciones. Y así de rápido, la batalla terminó y ella rompió a llorar.

—¿Cree que está muerto? —sollozó.

El duque respiró hondo.

—Esos muchachos pueden traer a más amigos. Tenemos que volver a Mayfair deprisa. ¡Ahora corre!

Penelope lo ignoró y se inclinó para tocar al hombre tendido en el suelo. El duque la agarró del brazo, la hizo girar y la sacó a rastras del callejón.

—Cuando te digo que corras —dijo entre dientes—, corres.

Penelope corrió.

Por fin alcanzaron el carruaje del duque, y él abrió la portezuela con rapidez y la empujó dentro. El cochero se acercó y el duque le ordenó que arrancara si aparecía algún personaje sospechoso merodeando cerca del carruaje. Después envió un recado a su hermana para que permaneciera en la tienda.

Penélope se sentó con la cabeza entre las rodillas, escuchando las instrucciones del duque. Parecía tan sereno, pensó con envidia, y ni siquiera estaba sin aliento.

—Gracias —jadeó, sin levantar la cabeza.

Él la ignoró y empezó a buscar algo bajo los asientos.

Cuando ella se incorporó, lo vio guardarse una pequeña pistola en el bolsillo.

—He dicho gracias.

No respondió.

Ella lo miró con los ojos grandes y llenos de lágrimas.

—Bueno, *estoy* agradecida. Me salvó de ese hombre repugnante. Pero podría haberle dado al menos un puntapié para comprobar que no lo maté. Podría haberlo asesinado sin saberlo. El resto de mi vida cruzaré la calle cada vez que vea a un sacerdote o a un corredor…

—¡Silencio! Por un momento, quédate callada —estalló él.

Penelope apretó los labios, asustada.

—¿Cómo pudes ser tan insensata? —continuó—. ¿Tienes la menor idea de lo que ese hombre estaba a punto de hacerte? ¿La tienes? Niña necia, al final habrías deseado estar muerta.

Un sollozo de Penelope puso fin a su arrebato.

Sabía que había cometido un error terrible, terrible. Aquellos breves instantes en el callejón la perseguirían en pesadillas durante el resto de su vida. El rostro lascivo de aquel hombre había quedado grabado en su mente, y se sentía sucia y asqueada.

El duque percibió el cambio en su expresión y el arrepentimiento sincero reflejado en su rostro. Suspiró y se movió para sentarse a su lado.

Al cabo de un momento, sus brazos se deslizaron alrededor de los hombros de ella.

Penelope tomó una bocanada de aire entrecortada.

—Lo siento. Siempre me he sentido segura en Finnshire y nunca entendí por qué Londres se consideraba tan peligroso. Corrí detrás de ese chico por dos libras, pero dos libras no valen mi vida — sollozó, enterrando el rostro en el pecho de él.

Él le dio unos toquecitos en la parte posterior de la cabeza para recordarle el decoro antes de rendirse y estrecharla más contra sí.

—El hombre no estaba muerto. Lo vi respirar. Ya estás a salvo… no ha pasado nada. Shhh —la tranquilizó, meciéndola suavemente.

—Lo siento. Siempre lo hago enfadar, no soy lo bastante buena para la sociedad y mi madrastra me odia. No puedo volver a la casa de mi padre. Echo de menos a lady Bathsheba, y Anne está sola esperándome en la tienda —gimió.

Él habló con un tono suave y calmante; el timbre grave resultaba deliciosamente reconfortante a esa altura.

—Anne estará encantada de tener más tiempo para comprar. Verás a lady Bathsheba en cuanto lleguemos a casa. En cuanto a tu

madrastra, no puedo hacer nada al respecto, pero tendrás una buena suegra. Estoy seguro de que la querrás.

Penélope parpadeó para apartar las lágrimas y alzó la cabeza para mirarlo.

—¿De verdad mi suegra me querrá?

—De verdad —respondió él, con una sonrisa suave.

—¿Lo promete?

—De verdad te querrá, como lo haría tu propia madre.

—¿Cómo lo sabe?

—Simplemente lo sé.

Penelope escrutó sus ojos. El tenue resplandor que se filtraba por las ventanas cerradas ocultaba la mayor parte de la expresión del duque.

Mientras tanto, Londres parecía haber quedado en silencio.

Por segunda vez aquel día, el tiempo se detuvo. Todo lo que oía era el martilleo de su corazón, y todo lo que sentía era la mano de él aferrándose a su cabello.

Él inclinó la cabeza y rozó brevemente sus labios. Se suponía que era un beso tierno y reconfortante, un beso para borrar recuerdos desagradables.

Un beso destinado a sanar.

En lugar de eso, sus labios se demoraron y se movieron sobre los de ella como si tuvieran voluntad propia. Una vez, dos veces, y luego otra más, hasta que la dulzura fue reemplazada por inquietud.

—Abra la boca —susurró de pronto.

¿Por qué?, quiso preguntar ella, y aun así obedeció, pues su voz había decidido huir temporalmente.

Las lenguas se enredaron en una danza. Los alientos se mezclaron y los ojos se cerraron. Se volvieron sordos al caos de Londres, que se apresuraba a su alrededor de forma ruidosa y desordenada.

La respuesta de ella fue tan torpe y caótica como el mundo exterior, y sin embargo, desbordante de entusiasmo. Su dulce deseo de complacerlo lo desarmó, y sus besos se profundizaron.

Los caballos pasaban al trote, los cascos golpeaban rítmicamente el suelo, y algunos incluso relinchaban y se balanceaban

peligrosamente cerca del carruaje estacionado.

Ambos permanecieron entrelazados.

Los pilluelos gritaban y chillaban junto con mercaderes y vendedores, impregnando el aire de un lenguaje alborotado y colorido.

Se acercaron aún más, con la piel ardiente y encendida.

La puerta del carruaje podía abrirse en cualquier momento, revelando su desorden al mundo.

Era peligroso, excitante e intensamente erótico.

—S...su gracia —se arqueó contra él.

Él sonrió contra sus labios, con una chispa burlona en los ojos.

—¿Hmm?

—Quiero… —exhaló con dificultad cuando él lamió su clavícula. Su cuerpo se entumeció mientras la lengua caliente seguía recorriéndole la piel, como si ella fuera una porción de pastel que él saboreaba sin prisas.

—Te escucho —murmuró contra la curva de su pecho. Sus dedos se habían deslizado hasta los tobillos y comenzaron a subir despacio.

La mente de ella se quedó en blanco cuando alcanzó su cadera.

Los caballos relincharon y se movieron con impaciencia, sacudiendo el carruaje.

Ella abrió los ojos de golpe, asustada, y se encontró recostada sobre el mullido asiento mientras la mirada de él se cernía sobre la suya, observando el vaivén de sus expresiones.

—Alguien… —intentó moverse.

—Todavía no —dijo él, inclinándose para lamerle el pezón a través del vestido fino.

Su espalda se arqueó por la sorpresa y casi salió despedida del asiento.

Satisfecho con su reacción, él le rozó el pecho con los dientes, arrancándole un gemido.

—Shhh —advirtió contra su piel—. La gente de fuera te oirá.

Ella se mordió el labio para no hacer ruido. Él le frotó la boca con el pulgar.

—Te vas a hacer daño. Ven, muerde mi pulgar.

La provocó y la lamió, una y otra vez, sin darle respiro.

Las lágrimas se deslizaron por las comisuras de sus ojos mientras su tacto la sobrepasaba. No podía soportar mucho más, se dio cuenta; aquella sensación era excesiva. Hundió los dientes en su pulgar, haciéndolo inhalar con fuerza, y aun así él continuó cubriéndola de besos.

¡Rat-a-tat!

Un golpe en la puerta del carruaje los hizo separarse de un salto.

Él maldijo y cubrió a Penelope con su cuerpo de inmediato.

La voz del cochero dijo algo y entregó un paquete, pero Penélope no oyó nada. El latido ensordecedor de su corazón ahogaba cualquier otro sonido, y sus miembros, ahora lánguidos, se negaban a moverse.

Tras despedir al cochero, él sacó una petaca de whisky del abrigo y dio un buen trago.

Ella mantuvo los ojos cerrados, completamente perdida y exhausta.

Él chasqueó la lengua en voz baja, le alzó el rostro y le besó la nariz. Después arregló su vestido y le alisó el cabello con cuidado.

—Toma, come un poco de esto —dijo con calma, como si el arrebato apasionado no hubiera ocurrido.

Ella abrió los ojos y vio una gruesa porción de pastel, el mismo que había estado contemplando en la confitería. En la otra mano, él sostenía un vaso de limonada.

Su rostro aún estaba encendido, y la oleada de placer había sido sustituida por timidez. No podía mirarlo; si lo hacía, moriría.

—¿Penélope? —suavizó el tono, instándola—. Come.

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—¿Penélope? ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

A él se le torció la boca.

—¿Has perdido la memoria?

—La he perdido.

—¿Quizá recuerdes quién eres y dónde te encuentras, pero no lo ocurrido después de que te salvara de ese hombre?

Ella bajó las manos y miró su falda. Un brillo húmedo cerca de la rodilla la hizo preguntarse qué lo habría causado.

—Ah, ya lo recuerdo todo, excepto lo sucedido en la última hora. Le ruego que jamás me lo aclare, su gracia; deseo que permanezca oculto en la oscuridad. Para siempre.

—Como desees.

—Por los siglos de los siglos.

—Sí.

—Que nunca se mencione, ni se piense, ni se repita.

—Está bien.

—Si lo piensa o lo dice, entonces es usted un ganso calvo.

—Come —espetó él.

Ella se apresuró a tomar el pastel.

—¿Cómo lo supo?

—Te vi mirándolo con descaro cuando pasamos antes por la pastelería. Difícilmente podía no darme cuenta —respondió.

—No, ¿cómo supo que estaba en ese callejón con ese hombre?

—Un conocido me retuvo al otro lado de la calle. Vi al chico cortarle el bolso, y luego la vi salir corriendo tras él. La seguí, pero la perdí deEnelopevista justo antes de que entrara en el callejón. Pensé que habría seguido recto, pero al no encontrar rastro suyo, regresé sobre mis pasos y me arriesgué a entrar.

Penelope asintió. El pastel ya no le resultaba apetecible, pero sí bebió la limonada.

Tras asegurarse de que no iba a sufrir un desmayo inmediato, el duque le quitó el vaso y dijo:

—Voy a salir a hablar con el cochero. Estoy justo fuera, y nadie puede entrar al carruaje. Dejo la pistola aquí para que te sientas segura. ¿De acuerdo?

No lo estaba, pero Penélope sonrió con valentía.

Él la observó un instante, luego inclinó la cabeza y volvió a rozar sus labios. Después se marchó.

Ella permaneció sentada, aturdida. Los breves besos del duque apagaron cualquier otro pensamiento. No sabía cómo interpretarlos. ¿Habían sido bondad o compasión? ¿O simplemente el impulso del momento? Al fin y al cabo, ella también había perdido la cabeza por un instante.

No supo cuánto tiempo estuvo en el carruaje en penumbra. Podría haber sido un momento u horas, hasta que la puerta se abrió y entraron Anne y el duque.

Al ver la expresión preocupada de Anne y que llegaban juntos, todo encajó.

El duque la había besado para darle algo en lo que pensar que no fuera aquel hombre del callejón. Le había dicho que salía a hablar con el cochero cuando, en realidad, había ido a buscar a su hermana a la tienda. Le había mentido para que se sintiera segura, sabiendo que no estaba en condiciones de enfrentarse a la calle tan pronto. Había pedido al cochero que comprara aquella porción de pastel, y le había dejado la única pistola.

Ella abrazó a Anne con fuerza, sin apartar los ojos del duque. No quería pensar en él como alguien amable, considerado o atento. Deseaba que hiciera algo, lo que fuera, para volver a odiarlo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Anne apartó las cortinas después de que Penelope relatara su terrible experiencia, intentando aliviar la penumbra del carruaje y el ánimo sombrío de sus ocupantes.

El duque ignoró las palabras suaves y tranquilizadoras de su hermana. Todo su ser estaba concentrado en Penelope mientras regresaban a casa. Analizaba cada uno de sus movimientos, cada parpadeo y cada palabra con suspicacia.

Parecía distraída. Tenía la piel sonrojada, la mirada huidiza y contestaba de manera extraña a las preguntas de Anne. Por ejemplo, cuando Anne le preguntó si tenía hambre, Penelope respondió:

—No, las ranas no tienen pulgas. Consigue una de mascota y llámala Escarabajo de Agua.

Aquel comportamiento aturdido significaba que también estaba pensando en su anterior enredo.

Sonrió con satisfacción y luego frunció el ceño. ¿Qué demonios le pasaba por la cabeza?

No podía permitir que la muchacha pensara en él. No, necesitaba que lo despreciara y se mantuviera lejos de él.

Cerró los ojos y tiró con brusquedad del cordón para cerrar las cortinas. No pensaría en ella si no podía verla.

El cordón y las cortinas se desprendieron de la ventana del carruaje y quedaron en su mano, para su asombro.

—Has usado demasiada fuerza —lo regañó Anne—. A veces olvidas cómo ser delicado.

El carruaje quedó aún más iluminado, y no pudo evitar fijarse en la boca de Penelope, que estaba hinchada, ni en los fragmentos de piel expuesta, de un rosa más intenso que el resto.

Había sido cuidadoso con sus amantes y antiguas queridas, evitando dejar marcas en su piel, y sin embargo había deseado mordisquear a aquella criatura como si fuera un manjar exquisito.

Se maldijo a sí mismo y a todos sus antepasados. ¿Qué lo había llevado a perder el control de esa manera? ¿Llevaba demasiado tiempo sin una mujer?

¿Por qué la había besado?

Era cierto que su rostro aterrorizado le había conmovido el corazón, pero podía haberla consolado de muchas otras formas.

¿Tal vez cantarle una nana?

En lugar de eso, la besó, perdió el control y estuvo a punto de tomarla a plena luz del día, en un carruaje aparcado en pleno Londres.

¿Qué clase de brujería había aprendido aquella plaga campestre para hacerle perder la cabeza de ese modo? Nunca le había sucedido algo así. Jamás había perdido el control de sus actos en toda su vida, y sin embargo, cerca de ella, su cerebro parecía irse de vacaciones a Bath mientras su lengua y su cuerpo hacían lo que querían, sin freno alguno.

Su presencia lo irritaba; todo en ella lo irritaba, y no porque fuera una palurda, no, era otra cosa.

La miró de reojo. Estaba apoyada en el hombro de Anne, dejando al descubierto la línea de su cuello. Un rizo danzaba junto a su oreja. El mechón rebelde rozaba su piel y se apartaba, solo para volver a hacerlo mientras el carruaje se mecía suavemente.

Se sentía atraído por ella. Ya lo había admitido.

Algo en su interior se alzaba con furia y deseo cada vez que se cruzaba con ella. Aquella avalancha de sensaciones lo aterraba. Apenas se conocían y, aun así, esa atracción, esa necesidad de poseerla, era inquietante. Seguro que había aprendido todo tipo de artimañas para atraer a los hombres, siendo tan experta en esas lides, aunque por lo demás fuera una cabeza hueca.

No confiaba en ella y necesitaba enviarla lejos, o pronto acabaría saliéndose con la suya y metiéndose en su cama.

***

El carruaje se detuvo frente a la mansión Blackthorne.

Anne se deslizó por el asiento de cuero y el lacayo uniformado la ayudó a bajar. Un momento después volvió a asomarse y siseó a Penélope:

—¿Qué ocurre? —preguntó Penélope, intentando mirar por la ventana.

Anne le agarró la cabeza y la obligó a agacharse.

—El doctor Johnson lleva años insistiendo a abuelo para que respire aire fresco. Pues bien, por fin ha decidido seguir su consejo. Ahora mismo está sentado en el jardín y tendrás que pasar delante de él para entrar en la casa… no puedes hacerlo, no lo permitiré. Quédate en el carruaje.

—Pero tengo calor, Lady Anne. Además, no sabemos cuánto tiempo se quedará ahí Sir Henry. ¿Y si son horas?

—No se quedará mucho —insistió Anne.

—¿Y cómo puede saberlo? Los asientos de cuero ya me están quemando las faldas y ahora mis posaderas…

—¡Ah, maldita sea! —bufó—. Iré a distraer a abuelo con conversación. Intente escabullirse dentro en unos momentos. Recuerde agacharse y usar los arbustos a su favor.

¿Qué quería decir Lady Anne con unos momentos?, se preguntó Penélope. ¿Había pasado ya el tiempo suficiente para salir?

¡Buen señor! No podía esperar más. Salió a hurtadillas del carruaje, caminó de puntillas hasta el arbusto más cercano y se escondió tras él.

Separó las hojas y miró. Anne estaba justo delante de Sir Henry, gesticulando de forma exagerada.

A juzgar por la expresión de Sir Henry, el anciano parecía bastante alarmado por el entusiasmo de su nieta. Se inclinaba hacia atrás todo lo que podía, mientras sus ojos recorrían el jardín con ansiedad.

Penélope sintió una punzada de compasión por Sir Henry mientras se alejaba del espino dulce hacia el rosal. Lady Anne podía ser sorprendentemente intimidante.

El rosal resultó ser ralo y lleno de espinas. Apenas la ocultaba. Miró nerviosa hacia Lady Anne, que ahora estaba montando un auténtico espectáculo para su abuelo. Parecía representar una escena en la que cabalgaba un caballo y blandía un látigo. Sir Henry se aferraba a su silla, con los ojos desorbitados y la pipa olvidada colgándole de la boca.

Penélope apartó la mirada y examinó el terreno. El siguiente arbusto decente estaba bastante lejos. Si Sir Henry iba a verla, sería ahora. Se preparó para correr cuando una mano se cerró sobre su brazo.

Levantó la vista y se encontró con el duque sonriéndole. Llevaba bigote.

El aliento se le congeló al recordar el beso que por fin había logrado relegar al fondo de su mente. En cambio, él parecía decidido y nada afectado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, encantado de haberla atrapado así.

Ella exhaló con fuerza e intentó soltarse.

—Intento llegar a la casa sin que Sir Henry me vea.

—Déjame ayudarte —replicó, tirando de su brazo y sacándola de los arbustos directamente al sendero.

—¡No! ¡Va a verme!

—Es exactamente lo que pretendo. Vamos.

—Pero prometió a su madre.

—Prometí no hablarle de ti. No le estoy hablando de ti; te estoy mostrando —dijo, triunfante.

—Señorita Fairweather —dijo Sir Henry desde el otro lado del jardín.

Penélope enseñó los dientes en algo parecido a una sonrisa. Había querido una razón para odiar al duque, y él acababa de dársela.

Cruzó el césped, maldiciéndolo en silencio.

—Dijo que conseguiría una buena suegra. ¿Cómo se supone que voy a encontrarla si me envía a Finnshire?

Se le cortó el aliento en cuanto las palabras salieron de su boca.

Lo que había ocurrido justo después de que él dijera aquello pesaba en el aire.

Guardó silencio un instante, evitando mirarla. Cuando habló, su tono fue ligero:

—Dije que tendrías una buena suegra, y la tendrás… en Finnshire.

Penélope masculló algo grosero, arrancándole una risa.

Sus hombros tensos se relajaron al darse cuenta de que él deseaba evitar aquel momento en el carruaje tanto como ella. Había sido un error, un desliz por su parte, mientras el miedo y la conmoción la habían llevado a comportarse de forma impropia.

Mientras tanto, algo más urgente se cernía ante ella y reclamaba toda su atención. El duque no le había dejado elección. Tendría que enfrentarse a Sir Henry.

Por el rabillo del ojo vio a la viuda apresurarse por el sendero del jardín. Penelope redujo un poco el paso para darle tiempo a alcanzarlos. Ahora, todas sus esperanzas dependían de la capacidad de la viuda para convencer a su padre de que la dejara quedarse.

Apretando la sombrilla con fuerza mortal, respiró hondo justo antes de llegar junto al anciano.

—Sir Henry —dijo Penélope, haciendo una reverencia.

—Señorita Fairweather —respondió Sir Henry, inclinando la cabeza.

Anne agarró el brazo de su hermano y le clavó las uñas.

—El abuelo me ha informado de que insististe en que se sentara aquí, a esta hora exacta, porque tenías algo especial que enseñarle. En un solo día has logrado lo que el doctor Johnson no pudo en quince años. ¿Qué tiene de especial hoy, Charles?

—Así es —respondió él, satisfecho.

—¿Y qué querías enseñarle? —preguntó la viuda, uniéndose al grupo.

—Esto —dijo el duque, señalando a Penélope.

Entrecerrando los ojos, Sir Henry miró al duque y a Penélope. Tras un momento de reflexión, sonrió ampliamente.

—¿Algo especial, dices? ¿O debería decir alguien especial?

—Felicidades, muchacho. Creo que es sencillamente encantadora. Recuerdo lo bien que lucía aquel día en la mesa durante la cena. Llevaba el número adecuado de enaguas y, después de una sola copa de vino, ya estaba achispada, rio. Qué constitución tan maravillosamente delicada. Es cierto que sus dotes de conversación dejan que desear, pero ¿quién necesita una esposa para conversar? Al menos entiende la importancia del matrimonio. Es difícil encontrar

una joya así… Si yo tuviera sesenta años menos… ¿Cuándo es la boda?

Horrorizado, el duque abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua.

Anne estalló en carcajadas.

—No me voy a casar con ella —rugió.

—Entonces ¿por qué es especial? Dijiste que era especial y me obligaste a venir a sentarme bajo este calor infernal porque era importante. Más le vale tener buenas razones, muchacho. Vamos, suéltalo. ¿Qué era lo que querías decirme?

El duque miró a su abuelo con espanto. Luego lanzó una mirada suplicante a su madre. Ella se limitó a encogerse de hombros.

No pudo responder porque sir Henry fue presa de un ataque de tos repentino.

Esperaron y esperaron, y esperaron un poco más a que la tos remitiera. Y justo cuando Penélope empezó a alarmarse, todo quedó en silencio. Parecía que sir Henry por fin había exhalado su último aliento.

El duque, con cautela, colocó un dedo bajo la nariz de su abuelo para comprobarlo.

Sir Henry abrió los ojos de golpe, atrapó el dedo del duque entre los dientes y mordió. Fuerte.

Los ojos de sir Henry exigían una respuesta. Si el duque quería recuperar su dedo, tendría que decir algo convincente.

—Está bien, está bien, estoy pensando en casarme con ella. Quería conocer tu opinión, pero nada es seguro —balbuceó el duque.

Sir Henry soltó su dedo y sonrió.

—Pues entonces tiene mi bendición. La próxima vez que salga de la Mansión Blackthorne será para asistir a tu boda con esa muchacha.

Acto seguido, sir Henry, sonrojado por el sol y silbando una melodía alegre, fue llevado de nuevo al interior.

Tras unos momentos de silencio incómodo, la duquesa viuda dijo:

—Estás comprometido con lady Lydia Snowly. ¿Estás ahora también comprometido con la señorita Fairweather?

—No lo estoy. No se me ocurrió nada más que decirle. Pensé que jamás querría volver a verla en Blackthorne. ¿Cómo iba a saber que al viejo chiflado le iba a gustar? Estoy convencido de que abuelo ha perdido el juicio, madre.

—De eso no hay duda, Charles. Pero ahora, ¿qué piensas hacer? —preguntó la viuda.

—Hacer que Lydia lleve un velo largo y opaco durante la boda. Después del matrimonio, abuelo ya no podrá hacer gran cosa —sugirió Anne.

—Estoy seguro de que abuelo se olvidará pronto de la señorita Fairweather —respondió el duque con confianza.

—Lo dudo. Después de todo, la señorita Fairweather se encontrará con él en la cena todos los días a partir de ahora —dijo Anne, encantada.

—Bien, será el velo enntonces —espetó él antes de marcharse airado.

—Bueno, pues asunto resuelto. Por suerte, ahora puede acompañarnos a cenar, lo cual me quita un gran peso de encima —dijo la viuda, satisfecha.

Penelope sonrió y asintió. Sin embargo, en el fondo de su mente sabía que el duque no se rendiría. Cada obstáculo en su camino hacía que detestara su presencia en la casa cada vez más. Era solo cuestión de tiempo antes de que el duque ganara. ¿Cómo podía la señorita Penélope Fairweather, de un diminuto pueblo llamado Finnshire, competir con Charles Radclyff, duque de Blackthorne?

***

Más tarde aquella noche, Penélope, el duque y lady Anne se encontraban frente a la casa de lady Virginia, observando un picaporte ornamentado con forma de cabeza de león.

—¿Recuerda todo lo que Madame le dijo ayer? —preguntó lady Anne.

—Sí, lady Anne —respondió Penelope, tragando el nudo de miedo que tenía en la garganta.

—¿Nada saldrá mal, verdad?

—Lo prometo por mi honor. Nadie siquiera notará mi presencia.

—Bien. Supongamos que esta es su primera reunión social y olvidemos todo lo que haya ocurrido antes.

—Sí, lady Anne —respondió ella, avanzando con valentía hacia la entrada.

—Señorita Fairweather —anunció el mayordomo, imponente.

Era una reunión pequeña, con no más de cuarenta invitados a la cena.

Lady Virginia se apresuró a recibirlos.

—La señorita Fairweather —la presentó el duque.

Penelope sonrió e hizo una elegante reverencia.

La anfitriona examinó con rapidez el delicado y, lo que era más importante, costoso vestido plateado de Penelope, así como las auténticas perlas entretejidas en su cabello. Una ceja se alzó en señal de aprobación.

Tras una bienvenida breve pero cordial, lady Virginia se retiró.

—Lo ha hecho muy bien —la elogió Anne.

—Gracias —respondió Penelope, complacida. Había contestado a las preguntas de lady Virginia con recato y control. Se sentía orgullosa de sí misma y un poco más segura.

Media hora después, el duque, Penelope y Anne regresaban apresuradamente a la Mansión Blackthorne en el carruaje.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la viuda al llegar a casa.

—Lady Virginia —dijo Anne— llevaba un vestido precioso. Sin duda, una creación de Madame. Era una prenda larga y vaporosa de encaje rosa y gasa, fruncida y sujeta en un hombro. El resto de la tela caía sobre el cuerpo y terminaba en una larga cola que barría el suelo.

La viuda frunció el ceño.

—Suena exquisito… pero ¿por qué han vuelto tan pronto?

—La señorita Fairweather se dirigía a la mesa de los refrescos —dijo Anne.

—¿Y? —insistió la viuda con impaciencia.

—Lady Virginia también se dirigía a la mesa de los refrescos —continuó Anne.

—Anne —la advirtió la viuda.

—La señorita Fairweather pisó la cola de lady Virginia. La tela estaba delicadamente sujeta con un único broche de perlas en el hombro. Se rasgó, la tela se deshizo y un caballero que pasaba se quitó rápidamente el abrigo y se lo colocó alrededor de lady Virginia. Difícilmente podíamos quedarnos después de dejar a la anfitriona casi desnuda.

—Desde luego —murmuró la viuda, pálida.

De inmediato pidieron sales aromáticas y brandy.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Esta era la tercera salida social de Penélope en Londres, y se encontraban en la casa de lord Abbey. Suspiró aliviada. Hasta el momento, todo había transcurrido sin contratiempos. Había entrado en el salón, saludado al anfitrión y luego se había retirado al rincón más alejado de la estancia. Ahora estaba de pie junto a un pilar de mármol color rosa salmón.

Era una buena posición desde la que podía observar discretamente a todos los recién llegados. Sus ojos se encendieron de interés cuando lady Lydia hizo una entrada dramática, luciendo un vestido de seda verde mar y un turbante de seda color zafiro. Clavó la mirada en el duque y comenzó a abrirse paso hacia él.

El duque estaba tan apuesto como siempre, elevándose por encima del resto de los hombres y destacando como la figura distinguida que era. Tenía las pestañas oscuras bajas y una expresión afable mientras escuchaba a una anciana que le parloteaba con una sonrisa dulce. Ella le dio un golpecito en el brazo, y él le pellizcó la barbilla con gesto juguetón.

Sus ojos se volvieron inexpresivos cuando lady Lydia finalmente logró pegarse a su costado tras luchar contra la multitud.

Penélope sabía que debía concentrarse en los demás presentes y encontrar un esposo, pero sus ojos se empeñaban en quedarse en el duque. No era frecuente que tuviera la oportunidad de observarlo sin que él fuera consciente de su atención. Además, ¿cómo podía una ignorar la luz de la luna llena? Él brillaba más que nadie, y era natural contemplarlo hasta que su corazón quedara satisfecho.

Desde aquel beso, él había ocupado sus pensamientos. Sus días transcurrían entre el bullicio incesante de la temporada, sin un momento para respirar, pero en cuanto se acostaba, su figura apuesta regresaba al primer plano de su mente como un valiente general en plena guerra.

Mientras tanto, él había vuelto a tratarla como si fuera un mueble sin importancia, aunque eso era una mejora respecto a su mirada fría y calculadora. Al menos, había dejado de intentar enviarla de regreso a casa.

Un leve toque en el brazo distrajo a Penélope de lo que estaba observando.

—Lord Poyning se acerca —susurró Anne con urgencia.

—Y lord Rivers también —respondió Penélope, observando a ambos con nerviosismo.

—No se preocupe, no le daré oportunidad de hablar —dijo Anne, dándole una palmadita en el cabello.

Un momento después, lord Poyning y lord Rivers llegaron, y Anne de inmediato entabló conversación con lord Poyning.

Lord Rivers y Penélope se mostraron encantados de dejar que los otros dos divagaran.

—Qué abrigo tan maravilloso —exclamó Anne con entusiasmo.

Poyning se pavoneó.

Mientras tanto, Penelope dio un sorbo a su vino y puso una mueca para sus adentros. El abrigo en cuestión era de terciopelo color púrpura apagado, y estaba situado justo delante de sus ojos. Apartó la mirada de la prenda repulsiva y recorrió la sala con la vista. Encontró a quien buscaba: el duque. Su abrigo gris, de corte impecable —advirtió—, era excelente y nada ofensivo. Estaba absorto en una conversación con un hombre de cabello canoso.

Ella lo miró durante un buen rato hasta que alguien la empujó bruscamente por detrás. Jadeó y perdió el equilibrio. Se volvió de inmediato, con una disculpa ya en los labios, pero la mujer que la había empujado ya se alejaba a toda prisa. Todo lo que Penelope alcanzó a ver fue su espalda mientras se marchaba.

Frunciendo el ceño, Penelope se volvió y se encontró con Lady Anne fulminándola con la mirada. Desconcertada, miró a Lord Poyning en busca de explicación. Lord Poyning evitó sus ojos y se dedicó a frotar con ahínco una mancha oscura en su abrigo.

—Ha derramado vino sobre su querido abrigo —la ilustró Lord Rivers.

Penelope miró su copa vacía, horrorizada.

—Lo siento muchísimo, Lord Poyning. Le compraré un abrigo nuevo. Estoy segura de que Madame Bellafraunde me ayudará. De verdad, no quise…

—Señorita Fairweather, no tiene por qué disculparse. Debo encontrar a la anfitriona. Seguro que tiene algo para la mancha —dijo Lord Poyning, concentrado en inspeccionar la tela.

—Creo haber visto a Lady Abbey cerca del salón de juegos. Estaba conversando con la señorita Berkley —dijo Anne. Luego se volvió hacia Penélope y le lanzó una mirada significativa.

Penélope comprendió y siguió dócilmente a Anne hacia las cortinas de satén rojo.

—¿Cómo ha podido? —preguntó Anne, furiosa.

—Pero no fue culpa mía. Esta vez no —intentó explicarse Penélope.

—Nunca es su culpa, ¿verdad, señorita Fairweather? No —dijo, alzando la mano—. No quiero oír ni una palabra más. Vaya a buscar a mi hermano. Quiero irme a casa.

—Pero…

—Nos vamos —sentenció Anne con frialdad.

El trayecto de regreso se hizo en silencio, con Anne consumida por la rabia y Penélope intentando encontrar las palabras adecuadas para explicarse. En cuanto entraron en la mansión Blackthorne, Penélope le cerró el paso.

—Lady Anne, se lo ruego, escúcheme, por favor.

Anne intentó esquivarla, moviéndose de un lado a otro. Tras un rato, al ver que Penélope era demasiado rápida, se rindió.

—¿Qué tiene que decirme?

Ella miró al duque, que estaba junto a ellas.

—Así que no tiene nada que decir en su defensa. Ya me lo imaginaba —espetó Anne, zafándose del brazo.

Penélope corrió tras ella y la siguió hasta el dormitorio.

—Lady Anne, no podía decírselo. No delante del duque. Lady Lydia me empujó y me hizo derramar el vino.

—¿Ah, sí?

—Sí, y lo hizo a propósito. Tenía la espalda contra el pilar y vino por detrás y me empujó. No pudo ser un accidente. Era una reunión

pequeña, con espacio de sobra para caminar sin chocar con nadie. No entiendo por qué lo hizo, pero lo hizo.

—¿Lo jura?

—Lo juro. ¿Por qué haría yo algo así? Admito que soy torpe, pero esta vez no fue culpa mía.

Anne se sentó en la cama y gimió.

—¿Me cree? —preguntó Penélope, inquieta.

—Sí. Puedo creerlo de Lady Lydia —dijo Anne y, al ver la expresión de Penélope, añadió—. Me avergüenza admitir que Lydia y yo fuimos amigas. La conozco bien, y es el tipo de mezquindad que cometería. Disfruta avergonzando a quienes le desagradan, con palabras o con hechos. No le gustas porque mi madre y yo te apoyamos. Y una joven bella y soltera viviendo bajo el mismo techo que su prometido basta para ponerla nerviosa. Hará todo lo posible por asustarla y alejarla. Así que sí, le creo.

—Gracias —dijo Penélope, aliviada.

Anne alzó la cabeza de golpe.

—¿Por qué no pudo derramar el vino sobre Lord Rivers? Estaba justo al lado de Lord Poyning. Es la segunda vez que hago el ridículo delante de él, todo por su culpa.

—Lo siento. No se enfade, Lady Anne. Por favor, deme una oportunidad para arreglarlo.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —respondió con sarcasmo.

—Le gusta Lord Poyning, ¿verdad? —preguntó Penélope con cautela.

Anne se sonrojó.

—Somos amigos desde hace dos años.

—¿Solo amigos? No estaba tan afectada cuando rompí el vestido de Lady Virginia, y aquello fue mucho peor.

Anne se puso de un rosa aún más intenso.

—Está bien, sí me gusta, pero no estoy segura de lo que él siente.

—Entonces déjemelo a mí. Haré que Lord Edward Poyning se enamore perdidamente de usted.

Anne la miró con escepticismo.

—Tengo muchos defectos, Lady Anne, pero también soy creativa. Mis planes eran los mejores de Finnshire. Siempre funcionaban.

Estará casada con él en tres meses.

Anne se ablandó.

—¿De verdad?

—Le doy mi palabra —respondió Penélope con seguridad.

Anne frunció el ceño, pensativa.

—Primero me informará de sus planes.

—Por supuesto. Como tendrá que llevarlos a cabo, tendrá que conocerlos.

—Hum… siempre puedo revisar cualquiera de sus ideas descabelladas. Dos años esperando y nada. Es hora de medidas desesperadas, y usted, señorita Fairweather, es la cómplice perfecta. Desde su llegada, mamá ha mostrado cada vez más su mano, negándose a dejar que Charles haga su voluntad. Incluso podría permitirnos ir a Hyde Park y recibir pretendientes en casa. Charles está demasiado distraído contigo como para notar lo que hago. Lo irrita, y de verdad. Esto podría funcionar.

—Ahora que hemos llegado a un acuerdo, tengo una condición.

—¿Cuál?

—Me llamarás Penélope.

—Hecho. Y tú me llamarás Anne.

Las dos jóvenes se sonrieron.

Consiguieron una hoja de papel y se pusieron a trabajar. Anne escribió con letra grande y hermosa:

Cómo conquistar a Lord Poyning

Tras pensarlo un momento, añadió unos corazones y flores alrededor del nombre de Lord Poyning.

Penélope asintió, aprobando.

—Ese tipo de cosas son importantes.

—¿Y cuál es el primer paso? —preguntó Anne, mordisqueando el extremo de la pluma.

Penélope atrajo la hoja hacia sí y, tras limpiar la saliva del reverso de la pluma, escribió:

Para conquistar al hombre, hazte amiga del amigo.

Anne miró a Penélope y sonrió.

—Lord Rivers —canturrearon las dos.

***

Anne irrumpió en la habitación.

—Penélope, hoy no puedes cometer ningún error. Hemos ofendido a varios anfitriones y no creo que la protección del duque nos sirva por mucho más tiempo. Es cuestión de tiempo que la sociedad te dé la espalda —la amonestó Anne.

—Nunca hago nada a propósito —dijo Penélope, abatida.

—Lo sé —dijo Anne—. No es del todo tu culpa, pero un poco sí. Tiendes a soñar despierta o a ponerte nerviosa y a parlotear. Por favor, debes empezar a controlar esa lengua tuya… y también las manos y las piernas.

Penelope asintió.

—Mira hoy, por ejemplo. Sabías que ya llegábamos tarde a la cena de la señorita Rosy. Y aun así, tuviste que ir y romperte el vestido.

—No lo rompí yo. Mary no sabía que el broche estaba prendido y tiró de él, y el vestido se rasgó.

—Podrías haberla advertido. Supongo que estabas soñando con campos verdes y las vacas.

Penélope se sintió herida.

Anne suspiró.

—Lo siento, estoy preocupada. Esto es lo que sugiero. A la señorita Rosy le encantan los animales. Acaba de recibir un regalo de un príncipe indio, un hermoso gato que quiere lucir ante la sociedad. Ha organizado esta fiesta en honor del animal. Cuando te hable, cuéntale todo sobre tu cabra. Quedará encantada y, a partir de ahí, te habrás ganado a una de las anfitrionas más importantes de la sociedad londinense.

—Gracias, pero ¿no se ofenderá porque lleguemos tarde? Es una cena, ¿no?

—Sí, es muy estricta con la puntualidad. Charles sugirió que partiéramos sin ti. Enviaremos el carruaje de vuelta y podrás unirte más tarde. No se enfadará tanto si el duque llega a tiempo.

Penélope asintió.

—Estaré vestida y lista para entonces, y esta vez, Anne, nada saldrá mal.

—Eso espero. Aún ni siquiera hemos puesto en marcha nuestro plan.

—Esta noche lo haremos, Anne. Esta noche.

Penélope se cambió tres veces mientras el reloj devoraba la hora.

Dos horas después de la hora acordada, Penélope llegó por fin a casa de la señorita Rosy. Llevaba el cabello trenzado y recogido sobre la cabeza, con pequeños mechones sueltos que enmarcaban su rostro de forma encantadora. Su vestido, un elegante modelo dorado de inspiración griega, flotaba a su alrededor. Tenía las pestañas oscurecidas y los ojos le brillaban a la luz de la luna.

Esta vez sabía que se veía mejor que nunca y que tenía un plan excelente. La señorita Rosy la miraría una sola vez, vería lo que había traído consigo y la perdonaría por el retraso. Caminó con un poco más de confianza.

—Señorita Fairweather —anunció el intimidante mayordomo.

Penélope no se sintió intimidada. Al contrario, el corazón le dio un vuelco de emoción. Ese era el momento en que la simple Penélope Winifred Rose Spebbington Fairweather, de Finnshire, se transformaría en una auténtica dama londinense.

Estaba lista para encantar, cautivar y hechizar a la alta sociedad. Por primera vez en su vida se sentía hermosa, y aquella sensación era tan deliciosa que burbujeaba dentro de ella como una botella de champán. Había cometido muchos errores, pero era hora de olvidar el pasado y empezar de nuevo. Con cuidado, tocó la suave tela de su falda. Tenía el presentimiento de que aquella noche las cosas cambiarían para mejor. Alzó el mentón, enderezó la espalda y sus faldas giraron cuando entró en la sala.

Un momento después, Penélope, con las burbujas desinfladas, los hombros caídos y la espalda encorvada, salía disparada de la mansión de la señorita Rosy, seguida de cerca por Anne y el duque.

Una cabra con un gorrito verde colgándole de una oreja los seguía, corriendo como si le fuera la vida en ello. Y le iba, porque tras ella corría el gato que el príncipe indio había regalado a la señorita Rosy. No era un atigrado, ni un persa, ni uno de esos blancos y negros con manchas. Era un guepardo adulto que los persiguió hasta que se pusieron a salvo en el carruaje.

—Yo… —empezó Penélope.
—No. Simplemente, no —gruñó Anne.

CAPÍTULO VEINTE

La Habitación Amarilla era luminosa, con tapices color ranúnculo y etéreas cortinas blancas. Durante generaciones, la familia Radclyff se había reunido allí para afrontar situaciones consideradas catastróficas. La última vez que se utilizó fue para planear una huida en tiempos de guerra.

La situación actual se consideró lo bastante grave como para que la familia volviera a abrir de par en par las puertas de palisandro de la Habitación Amarilla. Los miembros de la familia Radclyff, excepto sir Henry, junto con Penélope como parte culpable, madame Bellafraunde como consejera sabia y lady Bathsheba como testigo, se reunieron allí para debatir la última calamidad que había caído sobre la Mansión Blackthorne. La estancia, de tonos pálidos y apacibles, estaba diseñada para infundir calma y permitir pensar con claridad.

—¡Estamos arruinados! ¡Arruinados, desheredados, repudiados y despreciados por cada miembro de la sociedad! No toleraré que esa criatura siga viviendo bajo mi techo ni un instante más —gritó el duque.

—Somos la familia Radclyff. Tenemos honor. No podemos abandonar a una pobre alma solo porque tuvo la desgracia de llevar a su mascota a una cena —chilló lady Anne.

—Vamos, vamos, hijos. Cálmense —dijo la duquesa viuda con voz conciliadora.

—¿Calmarme? Tuvimos que huir del baile de lady Virginia porque ella le arrancó el vestido a la anfitriona. Después, te ofendió a ti, Anne, al derramar una copa de vino sobre ese necio de Poyning. Y luego fuimos perseguidos por un guepardo porque esta imbécil llevó una cabra consigo. ¿Quién le dijo que hiciera semejante estupidez?

—Intentemos hablar con calma —insistió la duquesa viuda.

—¡Charles! —bramó Anne por encima de la voz de su madre—. Tú eres un duque. Nadie se atreverá a darte la espalda ni a ti ni a tu

familia. ¿Desde cuándo te has vuelto un idiota cobarde?

—¿Idiota? A mí no me afecta, sino a ti. La idiota eres tú. Me preocupa tu bienestar. Nadie querrá casarse contigo si te rodeas de semejante…

—Silencio, Charles. No puede insultar así a la pobre señorita Fairweather —interrumpió la duquesa viuda.

—No me importa si nadie se casa conmigo; quiero que Penélope se quede —gritó Anne.

—¡Basta! —rugió por fin madame—. Por favor, siéntense y discutamos esto como personas civilizadas.

El duque y Anne se sentaron, aunque de mala gana.

Penélope mantenía la mirada clavada en la flor ocre de diseño ondulante tejida en la alfombra. Le dolía el corazón, no solo por haber cometido un error terrible, sino porque había creído que el duque había empezado a apreciarla. ¿Cómo podía alguien besar con tanta pasión a una persona que detestaba?

Los hombres eran criaturas extrañas.

—Bien —dijo madame con calma—. Lo ocurrido con lady Virginia fue un accidente, y todos, incluida la propia lady Virginia, han tenido la amabilidad de considerarlo como tal. En cuanto a lord Poyning, no se ha quejado de que la señorita Fairweather le haya derramado vino encima. Al contrario, solo ha tenido palabras elogiosas hacia ella.

—¿Y cómo lo sabe usted? —interrumpió el duque.

—Madame lo sabe todo —intervino la duquesa viuda—. Continúe, madame. ¿Y qué hay de miss Rosy?

—Miss Rosy tiene numerosas mascotas, como bien saben. Mantiene perros, gatos, aves, caballos y cerdos en su casa. Su intención era que Puddles, es decir, el guepardo, se familiarizara primero con la casa y luego introducirlo poco a poco al resto de sus animales. Ahora comprende que Puddles probablemente se comería a sus adorados cerdos, aves, caniches y demás.

Está muy agradecida a lady Bathsheba por haberla ayudado a comprender que no se puede controlar a un guepardo adulto. También se siente aliviada de que quien se llevó el susto fuera lady Bathsheba y no uno de sus sensibles y queridos animales. Sus

mascotas —insistió— tienen los nervios delicados. Vendrá a visitarlo, su excelencia, porque desea agradecer personalmente a la cabra y ofrecerle una bolsa de manzanas como compensación por el susto que se llevó. En cuanto a Puddles, será devuelto a su lugar de origen.

Penélope se animó al oír aquello.

—Sí, pero quizá no tengamos tanta suerte la próxima vez. Lo siento, señorita Fairweather, pero coincido con Charles. Otro error como este me obligará a enviarla de vuelta a Finnshire —dijo la duquesa viuda con tristeza.

—¿Madre? —exclamó Anne, horrorizada.

—Lo siento, Anne, pero la sociedad no permanecerá pasiva si esto continúa. Las damas empezarán a darle el corte directo, y antes que permitirle pasar por semejante humillación, será más amable dejarla regresar a casa —explicó la duquesa viuda.

Penélope rompió a llorar ruidosamente. Lady Bathsheba se levantó y se alejó.

—Traidor pedazo de carnero —sollozó Penélope en su pañuelo.

—Esto es lo que propongo —dijo madame—. Déjenme a la muchacha durante dos días y dos noches. Después, concédanle una última oportunidad para demostrar su valía. Si la próxima salida en sociedad transcurre sin contratiempos, podrá quedarse. De lo contrario, hagan sus maletas y envíenla de regreso.

—¡Sí! —exclamó Anne.

—¡No! —rugió el duque.

—¿Una última oportunidad? —murmuró la duquesa viuda, pensativa—. ¿Cree usted que puede lograr un cambio en solo dos días?

—Puedo intentarlo. Creo que sé cómo abordar su costumbre de hablar sin parar cuando se pone nerviosa. Si eso se controla, la confianza llegará después —respondió madame.

—De acuerdo —dijo la duquesa viuda—. La fiesta de lord Bloodworth es dentro de tres días. Si logra sobrevivir sin un desastre, podrá quedarse.

—Pero, madre… —balbuceó el duque.

La duquesa viuda le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo.

—Charles, tú estás convencido de que la señorita Fairweather no puede manejar la temporada. Y si estás tan seguro de que no superará la fiesta, permítenos intentarlo. Tiene una sola oportunidad y, si fracasa, obtendrás lo que deseas: volverá a casa.

—Señorita Fairweather, no tenemos tiempo que perder —dijo madame, arrancando a Penélope de la chaise longue y arrastrándola fuera de la habitación—. Vamos, recupere el juicio.

***

Se le entregó a Penelope un horario detallado de los dos días siguientes.

Leyó el plan y se preguntó si no sería mejor tomar el próximo coche de posta de regreso a Finnshire.

—¿Cuándo como? —preguntó Penelope—. Aquí no lo indica.

—Hoy comerá mientras camina —respondió madame con brusquedad.

—¿Mientras camino?

—Sí. No puede, absolutamente no puede, seguir contoneándose, señorita Fairweather.

—¿Me contoneo?

—Como un pato cojo.

Así comenzaron los dos días de entrenamiento intensivo.

—Camine, señorita Fairweather. Balancee las caderas.

—Pero, madame, estoy con los ojos vendados. No veo nada… ¡Ay!

—Quiero que use sus sentidos. Más allá de la vista, están el tacto, el olfato y el oído. Úselos y deslícese como un cisne sobre un lago de cristal, sin provocar apenas ondas. No como un oso pisoteando el bosque.

***

Más tarde esa noche…

—Se está quedando dormida otra vez, señorita Fairweather. Arriba. Aún tenemos que repasar el manejo del abanico.

—Ya lo hemos hecho ciento sesenta veces. Las conté.

—Pues esta es la ciento sesenta y una. Ahora, coloque el abanico… Abra… Cierre…

***

A las seis y media de la mañana siguiente, Penélope roncaba. Una pluma le cosquilleó la nariz. Estornudó y se dio la vuelta.

Un instante después, un estruendo la hizo incorporarse de golpe en la chaise longue.

—¿Qué… quéééé… qué ha pasado?

Madame estaba de pie, con una trompeta en la mano.

—Ha dormido suficiente. Es hora de practicar.

Penélope la miró con ojos inyectados en sangre y luego al reloj.

—He dormido quince minutos.

—Sí, es más que suficiente.

—Renuncio —dijo con voz lastimera.

Madame le tendió una taza de té y golpeó el suelo con el pie, impaciente.

—Lo digo en serio. Renuncio, madame. No puedo seguir con esto. Quiero volver a Finnshire.

—Excelente, querida. Puede marcharse en cuanto terminemos de practicar la cuadrilla.

—No.

—Practicará.

—No lo haré.

—Señorita Fairweather, cocinaré la cabra.

—¡Maldita sea! Está bien, pero me marcho después de practicar el baile.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El ambiente en la casa era sombrío. Parecía que alguien había muerto en la Mansión Blackthorne. Incluso las criadas lucían expresiones de funeral.

Era ese día, el día en el que estaban puestas todas las esperanzas de Penélope. El día de la fiesta de Lord Bloodworth.

Madame supervisó personalmente el arreglo de Penélope para la gran ocasión.

Vestida de seda color bordó, se quedó mirando su reflejo en el espejo mientras Madame le recogía el cabello en un moño bajo. Ni un solo rizo rebelde se atrevió a escapar de las horquillas aquel día.

La viuda llegó para obsequiarle unos pendientes de rubíes y un collar a juego. Penélope los tomó y se los puso con el aire de un soldado que se prende las medallas antes de partir a la guerra.

Con los ojos secos, Penélope se despidió de su cabra y caminó hacia el carruaje con paso medido. La visión de Perkins despidiéndola con un pañuelo blanco mientras el carruaje se alejaba estuvo a punto de quebrar su compostura. Pero se recompuso enseguida y sus ojos permanecieron claros y brillantes durante todo el trayecto.

Penélope entró en la reluciente casa de Lord Bloodworth sin dar un solo paso en falso. Sus caderas se balanceaban, la sonrisa educada permanecía fija en su rostro y logró imaginar a cada uno de los ciento cincuenta invitados presentes en calzones color pervinca.

Desde temprano aquella mañana, una extraña sensación de desapego se había apoderado de ella. Estaba cansada, cansada de luchar y de intentar agradar. Ya no le importaba si hablaba fuera de lugar o hacía algo mal. Solo quería que la noche terminara para poder volver a casa, acurrucarse en la cama y dormir durante las próximas doce horas.

Avanzó entre la multitud con la barbilla en alto y los hombros hacia atrás. Los invitados confundieron su desapego con orgullo, ese

tipo de orgullo que nace de la seguridad en uno mismo. Brillaba, y su encanto se veía amplificado precisamente porque ella no era consciente de ello.

Tras una hora deslizándose entre la gente y dos copas de vino tibio después, Penélope había alcanzado ese estado espiritual de alegre embriaguez. Ese punto perfecto en el que todo empezaba a parecer maravilloso y cada tragedia se convertía en comedia. De pronto se sintió llena de alegría. La falta de sueño y una dieta casi inexistente contribuyeron a su estado delirante. Se sentía rebosante de amor por sus semejantes.

Vio el rostro hosco de Anne y el corazón estuvo a punto de estallarle de afecto por su querida amiga. Quiso abrazarla, rodearla con calidez y decirle que todo saldría bien. Pero todavía no estaba tan bebida, y al reconocer la pendiente resbaladiza por la que se dirigía, dejó el vaso de vino.

Sin embargo, estaba lo bastante achispada como para hacer un voto y actuar en consecuencia. Ella, Penélope Fairweather, decidió asegurarse de que Anne consiguiera a su Poyning esa noche.

—¿Los ve? —susurró Penélope a Anne.

—Acaban de llegar. ¿Está borracha? —preguntó Anne.

—Solo un poco. Nada de qué preocuparse —dijo Penélope, poniéndose de puntillas para mirar hacia la entrada. No veía absolutamente nada.

—Beba la limonada. Al menos no está balbuceando —murmuró Anne. No tenía tiempo para regañarla.

Penelope se bebió la bebida empalagosa.

—Vienen hacia aquí. ¿Cómo me veo? —preguntó Anne, nerviosa.

—Hermosa —respondió Penélope con lealtad. La seda azul que llevaba Anne no favorecía demasiado su tez, pero realzaba su figura.

Un momento después, Anne cambió ligeramente de posición y, a propósito, chocaron con Lord Rivers y Lord Poyning.

—¡Señorita Fairweather! —exclamó Lord Poyning, iluminándosele el rostro de alegría.

Penélope frunció el ceño y luego forzó una sonrisa. Le habría gustado que el entusiasmo del hombre se reservara para Anne.

—Señorita Fairweather —la saludó Lord Rivers con bastante menos fervor.

—Señorita Fairweather —dijo Lady Lydia, uniéndose a ellos.

Penélope inclinó rápidamente la cabeza ante los tres, empezando a sentirse un poco incómoda por tantas miradas. Las palabras le subieron a la garganta y le cosquillearon la lengua, así que dio un sorbo rápido a su limonada.

La solución de Madame a su pequeño problema de parloteo había sido mantener la boca ocupada bebiendo agua o limonada cada vez que se sentía alterada. Se dio cuenta de que funcionaba. Las palabras habían sido arrastradas por el líquido. Sonrió con más seguridad y dio otro gran trago.

—Anne, madre me ha enviado a bailar contigo —dijo el duque, acercándose al grupo.

—Madre te ha enviado a bailar con la señorita Fairweather —le siseó Anne a su hermano.

Al duque se le torció la boca con desagrado, pero mantuvo un tono educado cuando dijo:

—Entonces, venga —dirigiéndose a Penélope.

—¿Venga? —repitió Penélope.

—¿Si prefiere no hacerlo? —sugirió el duque con esperanza.

Lady Lydia sonrió al duque y lo interrumpió con una voz dulce y aguda:

—Oh, no seas tonto, Charles. La señorita Fairweather no puede bailar contigo. ¿No me dijiste que procede de algún pueblucho inculto? No seas cruel y no permitas que haga el ridículo. Bailaré yo contigo. Es tan raro que podamos hacerlo juntos.

Anne alzó el pie, lista para pisarle los dedos a Lady Lydia, cuando la voz de Penélope la detuvo.

—Si con "venga" me estaba invitando a bailar, entonces, su gracia, estaré encantada de acompañarlo —dijo Penélope. Tenía las mejillas encendidas, pero la voz firme como una roca.

El duque lanzó a su prometida una mirada de disculpa y condujo a Penélope a la pista.

Los músicos atacaron la primera nota, un tañido melancólico, eco de un amor perdido.

Él le tocó la cintura y ella avanzó para encontrarse con él, manteniendo el rostro apartado.

—¿Está bien? —preguntó él con suavidad.

Sus ojos saltaron hasta el rostro de él.

—¿Por qué no iba a estarlo? ¿Ha envenenado mi vino?

—No, aquel día en el callejón… —apretó los labios y su agarre en la cintura de ella se tensó.

Le sorprendió que lo recordara. Le parecía que había ocurrido hacía tanto tiempo; además, había estado soñando con besarlo a él en lugar de soñar con aquel hombre.

La piel se le sonrojó y quiso huir de su abrazo, pero estaban bailando y tenía que quedarse allí durante toda la canción. Era dulcemente tortuoso.

—¿Señorita Fairweather?

—Estoy bien.

—¿Está segura? ¿Necesita mi ayuda?

—¿Ayuda? ¿Qué haría? ¿Encontrar al hombre y terminar lo que yo empecé? ¿Matarlo? No, gracias. Creo que lo que ocurrió fue lo mejor.

—Aprendió una valiosa lección —afirmó él con sencillez.

La mano de ella se apretó un instante sobre su hombro. No hacía falta decir nada; él lo entendía.

Él la levantó del suelo y, cuando la devolvió a sus pies, quedó más cerca de él de lo estrictamente necesario.

La música cambió, volviéndose más rápida. Los dedos volaban sobre las teclas del piano y los violinistas sacudían sus cabezas despeinadas, moviendo con furia los arcos sobre las cuerdas.

Penélope se sentía ligera como una pluma mientras el duque la guiaba por la pista. Su mano firme la conducía sin dejar margen para errores.

Lo miró con timidez y el rostro iluminado de felicidad. Era su primer baile de la temporada y él lo había iniciado siendo amable.

A pesar de todos sus errores, él estaba sinceramente preocupado por cómo se encontraba. Ella le apretó la mano con fuerza, dejando que sus ojos transmitieran su gratitud. Tal vez Madame había obrado un milagro en los últimos dos días. El duque se estaba ablandando con ella.

Él le sonrió y el estómago de ella dio un vuelco. Las palabras que siguieron parecieron hacerse eco de sus sentimientos.

—He cambiado de opinión sobre usted —dijo él, haciéndola girar.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, ruborizándose de placer.

—Sí, pensaba que era una mosca de la fruta.

—¿Una mosca de la fruta? —su burbuja rosada se desinfló un poco.

—Sí, una criaturita inofensiva. La juzgué mal. Ahora estoy convencido de que, en realidad, es un mosquito.

—¿Perdón?

—Un mosquito, un mosquito hembra. Son las únicas que chupan sangre, y algunas pueden ser francamente peligrosas para la salud de un hombre.

Los pies de Penelope se detuvieron. La burbuja rosada ya no existía.

La mano de él en su cintura la obligó a seguir moviéndose.

—Es exactamente como un mosquito —continuó él mientras la música alcanzaba un crescendo—, un bichito molesto, y ojalá pudiera juntar las manos y ¡plas! Aplastarla en un instante.

Penélope parpadeó.

El pianista dejó caer las manos con estrépito sobre el instrumento.

El baile había terminado.

***

—Está un poco roja. ¿Charles la ha molestado? —susurró Anne a Penélope en cuanto se reunieron.

—Me ha ascendido de mosca de la fruta a mosquito chupasangre. Así que, respondiendo a su pregunta… sí, las plumas de avestruz que adornan mi peinado están un poco erizadas.

Anne soltó una risita y Penélope frunció el ceño.

—¿Alguna suerte? —preguntó Penélope, tomando la copa de limonada de manos de Anne.

—No me ha pedido bailar —respondió Anne, abatida.

—Lo hará. Déjemelo a mí —le dijo Penélope. Luego dirigió su atención a Lord Anthony Rivers.

—¿Baila usted, Lord Rivers?

—Rara vez.

—Yo sí —intervino Lord Poyning.

—A Anne le encanta bailar —insinuó Penélope.

—¿De verdad? —replicó Lord Poyning.

—Sí, pero nunca podré ser tan elegante como Anne —respondió Penélope con irritación.

—Permítame ser yo quien juzgue eso. ¿Puedo pedirle el próximo baile, señorita Fairweather? —preguntó lord Poyning.

Penélope dio un largo sorbo antes de responder:

—Estoy un poco cansada después de mi baile con el duque. Prefiero observarlo bailar por ahora. ¿Quizá el siguiente?

—Las mujeres son tan delicadas —comentó lord Poyning, recorriendo con la mirada la figura de Penélope.

Se removió incómoda bajo aquella mirada; el rostro se le encendió. Algo en los ojos de lord Poyning la inquietó, y sintió un deseo urgente de alejarse.

—Charles está llevando a Lydia a la pista —anunció Anne.

Penélope giró la cabeza con rapidez para mirar a la pareja. Observó al duque guiar a lady Lydia por el salón. Ella sonreía, con los dientes brillando blancos a la luz de las velas.

Cuando Penélope volvió la vista, descubrió que lord Poyning por fin había invitado a Anne a bailar. Satisfecha, sonrió a lord Rivers.

—¿Bailaría usted? —preguntó lord Rivers, de mala gana.

Penélope lo detuvo de inmediato:

—No, prefiero observar por ahora.

—Bien, bien —dijo él, visiblemente aliviado.

Ella volvió a sonreír ampliamente. Este era el momento: hora de poner su plan en marcha.

—¿Conoce a Anne desde hace mucho? —preguntó, batiendo las pestañas.

—Sí. ¿Tiene algo en el ojo?

Penélope inmovilizó los párpados.

—Creo que era polvo. Ya estoy bien. ¿Le gustaría dar una vuelta por el salón?

—No, está demasiado lleno.

Maldito hombre, pensó Penélope, irritada. Lo intentó de nuevo:

—Lord Rivers, prefiero hablar con franqueza. Soy de un pueblo pequeño y no sé coquetear ni insinuar cosas. Sé que apenas nos conocemos, pero su amistad con lord Poyning y la mía con Anne me impulsan a pedirle ayuda. Solo usted puede ayudarme en este noble empeño. Sí, lord Rivers, usted y yo podemos traer felicidad a nuestros queridos amigos.

Penélope se sintió complacida por lo fácilmente que habían brotado aquellas palabras. El hombre tímido y callado frente a ella le resultaba reconfortante. Era difícil ponerse nerviosa con alguien que parecía aún más fuera de lugar en un salón de baile que ella misma.

—¿Cómo? —preguntó él, despertando de pronto y mirándola por primera vez con ojos atentos.

Penélope vaciló ante la intensidad de su expresión. Comprendió que se había equivocado al pensar que aquel hombre sería fácil de manejar. El leve interés que había despertado en él transformó sus facciones, y ese cambio sutil lo convirtió en alguien casi apuesto.

Miró hacia las parejas que bailaban, intentando ganar tiempo, y vio al duque atraer a su prometida un poco más cerca.

Apartó la vista con esfuerzo y dijo:

—Lord Poyning es su amigo y Anne es la mía. Creo que deberían casarse, y usted está en la mejor posición para ayudarlos a reunirse.

La expresión de lord Rivers se endureció.

—Lo siento, pero no creo que hagan buena pareja. Además, no pienso que lord Poyning esté interesado en lady Anne, y usted está perdiendo el tiempo en una empresa tan estéril.

—¿Cómo puede estar seguro? ¿Se lo ha dicho?

—No, pero no hizo falta que lo dijera. Lo conozco bien.

—Lord Rivers, comprendo sus reservas, pero ¿qué daño puede haber en intentarlo?

—No.

—¿No? ¿No cree usted que…?

—Señorita Fairweather, por favor, no me involucre en esto. Soy bastante mayor que usted y sé lo feo que puede volverse entrometerse en asuntos del corazón, sobre todo cuando se trata de personas cercanas. Le aconsejo que deje que lady Anne se ocupe de sus propios asuntos.

Penélope no se sintió ofendida. El tono de lord Rivers era amable y sus palabras bienintencionadas. Aun así, estaba contrariada: había deseado que la historia de amor de Anne y Poyning tuviera un final feliz esa misma noche. Había esperado que, en secreto, Poyning amara a Anne tanto como Anne lo amaba a él. Lord Rivers debía confesarlo, o al menos ayudar a unirlos.

Nada de eso ocurrió. La primera parte del plan fracasó por completo, así que Penélope se sumió en un silencio hosco hasta que Anne regresó de su baile con lord Poyning.

El resto de la velada transcurrió sin contratiempos. Penélope no pronunció ni una sola palabra fuera de lugar. Bebió dieciséis vasos de limonada, pasó gran parte de la noche en el tocador de damas y bailó cinco veces con distintos compañeros. Ningún hombre despertó su interés, y solo uno, adinerado, mostró verdadero entusiasmo por ella. Por desgracia, era tan viejo como sir Henry.

De regreso en el carruaje del duque, una Penélope sombría rebotaba en su asiento camino a la mansión Blackthorne. El enredo amoroso de Anne estaba resultando más complicado de lo que había imaginado. Pasó todo el trayecto tironeando de sus incómodos guantes y planeando el siguiente paso para unir a los dos enamorados.

Apenas entró en la mansión Blackthorne, la duquesa viuda la tomó del brazo.

—Penélope —dijo—, esta noche se me acercaron tres grandes damas. Tenían algo que decir sobre su conducta.

Penélope palideció. ¿Cómo había podido olvidarlo? Aquel día había sido una prueba y, si la había fallado, a la mañana siguiente estaría de regreso en Finnshire. Había pasado toda la noche conspirando para unir a Anne y lord Poyning, pero si ya no estaba en Londres, ¿cómo iba a ayudarlos?

Anne, Madame, la duquesa viuda e incluso lady Bathsheba contaban con ella. Dudaba que sus nuevos empleadores le permitieran llevarse una cabra. Sus sueños de casarse y tener un hogar se harían añicos.

Recordó su estado de alegre embriaguez unas horas antes.

¡Cielo santo! En cuestión de segundos se convertiría en una solterona derrotada y solitaria. Con las siguientes palabras de la duquesa viuda lo perdería todo.

—¿Madre? —insistió Anne, apretando la mano de Penélope.

—Me felicitaron por patrocinar a una joven tan prometedora. Querida mía, a partir de ahora ya no es usted una amenaza social.

—¿No cometí ningún error? —preguntó Penélope, atónita.

—No, no lo cometió —respondió la duquesa viuda, sonriendo.

—¿Penélope no cometió ningún error? —repitió Anne, incrédula. Le sujetó los hombros y la sacudió suavemente Penélope, lo logró. Penélope, ¿ha oído eso? No cometió ningún error.

—Puedo quedarme —susurró Penélope.

—Puede quedarse —chilló Anne, la abrazó y empezó a dar vueltas por la habitación bailando. Su voz resonó cuando estalló en una canción improvisada…

Oh, querida mía, escuche mi ruego,
¿no oyó lo que dijo mamá?
La señorita Penélope Fairweather,
¡puede quedarse, puede quedarse!

Penélope se echó a reír.

La conmovida viuda agarró a la persona más cercana que tenía al lado. Resultó ser Hopkins, el ayuda de cámara. Se unió a las dos muchachas en su versión de un vals más recatado y dijo:

—Ahora la veremos en casa de las señoritas Henley, Masters y Attaway. Sí, la señorita Fairweather puede quedarse sin lugar a dudas.

Anne hizo girar a Penélope dos veces y luego la bajó en una reverencia dramática.

—Puede pasear a caballo por Hyde Park, St James y Ranelagh.

—O ir a Tattersalls y a Vauxhall —canturreó la viuda.

—¡Y a bailes y cenas! —exclamó Penélope.

—Asistir a visitas matinales y a obras divertidas. Todo el día, todos los días —rugió Anne.

Contagiado por el ánimo festivo, Hopkins añadió con solemnidad:

—Señorita Fairweather, señorita Fairweather, en Blackthorne puede quedarse.

Las doncellas, escondidas tras la barandilla, empezaron a bailar una jig de celebración y cantaron alegres su propio coro de fondo,

Las fregonas y las escobas están pasmadas,
las tazas y los platillos, un poco aturdidos.
Mientras hacemos el pino y gritamos de alegría,
¡la cabra puede quedarse, y también la señorita Pea!

Una Penélope mocionada sorbió la nariz y rompió a lloriquear,

Traigan las copas,
traigan la botella,
destapen las burbujas,
porque ya no soy ningún problema.
Puedo quedarme, puedo quedarme,
¡la duquesa viuda dice que puedo quedarme!

Perkins y Hopkins, de una manera digna acorde con su condición, movieron la cabeza al ritmo de la música imaginaria mientras Anne entonaba a voz en cuello otra melodía,

Una lass chiflada y los bolsillos vacíos,
aires de campo y camafeos prestados,
ahora puede rondar y cazar por las calles de Londres,
en busca de hombres ricos y dulces manjares.
Pronto irá vestida de blanco y recorrerá el perfumado pasillo,
en la mano llevará flores, luciendo una sonrisa tímida y encantadora,
y lloraremos y berrearemos y lloraremos sin parar,
cuando, ay, ¡se case con el deshollinador!

—¡Todos juntos ahora! —gritó la duquesa viuda.

Perkins, Hopkins y las doncellas escondidas tras la barandilla se unieron a la duqesa viuda, a Penélope y a Anne para cantar con entusiasmo el estribillo final,

Se puede quedar, se puede quedar, se puede quedar,
y nadie se atrevería a decir que no,
porque Penelope Fairweather estará aquí, en Blackthorne,
¡toooooodos y cada uno de los díííííías!

Cuando se apagaron las últimas notas, el grupo hizo una reverencia cortesana dirigida al único espectador.

El espectador resultó ser el duque, que, como era de esperar, frunció el ceño durante toda la escena. Negó con la cabeza, disgustado, mientras se encaminaba a la cama.

Aquello, concluyó, había sido rematadamente horrible.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Penélope abrió su armario y encontró una rosa marchita sobre sus chales. La tomó y la colocó con cuidado en el cajón inferior de su tocador. En las últimas dos semanas había encontrado un pañuelo con "Pinilowpea" bordado, un par de guantes viejos escondidos bajo la almohada, un botón cuidadosamente envuelto en papel marrón, una caja de galletas y dos cabos de vela.

Mary le informó de que los regalos provenían de las criadas y de Bagley, el lacayo, al que llamaban cariñosamente Morsa. Bagley había dejado la rosa y la caja de galletas porque se había enamorado de Penélope. En cuanto a las criadas, habían dejado los obsequios como una forma de animarla.

Cuando la gente canta y baila junta a las cuatro de la mañana por el éxito de alguien, esa persona se vuelve especial. Los cuarenta y dos sirvientes dentro de la Mansión Blackthorne sentían ahora un vínculo con Penélope. A los ciento veinte sirvientes de fuera de la mansión se les había informado de los acontecimientos de la noche y, por solidaridad, ellos también sentían ahora apego por ella.

A menudo se sorprendía a las criadas cantando «Puede Quedarse, Puede Quedarse» mientras realizaban sus tareas diarias. De pronto, el éxito de Penélope y el hecho de que lograra atrapar a un hombre durante la temporada se convirtieron en un asunto de gran importancia para los sirvientes de la finca Blackthorne. Intentaban apoyar la causa de la «bonnie lass de Finnshire», como empezaron a llamarla.

Penélope agradecía los gestos, pero también sentía que esos pequeños recordatorios funcionaban como una presión añadida. Ahora tendría que atrapar a un hombre esta temporada; de lo contrario, decepcionaría a mucha gente… y a una cabra.

No era que no lo intentara. Lo hacía, y hasta había recibido la visita matinal de algunos hombres.

Aun así, dos cosas la inquietaban profundamente. La primera era que solo hombres muy ancianos o arruinados habían mostrado interés por ella. Anne había sugerido que Penélope mantuviera a su pretendiente de mayor edad como posible opción. Al fin y al cabo, el lord Autenberry, de ochenta años, moriría pronto, dejándola como una viuda rica, y ni siquiera tendría que calentarle la cama.

La segunda cosa que la perturbaba era que, aunque el duque había dejado de intentar enviarla de vuelta a casa, no se había ablandado con ella. Al contrario, cada día la miraba con mayor severidad.

Y lo peor de todo era que quería besarlo cada vez que lo veía, pese a esa mirada acerada en sus ojos. Quería arrancarle a besos el mal humor y hacer que se derritiera y se acurrucara contra su piel.

Suspiró y se prendió un broche de zafiro en el vestido. Tenía que salir hacia la velada de Miss Martin y ya no le quedaba tiempo para cavilaciones. Por ahora, no podía hacer nada más que mantener los ojos abiertos y permanecer alerta ante el próximo plan retorcido del duque.

***

Lord Poyning se abalanzó sobre Penélope en cuanto entró en la velada de Miss Martin. La condujo a la pista de baile y, sujetándola más cerca de lo que dictaba la decencia, le susurró al oído:

—Es como un nenúfar en flor, perfumado, querida mía.

Penélope arrugó la nariz. Si ella era un nenúfar, entonces él era un cuenco de sopa de cebolla y ajo. Olía mal.

Mientras daban vueltas por la pista, Penélope se preguntó cómo había podido considerar atractivo a lord Poyning. Su encanto se le había desvanecido con rapidez, pero Anne y varias jóvenes más seguían mirándolo con deseo.

La desconcertaba.

Intentó mirarlo con desapego y encontrarle algo atractivo. El rostro era lo bastante agradable, aunque la sonrisa resultaba un poco lasciva. Tenía los ojos grandes, azules, bordeados por pestañas castañas, finas y revoloteantes, casi de ratón. Podrían haber sido favorecedores de no ser por la expresión furtiva constante que albergaban. Pero lo más extraño de todo eran sus brazos, flacos

como velas afiladas que sobresalían de un candelabro demasiado ancho.

Sin embargo, lo más bizarro era su forma de bailar. El hombre no se deslizaba. Daba saltitos como un conejo, y Penélope se veía obligada a saltar con él. Resoplaba, bufaba y rebotaba mientras intentaba seguirle el paso.

En conclusión, decidió que lord Edward Poyning era un saltamontes poco atractivo.

Mientras tanto, lord Poyning se consideraba a sí mismo un libertino, un conquistador, alguien que comprendía el alma misma de las mujeres. También se creía impecablemente vestido, y su ayuda de cámara miope coincidía con esa opinión.

Lord Poyning además prendía flores y cintas abundantes en su levita. En cada reunión social, arrancaba una flor o una cinta y se la entregaba a cada dama con la que bailaba. Una rosa blanca que adornaba su botón quedaba reservada para su favorita de la noche. Todo se hacía con mucha discreción, dejando a las muchachas complacidas y sonrojadas.

A lo largo de los años, lord Poyning había roto numerosos corazones ingenuos. En ese momento, Penélope no se preocupaba por su corazón, sino por sus pobres dedos, que estaban siendo aplastados por el agarre entusiasta de lord Poyning. Con la atención centrada en sus dedos maltratados, no se dio cuenta de cómo ni cuándo él los había sacado al balcón.

El vello de la nuca se le erizó cuando el viento frío de la noche le golpeó el rostro. Abrió de golpe su abanico de marfil y empezó a agitarlo con furia.

Lord Poyning la observó con inquietud y dio un paso atrás apresurado.

—El arma de una mujer es un abanico —murmuró Penélope para sí, probando con el dedo la punta del mango.

—¿Ha dicho algo? —preguntó lord Poyning.

—He dicho que es una noche preciosa —respondió Penélope, mientras la brisa del abanico apartaba los rizos de su cara.

—¿Tiene calor, señorita Fairweather?

—No, tengo un poco de frío —dijo Penélope, esperando que captara la indirecta y la llevara de vuelta al interior.

—¿Tal vez si guarda el abanico la ayude? —sugirió lord Poyning.

Ella cerró el abanico a regañadientes.

—¿Se encuentra bien, señorita Fairweather? —preguntó lord Poyning, acercándose—. Su piel tan clara… está un poco encendida.

—Sí, sí —dijo Penélope, dando un paso atrás con nerviosismo.

Sonriendo, él avanzó torpemente y le tomó la mano enguantada.

—Señorita Fairweather, ¿le he dicho lo hermosa que está esta noche?

Penélope nunca antes había sido llamada hermosa por nadie y deseó que el cumplido hubiera venido de otra persona. Además, no había olvidado a Anne. Anne amaba a ese hombre, y Penélope no podía traicionar a su amiga. Se revolvió, intentando liberar la mano enguantada de su agarre.

—Puede que Anne me esté buscando —insinuó Penélope.

—Por favor, señorita Fairweather, ¿un momento más? Es una noche tan encantadora —respondió él, acariciándole los nudillos contrariados.

—Lord Poyning, creo que deberíamos volver al interior —insistió Penélope.

Ella tiró de la mano con fuerza. Él no la soltó. Entonces dio un violento tirón con todas sus fuerzas. Funcionó. Su mano quedó libre, pero el guante no. Colgaba flácido en el agarre apasionado de lord Poyning.

Penélope miró el guante y decidió dejárselo. Luego se metió ambas manos bajo las axilas para disuadirlo de seguir haciéndole el amor a sus pobres dedos. Ahora estaba completamente irritada y preocupada. Su tarea era hacer que él se enamorara de Anne, no de ella.

—Señorita Fairweather —jadeó—. No se contenga.

Penélope observó con desagrado sus labios fruncidos. Tenía dos opciones. Una: sacar el abanico y pincharlo repetidas veces con la punta hasta que la soltara. Dos: desmayarse.

Decidió optar por la segunda. Era una salida más civilizada y, en consecuencia, se llevó la mano a la frente, cerró los ojos y se

balanceó. Dejó que las piernas se le aflojaran cuando él se negó a captar la indirecta y siguió murmurándole dulces naderías al oído ardiente. La atrapó cuando se venció y, al no poder sostener por mucho tiempo un cuerpo inerte en brazos, la dejó tendida en el suelo del balcón.

—¿Qué ocurre? —dijo la voz del duque en algún lugar por encima de su cabeza.

Un diminuto ceño frunció su frente antes de alisarse de inmediato.

—N...no lo sé. Se ha desmayado. ¿Tal vez el calor? —tartamudeó lord Poyning. Rápidamente deslizó el guante de Penélope bajo su espalda y se incorporó.

—Es una noche fresca, lord Poyning —replicó el duque.

—Quizá su útero haya empezado a deambular por el cuerpo y ahora haya llegado a la rodilla. Las mujeres son tan delicadas. ¿Voy a buscar a lady Anne? —preguntó lord Poyning, ansioso por marcharse.

—Manténgase alejado de mi hermana —ordenó el duque, y se inclinó para tomar la muñeca de Penelope y comprobarle el pulso. Advirtió la ausencia del guante.

—¿Tal vez podría traer un vaso de agua? —ofreció lord Poyning.

—El brandy puede ayudar —murmuró el duque, sacando el guante escondido bajo Penélope.

Lord Poyning se retiró a toda prisa de la escena mientras lady Lydia Snowly ocupaba su lugar.

—Cariño, te estaba esperando —puchereó lady Lydia, lanzando una mirada fulminante a la señorita Fairweather, tendida en el suelo.

—Como ves, me han retenido.

—Supongo que no puedes dejarla así y permitir que se recupere sola —preguntó lady Lydia con esperanza.

—No.

—Ya veo. ¿Quieres que haga algo? —preguntó, inclinándose para mirar a Penélope.

—Busca a Anne y pídele que traiga sales aromáticas. La señorita Martin quizá tenga.

El duque esperó a que lady Lydia se marchara antes de decirle a Penélope

—Señorita Fairweather, ahora estamos solos. Puede dejar esta tontería y levantarse.

Penélope se mantuvo en su papel y siguió haciéndose la muerta.

—O podría vaciarle este vaso de vino en la cabeza y despertarla —añadió con tono casual.

Los ojos de Penélope se abrieron de golpe y miró su mano.

Estaba vacía.

¡Maldito aristócrata mentiroso!

Entonces recordó su situación, inhaló bruscamente y preguntó con voz fina y aguda:

—¿Dónde estoy?

—Ah, esto otra vez —el duque alzó una ceja—. ¿Quién soy? ¿Qué hora es?

—¿Eh?

—Eso es lo que se dice al despertar de un desmayo. Olvidó las otras dos frases.

—Sí me desmayé —replicó Penélope con brusquedad.

—No lo dudo.

—Pues yo creo que sí.

—¿Que hago qué?

—Dudarlo.

—¿Tengo algún motivo para dudarlo?

Penélope no respondió y movió la cabeza, intentando incorporarse. La mano del duque salió disparada para evitar que su cráneo se estrellara contra una maceta de barro.

La palma quedó apoyada en su cabeza; en consecuencia, cada vello de su cuerpo se erizó y tembló.

Sus miradas chocaron y se quedaron observándose en silencio, ahogándose, derritiéndose, disolviéndose.

La brisa suave agitó las hojas del jardín oscuro, haciendo que las lámparas colgadas de las ramas se mecieran con deleite.

Su rostro se acercó al de ella, como atraído por una fuerza invisible, y sus labios se entreabrieron. En sus ojos ardía el fuego; los de ella se habían vuelto charcos de necesidad.

El viento suave había sido agradable, casi frío, y ahora, en cambio, se sentía caliente al rozarles la piel y susurrar junto a sus oídos.

Una carcajada aguda seguida por los acordes del piano rompió el silencio, y ambos se separaron de golpe.

Las mejillas de Penélope se tiñeron de rosa y su corazón empezó a retumbar, ahogando cualquier otro sonido. Había fingido desmayarse, pero ahora sentía que de verdad perdería el sentido si él seguía tan cerca.

Con la voz cargada de ira, espetó:

—¿Por qué fingía? ¿Lord Poyning intentó hacer algo impropio?

—No.

—¿Está segura? —preguntó él, agitando el guante delante de su rostro.

—Sí —dijo ella, arrebatándole el guante y poniéndoselo.

La ira de él no disminuyó; al contrario, fue en aumento, desconcertándola.

—Me sorprende, señorita Fairweather. Tenía una oportunidad excelente de atrapar a un hombre rico y la dejó escapar. Debió de hacer algo. De lo contrario, ¿por qué…?

—Su gracia, basta ya. Me desmayé y…

—¿O el desmayo formaba parte de su plan para atraparlo? ¿No siguió él el juego? Me pregunto si arruiné las cosas al aparecer y…

Los ojos de Penélope chispearon y, en un instante, lo agarró del cuello.

—Oh, hombre horrible, desearía poder estrangularlo. No estaba intentando atraparlo. Usted…

Él se acercó aún más a su rostro, con el rabillo de los ojos enrojecido.

—¿Puede hacerlo?

El pulso de ella se aceleró y las piernas se le debilitaron. Estaba enfadado… no por su pequeña disputa, sino por otra cosa.

Quiso detenerse en ese hilo de pensamiento, seguirlo, pero él estaba demasiado cerca.

Tras un momento de silencio insoportable, habló por fin para aliviar la tensión:

—¿H...hacer qué?

—Estrangularme hasta la muerte —aclaró suavemente.

Su aliento cálido le rozó la boca al hablar, y la ira se le escurrió, sustituida por sensaciones deliciosas. Los dedos le temblaron en su garganta, delatando el cambio de emoción.

Los ojos de él descendieron a sus labios, mientras las manos de ella volvían a apretarse en su cuello. Esta vez la intención no era matar, sino atraerlo aún más y probar sus labios.

Ah, ese hielo y fuego, ese tirar y aflojar, acabaría por destruirlos. Cada vez que la tocaba, ella se sentía como una yesca o una mecha: un solo golpe la prendería.

Estaba perdiendo el control, con la mente nublándose y el cuerpo anhelando su calor. Un centímetro más y se abrazarían…

Alguien carraspeó detrás de ellos, y Penélope se volvió para encontrar a Anne, a lady Lydia y a lord Poyning mirándola fijamente.

Tragó saliva y soltó las manos.

El duque se frotó el cuello y dijo con tono anodino:

—Todos ustedes han evitado un asesinato esta noche. Bien hecho. Ahora, ¿podemos volver al interior? Ah, el brandy, lord Poyning; creo que lo necesito más que la señorita Fairweather. Después de esta experiencia cercana a la muerte, estoy en shock.

Lord Poyning le entregó el vaso al duque y, lanzando una mirada recelosa a Penélope, se escabulló de nuevo hacia el salón de baile.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anne cuando quedaron solas.

Penélope sacudió las faldas y se alisó el cabello.

—Me desmayé y luego intenté asesinar al duque. ¿Volvemos al interior?

—Sí, claro. Es una pena que no terminaras con mi hermano. Si hubiéramos llegado unos minutos más tarde…

***

Tras una breve conferencia con Anne, Penélope egresó al salón de la señorita Martin con un nuevo plan de acción. Según ese plan, debía atraer a lord Rivers, lo que resolvería dos problemas urgentes. En primer lugar, su caza de marido se volvería más concreta. Lord Rivers era una presa excelente: rico, con título, joven y agradable. Y, sin embargo, nadie lo veía como posible esposo. Su desinterés y sus

respuestas secas desanimaban incluso a las madres más ambiciosas de potenciales novias. Y, lo más importante, no le ponía la piel de gallina.

En segundo lugar, lord Poyning por fin dejaría de perseguirla. Y si lord Rivers cortejaba a Penélope, Anne pasaría más tiempo con lord Poyning, pues las dos amigas parecían inseparables.

El plan era lo bastante sencillo. La ejecución, el problema. El primer obstáculo surgió cuando intentó entablar conversación con lord Rivers en una reunión social íntima. Igual que todas sus predecesoras, a ella también le costaba sacarle más de una palabra.

Si hacía un mohín bonito, él creía que iba a devolver la comida. Si lo elogiaba, la miraba con suspicacia, y si empleaba el lenguaje coqueto de los abanicos, él se excusaba a toda prisa.

Ella cambió de táctica y empezó a hablarle como lo haría con un primo o un amigo. Aquello pareció dar mejores resultados. Él apenas empezaba a entrar en calor con ella cuando Lady Lydia apareció de pronto entre ellos como un carámbano reluciente que se hubiera desprendido del techo de una cueva oscura y húmeda para aterrizar directamente sobre la cabeza de un desprevenido oso polar. Penelope era ese desafortunado oso polar.

—Lord Rivers, es usted muy amable al mantener entretenidos a nuestros invitados. ¿Se encuentra mejor, señorita Fairweather? —Lady Lydia no esperó respuesta y continuó—. He sido negligente en mis deberes. Por derecho, debería haberme ocupado del bienestar de la señorita Fairweather. Apenas conoce a nadie aquí y yo…

—No es su invitada —la interrumpió Anne.

—Querida Anne, soy la prometida del duque y pronto su esposa. Seré la duquesa de Blackthorne y, por ese motivo, tengo ciertas obligaciones que cumplir. La señorita Fairweather es una de ellas, puesto que es invitada del duque.

Anne respondió con un tono empalagoso.

—Todavía no es la duquesa de Blackthorne. Le ruego que, por el momento, me deje a la señorita Fairweather a mí. Tendrá mucho que hacer cuando, y si, se casa con Charles.

—¿Dónde está Charles? —preguntó Lady Lydia, fulminando a Anne con la mirada.

Ella se encogió de hombros.

—Debería saberlo usted. Al fin y al cabo, es su prometido. Yo solo soy su hermana y no considera necesario mantenerme informada de su paradero.

Lady Lydia se echó sobre los hombros el chal color rojo sangre. La mirada que lanzó al marcharse dejó bien claro que, en cuanto se convirtiera en duquesa, Anne sería la primera persona a la que enviaría al campo.

Anne se aferró al brazo de Penélope.

—Luego puedes darme las gracias por haberte salvado de esa… de esa… ¡arrrgh! No se me ocurre una palabra lo bastante horrible para describirla.

—Silencio, Lord Rivers y Lord Poyning te oirán. Recuerda que eres dulzura y luz… o al menos deberías serlo en presencia de hombres —advirtió Penélope.

Las cejas de Anne se alzaron de golpe.

—¿Perdón?

—¿Y quién si no me va a enseñar esas cosas? —dijo Penélope, sonriendo.

—Ojalá no se case con ella —dijo Anne, desinflándose.

—Sé que es un poco arisca, pero si el duque la ama…

—¿Arisca? —Anne soltó una risita—. Lady Lydia la Arisca. Qué apropiado. En cuanto al amor, es un matrimonio de conveniencia. Pertenece a la familia adecuada y su padre, lord Snowly, comparte muchos intereses comerciales con Charles. Lydia corrió a su padre en cuanto puso los ojos en mi hermano. Y su padre jamás le ha negado nada a su hijita, así que envolvió a mi hermano con lazos y se lo presentó como regalo de cumpleaños. Hubo un baile para celebrar la gran ocasión.

—No sabía que el duque estuviera dispuesto a casarse por conveniencia.

—Solo se casará por conveniencia. Cualquier cosa menos amor —respondió Anne, dando por terminada la conversación.

Para cuando las chicas terminaron de susurrar y reírse, Lord Rivers había desaparecido. Penélope supuso que lo más probable era que ella lo hubiera ahuyentado. Así que, sin nada más que hacer,

pasó la velada dándole vueltas al último comentario de Anne y observando a las parejas que bailaban.

Curiosamente, Lady Lydia estaba dando vueltas por la pista en brazos de Lord Poyning, y ambos se encontraban mucho más cerca de lo que se consideraba decoroso. El duque y Anne mostraban expresiones idénticas de furia contenida mientras los veían girar por el salón. Las razones de Anne eran comprensibles, pero Penélope no pudo evitar preguntarse por las miradas sombrías del duque. Anne había dicho que el duque no amaba a Lady Lydia, pero ¿era eso cierto? ¿Sufría acaso un ataque de celos al ver a Lady Lydia reírse apoyada en el hombro de Lord Poyning?

La idea le hizo dar un doloroso vuelco al corazón; se llevó el puño al pecho y frunció el ceño, confundida.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Anne removía la avena con aire taciturno. Parecía como si el mundo se le hubiera venido abajo alrededor de sus orejas ligeramente puntiagudas.

El duque fulminaba con la mirada el sol que entraba a raudales por los grandes ventanales franceses del comedor, de vez en cuando apuñalaba los huevos y picoteaba la salchicha.

La duquesa viuda y Penélope observaban con angustia el plato de desayuno maltratado del duque.

Baste decir que el día había comenzado francamente mal.

Penélope ya no soportaba aquella atmósfera fúnebre. Recordó a la anciana que había visto el día anterior en Hyde Park, intentando animar a su desdichado spaniel. El perro había reaccionado, y quizá el duque también lo haría. El truco estaba en usar el tono adecuado. Lo practicó en voz baja, para sí, y se perdió la mirada alarmada de la duquesa viuda y la expresión expectante de Anne.

Penélope habló en voz alta, exactamente con el tono que se usa en situaciones así, y antes de que la duquesa pudiera advertirla, ya lo había dicho:

—Ay, duquesito… ay, ay, duquesito. ¿Por qué estás tan tristón? ¿Eh? ¿Quién está tristón? ¿El pequeño duquesito está tristón?

Un silencio atónito recibió sus esfuerzos.

Penélope no se desanimó. Lo intentó de nuevo:

—Puedo ver una sonrisa flotando sobre su cabeza, excelencia.

El duque frunció el ceño.

—Uy, la sonrisa se le ha caído encima de la cabeza. ¿Siente cómo se desliza hasta la punta de la nariz? Yo la veo. Ahí está, ahora posada en el labio superior. Oooh, se está deslizando despacio… ya ha llegado al centro de sus labios… cosquillea las comisuras y ahí, ahí yyyy… ¡sonrió!

El duque no sonrió. Pero Anne se derrumbó en una risa incontenible y la duquesa viuda se metió una servilleta en la boca.

Penélope se desinfló rápidamente ante la expresión atronadora del duque. Se fue encogiendo en su asiento, deseando poder desaparecer. En su cabeza, las palabras habían sonado razonables, pero dirigirse así a Charles Radclyff, duque de Blackthorne, no había resultado tan buena idea.

El duque dirigió una mirada acerada a su madre y a su hermana, que seguían riéndose. Luego giró lentamente la cabeza hacia Penélope, que ya se había escurrido del asiento y estaba sentada bajo la mesa. Solo asomaban sus ojos por encima del tablero. Lo miró de reojo entre el plato de mermelada y la mantequera.

Parpadeó y, para asombro de todos, empezó a reír: una carcajada profunda y resonante que llenó la estancia.

Las lágrimas brillaron en los ojos de la duquesa viuda y su rostro se suavizó al ver reír a su hijo.

Anne agarró la mano de Penélope y la apretó con gratitud. Con la voz cargada de emoción, dijo:

—Charles, Penélope te ha hecho reír otra vez.

El duque se quedó rígido; sus ojos volaron hacia Penélope. Se levantó despacio y la sonrisa desapareció.

—Señorita Fairweather, me gustaría verla en mi despacho. Por favor, termine primero su desayuno.

La tristeza que había centelleado en sus ojos esa mañana fue sustituida por algo peor. Vacío.

Tras la marcha del duque, el silencio se adueñó del comedor.

***

El duque no estaba contento. En los últimos cinco años no recordaba un solo momento en el que se hubiera sentido tan miserable.

Las mujeres eran las que volvían miserables a los hombres, razonó.

Mujeres que irrumpían en la vida de un soltero como un cachorro no deseado. En vez de zapatillas, mordisqueaban sentimientos, destruían las posesiones favoritas de un hombre, ocupaban todo su tiempo y luego te miraban con grandes ojos inocentes que parecían decir: «¿yo? Jamás».

Apartando el libro de cuentas, se preguntó qué hacer con la señorita Fairweather. Todos sus planes se habían ido al traste y, con su madre apoyando al mosquito, la situación pintaba mal.

Se pellizcó el entrecejo y maldijo en silencio su suerte. ¿Por qué tenía que vivir esa chica a pocas puertas de la suya, como la tentación más infernal?

En su presencia, el control de sus facultades empezaba a resbalar, a fallar, a amenazar con abandonarlo. ¡Bah! Tenía muchas responsabilidades y podía sentir el peligro que aquella chica representaba. No podía permitirse explotar en polvo bajo sus pantuflas.

Era el diablo, agradablemente empaquetado, con voz dulce y ojos brillantes, venido a seducirlo hasta la muerte. Un ave jugosa y asada que ansiaba devorar y que, sabía, lo envenenaría en cuanto lo hiciera.

Había visto a muchos hombres valientes convertirse en criaturas temerosas al encontrarse con ese tipo de mujer… la clase que te hacía soltar el puro, abandonar el whisky y tirar las cartas con una sola mirada.

Instintivamente, sabía que Penélope tenía el potencial de ser ese tipo de mujer.

Apretó la pluma hasta que se partió en dos con un chasquido. Quería beber, apostar y fumar a placer. Quería ocuparse de sus asuntos con la cabeza despejada. ¡Maldita sea! Era un duque y no iba a dejar que nadie le dijera qué hacer.

No, se negaba a inclinarse, por mucho que ella lo abrumara y lo confundiera.

Tenía que encontrar una cura para aquel grave mal. No podía seguir bajo el mismo techo que ella… no, con solo una mirada le aceleraba el corazón y le debilitaba las piernas. Su sangre rugía por poseerla y devorarla como si fuera una bestia hambrienta y estúpida oliendo a su presa.

Se estaba ablandando, lo comprendió con horror. Perdiendo su porte aristocrático y frío a su alrededor. Ya no le irritaba tanto, y hasta sus modales poco pulidos y su comportamiento empezaban a resultarle entrañables.

Esa boca dulce, la piel de aroma suave y el lóbulo sensible de su oreja lo llamaban como una sirena.

No, un duque no podía perder la cabeza por una don nadie. No podía abandonar el juicio solo porque un hada salvaje hubiera irrumpido en su vida. Tenía que barrerla fuera antes de hacer algo desastroso.

—¿Excelencia? —chilló Theodore.

El duque cerró el libro de cuentas de un golpe. Tendría que planear algo pronto. Ella se estaba volviendo cada vez más atrevida; incluso se atrevía a hacerlo reír.

—Excelencia, es un asunto de la mayor urgencia. Desmond House apesta a...

La cabeza del duque se alzó de golpe.

—¿Apesta? ¿Qué tan mal huele?

—Terriblemente, excelencia. Una de las muchachas se desmayó.

—Apesta lo bastante como para hacer que una chica se desmaye. Maravilloso, Theodore. La mejor noticia que he tenido en días.

—Pero, excelencia—

—Theodore, eso será todo. Hablaremos del resto mañana. Ah, y deje un pequeño mapa de dónde se encuentra Desmond House en mi escritorio antes de irse.

—Pero, excelencia...

—Luego, Theodore.

Los bigotes del hombre temblaron con nerviosismo, pero obedeció. Dejó el mapa y se marchó.

***

—Pase.

Penélope reunió todo su valor y entró en el despacho.

El duque estaba sentado tras el escritorio, haciendo girar un pequeño globo terráqueo. No alzó la vista al entrar ella ni reconoció su presencia de ninguna otra forma. Siguió jugando con la esfera mientras Penélope permanecía de pie, nerviosa, cambiando el peso de un pie a otro.

Estaba absorto en sus pensamientos, con la mirada desenfocada. Fuera lo que fuese en lo que pensaba, parecía enfurecerlo cada vez más. Y, con el aumento de sus emociones, el globo giraba más

rápido. Pero fue cuando lo detuvo de golpe cuando Penélope empezó a preocuparse.

Por fin levantó la vista y señaló la silla.

Penélope decidió quedarse de pie. Así sería más fácil salir corriendo.

Su boca se torció en una mueca sin humor. Adivinó sus pensamientos y pasó junto a ella hasta la única salida de la habitación. Se plantó de espaldas a la puerta, bloqueando su única vía de escape.

Penélope sostuvo su mirada con valentía, negándose a amilanarse. Esta vez, lo único que había hecho era hacerlo reír. Eso no era un delito.

—Me pellizcaste la oreja —dijo el duque, indignado.

Penélope examinó la alfombra.

—Después de eso, procediste a emborracharte como una carretilla en la mesa —empezó a pasearse por la habitación—. Te hiciste amiga de mi madre y de mi hermana y las manipulaste hasta tal punto que mi madre, que siempre sigue mis consejos, dejó de escucharme. Y Anne, bajo tu influencia, se ha vuelto voluble e irrespetuosa. Te pedí que te marcharas, pero te negaste a obedecer mi orden. ¿Qué mujer con un mínimo de dignidad se quedaría en un lugar donde está claro que no la quieren?

Un leve ceño frunció la frente de Penélope.

Él continuó con dureza:

—Eres una pésima influencia para mi hermana. Estoy seguro de que harás algo que manche tu reputación y que eso, a su vez, recaerá sobre Anne, que siempre es vista en tu maldita compañía.

La cabeza de Penélope se alzó de golpe y lo fulminó con la mirada.

El duque siguió despotricando:

—¿Por qué juzgo tu carácter con tanta severidad? Primero, intentaste seducir a Lord Poyning. Un hombre y una mujer no se retiran a un rincón oscuro de un balcón, lejos de miradas indiscretas, para hablar del tiempo. Buscan privacidad por una razón, y esa razón es...

—No intenté seducirlo —replicó Penélope por fin.

—Segundo —continuó el duque, ignorando su estallido—, cuando tu plan para atrapar a Lord Poyning fracasó, empezaste a hacerle ojitos a Lord Rivers. Tú, señorita Fairweather, eres voluble en tus afectos.

—Yo… —empezó Penélope.

El duque volvió a cortarla.

—Y tercero —dijo, acercándose a ella—, intentaste seducirme a mí en su primer día en Londres.

Penélope dió un paso atrás y las piernas le chocaron contra el escritorio.

—No intenté seducirlo. Usted me besó.

El duque se inclinó sobre ella, obligándola a echarse hacia atrás.

—Mi querida señorita Fairweather, en conclusión, eres una ramera. Es más, peor que eso, porque a las rameras se les paga por sus servicios, mientras que a ti…

Penélope vio rojo y, a ciegas, agarró lo primero que entró en contacto con su mano. Lo levantó, y el duque le atrapó la muñeca.

—Ese tintero, querida mía, vale más que tú. Suéltalo.

Penélope forcejeó. El tintero cayó sobre la alfombra con un golpe sordo, pero ella no se rindió. Se retorció para soltarse, pero ahora el duque le tenía ambas muñecas sujetas con un agarre de hierro, negándose a soltarla.

—Señorita Fairweather, te soltaré si prometes comportarse con civilidad y dejar esta tontería. Nada de andar tirando cosas.

—¡Maldito… cabeza de chorlito! No prometo nada —gruñó Penélope, pisándole el pie.

—¡Ay! Señorita Fairweather, cálmate. Basta. Basta… ¡ah, vete al diablo!

El duque retiró su gran pie enfundado en cuero, pero Penélope avanzó, sacó su pequeño pie y empezó a pisotearle repetidamente.

—¿Ramera, yo? —gritó Penélope apartándose el pelo de la cara de un soplido—. ¡Su madre y su hermana no se preocupan lo más mínimo por que yo rompa sus preciosas reglas! Al contrario, me dijeron que usted siempre las rompe, igual que sus encumbrados invitados. ¿Por qué se me señala solo a mí?

El duque iba dando saltos de un pie a otro, intentando esquivar sus pisotones. Y mientras sus pies danzaban por la habitación, sus cabezas seguían discutiendo.

Penélope chilló a pleno pulmón:

—¡Me quedé porque su madre me lo pidió! Su promesa a mi madre moribunda significa algo para mí, aunque a usted no le importe. Además, no tengo adónde ir. Mi madrastra me ha prohibido volver a Finnshire.

—No culpo a tu pobre madrastra —replicó el duque—. Que le encajen a una niña salvaje como tú en su desprevenido regazo. ¡Bah! ¿Quién no acabaría amargado?

Penélope alzó la rodilla para golpearlo entre las piernas. Instintivamente, el duque dobló la pierna, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, aterrizando sobre la chaise longue. Penélope terminó justo encima de él.

—Mi madrastra me odia —dijo ella, con la voz amortiguada por su camisa.

—¿Y puedes culparla? —preguntó el duque, incrédulo.

Ella alzó la cabeza y escupió un botón.

—No me voy. Hable con su madre. Si ella me dice que me vaya, entonces me iré.

—No te dirá que te vayas. Dile tú que quieres irte.

Penélope frunció el ceño.

—Dile tú que quieres irte —repitió, imitándolo con voz infantil.

—No me gustas —dijo él, devolviéndole la mirada torva.

—Eso ya quedó claro —replicó ella, intentando levantarse. Cayó de nuevo sobre su pecho.

—Tengo una proposición.

Ella lo miró, atónita.

—No ese tipo de proposición —se apresuró a decir él—. Quiero que limpies la casa.

Parte del vapor se le escapó.

—¿Limpiar la casa? ¿Los criados…?

—No esta casa. Desmond House.

—¿Desmond quién?

—Desmond era el jardinero principal. Mi abuelo mandó construirle una casa cerca de la Mansión Blackthorne. Ahora está vacía, oculta entre los árboles.

—¿Y quiere que la limpie? ¿Por qué?

—Está muy sucia. Necesita limpieza.

—¿Y por qué tendría que limpiarla yo?

—Es una apuesta. Si la limpias tú sola y en un día, te permitiré vivir aquí el resto de tu vida. Consideraré todas tus deudas saldadas. Nunca te pediré que te vayas. Te toleraré como toleraría a una rata en el sótano. Tú y yo viviremos bajo el mismo techo —el duque se estremeció y continuó— y mientras nos mantengamos alejados el uno del otro, todo irá bien.

—¿Y si no puedo?

—Entonces harás las maletas y convencerás a mi madre de que quieres volver a Finnshire. Mi madre puede pasar por encima de mis deseos, pero no puede obligarte a quedarte si insistes en marcharte.

—¿Qué tamaño tiene la casa?

—Cuatro habitaciones. Estoy seguro de que puedes con eso.

Penélope miró con desconfianza.

—¿Habitaciones grandes o pequeñas?

—Más pequeñas que las de aquí.

No sonaba tan mal. Si lo conseguía, el duque dejaría de intentar mandarla a casa. Valía la pena el riesgo.

—Lo haré.

El duque le sonrió.

—Sabía que aceptarías.

De pronto fueron conscientes de que seguían pegados el uno al otro, pero ninguno se movió.

Sus pupilas se dilataron y su expresión cambió. Penélope tuvo la extraña sensación de que seguía enfadado y que quería despedazarla y devorarla al mismo tiempo.

Tragó saliva, con la garganta súbitamente seca, y sus ojos siguieron el leve movimiento de su cuello.

Tras la ruidosa pelea, aquel silencio repentino resultaba ensordecedor, y sus sentidos parecían agudizados. Podía sentir el

calor de él bajo el suyo, su corazón acelerado y el subir y bajar de su pecho.

Aquel día en el carruaje… si seguían así, ¿volvería a suceder? Empezó a temblar, y su piel se sonrojó.

Los dedos de él se tensaron en su cintura, luego comenzaron a deslizarse hacia arriba y, con un empujón brusco, la levantó a medias de encima de él.

—Levántate —dijo de pronto, cerrando los ojos.

Ella se apartó, con las extremidades pesadas, como si avanzara a través de miel.

Él se puso en pie de un salto, cruzó la habitación hasta el escritorio y sacó un pequeño mapa. Le daba la espalda, ocultando su expresión.

—Aquí es donde encontrarás la casa. Recuerda que no puedes llevar a nadie para que te ayude.

Su tono despreocupado la tranquilizó, y ella respiró hondo antes de acercarse. Miró el mapa y, queriendo hacer las cosas bien, se escupió en la mano y se la tendió para sellar el trato.

El duque miró el escupitajo brillante en la palma de su mano y, con cautela, le estrechó solo dos dedos.

Penélope intentó retirar la mano, pero él la sujetó. Estaba mirando las marcas rojas de sus muñecas.

—No quise… ponte un ungüento en eso.

—Lo haré —respondió ella, alisándose las faldas y el pelo.

El duque apartó la mirada y señaló vagamente hacia su pecho.

—¿Qué sucede? —preguntó Penélope.

—Ahí —respondió él, apuntando hacia su escote sin atreverse a mirarla.

Penelope bajó la vista y vio que se le había soltado un botón. Chilló bajito y, dándose la vuelta, lo abrochó de nuevo. Al encararlo otra vez, inclinó la cabeza con educación y salió de la habitación.

Era una tregua, de momento.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Mientras los habitantes de la Mansión Blackthorne roncaban, Penélope despertó y se estiró con deleite. Se sentía satisfecha, cálida y feliz. La temporada marchaba tan bien como cabía esperar, y ya no se sobresaltaba cuando un mayordomo anunciaba su nombre.

Sir Henry, Anne y la duquesa viuda la habían aceptado. Las lecciones con Madame avanzaban sin contratiempos y, lo más importante, el duque por fin había decidido darle una oportunidad. Solo tenía que limpiar la sucia Casa Desmond. Después de eso, no tendría nada que temer.

Apartó las mantas y, a regañadientes, se levantó. Al asomarse por la ventana vio un bonito cielo rosado. Se cambió deprisa y, cargando una escoba y un cubo lleno de útiles de limpieza, fregonas, trapos y cepillos, salió al exterior.

El cubo pesaba, y a menudo tenía que detenerse a descansar, pero no le importaba: era una mañana maravillosa, ni demasiado fría ni demasiado calurosa. Las plantas florecían, los pájaros cantaban y el aroma de la hierba dulce llenaba el aire. Silbando una melodía alegre, se encaminó hacia la Casa Desmond.

***

Los londinenses, con la nariz pegada a los fríos cristales, sonreían, pues una tormenta de pleno verano barría Inglaterra. Zeus había bendecido la tierra al retirar el sol brillante y alegre y sustituirlo por vientos racheados, lluvia azotadora y una miseria absoluta.

El duque estaba sentado en su despacho, revisando cuentas. Sus ojos recorrían los números con rapidez mientras los bigotes de Theodore temblaban nerviosos.

—Sobre la Casa Desmond, su gracia —chilló Theodore.

—Sí, he pedido a alguien que la limpie. ¿Te lo mencioné?

—No, pero si tenemos suerte, la tormenta hará el trabajo.

—¿La tormenta?

—Sí, espero que la tormenta derribe la casa; si no del todo, al menos en parte. Nos facilitará el trabajo.

Los ojos del duque se alzaron de golpe. Preguntó despacio y con cuidado:

—¿Qué quieres decir con "derribar la casa"? Creí que habías dicho que el problema era el olor.

—Sí, el olor provenía de la madera podrida y el moho. La casa lleva años vacía desde que murió el señor Desmond. El hijo de la señora Green se casó hace poco, y pensé que sería un regalo maravilloso ofrecerles la casa en alquiler a bajo precio. Fui a inspeccionarla y una viga casi me cae encima. Temí que alguien decidiera pasar la noche allí y acabara muriendo.

—¿Tan mal está la casa?

Theodore se estremeció ante el tono del duque.

—La mayor parte de la madera está podrida y el techo cuelga peligrosamente bajo. Las paredes tienen grietas. No podemos hacer mucho salvo quemar los restos y construir una casa nueva desde cero. No se preocupe, señor. Tengo otra propiedad en mente para el hijo de la señora Green.

El duque rodeó con un círculo un número en el libro de cuentas. Le entregó el volumen a Theodore y dijo con calma:

—Esto no cuadra. Te dejo para que termines el resto del trabajo aquí. Tengo algunos asuntos que atender.

—Sí, su gracia —respondió, con el rostro fruncido por la confusión.

Los zapatos negros del duque resonaron por el pasillo rumbo al salón de la mañana. La última vez que había visto a Penélope fue la noche anterior, en la cena de Lord Henley. Aquella mañana no había bajado a desayunar. Todos habían supuesto que estaba cansada de tantas noches tardías y había decidido dormir hasta más tarde.

—Madre, ¿han visto a la señorita Fairweather? ¿Anne?

Anne corrió hacia él, con los ojos llenos de preocupación.

—Charles, justo íbamos a buscarte. No ha estado en su habitación desde primera hora. Su doncella estaba inquieta y acaba de informarnos de su ausencia. Espero que no haya salido a pasear y

esté ahora atrapada en esta tormenta horrible. Han pasado horas, Charles.

El duque le revolvió el cabello a Anne, ignorando los alfileres afilados que se le clavaron en la palma.

—Es una chica de campo. Seguro que está bien. Aun así, iré a buscarla. Debe de haberse refugiado cerca y estará esperando a que amaine el tiempo. Tranquilízate, Annie. Madre, volveré pronto.

El duque había hablado con tono tranquilizador, pero el corazón le martilleaba. En cuanto cerró la puerta del salón, echó a correr, deteniéndose solo el tiempo suficiente para consultar un mapa en su despacho.

Después, salió apresuradamente de la Mansión Blackthorne y se adentró en la tormenta furiosa.

Afuera, el mundo parecía más un atardecer que una mañana avanzada. Nubes negras envolvían el sol, mientras el viento quebraba ramas y desgarraba las delicadas enredaderas. La lluvia caía a cántaros, y las flores se inclinaban bajo el embate. En pocas horas, la tierra se había vuelto fangosa, resbaladiza y peligrosa.

El duque corrió casi todo el camino, sin importarle el viento y la lluvia que le azotaban el rostro. Cuando llegó a la Casa Desmond, encontró la puerta colgando de una sola bisagra, balanceándose salvajemente con el vendaval.

La sujetó y la mantuvo firme, con el corazón en un puño. Todo era oscuridad, y la caja de yesca que llevaba en el bolsillo estaba empapada.

—¡Penélope! —rugió, intentando hacerse oír por encima del temporal.

La llamó una y otra vez, afinando el oído para captar su voz.

—Aquí —llegó un llamado suave desde la parte trasera de la casa.

Se detuvo, en silencio. Dudó de haberlo imaginado. Avanzó más adentro.

El olor a lluvia y viento había arrastrado el hedor, y una luz gris suave que se filtraba por el techo roto iluminaba partes de la casa. Una viga se había desplomado en una esquina.

Avanzó con cuidado entre la madera podrida y los muebles. Otro susurro le llegó, y se quedó quieto, conteniendo el aliento.

—Estoy aquí.

La esperanza le estalló en el pecho. Era la voz de Penélope.

—Voy hacia ti. ¿Dónde estás? —gritó.

—Detrás de la viga. No puedo salir.

Otra viga grande había caído en diagonal sobre una puerta en la parte trasera. Una pequeña porción de la parte superior de la puerta se había podrido, dejando un hueco. Se puso de puntillas y miró por la abertura.

Ella estaba acurrucada en una esquina, con un vestido demasiado grande para ella; supuso que era un vestido de criada. Apretaba un trapo sucio con las manos temblorosas, y el cabello y el rostro estaban manchados de tierra. Un cubo vacío y una escoba descansaban contra la pared.

El corazón se le encogió al verla. En ese instante, un pensamiento lo golpeó. Había sido herido en el pasado y había pasado el resto de su vida huyendo del amor.

Había comprendido temprano que todos resultan heridos en una relación en algún momento, porque las personas son imperfectas. Por lo tanto, sufriría sin importar con quién decidiera casarse.

Así que lo mejor era elegir a alguien por quien no sintiera nada y protegerse a sí mismo y a su corazón.

Ahora, al verla viva y a salvo, se dio cuenta de pronto de que no le importaba ser herido por esta persona. Estaba dispuesto a soportar cualquier dificultad con tal de que estuviera relacionada con ella.

Estaba dispuesto a aguantar ser herido una y otra vez hasta el final, porque ella lo valía. Valía que su corazón se rompiera y se hiciera añicos, porque significaba más para él que su propia vida.

Estaba dispuesto a dejar que ella lo hiriera. Estaba dispuesto a estallar en polvo bajo sus zapatillas.

Cuando dejó de luchar contra sus emociones, una sensación de paz lo inundó. Ella lo había derrotado por completo, y él cedió con gracia y alivio.

Empezó a hablar en voz baja mientras sus manos trabajaban para apartar la viga rota.

—Un día poco agradable para salir a pasear.

—Me desperté temprano. Esta mañana estaba bien —respondió ella al cabo de un momento, con los dientes castañeando.

—¿A qué hora saliste de la casa?

—A las cinco.

—Deberías haber llevado a tu doncella contigo.

—Me dijiste que limpiara esta casa sola y sin ayuda. ¿Cómo iba a llevar a Mary? Quería terminar de limpiar. Dijiste que, si limpiaba, me dejarías quedarme, así que limpié. Luego empezó la tormenta y la viga cayó. Ya no puedo limpiar… la madera es demasiado pesada.

Guardó silencio.

El duque maldijo en voz baja. Pasaban de las once. Llevaba horas atrapada, sin saber si saldría de allí con vida.

—Pronto estaremos en casa.

—No tengo casa. No terminé de limpiar… perdí.

Se incorporó, intentando levantar la viga. Vio su rostro… estaba congelado por el shock. Quería que gritara, que lo insultara, que le arrojara cosas. Quería que se comportara como la Penélope que conocía. Su voz era tan distante…

La viga se movió bajo sus manos. La levantó y la apartó.

—¿Penélope? —dijo en voz baja, empujando la puerta para abrirla.

Ella se puso en pie con inseguridad y miró al duque.

Él abrió los brazos, y el trapo cayó de la mano de ella.

Dio un paso vacilante, con los ojos fijos en los suyos. Dio otro, esta vez con más decisión, y de pronto estaba corriendo hacia él.

Se detuvo cuando estuvieron lo bastante cerca como para besarse.

Él sonrió, alentador, mientras el corazón le dolía de una culpa insoportable.

Y entonces ella le dio un puñetazo en el estómago.

Sintió alivio más que dolor. El fuego había regresado a sus ojos.

Alzó la mano, intentando alcanzarla, pero ella retrocedió, prefiriendo adentrarse de nuevo en la casa peligrosa antes que permitir que él la tocara otra vez.

Habló con rapidez, con los dientes castañeando:

—Intentó asesinarme.

—No seas ridícula. —Esta vez fue su turno de quedarse atónito.

Ella habló por encima de él.

—He tenido horas para pensar. Desmond House es su propiedad. Tenía que saber en qué estado estaba la casa. ¿Cómo no iba a saberlo? Me envió aquí sabiendo que podía morir. La casa se estaba viniendo abajo incluso antes de que empezara la tormenta. ¿Esperaba encontrar mi cadáver? ¿Lo decepciona verme viva?

—Estás exagerando. Cálmate y escúchame un momento.

—No —gritó ella—. Ya no quiero escuchar nada de lo que tenga que decir. Me ha detestado desde el momento en que me vio. Su orgullo quedó herido cuando me negué a marcharme, así que planeó matarme.

—Te equivocas. —Negó con la cabeza y dio un paso hacia ella. Una oleada abrumadora de miedo lo sacudió cuando ella esquivó su contacto y lo miró con desprecio. Nunca había visto esa expresión en sus ojos, ni cuando la había provocado ni cuando la había llamado plaga o mosca.

Se lo merecía, porque había sido espantoso. El miedo y la arrogancia le habían nublado la mente y se había comportado con ella de la manera más abominable. Pero nunca más, se prometió en silencio; pasaría el resto de su vida compensándola. Si tan solo le permitía arrepentirse, escuchar sus palabras y creerle.

Ella alzó la mano, todo su cuerpo temblando de rabia.

—No lo entiendo, ni su bondad ni su odio. No entiendo por qué alguien tan insignificante como yo perturba su mundo pretencioso. Pero lo que sí sé es que elijo la vida. Prefiero vivir con Lord Weevil, que me da escalofríos, y con una madrastra que detesta verme la cara, antes que morir de autocompasión. Valoro mi vida por encima de la mezquina política londinense, los carruajes, las joyas y los títulos. Quiero vivir, Su Gracia. Vivir hasta ser vieja, canosa y marchita. Ha ganado la apuesta, duque de Blackthorne. Ha conseguido lo que siempre quiso. Me voy —concluyó en voz baja.

—Penélope.

—Señorita Fairweather —lo corrigió con frialdad, avanzando hacia la entrada.

—Señorita Fairweather, déjeme explicarle —imploró él, agarrándole el brazo.

Ella negó con la cabeza, negándose a escucharlo.

Él entrecerró los ojos, con el temperamento en alza.

—Esto es un malentendido, necia.

Zafándose de su mano, se cubrió los oídos y salió corriendo de la casa.

Él la vio desaparecer en la tormenta exterior. Sus pasos eran firmes y llevaba la cabeza alta. No había derramado ni una sola lágrima.

Golpeó la puerta con la mano y cerró los ojos, arrepentido. Ella no había perdido, lo sabía; había ganado. Permaneció allí largo rato, mirando sin ver, mientras Desmond House se desmoronaba a su alrededor.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Penélope abrió de golpe su maleta de viaje. Luego sacó del armario su bolsa de medias y empezó a revisarlas. Se negó a llevarse una sola prenda de ropa que el duque hubiera pagado. Había traído dos medias negras con carreras. Debería ser fácil encontrarlas.

—Señorita Fairweather.

Se dio la vuelta de golpe y encontró al duque de pie en la entrada, empapado. No se había cambiado; había ido directamente a su alcoba.

Ella retrocedió hasta que los hombros chocaron con el armario.

—No he venido a asesinarla —dijo con irritación, caminando hacia el otro extremo de la habitación—. Vaya y colóquese cerca de la puerta. Si lanzo un ataque, podrá escapar.

—¿Va a atacarme?

—No, pero sí le ruego que me escuche.

Ella no respondió. En lugar de eso, volvió a hundir la cabeza en el armario y empezó a sacar los vestidos.

—He venido a explicarme.

—¿Explicarse? Debería estar pidiendo disculpas. Ah, pero el gran duque de Blackthorne nunca se disculpa, por supuesto —dijo ella, con los labios curvándose en amargura.

—¿Quiere callarse y escuchar lo que tengo que decir? Después puede volver a acusarme.

Los ojos de Penélope se clavaron en los suyos. Él parecía avergonzado.

El duque se aclaró la garganta.

—Esto… esto es difícil para mí. Un poco embarazoso, y no sé bien cómo decirlo.

Ella abandonó los vestidos, cruzó los brazos y lo miró fijamente. Aquello se estaba poniendo interesante.

—Lo escucho.

—¿De verdad? ¿No quiere seguir empacando mientras hablo?

—No. Quiero mirarlo a la cara.

—Bien, la cuestión es que… bueno, es un poco impropio hablar de esto con una dama. Aunque tú no eres exactamente una d...

Penélope emitió un gruñido.

El duque se apresuró a continuar:

—Cuando tenía diecisiete años me enamoré de una joven, Emily. Era un año mayor que yo y me confesó que correspondía a mis sentimientos. También me dijo que estaba embarazada de mi hijo. Poco después la sorprendí en la cama con mi lacayo.

—¿Fue con Walrus con quien la encontró?

—¿Walrus?

—Bagley, el lacayo.

—Oh, no, fue con su primo. ¿Sabe algo de esto? —preguntó, mirándola con suspicacia.

—No, fue una suposición. En fin, le pusieron los cuernos y le rompieron el corazón. A partir de ahí empezó a odiar a todas las mujeres. El pobre duque fue engañado en el amor y decidió no volver a enamorarse jamás. ¿Voy bien?

—No exactamente. Verá, volví a enamorarme a los veintidós. Esta vez, Elizabeth me dijo que estaba embarazada de mi hijo. Poco después la sorprendí en la cama con el jefe de jardineros.

—¿Lovell? Pero si tiene ochenta años.

—No. Su jefe de jardineros.

—Ya. Así que lo engañaron dos veces. A mucha gente le ponen los cuernos, pero eso no es motivo suficiente para desconfiar de todas las mujeres.

—Cuando tenía veinticinco —continuó el duque—, Elizabeth me informó de que estaba esperando un hijo mío. Entonces la sorprendí en la cama con mi cochero.

—¿La misma Elizabeth a la que encontró con el jefe de jardineros?

—No, era otra Elizabeth. Cuando tenía veintiséis, sorprendí a...

—Basta —ordenó Penelope—. Lo entiendo, Su Gracia, lo entiendo todo. Lo engañaron varias veces y por eso ya no quiere volver a enamorarse.

—Cada vez que me enamoré, la joven en cuestión me traicionó —dijo con aire sombrío.

—Nunca pensé que sentiría lástima por usted —murmuró ella. Luego, tras pensarlo un poco, preguntó— Pero ¿por qué lo traicionaron, y además tantas mujeres? ¿Cuántas fueron?

—El número no importa. Lo que importa es que aquellas que solo me gustaban, pero a las que no amaba, me fueron fieles. Pero si me enamoraba, la mujer acababa en la cama con otro. Es un misterio, y se lo pregunté a Lor… quiero decir, a Madame Bellafraunde.

—¿Cuándo se lo preguntó?

—El día que la sorprendí en corsé y enaguas. Se reunió conmigo después de la lección para explicarme algunas cosas. Una cosa llevó a la otra y acabé confesándole mi dilema. Al fin y al cabo, es la amante que instruye a las damas de la sociedad en asuntos de amor y engaño, y pensé que podría ayudarme a resolverlo.

—Ah, ahora lo recuerdo. Fue el día que disparé al techo.

—¿Hizo qué? ¿Disparó al techo? —Se detuvo y respiró hondo. Tras un momento, continuó con más calma—. En fin, dejemos eso de lado. ¿Por dónde iba? Ah, sí, Madame. Dijo que la razón por la que las mujeres se veían obligadas a traicionarme era que yo tardaba demasiado en pedirles matrimonio. Tenían que idear un plan para atraparme. No se hacían más jóvenes y yo era un partido excelente. También dijo que en todos los casos se trataba de lujuria, no de amor. Probó un experimento conmigo: me pidió que imaginara estar casado con una de las mujeres que creía haber amado.

—¿Y qué pasó?

—Me cubrí de sudor frío, las orejas se me pusieron rojas, el cuello empezó a picarme y todo mi cuerpo tembló de pavor. Me ocurre cada vez que pienso en encadenarme a una mujer de por vida. Madame dijo que, cuando uno se enamora, lo que debería provocar sudor frío es la idea de perder a la mujer amada, no la de pasar el resto de la vida con ella. Por eso decidí considerar el matrimonio como una alianza comercial y no como un enlace por amor. Así es más sencillo. Y necesito un heredero.

—Su Gracia, cuando era joven, ¿se enamoraba cada vez que estornudaba?

—Más bien era como una gripe estacional.

—Todo esto es muy triste, pero ¿por qué me está contando esto a mí?

—Esta es la primera razón por la que quería que se fuera de la casa. Ahora puede comprender por qué desconfío un poco de las mujeres, especialmente de aquellas que intentan seducirme. Y usted intentó calentar mi cama aquella primera noche. Estaba convencido de que haría algo retorcido para atraparme en un matrimonio. Estaba desesperado, y Emily, Elizabeth Uno, Elizabeth Dos, Lilly y todas las demás estaban igual de desesperadas por casarse. Yo tenía miedo.

—Su gracia, todas las mujeres de Inglaterra están desesperadas por casarse.

—Ah. Supongo que sí.

—Y no intenté atraparlo.

—Tus actos dicen lo contrario.

—No quiero volver a discutir eso. ¿Cuál es la otra razón?

—Mi madre y mi hermana siempre siguen mis consejos. Nadie me ha negado jamás nada. Es cierto que Anne a veces se sale con la suya, pero sus deseos son materiales. Nunca antes había ido en contra de mis deseos en lo referente a relacionarse con la gente equivocada. Desde su llegada, las dos se han vuelto contra mí. Anne ha empezado a discutir conmigo y mi madre ya no escucha nada de lo que digo. Tú eres la causa del cambio. Todo iba bien hasta que irrumpiste en nuestras vidas.

—¿Así que su orgullo monstruoso quedó aplastado y decidió asesinarme?

—No seas ridícula. No sabía que Desmond House estuviera en tan mal estado. Solo sabía que apestaba.

—¿Cómo se atreve a negarlo? ¡Sí intentó asesinarme!

—No lo hice. Me estás juzgando con demasiada dureza.

—¿Solo usted tiene derecho a juzgar a los demás, su gracia?

—Soy duque; puedo hacer lo que quiera.

—Maldito asesino.

—Piensa un momento, usa ese pequeño cerebro. ¿Por qué te salvaría si mi intención era matarte? Aparté esa viga y te liberé.

—Cuando compra carne en la carnicería, no siente pena por la vaca que ha sido sacrificada. Pero si alguien le pidiera que empuñara el cuchillo y matara usted mismo a la vaca, no sería capaz de hacerlo.

—¿Estás diciendo que eres una vaca?

—Exactamente.

—¿Qué?

—Me encontró viva y no fue capaz de matarme. Habría sido perfecto que la tormenta acabara conmigo. Yo soy esa vaca, y la tormenta es el carnicero. ¿Lo ve ahora?

—Sí, lo veo. Insistes absolutamente en que eres una vaca. No voy a discutirlo.

—No quise decir… Oh, ¿qué más da? Váyase —espetó ella, metiendo los vestidos a empujones en el baúl de viaje.

—Simplemente me estás usando como excusa, Penélope. La verdad es que no tienes el valor de enfrentarte a la temporada, porque sabes tan bien como yo que nadie se casará contigo. Tienes miedo de decepcionar a mucha gente. Por eso has decidido huir.

—Eso no es verdad.

—Entonces quédate y demuéstralo —dijo él, caminando hacia la puerta.

—Quería que me fuera.

—Ahora quiero que te quedes.

—¿Es porque ha cambiado de opinión sobre mí? ¿Sigue pensando que soy una ramera?

Tras un breve silencio, el duque habló muy deprisa:

—Supongoquesí.

—¿Qué?

—He dicho: supongo que sí.

—¿Que lo supone? ¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Lo piensa o no?

—Lo creo.

—Oh, eso es mucho mejor. Supone o cree que ya no soy una ramera. Eso lo deja todo muy claro.

—Entonces, ¿se quedará? —preguntó, con la mano ya sobre el picaporte.

—Váyase —murmuró ella, sacando unas zapatillas del armario.

Él abrió la puerta y salió.

Un momento después, asomó la cabeza de nuevo.

—¿Penélope? —dijo.

—¿Ahora qué? —preguntó ella, preparándose para lanzar una zapatilla contra la puerta.

—Lo siento —dijo él en voz baja, y cerró la puerta.

—Maldito hombre miserable —susurró ella, y empezó a deshacer la maleta—. ¿Por qué tenía que disculparse?

***

Agotada tras la aventura de la mañana y la pelea con el duque, Penélope se quedó dormida. Se despertó justo a tiempo para cambiarse para la cena.

El estómago le rugió cuando entró en el comedor. No había comido nada en todo el día.

A una señal de sir Henry, hundió la cuchara en la cremosa sopa de tomate y probó un sorbo. Estaba deliciosa.

—¿Adónde van esta noche? —preguntó sir Henry.

—Nos quedamos en casa. Penélope quedó atrapada en la tormenta, abuelo, y creo que está demasiado cansada para salir —respondió Anne.

Penélope se quedó helada al oír la mención de la tormenta. De repente, la sopa le supo empalagosa y dejó la cuchara en el cuenco con las manos temblorosas.

La parte racional de su mente le dijo que estaba entrando en shock. Se sacudió, intentando concentrarse en la mesa iluminada por las velas, cargada de copas relucientes, carnes, frutas y quesos.

Se recordó con firmeza que estaba rodeada de gente, que estaba a salvo, y se obligó a prestar atención a las palabras de sir Henry.

—Tiene un aspecto un poco peculiar. Pensé que era una pelea de enamorados, porque Charles también está mirando fijamente su sopa en vez de comérsela.

El duque alzó la vista, y sus ojos silenciaron cualquier otra pregunta de sir Henry.

Sir Henry miró los dos rostros pálidos y frunció el ceño.

—Bueno, Annie, ¿hay algún baile interesante próximamente? —cambió de tema con prudencia.

—Lady Plasket nos ha invitado a cenar mañana por la noche.

Sir Henry chasqueó la lengua.

—Señorita Fairweather, Lady Plasket parece una mangosta alargada. Tiene la cabeza ridículamente pequeña en comparación con su torso interminable. Tenga cuidado con ella, querida. Lleva cotilleando desde que se deslizó a este mundo.

Penélope asintió con gravedad, y la mirada vacía. Perkins dejó una copa delante de ella y, distraída, la tomó y dio un sorbo. Sus ojos se clavaron en el duque cuando el sabor del licor de cereza le golpeó la lengua.

Él evitó su mirada.

Ella dejó la copa con cuidado sobre la mesa y se levantó. Con la voz ligeramente temblorosa, se excusó.

Nadie la detuvo.

***

Penélope se apresuró a su habitación y encontró a Mary preparando su camisón. Lady Bathsheba estaba sentada en la alfombra.

—¿Mary?

—El duque lo ha ordenado, señorita. Lady Bathsheba debe quedarse con usted en todo momento.

Penélope abrazó a su mascota, y las lágrimas cayeron por primera vez en todo el día. Hundió el rostro en el pelaje blanco de Lady Bathsheba y se quedó así hasta que Mary salió de la habitación.

Una vez sola, empezó a sollozar de verdad. Colocó el retrato de su madre sobre el escritorio, pero no salió ni una sola palabra de sus labios.

Lloró y tembló, con la mente atrapada una vez más en la casa en ruinas, con la tormenta rugiendo sobre su cabeza.

Pasó un buen rato antes de que se calmara. Tras sonarse la nariz, se metió en la cama, arrastrando consigo a Lady Bathsheba.

La cabra le rozó la mejilla con el hocico, intentando consolarla.

Después de comerse entera la lata de galletas que le había dado Walrus, apoyó la cabeza en la almohada. Pero no logró pegar ojo.

Tenía la cabeza pesada y el cuerpo dolorido.

Inquieta, metió la mano bajo la almohada buscando una postura más cómoda y encontró un trozo de papel. Sacó la hoja y, acercándola a la vela que se apagaba, leyó la exquisita caligrafía.

Gracias por quedarse

Se quedó mirando la línea de tinta azul oscura, con el corazón desbocado. La yema de su dedo siguió las palabras y apretó los ojos con fuerza. Arrugó el papel y lo arrojó al suelo. Antes de quedarse dormida, sus sentimientos habían pasado del miedo a la ira.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—Para atraer a un hombre, una mujer debe internarse en el bosque en una noche de luna llena, completamente desnuda, y bailar alrededor de una hoguera rugiente. Si un león de cola ondulante se acerca a investigar, esa mujer habrá logrado su hechizo para atraer al hombre. El peligro es que puede convertirse en la cena del león. Aun así, son tiempos desesperados. Señorita Fairweather, llevo un buen rato diciendo disparates y usted apenas ha pestañeado… ¿señorita Fairweather? —suspiró Madame. Su alumna estaba otra vez soñando despierta. Lo intentó de nuevo—. El duque tiene unas posaderas tan gloriosas como las de un mandril de trasero rojo. Ah, eso sí captó su atención.

—Lo siento, ¿qué ha dicho, Madame? —preguntó Penélope, sacudiendo la cabeza. Segura que había oído mal… lo de los mandriles y las posaderas.

—¿Qué es lo que le preocupa, querida?

Penélope se removió incómoda.

—Señorita Fairweather, difícilmente puede confiarse a Anne y a la duquesa viuda si se trata del duque. Yo sé guardar secretos.

—¿Cómo supo que tenía que ver con el duque?

—Llevo un rato intentando captar su atención, y en el momento en que mencioné al duque y su glorioso trasero, reaccionó de inmediato. ¿Está enamorada de él?

—¿Enamorada? ¡Ese hombre intentó matarme!

Madame puso los ojos en blanco.

—¿Ah, sí?

Penélope se erizó ante el tono de Madame y confesó todo lo que había ocurrido desde su llegada a la mansión Blackthorne. La ira le soltó la lengua más de lo que le habría gustado.

Madame la escuchó en silencio, con el rostro cada vez más grave.

—Señorita Fairweather.

—Llámeme Penélope, por favor.

—Penélope, si el duque de verdad hubiera querido matarla, ¿por qué la salvó de ese hombre en el callejón? ¿Por qué apartó la viga cuando estaba atrapada? ¿Por qué le contó su secreto y le rogó que se quedaras?

—No estoy segura.

—Nunca creyó de verdad que quisiera hacerle daño, ¿verdad? Lo que le preocupa es que, en un arrebato de ira, lo acusó injustamente y ahora tiene miedo.

—¿Miedo? Sí, supongo que sí. Aún tengo pesadillas en las que me veo atrapada.

—Oh, no me refiero a eso. Tiene miedo de la intensidad que el duque trae consigo cada vez que se cruza con usted.

—No, tengo miedo por culpa de los cacahuetes.

—¿Cacahuetes? —preguntó Madame, débilmente.

—Sí, cacahuetes. Beth, una amiga mía de Finnshire, es alérgica a los cacahuetes. Cada vez que come uno, se le enrojece la cara, siente la lengua hinchada, el corazón se le acelera y se encuentra extraña. A mí me pasa lo mismo cuando el duque está cerca, así que la única conclusión es que soy alérgica al duque. Sé que no quiere matarme de verdad, pero podría hacerlo simplemente estando a mi alrededor.

Madame empezó a reír hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Por eso creo que las muchachas deberían educarse en asuntos del amor. Debería saber qué pasa antes y después… sobre todo después —Madame se serenó y continuó—. Penélope, no es alérgica al duque, y creo que lo sabe tan bien como yo. Es una chica inteligente y, aun así, se aferra a excusas tontas para explicar lo que siente.

Madame dejó que sus palabras calaran y, tras un momento, cambió de tema.

—Va avanzando bastante bien en sus lecciones, pero incluso cuando termine la temporada, quiero que recuerde que estaré aquí para usted.

—Madame, ¿qué debería hacer con él?

—La palabra «duque» se le queda helada en la lengua —dijo Madame con una sonrisa amable—. Le sugiero que se concentre en la temporada y sea fiel a su objetivo. Tiene que casarse, querida. En cuanto al duque, en el fondo confía en él con todo su corazón y su alma. Siempre lo ha hecho, desde el momento en que le pellizcó esa oreja exquisita. No se mienta ni a usted ni a él.

Penélope recorrió con el dedo las vetas del escritorio de madera, negándose a alzar la mirada hacia Madame.

—Eso es todo por hoy. La veré mañana. Y, Penélope, mi último consejo al respecto es que nunca olvide la existencia de Lady Lydia Snowly.

La mano de Penélope se quedó inmóvil. Alzó la vista y se encontró con la de Madame; la expresión que recibió a cambio estaba llena de dolor y compasión.

***

—Madre, deja de acaparar a Penélope. ¿Por qué tiene que leerte todos los días? Tengo algo importante que hablar con ella.

—Penélope tiene que practicar música, Anne, por indicación de Madame. Tus cotilleos pueden esperar —respondió la duquesa viuda con firmeza.

Anne frunció el ceño, pero cedió. Así que se dirigieron a la sala de música, arrastrando a una reacia Penélope.

El sol de última hora de la tarde entraba a raudales por los altos ventanales, y Penélope miró los distintos instrumentos repartidos por la sala y tragó saliva.

—Anne tiene razón —dijo Penélope con rapidez—. Tenemos que hablar de algo urgente. Puedo tocar para usted otro día.

—No, tocarás ahora mismo, Penelope. Solo estamos Annie y yo. Vamos, elige un instrumento —la animó la duquesa viuda.

—No puedes ser peor que yo —dijo Anne, y añadió en un susurro —. Hablaremos de ese asunto luego. Iré a tu alcoba mañana temprano.

—¿Tendremos tiempo para planear? —susurró Penelope.

—Estaré en tu alcoba antes de que salga el sol —respondió Anne, con una expresión casi militar.

—Niñas, dejen de cuchichear como imbéciles —regañó la duquesa viuda.

Penélope, avergonzada, se acercó arrastrando los pies al piano y se sentó. Pulsó una tecla y la nota sonó limpia. El piano estaba perfectamente afinado y listo para tocar.

Penélope cerró los ojos con desesperación. Se le habían acabado las excusas y tenía que tocar.

Golpeó la primera nota justo cuando el duque entró en la sala.

Sus dedos se detuvieron y lanzó una mirada de pánico a la duquesa viuda.

El duque saludó a su madre y a su hermana con un beso en la frente y luego hizo lo más extraño. Se acercó y se colocó a su lado, tendiendo la mano.

Ella miró su mano, confundida.

Él alzó una ceja y sonrió.

—Deme la mano, señorita Fairweather.

Ella se la dio sin pensar.

Él la sostuvo con suavidad, la giró, inclinó la cabeza y besó el dorso de su mano.

—Buenas tardes —dijo en voz baja.

La duquesa viuda y Anne se quedaron boquiabiertas. El duque nunca antes había tratado a Penelope como a un ser humano, y allí estaba, tratándola como a una dama, nada menos.

Penélope permaneció sentada, mirando fijamente el punto donde los labios de él habían rozado su piel.

La voz del duque rompió su trance.

—¿Qué ocurre, señorita Fairweather? ¿El instrumento no es lo bastante bueno para usted?

Se detuvo y frunció el ceño. Tras respirar hondo, volvió a hablar con un tono cortés.

—Me gustaría oírla tocar.

Penélope se mordió el labio.

—Nunca he tocado un instrumento tan fino. Yo… yo no soy muy buena y lo decepcionaré.

Anne dio un golpe en la mesa.

—Deja de perder el tiempo, Penélope. Solo nos queda una hora antes de vestirnos para la cena.

Penélope volvió a girarse hacia el piano. Esta vez sintió un aleteo en el estómago y no se fiaba de su voz. Lanzó una mirada al duque. Al ver su gesto de ánimo, asintiendo, rozó las teclas con cautela.

Tras las primeras notas de prueba, sus manos se deslizaron por el instrumento y, cerrando los ojos, se lanzó a una melodía animada.

Cantando alegremente, canté a través del agujero del pantalón
de un babuino de gran trasero.
Yo era las piernas, ya ves, mientras que la cabeza era Maryanne,
de un babuino de gran trasero.
Galopábamos por el escenario,
con leopardos y leones,
pavos reales, conejos y un viejo curtido como cuero,
mientras yo era parte de un babuino de gran trasero.
Con seguridad, alegría y felicidad cantábamos
sobre selvas salvajes y vino de hadas.
Mi cabeza asomaba,
mi lengua se estiraba,
hacia el público descontento,
todo a través del agujero del pantalón
de un babuino de gran traseroooo.

Penelope se detuvo y abrió los ojos. Creyó que no lo había hecho tan mal. Sonriendo, miró a su público.

La recibió un silencio mortal.

Un momento después, sonó una palmada que pronto se transformó en una ovación en pie por parte de Anne.

La condesa viuda tiró de su hija para que volviera a sentarse y se dirigió con cuidado a Penélope.

—Eh… eso fue… algo. Tal vez la canción no era la elección adecuada para una reunión social, pero mostraste entusiasmo y disfrute. Fue un placer verte.

El duque miró a su madre, parcial hasta el extremo, con horror.

—Eso fue espantoso y cantado tan mal que los animales de los que hablaba caerían fulminados tras oír el sonido atroz que emanaba de mi excelente piano. No puedo permitir que vuelva a tocar el instrumento, por miedo a que me sangren los oídos o a que los criados renuncien presa de la angustia.

Se giró bruscamente hacia Penélope y la señaló con un dedo.

—¿Qué demonios la llevó a cantar algo tan ridículo? —bramó.

Penelope sabía muy bien por qué lo había cantado. La conversación con Madame aquella mañana, sobre babuinos y el trasero del duque, debía de haberle estado rondando por la cabeza.

Anne ya no pudo contenerse más y estalló en carcajadas.

—Eso fue… oh, Penélope, ¿dónde lo oíste? Me encantó cada segundo. ¿Sabes más canciones así? ¿Quizá me enseñarías alguna?

El duque palideció.

—No hará tal cosa, Annie. No permitiré que mi hermana cante como una fulana de taberna.

—Lo siento —dijo Penélope, abatida.

Anne se puso seria.

—No quise reírme. Sí que lo disfruté. Aunque debo ser sincera: no puedes cantar canciones así, ni ninguna, en público. En cuanto a tu habilidad con el piano, un instrumento más delicado quizá no sobreviviría al fervor con el que atacaste las teclas.

Penélope se hundió en el asiento.

—No te desanimes, querida —la consoló la condesa viuda.

Penélope negó con la cabeza y suspiró.

—No lo hago. Sé que no sé cantar ni tocar, y me alivia no tener que enfrentarme a toda esa gente y hacer el ridículo. En mi pueblo a menudo tenía que hacerlo, y nunca fue una experiencia agradable.

Anne sonrió encantada.

—Yo tampoco sé cantar ni tocar bien, pero habría prestado mucha más atención si mi profesora me hubiera enseñado canciones como esa.

El duque fulminó con la mirada a su hermana, nada contento con su entusiasmo.

—¿La aprendiste en Finnshire? ¿Es popular allí? —continuó Anne, ignorándolo.

—Oh, no. Jimmy me la enseñó.

Los ojos de Anne se abrieron de par en par.

—¿El salteador de caminos…?

—Sí, sí, ¿a quién más iba a referirse? —intervino la condesa viuda con rapidez, lanzando una mirada al duque, que fruncía el ceño.

Anne cerró la boca y la condesa viuda se lanzó a una larga disertación sobre cintas, botones y enaguas.

El duque salió de la habitación de inmediato.

***

Penélope iba camino de cambiarse para la cena cuando el duque le bloqueó el paso.

—¿Quién es Jimmy? —gruñó.

—Un hombre —replicó ella, molesta por su tono exigente.

Él cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia el cielo, como si rezara en silencio. Cuando volvió a hablar, su tono fue más respetuoso.

—Antes habría supuesto que era tu amante. Pero ahora… te lo pregunto.

Ella se negó a responder. No tenía derecho a hacerle ese tipo de preguntas. Además, había decidido no obedecerlo en todo.

—Penélope, me estoy esforzando mucho por ser razonable. Me gustaría que fuéramos amigos. Pasar de una relación hostil a una cordial no es fácil. Tienes que ayudarme.

Se sintió un poco culpable. Después de hablar con Madame, había comprendido que él no tenía toda la culpa. Y aun así, ahí estaba ella, castigándolo por algún motivo extraño.

—Quiero ser su amiga —respondió, sonriendo con inseguridad.

Él le devolvió la sonrisa, y su rostro se iluminó. Pero cuando ella se movió para marcharse, su mano salió disparada y le sujetó el brazo.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Quién es Jimmy?

—Yo también tengo amigos poderosos, su gracia —respondió ella con misterio.

—¿Qué clase de amigo le enseña canciones de taberna a una dama? —preguntó él con voz melosa.

—¿Y a usted qué le importa? Es mi amigo y me gustan sus canciones. Se desayuna a tipos como usted, así que más le vale

cuidar el tono, su gracia —sonrió con sorna.

—Penélope, deja de poner a prueba mi paciencia. Te lo pregunto por última vez: ¿quién es Jimmy?

Ella se encogió ante su expresión. Su fanfarronería se resquebrajó un poco.

—Jimmy es un salteador de caminos, un cazador furtivo de ciervos y un ladrón de cierta fama. Es el Halcón —chilló.

Atónito, el duque dejó caer el brazo, y Penélope salió disparada antes de que él pudiera recobrar el sentido.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Penélope se sentía como el salmón que estaba comiendo: aplastada entre dos rebanadas de pan blanco y blando. Las rebanadas eran los pechos de dos damas intensamente perfumadas que conversaban entre sí justo encima de su cabeza.

—¿Te enteraste de que el poeta tenía dieciséis amantes? Declararon, de hecho juraron durante el juicio, que mantenía satisfechas a todas y cada una de ellas. Es una pena que tuviera que matar a su tío abuelo. Me habría gustado ser la decimoséptima…

—¿Penélope?

—Chist —dijo ella, apartando al intruso con un gesto de la mano. El tema se había puesto interesante justo cuando alguien la arrancó de al lado de las mujeres chismosas.

Se dio la vuelta, molesta.

El duque estaba allí, sosteniendo un vaso de limonada.

—¿Por qué me apartó?

—No iba a dejar que Anne se asfixiara entre dos mujeres infladas.

—No soy su hermana —replicó ella con irritación, buscando con la mirada a las dos damas—. Quizá, si las seguía, podría oír más…

—No, no eres mi hermana.

Algo en su voz le arrancó la atención y la devolvió a él.

—No me mire así —murmuró, apartando el rostro.

—¿Así cómo?

No necesitaba mirarlo para saber que estaba sonriendo.

—Ya sabe…

—No. Por favor, explícamelo.

—Oh, al demonio con usted —dijo, alejándose un paso.

—¿Huyendo otra vez, Penélope?

Se quedó inmóvil y se volvió para fulminarlo con la mirada.

—No estoy huyendo. Y nunca le di permiso para usar mi nombre, *su gracia*.

—Soy el duque y hago lo que me place —respondió con suficiencia.

Penélope frunció el ceño. Nunca había visto al duque así: bromista, relajado y sonriendo. Eso la inquietaba y la hacía sentirse extrañamente tímida.

Alzó el vaso de limonada hasta los labios para ocultar el rostro cuando un pensamiento la asaltó. Miró al duque con suspicacia y luego al vaso.

—¿Me trajo limonada?

—Así es. Pensé que podría tener sed.

¡Se estaba riendo de ella!

—La tengo… aquí hace un poco de calor.

—Pareces acalorada.

Ella se ruborizó, y sus ojos volvieron al vaso.

—No he envenenado la bebida, Penélope. ¿Aún no me has perdonado?

No respondió.

Tras un momento, él soltó una risita.

—Creo que su nombre, en lugar de señorita Fairweather, debería ser señorita Badweather.

—Eso fue terrible.

—Lo sé, y por eso es gracioso —balbuceó entre carcajadas.

Los labios de Penelope temblaron; aquel lado infantil de él le resultaba entrañable.

—No debería reírse de sus propios chistes, su gracia.

—Sonreiste, lo que significa que me has perdonado —dijo el duque con una sonrisa ladeada.

—¡Pamplinas! Y no sonreí.

—Vi cómo se te curvaron los labios. Sonreíste.

—No lo hice, y no está perdonado.

—Discrepo. Si sonreíste ante mi terrible chiste, eso equivale a perdón.

—Su lógica es absurda —murmuró, apurando la limonada.

—Te bebiste la limonada. Eso sí que significa que me has perdonado.

Ella lo fulminó con la mirada y luego miró el vaso.

—¿Señorita Badweather? —insistió él.

Se le escapó una risita.

—¡Cielos! Está bien, lo perdono, su gracia. Oh, creo que veo a Anne. Debería irme.

El duque inclinó la cabeza y se hizo a un lado. Los ojos le brillaban de alegría.

***

Anne la arrastró detrás de un pilar y se lamentó:

—Sé que prometí venir a verte esta mañana, pero no me desperté a tiempo. Penélope, ¿qué vamos a hacer?

—Anne, no podemos hablar de nada aquí. Hay demasiados oídos. Te sugiero que le pidas a Bessie que te despierte temprano mañana, y tendrás que… —Se detuvo de pronto y preguntó con tono reverente—. ¿Quién es él?

—Lord William Ellsworth Hartell Adair, marqués de Lockwood, y con él están Lady y Lord Scrivenor. Ya conoces al marqués —respondió Anne con prontitud.

—No he conocido al marqués. ¿Cómo podría alguien olvidar conocerlo? Es casi tan apuesto como el du... —se detuvo, mordiéndose el labio.

—La gente lo considera más apuesto que Charles —dijo Anne, con los ojos brillantes.

—Oh, ¿adónde va? —exclamó Penélope al ver al marqués excusarse del grupo.

—Vamos, sigámoslo. Puedo presentártelo —dijo Anne, con el rostro iluminado por la picardía.

Penélope no objetó y se apresuró tras la figura que se alejaba.

Él desapareció en el balcón. Penélope y Anne lo siguieron rápidamente.

Una joven con un vestido escarlata se desprendió de las sombras y cayó en brazos del marqués.

Anne tiró de Penélope para ocultarlas detrás de una gran planta en maceta. La escena ante ellas no era propicia para presentaciones.

Las lámparas de aceite colgantes del balcón proyectaban un resplandor suave y dorado, permitiéndole a Penélope admirar al hombre en todo su esplendor. Era alto, de hombros anchos y

caderas esbeltas. Pero fue su rostro lo que capturó su atención: una perfección esculpida, con una nariz aristocrática y larga, labios sensuales y ojos oscuros enmarcados por las pestañas más largas que jamás había visto.

La mujer rodeó su cuello para atraerlo a un beso. Justo antes de que sus labios se tocaran, él sonrió.

Esa sonrisa convirtió la admiración de Penélope en conmoción. Lord William Adair, marqués de Lockwood, no era otro que Madame Bellafraunde.

Anne también estaba atónita, pero por otro motivo. ¿Por qué, en nombre de Belcebú, Madame Bellafraunde estaba besando a una mujer?

La pareja se besó durante lo que pareció una eternidad. Las dos jóvenes observaron con fascinación ávida, tomando notas mentales de cada suspiro y gemido, del ángulo de las cabezas, de la técnica experta que evitaba que se chocaran las narices.

Cuando el beso terminó, el marqués le susurró algo al oído a la mujer. Ella asintió y, con una última mirada amorosa, regresó a las sombras.

Lord Adair sacó un puro y dijo en voz alta:

—Ya pueden salir, Lady Anne, Penélope.

Las dos muchachas salieron con aire culpable, nada sorprendidas de que supiera que estaban allí. Al fin y al cabo, era Madame Bellafraunde.

—Tienen preguntas —dijo, encendiendo el puro y dando una calada. Miró al jardín oscuro, el humo saliendo de su boca y formando anillos perfectos.

—¿Madame Bellafraunde? —preguntó Penélope, aún insegura de su identidad.

—Sí, Penelope. Soy Lord William Adair, marqués de Lockwood y, en ciertos círculos, Madame Bellafraunde.

—No lo entiendo… —balbuceó Penélope.

—¿Por qué habría de vestirme como una modista si soy un marqués adinerado? No es por dinero; eso es todo lo que puedo decir por ahora.

—Pero… pero besó a una mujer. Lo vimos —farfulló Anne.

—Sí, besé a una mujer —dijo él, volviéndose hacia ellas. Sus ojos se cerraron, la expresión no revelaba nada—. Fue desafortunado que tuvieran que presenciarlo. Me encontraba en una situación de la que no podía escapar del beso ni revelar mi presencia. Penelope, Lady Anne, ¿guardarían este pequeño incidente para ustedes? No puedo ofrecer explicaciones, salvo pedirles que confíen en mí. ¿Pueden confiar en mí?

Penélope recordó las numerosas veces que Madame Bellafraunde había acudido en su ayuda. No tuvo que pensarlo dos veces.

—Confío en usted, Madame. Quiero decir, Lord Adair.

—Yo también —añadió Anne, aunque con menos seguridad.

Él las observó en silencio, los músculos del rostro tensándose por una emoción contenida.

—Gracias —dijo. Las palabras suaves cargaban un profundo significado.

Algo conmocionada, Anne escapó hacia el salón de baile, y Penélope fue tras ella.

El marqués la detuvo.

—Penélope, una palabra. Olvide el incidente de esta noche. Para usted, sigo siendo Madame Bellafraunde.

Ella asintió, con la mirada saltando hacia los ventanales franceses.

Él continuó:

—Ha llamado la atención de muchos hombres elegibles. Ha sido un éxito, querida.

Ella sonrió con ironía.

—Creo que se equivoca. Nadie ha intentado cortejarme, mi lord.

Él le dio una palmadita en la cabeza, cuidando de no mover los alfileres.

—Lección número cincuenta y dos. La mayoría de los hombres son cobardes. Hay que animarlos, pero antes hay que notarlos. Usted ha pasado por alto a todos los hombres del salón excepto a…

—¡Eso no es verdad!

Él lanzó el puro a un lado y suspiró.

—Lo siento, querida, pero debo irme. Podemos hablar de esto en otro momento. Hasta entonces, recuerde que mi casa está abierta para usted cuando la necesite.

—*Si* la necesito —dijo Penélope, dándose la vuelta. Quería escapar para reflexionar sobre todo lo que había presenciado.

—Está enamorada del duque. La *necesitará*.

Penelope se quedó rígida y se volvió lentamente hacia él.

La oscuridad y las luces temblorosas de las lámparas recibieron su rostro ceniciento.

Lord Adair había desaparecido.

***

Más tarde esa noche.

—Señorita Pea, Lady Anne le envió esta nota.

—Gracias, Mary —dijo Penelope, rompiendo el sobre.

Mary se lanzó contra el cabello de Penélope mientras ella se distraía con la nota.

Recorrió el contenido rápidamente:

He pedido a quince doncellas distintas que me despierten por la mañana. Inventa un plan nuevo. Todos los demás planes tuyos han sido horribles. Con cariño, Anne.

Penélope arrugó el papel, haciendo una mueca cuando Mary le dio un tirón al cabello con el peine de marfil. Se alegró de tener algo en lo que pensar que no fuera la verdadera identidad de Madame y sus palabras de despedida.

Mary apagó la vela y Lady Bathsheba ocupó su lugar sobre el pie de Penélope. Suspiró suavemente ante el peso familiar sobre las piernas y pasó un rato ideando planes para Anne. Cuando las campanas de la iglesia dieron cuatro toques, su mano se deslizó bajo la almohada para aferrar el papel que yacía allí. Por fin cerró los ojos y se quedó dormida.

No era la nota de Anne lo que apretaba en el puño, sino la del duque, que decía: *«Gracias por quedarte».*

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—Despierta.

—Te llevaré a hacer pis en un momento… en unos momentos —murmuró Penélope, somnolienta.

—¿Qué? No necesito que me lleves a hacer pis. Quiero que te despiertes.

—Lady Bahhh… thsheba… un momento.

—¿Ahora tu cabra habla? Te lo advierto, despierta.

Penélope se acurrucó más bajo el edredón y se tapó la cabeza con una almohada.

La almohada fue arrancada, y un gran jarro de agua se vació sobre ella.

—¿Qué, qué, qué, qué? —balbuceó Penélope, completamente despierta, y saltó de la cama.

Anne estaba de pie, sonriendo, con el jarro vacío en la mano.

Penélope la fulminó con la mirada y, rápida como un rayo, voló hacia el aguamanil, agarró la palangana y vació el contenido sobre la cabeza de Anne.

Las dos quedaron empapadas, mirándose con disgusto.

Un fuerte ronquido las distrajo.

Anne miró el bulto al pie de la cama y preguntó:

—¿No se suponía que las cabras no roncan?

—A Lady Bathsheba nadie se lo dijo —gruñó Penélope.

—Está bien, lo siento. No despertabas y no tuve otra opción… Llegarán pronto, Penélope.

—Podría haberme pescado una pulmonía —replicó Penelope, negándose a aflojar la tensión.

—Estamos a finales de mayo y esta habitación es como una chimenea monstruosa y rugiente. Si acaso, te hice un favor refrescándote. Estabas sudando dormida. Por favor, Penny —dijo Anne, batiendo las pestañas—. Además, te vengaste. Yo también estoy empapada.

—¿Nunca volverás a ahogarme mientras duermo? —preguntó Penélope, suavizándose un poco.

—Lo prometo. Te traje una taza de té y galletas.

—¿Qué hora es? —preguntó Penélope, tomando la taza e inspeccionando el contenido del plato.

Anne sonrió. Su ofrenda de paz había sido aceptada, y estaba perdonada.

—Eran las cinco cuando Bessie me despertó. Deben de ser las cinco y media.

—Solo he dormido una hora —se quejó Penelope.

—Puedes dormir por la tarde. Le mandaré una nota a Madame y le pediré que no venga.

Al oír el nombre de Madame, las dos se quedaron en silencio.

Penélope se sentó en una silla junto al escritorio, y Anne empujó a la cabra dormida hasta hacerse un hueco para sentarse en la parte seca de la cama.

—¿Crees que Madame mintió con lo de que su sombrero solo se menea para los hombres? —preguntó Anne.

—¿Puede menearse para hombres y mujeres? —replicó Penélope.

Anne se encogió de hombros.

—Es misteriosa, y su habilidad para saber todo lo que ocurre a su alrededor es inquietante. Creo que es una bruja. ¿O una druida?

Penélope no se rio; consideró el asunto con seriedad.

—Bien podría serlo.

—¿Te molesta?

—Creo que la elección de con quién retozar es suya. Ha sido amable conmigo y ha guardado todos mis secretos; por lo tanto, pienso guardar los suyos. Sin embargo, me sorprende que un chisme tan jugoso haya escapado a la sociedad. ¿Cómo demonios lo logró Madame?

—Madame es muy selectiva con sus clientas por su verdadera identidad, y solo un puñado de mujeres conoce su secreto. Y ojo, si no fuera la mejor modista de la ciudad, con una pericia invaluable y un talento para husmear en los oscuros secretos de sus clientas, la habrían desenmascarado hace años. Mi madre y yo lo descubrimos hace mucho y decidimos respetar sus deseos porque, de algún

modo, no pudimos evitar confiar en ella. Incluso ahora, sigo confiando. Tiene que haber una buena razón...

Las chicas guardaron silencio. Al poco tiempo, Penélope terminó su té y dejó la taza a un lado.

—¿Estaba fría el agua del río? —soltó Anne de pronto.

Penélope frunció el ceño. Había evitado hablar de ello durante los dos últimos días y esperaba que Anne ya lo hubiera entendido.

—¿Cómo acabaste casi ahogada en el Támesis? Pensé que la víctima prevista era yo —insistió Anne.

—Según nuestro plan —dijo Penélope entre dientes—, tú debías saltar al Támesis y fingir que te ahogabas. Lord Poyning iba a venir a salvarte. Yo estaba vigilando para darte la señal cuando llegaran los dos hombres. Lady Bathsheba tuvo otras ideas. Un caballo relinchó a lo lejos y la asustó. Se me escapó y corrió por la tabla de madera que sobresalía sobre el río. La seguí, resbalé y caí.

—Lord Rivers te sacó del agua —la consoló Anne.

—No fue romántico, porque en lugar de una sirena desmayada, pescó un pez podrido y maloliente. Toda la maldita idea fue terrible desde el principio. Lord Rivers quedó repelido, no atraído, por el espectáculo que di.

—Fue idea tuya —murmuró Anne.

Penélope la miró con furia.

—Madame dijo que a los hombres les gustan las damiselas en apuros. Se le olvidó aclarar que las damiselas en apuros se ven hechas un desastre, miserables y francamente horribles.

—A los hombres sí les gustan las damiselas en apuros. Solo tenemos que vernos encantadoras mientras luchamos contra el peligro mortal.

Penélope metió la cabeza bajo la cama en busca de sus zapatillas. Al cabo de un momento, su voz amortiguada preguntó con cautela:

—¿Estás segura, en lo más hondo de tu corazón… de Lord Poyning, Anne?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anne con aspereza.

—¿Lo amas? —preguntó con cuidado, saliendo con las zapatillas.

—Por supuesto. ¿Cómo puedes siquiera preguntarme eso?

—Supongo que… si de verdad lo amas… bueno…

—Lo amo con todo mi corazón.

Penélope escrutó el rostro de Anne y luego asintió, satisfecha con lo que vio en sus ojos.

—Tengo un plan, pero esta vez debemos practicar para asegurarnos de que todo salga bien.

—Sabía que podía contar contigo —dijo Anne, aplaudiendo.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que Lord Poyning y Lord Rivers vengan a visitarnos?

—Unas horas. Estarán aquí al mediodía.

—¿Estás segura?

—Sí, iba justo detrás de Lord Martin cuando oí a Lord Poyning mencionárselo a Lord Rivers.

—O sea que estabas escondida detrás del porcino Lord Martin y escuchando a escondidas.

Anne no lo negó, aunque tuvo la decencia de sonrojarse.

Penelope la miró un instante con fingida ira, luego sonrió y dijo:

—Bien hecho.

Anne le devolvió la sonrisa.

—Vístete y encuéntrame en el manzanar. Tenemos que ponernos a trabajar —ordenó Penélope.

—Sí, señor —respondió Anne, llevándose la mano a la frente en un saludo marcial.

***

Penélope se frotó las manos, con los ojos brillándole de picardía.

—Bien, esto es lo que sugiero. En lugar de ir a Hyde Park, nos quedaremos en la finca Blackthorne. Haremos un picnic en el precioso jardín oriental y luego mencionaré cuánto me encantaría comer una manzana fresca y crujiente.

—Las manzanas no están de temporada —interrumpió Anne.

Penelope alzó la vista hacia los árboles sin fruto del huerto. El corazón se le hundió.

—La lechuga rizada sí está de temporada —dijo Anne.

—La lechuga no es romántica.

—¿Alcachofas?

—Anne, ¡necesito un árbol que dé fruta!

—¿Naranjas? Tenemos algunas variedades españolas creciendo en el invernadero.

—Naranjas españolas… eso servirá. Después del picnic iremos al naranjal. Tú subirás por una escalera y lord Poyning se quedará abajo para atrapar la fruta. Yo apartaré a lord Rivers de la escena. Cuando yo ya no esté, tú resbalarás y caerás en los brazos de lord Poyning. Estarás en shock y fingirás desmayarte; luego abrirás los ojos y gemirás con delicadeza.

—Suena maravilloso —dijo Anne, con la mirada perdida.

—Sí, bueno, ahora tenemos que practicar la caída.

—¿Por qué?

Penélope inhaló hondo y soltó el aire despacio.

—Anne, tienes que verte encantadora mientras caes. Solo debe verse una parte mínima de tu tobillo. Y tienes que caer desde el punto correcto. Si fallas, podrías romperte el cuello. No quiero que te mueras.

—¿Por qué no me atraparía? —preguntó Anne.

—Podría distraerse con una mariposa verde con manchas. No sé, cualquier cosa puede pasar. No voy a dejar nada al azar.

—Estás de un humor espantoso hoy.

—No he dormido —gruñó Penélope.

—De acuerdo, acepto. Debemos practicar. Después del desastre del Támesis, habías planeado encerrar a lord Poyning y a mí en el granero… tan romántico… en fin, en cuanto nos encerraste, ese tonto de lord Rivers nos dejó salir de inmediato. Tus planes están llenos de agujeros.

Penélope no hizo caso del dramatismo de su amiga, apoyó una escalera contra un árbol y subió hasta el tercer peldaño.

—Déjame probar primero para hacerme una idea —le gritó a Anne.

Dejó resbalar el pie y cayó al suelo con más fuerza que gracia.

—Tú —dijo entre dientes— se suponía que tenías que atraparme.

—No me avisaste —replicó Anne.

Penélope se incorporó ignorando la mano que Anne le tendía.

—A partir de ahora tú subirás y te caerás —espetó Penélope.

Anne asintió con docilidad.

***

El duque se detuvo a la entrada del naranjal cuando un espectáculo curioso le llamó la atención. Anne estaba subiendo por una escalera y, de pronto, estaba cayendo. Iba a correr a ayudarla cuando Penélope atrapó con destreza a su hermana.

Soltó un suspiro de alivio y se dio la vuelta para marcharse, pero la voz de Penélope lo detuvo.

—Anne, estabas agitando los brazos y las piernas por los aires. No podemos permitir que se vean tus enaguas. No olvides la expresión de tu rostro. Debe ser calmada y serena.

Para entonces, Penélope estaba en el cuarto peldaño y, al instante siguiente, en el aire, cayendo hacia el suelo.

Anne la atrapó y dijo:

—Parecías un pichón al que su madre empuja fuera del nido por primera vez. Aleteabas.

—Sí, bueno, por eso sugerí que practicáramos —murmuró Penélope.

El duque observó cómo ambas subían y caían una y otra vez. Se rascó la cabeza y decidió vigilarlas el resto del día. Estaban tramando algo, y tenía la sensación de que no era precisamente virtuoso.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Penélope sonrió a lord Rivers.

Todo había salido según lo planeado. Anne estaba en ese momento subiendo por una escalera y lord Poyning se encontraba atento cerca.

Penélope se alejó con paso despreocupado del lugar del "crimen", arrastrando consigo a un reacio lord Rivers. Se detuvo en seco cuando se topó con una segunda escalera. Frunció los labios, pensativa. Después de todo, ella había practicado las caídas tanto como Anne.

—Quizá también deberíamos recoger algunas naranjas, lord Rivers —dijo, procurando no batir las pestañas. Las mujeres revoloteando ponían nervioso al hombre.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó él con debilidad.

—Por favor, puede sostener la escalera mientras subo —lo animó Penélope.

—Sí, claro —respondió con evidente resignación.

Penelope se alisó las faldas, se pasó una mano por el cabello y subió con delicadeza al primer peldaño. Su rostro era una máscara de serenidad.

Fue en el cuarto escalón cuando la asaltó la visión del duque rozándole los labios. Cerró los ojos con fuerza y el estómago se le contrajo.

—Otra vez no —susurró, angustiada.

Últimamente su cerebro había adquirido la molesta costumbre de conjurar pensamientos del duque en los momentos más inoportunos. Era como sufrir una especie de espasmo que le oprimía el corazón y la arrancaba del mundo que la rodeaba. Todo aquello era terriblemente inconveniente, sobre todo en instantes como ese.

Se preparó para la conocida sensación agridulce, mitad miedo y mitad placer, que la invadía. Recordó por milésima vez el beso apasionado que él le había dado aquel día en el carruaje, el calor de

sus manos filtrándose a través de los guantes cuando bailaban y la exaltación que siempre le encendía la risa de él.

Esperó a que el hechizo pasara. Siempre lo hacía, salvo que…

…se tambaleó, con el corazón martilleándole.

Estaba cerca. De algún modo, siempre sabía cuándo él la observaba.

La escalera dio un sacudón y Penélope abrió los ojos de golpe. El naranjal, el árbol y la escalera volvieron a enfocarse. Miró hacia abajo y ahogó un chillido.

¡Ay! Había subido más de lo que pretendía.

La escalera volvió a bambolearse de forma alarmante y Penélope trastabilló en el peldaño, las manos sudorosas se aferraron con fuerza para no caer. Pero el tercer empujón entusiasta fue definitivo: el pie resbaló, las faldas volaron, los brazos se agitaron y cayó al suelo.

Cuando abrió los ojos, se encontró en brazos de lord Rivers. El duque estaba arrodillado junto a él, mirándole el rostro con ansiedad.

El duque, gimió para sus adentros, tenía un talento especial para aparecer a su lado en los momentos más inconvenientes.

Calmó el galope de su corazón y murmuró, avergonzada:

—Estoy bien.

—Lady Bathsheba golpeó la escalera. Usted cayó antes de que pudiera sujetarla —explicó lord Rivers.

El duque guardó silencio. Le agarró la mano a Penélope y la apartó de un tirón de lord Rivers.

—Reúnase conmigo en mi despacho —dijo con voz controlada.

—¿Anne? —susurró Penélope, mirando alrededor.

—Tráigala también —ordenó con enfado y, girándose sobre los talones, se alejó a grandes zancadas.

Lord Rivers se aclaró la garganta.

—El duque parece molesto. Creo que deberíamos retirarnos, señorita Fairweather. Se está haciendo tarde.

Penélope asintió distraída. Vio aparecer a Anne entre los árboles, con un aspecto mucho más feliz del que ella sentía. Al parecer, el plan había funcionado para su amiga.

Después de que lord Poyning y lord Rivers se marcharan, Anne preguntó alegremente:

—¿Qué crees que quiere Charles?

Penélope no respondió. Tenía la desagradable sensación de que el duque sabía exactamente qué habían estado tramando.

—Tengo mucho que contarte, Penny. Deja de arrastrar los pies. Charles se ha ablandado contigo. No va a regañarte. Tal vez quiera informarnos de que por fin ha fijado la fecha de su boda.

***

—Siéntense —dijo el duque, apartando un libro de cuentas.

Anne palideció un poco al ver la expresión del rostro de su hermano.

—¿Qué ocurre? ¿Es… el abuelo?

—Está vivo y tan bien como cabe esperar. Quiero preguntarles por el incidente en el naranjal. ¿De quién fue la idea?

Anne se puso blanca.

—¿Qué idea?

—La que implicaba que te cayeras de un naranjo en brazos de un hombre desprevenido.

—Resbalé —se removió incómoda en la silla.

—Las vi a ambas practicar esta mañana. Ahora bien, ¿de quién fue la idea?

—Mía —murmuraron Penélope y Anne al unísono.

—Señorita Fairweather, ¿cómo se le ocurre involucrar a Anne en semejantes planes? Creí haberla advertido.

—¡Fue idea mía! —protestó Anne, indignada.

—Estás mintiendo.

—No lo hago.

—¿Señorita Fairweather? —preguntó el duque, volviéndose hacia ella.

—Fue idea mía —respondió Penélope, con las orejas ardiendo.

—Pero yo le pedí que lo planeara —replicó Anne, cruzándose de brazos.

El duque volvió a mirar a Penélope y alzó una ceja.

Penélope asintió.

—Anne, ¿cómo pudiste seguir un plan tan descabellado ideado por esta… imbécil? ¿Esta cabeza de carnero, esta cabeza hueca, esta mujer de mente de ganso? ¿Esta lunática campestre…?

—¡Charles! No permitiré que insultes a Penélope delante de mí. Ha sido lo bastante amable como para ayudarme mientras tú…

—¿Ayudarte? ¿Cómo? ¿Haciéndote quedar como una desesperada?

—¡Estoy desesperada! No tenía elección —gritó—. Espantas a todos los hombres, pero yo quiero casarme. Es tu deber ayudarme y no frustrarme a cada paso.

—Permití que lord Beetle se acercara a ti. Incluso permití que te pidiera matrimonio.

—No quiero ser lady Beetle. ¿Quién querría casarse con un hombre llamado Beetle?

—¿Ah, y Poyning es mejor?

—Es apuesto y tendremos bebés hermosos.

—¡Anne! —rugió el duque, escandalizado—. ¡No digas esas cosas delante de mí! ¿Cómo puedes ser tan impropia? ¡Hablando de bebés! ¡Por favor!

—El otro hombre al que permitiste acercarse a menos de un metro de mí fue el señor Appleby —continuó ella, exaltada—. Me llevó a cabalgar, y ¿sabes qué? Me quedé dormida a los pocos minutos de que abriera la boca. Solo dejas que se me acerquen los hombres más aburridos y lúgubres. Lord Berry, otro pretendiente al que tuviste la amabilidad de aprobar, tuvo el descaro de decirme que mis ojos eran grandes y hermosos, igual que los de su querido Nuggins. Nuggins es su sapo.

—Anne, hablemos de esto —dijo él con tono conciliador.

—No, escúchame tú. Llevo tres años en sociedad y sigo soltera. No quiero morir solterona. No quiero vivir contigo y con esa horrible Lydia el resto de mi vida. Siempre has dictado cada paso que doy y ya no lo soporto más.

Penélope se levantó para irse. Aquello era entre hermano y hermana; no tenía derecho a estar allí.

—¡Siéntate! —rugieron Anne y el duque al mismo tiempo.

Penélope se sentó.

Anne golpeó la mesa con el puño.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, Lydia. ¿Peleaste con ella? Anoche vi que te arañó. ¿Es por eso que descargas tu frustración conmigo?

—Lydia y yo no somos asunto tuyo —advirtió él.

—¿Tus relaciones no son asunto mío? Puedes casarte con quien quieras. No te importa que no soporte verla, pero crees tener derecho a decirme con quién debo casarme.

—No necesito tu permiso para casarme con nadie; tú, querida hermana, necesitas el mío.

Anne empujó la silla hacia atrás, lívida.

—Me he quedado sentada en la mayoría de los bailes por tu culpa. Tú eres la razón por la que nadie se atreve a acercarse a mí. No quiero joyas. No quiero que me llenes la vista de flores. Quiero un marido y bebés.

—Te dije que no mencionaras lo de querer bebés delante de mí —perdió finalmente la paciencia y rugió—. *No* es decoroso…

Anne salió de la habitación antes de que terminara la frase.

El duque miró a Penélope.

Dos lágrimas grandes rodaron por sus mejillas.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Porque peleó con Anne —dijo ella, derramando más lágrimas.

Se acercó a su lado.

—Es cierto, pero ni Anne ni yo estamos sollozando. Entonces, ¿por qué demonios lo haces tú?

—Porque se pelean, pero se quieren —balbuceó ella—. Mucho.

Él sacó apresuradamente un gran pañuelo blanco como la nieve y se lo metió en la mano.

Ella se sonó la nariz. Ruidosamente.

Él retrocedió cuando ella intentó devolvérselo.

—Quédatelo. ¿Esa es la única razón por la que lloras?

—Y madame dijo que yo estoy ena… —Penélope cerró la boca de golpe y saltó de la silla.

El brazo del duque se extendió, bloqueándole la huida.

—¿Estás qué?

—Es un poco posesivo con Anne. No debería dictar cada uno de sus movimientos —dijo con calma, ignorando la pregunta—.

Además, tiene un temperamento espantoso.

—¿Sabes una cosa? Nunca he visto a nadie dejar de llorar tan rápido. Tus lágrimas ya se han secado. Es notable.

Le tomó el mentón y se lo levantó.

—¿Sabes algo más? —preguntó suavemente.

Ella negó con la cabeza.

—Usted, señorita Fairweather, es más que un poco extraña.

Él le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—Somos amigos, ¿no, Penélope?

—Los amigos no se llaman así entre ellos. Me llamó imbécil, cabeza de carnero…

—Lo siento —la interrumpió el duque.

La boca de Penélope se abrió de par en par.

—Es la segunda vez que me pide disculpas, excelencia.

—La primera cuesta. Después, las palabras salen solas con toda naturalidad.

—Ya veo. Bueno, creo que debería hablar con Anne. Está muy alterada.

—La conozco. En ese estado es mejor dejarla sola. Habla con ella esta noche. Además, hay algo más que quiero decirte.

—No voy a disculparme por ayudar a Anne.

Él alzó la mano para hacerla callar.

—No te estoy pidiendo que te disculpes. Creo que, en gran parte, es culpa mía. He malcriado a la niña. A los diecisiete me vi obligado a ser su hermano, su amigo, su confidente y su padre, y quizá no supe cómo hacerlo. Era demasiado joven, y el hábito se me quedó. Tuve que protegerla de las ideas estrictas de sir Henry sobre cómo debía criarse una muchacha. En resumen, quería que la ignorara. Yo hice justo lo contrario. Me volví posesivo y la colmé de afecto. Ahora todo eso ha vuelto para morderme en el… eh… bueno… lo que quiero decir es que quizá tengas razón. Debería dejar de darle órdenes.

Penélope quedó impresionada. El duque parecía haberse tomado bastante bien el arrebato de Anne y su pequeña aventura. Ese pensamiento halagador se desvaneció al instante siguiente.

—¿Anne está enamorada de ese papanatas[1]?

—¿De quién?

—¿De Poyning?

Penélope lo miró con ojos acerados.

—Ah, así que todo este discurso tan dulce y esta fingida contrición eran para sacarme esa respuesta.

—¿Está realmente enamorada de él o es solo un capricho pasajero? —insistió, acercándose a ella.

—No voy a responder a eso —dijo, de pronto con dificultad para respirar.

—Hmm. ¿Y me dirías si tú estás enamorada de lord Rivers?

Al no obtener respuesta, inclinó la cabeza y trató de mirarla a los ojos.

—Te caíste del árbol en sus brazos. Él era tu objetivo, ¿no es cierto, Penélope? ¿Estás enamorada de él?

Ella se apartó de su mirada inquisitiva.

—No sé qué es el amor.

—¿Hace que el corazón te lata con fuerza cuando se te acerca?

El corazón de Penélope martilleó en su pecho.

—Sí —mintió.

Él le agarró la nuca y la obligó a mirarlo.

—¿Tiembla tu cuerpo con su contacto?

Ella asintió en silencio, aferrando las manos a las faldas para evitar que le temblaran.

—Entonces, muchacha de campo, estás enamorada —susurró el duque, inclinándose para besarla.

Sus labios estaban calientes, exigentes y desesperados al moverse sobre los de ella. ¿Cómo alguien que parecía tan distante y frío podía desprender un calor tan increíble?

Esta vez su boca se abrió sin que él se lo pidiera, permitiendo que su lengua se adentrara.

Se le encogieron los dedos de los pies y dejó de respirar.

—Cuando esté enamorada, señorita Pea, se te encogerán los dedos de los pies— susurró la voz de Mary en su mente.

La apartó a la fuerza y se concentró en la boca del duque, que se movía sobre sus labios con pericia y sensualidad.

Sensaciones agudas y dulces recorrieron sus extremidades.

Empezó a temblar aún más, y sus uñas se clavaron en los hombros de él, dejando marcas en forma de medias lunas. Él no pareció notarlo, con la boca empeñada en trazar un sendero ardiente sobre su piel.

Su tacto era distinto esta vez, casi reverente. Sus ojos recorrían su rostro con una posesividad codiciosa, aterradoramente primitiva.

Esa mirada tierna… era más peligrosa que su habitual arrogancia cruel. De pronto quiso huir, pero él la tenía prisionera entre sus brazos.

Se quedó inmóvil cuando un momento de lucidez la golpeó. Ese era el duque… no tenía derecho a estar revolcándose con él. Y con lo fácilmente que se derretía bajo sus caricias, no era de extrañar que él pensara que era una cualquiera.

Él percibió el cambio y levantó la cabeza del valle de su pecho.

—Mírame.

Ella cerró los ojos con terquedad.

—Cariño, mírame.

Ese apelativo, pronunciado con una voz grave y ronca, la hizo estremecerse. Él le pellizcó la barbilla, obligándola a obedecer.

—Déjeme ir, su gracia —dijo ella, con las pestañas temblando bajo su mirada firme—. Permítame olvidarlo.

—No —respondió él, mordisqueándole la boca.

Esa sola palabra estaba cargada de una avalancha de emociones y determinación. Tomó conciencia de su poder y su fuerza, y de su propia fragilidad e indefensión.

Sus brazos la mantenían en un abrazo estrecho, y su boca se aquietó, como si esperara que ella volviera a apartarlo.

Esta vez, sabía que la dejaría ir si protestaba.

Sintió cómo el corazón le templaba y el cuerpo se le relajaba mientras él la estrechaba aún más. Cada parte de ella hormigueaba, acompañada de una sensación de consuelo y confianza. Si hubiera sido cualquier otro, le habría mordido el brazo y habría huido.

Pero como era él, aquel momento íntimo se sentía como un tesoro que deseaba conservar y saborear todo el tiempo posible.

La habitación estaba extrañamente silenciosa, sin siquiera el crepitar del fuego para ahogar el sonido de sus respiraciones

irregulares. El ambiente vibraba con sentimientos contenidos, deseosos de escapar y desnudar sus corazones.

Su boca volvió a moverse, probando, lamiendo y succionando su piel ardiente.

Tan cerca que ella se estremeció; compartían el aliento. Sus ojos empezaron a velarse, pero se obligó a concentrarse.

Un soplo escapó de sus labios calientes, y ella le sujetó el rostro, manteniéndolo quieto.

—¿Q...qué quiere de mí?

La luz del sol entraba a raudales por la ventana, cayendo sobre sus cuerpos entrelazados. Iluminaba su piel expuesta con un brillo dorado y aclaraba el color de sus ojos, hechizándolos.

Él inhaló bruscamente, apenas capaz de contener la agitación que lo consumía. No podía dejar de mirarla, de grabar cada detalle de ella en su mente, deseando encerrarla para siempre en un lugar lejos de la sociedad.

Era una locura, lo sabía, y aun así no podía evitar pensar de forma obsesiva, desquiciada. Quería poseerla para que fuera suya, ahora y siempre.

—Su gracia —insistió ella—. Respóndame.

—Quiero el caos y los sueños dentro de tu mente —dijo él, besándole la cabeza—. El calor y la alegría de tu corazón —continuó, rozándole el pezón y provocando que el placer la atravesara, anulando sus sentidos—. Tu belleza salvaje e increíble —concluyó, hundiendo las manos en su cabello y masajeándole el cuero cabelludo—. Lo quiero todo.

Ella gimió y le rodeó el cuello con los brazos, abandonando cualquier pensamiento. ¿Qué mujer cuerda no se rendiría ante palabras tan dulces y seductoras pronunciadas por alguien tan devastadoramente hermoso como el duque?

No, sería una necia si lo rechazaba ahora… una completa idiota.

Sus besos se volvieron ligeros, como el roce de un ala de mariposa, incitantes, tranquilizadores, deseosos. El miedo en su corazón se disipó y su mente volvió a nublarse.

Piel desnuda contra piel desnuda, arrancándole un gemido.

¿Cuándo había rasgado ella su camisa, cuándo le había quitado él el vestido y la camisa interior hasta dejarlos colgando de su cintura?

Tan cerca que podía sentir su deseo presionando contra su pierna y ver sus ojos oscuros brillando de necesidad.

Con timidez, lo tocó allí, curiosa y deseosa de complacerlo.

Sus ojos se clavaron en su rostro, sorprendidos, y dejó escapar un gemido grave.

El corazón le retumbó ante ese nuevo poder que descubría tener sobre él y, envalentonada, lo acarició con más firmeza, observando cómo se tensaban sus músculos y un leve brillo de sudor aparecía en su piel.

Él le sujetó la muñeca.

—No más —advirtió, con la voz más profunda y grave de lo habitual—. O perderé el último resto de cordura.

Ella se quedó inmóvil, comprendiendo instintivamente el peligro, y asintió.

Él se apartó y empezó a vestirla despacio. Sus dedos rozaron su piel mientras subía la camisa interior, por su cintura y sus pechos, hasta pasarla por los brazos y acomodarla en los hombros.

Hizo lo mismo con el vestido, tomándose su tiempo, como si le costara dejarla ir.

Ella lo observó a través de las pestañas entornadas, con las mejillas sonrojadas y el aliento inestable. Era increíblemente hermoso, tan atractivo que se descubrió deseando seguir mirándolo.

Con ternura, le apartó un rizo detrás de la oreja y apoyó la frente en la de ella. Permanecieron así, escuchando sus respiraciones entrecortadas mezclarse con el sonido de las hojas agitadas por el viento exterior.

A lo lejos, repicaron campanas de iglesia y, poco a poco, el sonido suave de un violín se filtró a través de la niebla de su mente. Pronto se unió un piano, luego un arpa. Tras un par de flautas, una orquesta entera empezó a tocar en la cabeza de Penélope.

Cuando los ángeles comenzaron a cantar, Penelope ya no pudo negarlo. Su madre estaba danzando con un cupido, enviándole un mensaje claro directamente desde el cielo.

Estaba verdadera, locamente y profundamente enamorada del duque…

Pero el duque iba a casarse con lady Lydia.

Se apartó de su abrazo y, con ello, su corazón se hizo añicos.

No lo miró, temerosa de que él viera las emociones salvajes brillando en sus ojos. En lugar de eso, hizo lo único que podía hacer.

Huyó.

CAPÍTULO TREINTA

Penélope inspeccionó la porción de bizcocho de frutas. Estaba un poco seco, pero era comestible. Sacó una pasa y se la metió en la boca.

Se moría de hambre.

Se había perdido la cena y el desayuno, todo porque no podía enfrentarse a él, no después de aquel encuentro apasionado.

Sus ojos se enturbiaron y, distraída, dio un mordisco y masticó. Cerró los ojos con placer, aunque no estaba segura de si se debía al dulce del bizcocho deshaciéndose en su boca o al beso.

El sol caía a plomo sobre sus hombros desnudos, mientras su sombrilla color prímula, a juego con su vestido de paseo, yacía abandonada sobre el banco del jardín.

Era casi mediodía. El duque estaría en su estudio.

Se recostó y se relajó. Por el momento, no había peligro de encontrárselo.

—No eres una ramera.

Sus ojos se abrieron de golpe.

El duque estaba allí, entrecerrando los ojos al mirarla.

—¡Usted! Se suponía que debía estar en su estudio.

—Lo estaba —respondió él, sentándose a su lado—. Ahora ya no.

—Ya veo —dijo ella, apartándose un poco y recogiendo la sombrilla.

—¿Por qué hablas tan raro? ¿Estás resfriada? Chillas.

—No, e...estoy bien —se aclaró la garganta.

—Quería hablar contigo…

Penélope rezó para que no mencionara el beso.

—… sobre tu carácter cuestionable.

—No lo entiendo. Creí que había cambiado de opinión sobre mí —dijo, clavando la punta de la sombrilla en la tierra.

—No del todo. El problema era que sabía que mi pasado podía estar nublando mi juicio, pero tú no habías hecho nada para disipar

mis temores. Tu conducta había sido todo lo contrario. Tenía reservas.

Penélope frunció el ceño y miró al suelo. Había dibujado un corazón con la sombrilla. Sacó el pie y lo borró rápidamente.

—Pero luego cambié de opinión —continuó él—. Ahora estoy convencido de que eres inocente, blanca como un lirio, pura como la nieve y todo eso.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión, su gracia? —preguntó ella, con el corazón desbocado.

—Los besos que compartimos —respondió, confirmando lo que ella pensaba.

Él no reparó en el rubor de su rostro y siguió.

—Esos besos fueron asombrosos. Nunca había experimentado besos así en mi vida… tú… tú me dejaste atónito.

Ella aplastó el bizcocho en el puño. El rostro le ardía de placer.

—¿Y...yo lo dejé atónito?

—Sí, por lo mala que eres besando. ¿Cómo es posible que alguien no sepa besar? Fue terrible y tan, tan espantoso que me vi obligado a concluir que la razón de tu falta de destreza era que nunca habías besado antes. ¿Ves lo que has hecho? Tú, mi querida Penélope, has obligado a mí, Charles Radclyff, duque de Blackthorne, a cambiar de opinión y a otorgarte el título de no ramera —dijo, satisfecho.

Penélope agarró su cofia florida y se la plantó en la cabeza. Luego abrió la sombrilla de golpe y saltó del banco.

—Debes de estar encantada —dijo el duque, levantándose para acompañarla.

Penélope empezó a trotar hacia la casa.

Las largas piernas del duque la alcanzaron sin esfuerzo.

—¿Su gracia? —dijo ella por fin.

—¿Sí?

—Dentro de cinco años…

—¿Sí?

—Espero que se quede calvo —dijo con frialdad.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó él, escandalizado.

Ella no respondió.

—Estás enfadada —observó, examinándole el rostro.

—En absoluto.

—¿Estás segura?

—Su gracia, ¿qué quiere? —preguntó, deteniéndose en seco para fulminarlo con la mirada.

—Quiero saber si Anne está enamorada de lord Poyning. Sé que ha confiado en ti y estoy preocupado por ella. Lord Poyning no es el hombre adecuado para ella. ¿No puedes dejar a un lado tus lealtades por un momento por la felicidad de Anne?

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo?

—Sigue enfadada conmigo. Además, ¿cómo va a confesar algo así a su hermano? Sabe que desapruebo a Poyning. Detesto a ese hombre, y estás perdiendo el tiempo intentando ayudarla. Jamás consentiré su unión.

—Su gracia, creo que si de verdad lo ama, nunca será feliz con nadie más. No puede dictar su vida. Al fin y al cabo, usted no le pidió permiso antes de elegir a lady Lydia.

—Pero ¿lo ama de verdad? —insistió él.

Ella se negó a responder.

—En cualquier caso, no necesito el permiso de nadie para elegir a mi esposa, mientras que Anne sí necesita mi consentimiento —dijo irritado.

Penélope reanudó la marcha. Era tan insoportablemente arrogante que esperaba que todo se ajustara a sus deseos. No le importaba la felicidad de su hermana. No era de extrañar que Anne se negara a hablar con él.

¿Qué se le puede decir a una mula terca?

El duque le agarró los hombros y la obligó a girarse.

—No te atrevas a alejarte cuando te estoy hablando —le espetó.

—No tengo nada que decirle —respondió con sequedad.

—¿Te gusta Poyning?

Penélope dejó de forcejear bajo su agarre. Un destello de culpa cruzó su rostro.

—Ah, así que tampoco te gusta. Recuerdo aquel día en el balcón; fingiste desmayarte para alejarte de él.

—Y...yo no tengo por qué querer a todos los que Anne ama.

—Así que sí lo ama —murmuró él.

Penélope alzó la vista, con el rostro descompuesto.

—Te engañé. No te sientas culpable. Eres una persona extraordinariamente leal.

La condujo detrás de un gran roble, lejos de miradas indiscretas. Continuó, hablando con urgencia.

—Necesito que confíes en mí. Poyning no es un buen hombre, Penélope, te lo aseguro. Estoy dispuesto a dejar que Anne se case con quien quiera… con cualquiera menos con él. Prométeme que me ayudarás.

—¿Qué hizo?

—No puedo decírtelo, pero juro por mi honor que no es de fiar. La arruinará.

—Necesito saber más.

—Jamás haría daño a mi hermana. No es su riqueza ni su posición lo que me preocupa. No puedo decir más.

Penélope oyó el dolor y la verdad en su voz.

Al final dijo:

—Me recuerda a una berenjena.

—¿Has dicho berenjena? —preguntó él tras un momento de desconcierto.

—Sí, las berenjenas son viscosas y engañosas.

—¿Engañosas?

—Por fuera parecen muy bonitas, como frutas deliciosas, dulces y crujientes. En realidad son verduras engañosas, fibrosas y babosas cuando se cocinan. No me gustan.

—Ah, ya veo. Lord Poyning es una berenjena —añadió pensativo —. Yo creo que es una patata.

—¿Patata?

—Sosa, insípida y sin sabor. Las patatas adquieren el gusto de cualquier salsa en la que se pongan. Sin sabor propio, sin carácter moral. Sin carácter alguno.

—A todo el mundo le gustan las patatas. ¿Cómo puede no gustarle? Eso es rarísimo.

—A todo el mundo le gusta Poyning.

—A mí no —replicó ella, y luego se mordió el labio—. Intentaré hablar con Anne esta noche.

—Gracias —dijo él en voz baja, apartándole un rizo rebelde detrás de la oreja. El mechón volvió a saltar y a rozarle la mejilla.

—Rebelde —sonrió, con el ánimo más ligero ahora que tenía una aliada.

—Su gracia —dijo ella, apartándose—. Debería reconciliarse con Anne.

—Los hermanos se pelean mucho y todo el tiempo. Tú deberías saberlo. Tienes cinco hermanas menores, al fin y al cabo. En unos días, todo estará perdonado y olvidado. No te preocupes; Anne siempre viene a mí cuando se le enfría la cabeza. Inevitablemente se da cuenta de que siempre tengo razón. Se disculpará.

—Creo que esta vez es diferente. Nunca la he visto tan furiosa —dijo ella, preocupada.

—Penélope —la interrumpió el duque—. Eres bonita.

Ella parpadeó ante el cambio brusco de tema.

—¿Bonita qué?

—Bonita, sin más. Atractiva, agradable a la vista.

Sus ojos se desviaron. ¿Qué le pasaba de pronto al duque?

—Gracias —dijo con cautela. Esperaba que viniera un insulto a continuación.

—¿Nos besamos otra vez?

—Su gracia, ¿ha perdido usted el juicio? —jadeó.

—Besar es como pedir perdón. Se vuelve más fácil después de la primera vez.

Ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de que se estaba burlando de ella. Le brillaban.

Frunció el ceño.

—Deberíamos volver al interior. Ya casi es hora del almuerzo y sus normas…

—Al diablo con las normas —dijo él con desgana, acercándose.

A ella se le abrieron los ojos y el corazón empezó a latirle a toda velocidad.

—Tengo hambre. Se me cayó el bizcocho de frutas, mi favorito. Era el último trozo, y el cocinero no hará otro hasta dentro de varias semanas. Ahora toca bizcocho de fresa, y no me gusta. Me estoy muriendo de hambre como los pilluelos de Gin Lane. Debería irme…

Colocó la yema de un dedo sobre la boca de ella para detener su verborrea, le levantó el rostro y la miró a los ojos.

—Madame te ha enseñado bien. Puedes ocultar tus expresiones, pero tus ojos son transparentes. Tus ojos te delatan, Penélope. Siempre.

Ella bajó las pestañas.

—Estás nerviosa —dijo él, pensativo.

—¿Está coqueteando conmigo? —preguntó por fin.

—¿Y si lo estoy haciendo?

—Entonces desista en este mismo instante. Me he sentido atormentada por la culpa.

—¿Culpa?

—Sí, porque… ¡porque Lady Lydia! ¿Cómo pudo besarme cuando… aunque fuera de mala manera, fue un beso y… y algo más, y ahora está aquí coqueteando conmigo otra vez?

Sus ojos se volvieron fríos.

—No necesitas sentirte culpable. Si alguien debería hacerlo, ese soy yo. —Añadió de repente—. Creo que esa es tu doncella cruzando el césped.

—Pero...

—Ve —dijo, levantando la mano y llamando la atención de Mary.

—Pero...

—Creí que tenías hambre. ¿No podías esperar a tu comida?

—Pero...

—Su gracia —dijo Mary, acercándose a ellos.

El duque dejó de fruncir el ceño.

—Ah, Mary, ¿cómo te sientes ahora?

—Su tónico funcionó de maravilla, su gracia —respondió Mary, sonrojándose de placer.

—Bien. Avísame si lo necesitas otra vez —dijo él.

Mary asintió con entusiasmo.

Él le sonrió y luego se alejó a grandes zancadas hacia la Mansión Blackthorne sin mirar atrás.

—Mary, ¿desde cuándo eres tan amiga del duque? —preguntó Penélope confundida.

—Señorita Pea, llegará tarde a su comida. Dese prisa. La condesa viuda preguntaba por usted.

—¡Mary!

—Se lo digo, señorita Pea. No es ningún secreto. El otro día, la doncella de arriba, Rose, estaba indispuesta y me pidieron que limpiara las habitaciones del duque. El ama de llaves se disculpó muchísimo, pero como Rose es amiga mía, no me importó ocupar su lugar...

—¡Mary, ve al grano!

—Entró buscando algo. Yo estaba un poco asustada, pero enseguida me tranquilizó. Es realmente muy amable. Hablamos largo rato y estaba muy preocupado por mi cabeza y...

—¿De qué hablaron? —interrumpió Penelope.

—Oh, de muchas cosas. De Finnshire, de sus hermanas, de Periwinkle, del cerdo.

—¿P...preguntó por mí? —preguntó ella, fingiendo despreocupación.

—Oh, sí. Preguntó si usted tenía la costumbre de lanzar cosas a la gente. Le conté aquella vez que usted lanzó...

—¿Qué más? —la cortó con prisa.

—Dijo que debería haber sido pelirroja. "Tiene un temperamento horrible", dijo, y yo estuve de acuerdo. Pero le dije que solo dura unos momentos y luego usted es feliz como una abeja.

—¿Y?

—Luego quiso saber del chivo. Qué come Lady Bathsheba y si deberíamos encontrarle un Lord Bathsheba. Hablamos del olor a pulimento. Le dije que hay dos clases de personas en este mundo: las que no soportan el olor a pulimento y las que sí. A la mayoría le gusta, pero él dijo que le daba igual. Nunca había conocido a nadie a quien le diera igual el olor a pulimento, y yo…

Penélope dejó de escucharla, se apoyó en el pilar de la entrada de la Mansión Blackthorne y se masajeó la sien. Insultarla un momento y coquetear al siguiente, hacerse amigo de su doncella, querer besos juguetones… Antes siempre se habían abrazado después de discutir, en un arrebato de pasión cuando ambos habían perdido la cabeza.

Ahora, su comportamiento era distinto: más ligero, más suave, lleno de risas burlonas, como si fuera su amante y no el de otra persona.

Cerró los ojos con fuerza y se golpeó las sienes con los nudillos. El duque y su extraño modo de ser le estaban provocando un dolor de cabeza espantoso.

Más tarde, esa misma tarde, cuando Penélope entró en su habitación, encontró un enorme pastel de frutas tibio, recién salido del horno, en medio de su cama.

Tomó una porción y susurró:

—Al diablo con las reglas y las cinturas delgadas.

Y dio un mordisco enorme.

***

—¿Pastel de frutas? —ofreció Penélope.

Anne negó con la cabeza, con una sonrisa tirante.

Penélope fingió no notar las oleadas de hostilidad que emanaban de Anne. Se sentó alegremente en la cama e intentó tirar del edredón para destaparla.

—Tienes que salir de debajo del edredón. Debes estar asándote.

—Hace un frío de pleno invierno.

—Annie, Annie, Annie, deja de ser terca. ¿*Quieres* que te vacíe esta jarra helada de agua sobre la cabeza? Admítelo. En un momento estarás fresca. Este día cálido te está derritiendo hasta convertirte en un charco gruñón...

La jarra se inclinó y una gota cayó, salpicando la cama.

Anne chilló y saltó de la cama.

—¡No, Penny, por favor! Nunca te lo perdonaré.

—Entonces siéntate y habla conmigo —amenazó Penélope, agitando la jarra y salpicando un poco más de agua.

Anne miró el barreño de agua sobre el tocador.

Penélope, adivinando sus intenciones, le bloqueó el paso.

Anne resopló.

—Está bien, hablaré contigo. Lo prometo.

Penélope sonrió, triunfante.

—Ahora, ¿por qué estás enfadada?

—Oí a mi hermano.

—No le diste oportunidad de hablar.

—Te insultó y no aprueba a Lord Poyning.

—¿Has pensado en preguntarle por qué no lo aprueba?

—Nunca me lo dirá. Cree que tengo diez años en lugar de veinte. "Quiero proteger a mi pequeña Annie del mundo grande y malo" —se burló.

—Lo heriste, Anne.

Una lágrima le recorrió la mejilla.

—Lo sé —susurró.

—Está terriblemente infeliz. Por favor, habla con él. Puede tener una buena razón para no querer a Lord Poyning. Creo que la tiene. Escúchalo.

Se secó las lágrimas con brusquedad; sus ojos brillaban de rabia.

—¿Así que ahora estás de su lado? Se supone que eres mi amiga, no la suya. ¿Te has enamorado de él? Lo sé. He visto cómo lo miras. Es evidente para todo el mundo.

Pero va a casarse con Lydia. La helada Lady Lydia, a quien detesto. ¿Pensó en mis sentimientos antes de proponerle matrimonio? Tendré que vivir bajo el mismo techo y ver su cara taimada todos los días. Si él puede casarse con esa mujer avinagrada, ¿por qué yo no puedo casarme con alguien a quien amo?

—Anne...

—No, Penélope. No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir. Simplemente estás celosa porque yo tengo una oportunidad de casarme con Lord Poyning mientras tú...

Penélope apartó la mirada, con el rostro desencajado.

Anne captó la expresión herida de ella y su enojo se desinfló de inmediato.

—Penny, fui cruel —dijo Anne con voz pequeña—. Lo siento. Estoy tan enfadada que yo… ¡Oh! Estoy tan confundida que no sé qué hacer. Perdóname por decir que estás enamorada de Charles. Te prometo que nadie más lo sabe. No debería haber dicho eso ni que estabas celosa. Sé que no eres rencorosa.

Penélope asintió, pero sus ojos se quedaron fijos, sin ver, en los antiguos árboles que se mecían fuera de la ventana.

Las dos se sentaron en un silencio incómodo, cada una esperando que la otra dijera algo.

Por fin, Penélope se levantó y se volvió para irse.

—¿Penny? —llamó Anne, lastimera.

Penélope la ignoró. Enderezó la espalda, parpadeó para ahuyentar las lágrimas no derramadas y salió de la habitación.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—Lady Bathsheba, tengo noticias —anunció Penélope.

La cabra olisqueó la hierba y, eligiendo un bocado especialmente jugoso, lo mordisqueó con delicadeza.

—He recibido una propuesta.

Lady Bathsheba escupió la hierba y aguzó las orejas.

—Oíste bien. Lord Worsted me pidió matrimonio. Me pidió que me casara con él.

Lady Bathsheba miró a Penélope con asombro. La hierba quedó olvidada.

—Así fue como ocurrió —dijo, dejándose caer en el césped junto a la cabra—. Anoche el duque dio una cena. Y antes de que preguntes, no, esa gruñona de Lady Lydia no asistió. Pero Lord Worsted sí estaba entre los invitados. Casi fue el día más feliz de mi vida. Es un lord con ingresos razonables y es sumamente amable.

Lady Bathsheba pareció asentir.

—Me arrinconó en el balcón con un hot toddy en la mano. El toddy es esencial, como verás enseguida. Me halagó el vestido y luego se lanzó a una propuesta conmovedora. Todo fue tan repentino que no supe qué decir. Me preguntaba si debía aceptar, ya que Lord Rivers ha dejado de visitarme y, siendo sincera, no veo otra perspectiva.

Lord Worsted se mostró efusivo y elegante en su discurso hasta que se quitó las gafas doradas para limpiarlas. Verás, se habían empañado por el vapor del hot toddy. Entonces se disculpó profusamente por la joven a la que creía haberle propuesto matrimonio, pues, a través de unas gafas empañadas y en un balcón oscuro, pensó que era la señorita Dorrit. Yo, por desgracia, no soy la señorita Dorrit.

Lady Bathsheba se puso de pie, se dio la vuelta y, agitando la cola blanca, se marchó con disgusto.

Penélope suspiró.

—En fin, pensé que debías saberlo —murmuró a nadie en particular.

—¿Hablando sola? —preguntó la condesa viuda al acercarse.

—No, a Lady Bathsheba. Me abandonó hace un momento —respondió Penelope, levantándose de un salto.

—No deberías sentarte en el césped, querida. Tus faldas se mancharán.

—Perdón —murmuró Penélope, sacudiéndose las faldas.

La condesa viuda pasó una mano por el brazo de Penelope y echó a andar.

—¿Te has peleado con Anne y te niegas a hablarle?

—Sí, yo… eh…

—Estupendo. Esa muchacha debe aprender que no puede salirse siempre con la suya. Has cambiado, Penélope, y para bien. No solo tu aspecto; algo dentro de ti ha cambiado. Hace un mes habrías corrido a apaciguar a Anne. Ahora estás llena de valentía y luchas por el respeto.

—Bueno…

—Que venga ella a ti. La he malcriado en exceso.

—El duque cree que él es el motivo de que esté tan malcriada.

—Entonces coincido plenamente con él. Es totalmente culpa suya —dijo con toda comodidad.

Rodearon un rosal y se sentaron en los escalones de la fuente.

—Penélope, no quiero que le hables a Anne hasta que ella se acerque por sí misma, pero...

—¿Pero? —la apremió Penélope.

—La conozco. Está en uno de sus estados de ánimo y temo que pueda hacer alguna tontería. Vigílala, ¿quieres? Asistirán juntas a todos los eventos sociales, y difícilmente podrá desairarte en público.

Penélope palmeó la mano de la condesa viuda.

—La vigilaré. Lo prometo.

La condesa viuda se puso de pie.

—Ya que estás, haz algo también con Lady Lydia. No soporto a esa mujer.

Penélope jadeó.

—Mi hijo es un idiota, y tú eres buena ideando planes, o eso he oído. Sácala de su vida —dijo la condesa viuda, haciéndole un gesto a Penélope para que se levantara y caminara con ella.

Emprendieron el paseo de regreso a la casa y, comprensiblemente, Penélope se dio de bruces con tres arbustos espinosos por el camino.

***

—Madre, ¿la señorita Fairweather me hablará esta noche en el baile de Kitty May? —preguntó Anne. Sus dedos se aferraron al asiento del carruaje cuando las ruedas cayeron en un bache.

—Está sentada justo a tu lado. ¿Por qué no se lo preguntas tú misma? —refunfuñó el duque.

Anne lo ignoró y siguió mirando a su madre con aire interrogante.

La condesa viuda suspiró.

—Señorita Fairweather, ¿hablará con Anne durante el baile?

—Por favor, pida a Lady Anne que levante el lado derecho de su trasero. Está sentada sobre mi chal —dijo Penélope, ignorando la pregunta.

—Anne, ¿puedes devolverle el chal a la señorita Fairweather? —pidió la condesa viuda, cerrando los ojos y masajeándose la sien.

—Por favor, agradezca a Lady Anne… —empezó Penélope a decir cuando el duque golpeó el asiento del carruaje, cortándola en seco.

—Basta. Estoy a punto de perder la paciencia y advertirles que, si ustedes dos no empiezan a comportarse como damas, este carruaje regresará a Blackthorne. Sean civilizadas o no asistirán a reuniones sociales en el futuro.

—Nos comportaremos —dijo Anne con rapidez.

Penélope ignoró al duque, ocupada en alisar su chal.

—¿Penélope? —advirtió el duque.

Penélope tragó saliva. Era ese tono… el tono aristocrático que usaba en ocasiones especiales, el tipo de tono que hacía que todos a su alrededor se inclinaran y se deshicieran en reverencias. Nadie osaba ignorarlo.

Respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Su gracia, estoy siendo civilizada. Todavía no he procedido a tirarle del cabello a Lady Anne —dijo, con una voz empalagosa.

Anne y la condesa viuda ahogaron un jadeo.

El duque sostuvo la mirada de Penélope, y ella se concentró valientemente en una diminuta peca sobre su ceja derecha.

Sus ojos se suavizaron y una pizca de sonrisa cruzó su rostro.

Los ojos de Penélope se abrieron de par en par.

Por fin, él se aclaró la garganta y habló con un tono más razonable.

—Sugiero que se mantengan alejadas esta noche. Nada de conversaciones, y si las sorprendo, señorita Fairweather...

La mirada de Penélope vaciló. Esta vez, su voz profunda y ronca no había sido una amenaza. Al contrario, estaba cargada de una promesa perversa que le descendió hasta el vientre, haciéndola estremecerse.

El estómago aún le revoloteaba cuando entró en el baile de Kitty May, que ya estaba en pleno apogeo.

Todo relucía y brillaba, e incluso la anfitriona resplandecía más que la luna. Kitty llevaba un vestido multicolor lleno de pedrería, bordado con gemas semipreciosas que lastimaban la vista. Penélope entrecerró los ojos ante los colores estridentes, con la boca torcida por la diversión. Por costumbre se volvió hacia Anne para reírse del atuendo, pero Anne ya se estaba alejando de ella.

Anne le lanzó a Penélope una mirada desolada antes de desaparecer entre la multitud.

Una oleada de soledad la inundó. Siempre había tenido a Anne a su lado en cada reunión social. A decir verdad, la había perdonado. Quería hablar con ella, pero no sabía cómo ni qué decir.

Se reconoció a sí misma que estaba avergonzada. Avergonzada de que Anne hubiera adivinado lo que sentía por el duque. No quería enfrentarse a la lástima en los ojos de Anne. El duque era un hombre comprometido y muy por encima de su posición. No era ninguna tonta y era plenamente consciente de lo desesperado de la situación.

La viuda se apartó para saludar a un conocido, y Penélope quedó sola entre cientos de personas, con el corazón pesado.

—Deberías hablar con ella —dijo el duque.

—Creí que no quería que habláramos —respondió Penélope, sorprendida de que él siguiera a su lado.

—No hablaba en serio. Quiero que mi hermana sea amiga de mi… —se interrumpió y luego continuó—. Quiero que Anne sea amiga tuya.

—¿Qué iba a decir? ¿Mi qué? —se le escapó antes de poder detenerse.

—Amiga. Somos amigos, ¿no, Penélope?

—No me trata como a una amiga.

—Mmm, supongo que tampoco te trato como a una hermana. Insinúas los besos. Bien, tendrás que soportarlo. A pesar de tu absoluta falta de habilidad, sigo sintiéndome tentado. ¿Qué te parece si somos amigos que se besan?

Ella abrió el abanico de golpe y se ocultó el rostro.

—No, creo que no. Preferiría que fuéramos conocidos. Veo a lady Lydia al otro lado del salón. Está junto a Anne, con un hermoso vestido rojo.

—¿De verdad quieres que mantenga distancia contigo? —preguntó él.

—¿No quiere bailar con su prometida?

—No, no quiero bailar con Lydia. Preferiría bailar contigo.

—No lo entiendo. ¿Se está burlando de mí o…? Oh, no importa. No responda. Voy a hablar con Anne y, antes de que suponga que estoy huyendo, déjeme aclarar que no lo hago. No esta vez. Simplemente me preocupa mi reputación.

—Tu reputación está a salvo conmigo.

—Discrepo, su gracia —replicó Penélope con aspereza, alejándose.

***

Penélope luchó entre la multitud, asomándose por encima de cabezas y hombros, intentando encontrar a Anne.

Pronto quedó atrapada entre dos cuerpos grandes y su nariz se aplastó contra un generoso busto. Respirar se volvió difícil y sus pensamientos derivaron de forma natural hacia lo macabro. Mucha gente moría últimamente, reflexionó mientras intentaba zafarse, y los médicos decían que era el agua la culpable.

Pero los pobres solo bebían ginebra y cerveza, y parecían morir más rápido que nadie.

El busto se movió y ella emergió al otro lado, resoplando. Quizá la manteca hacía vivir más tiempo. Los médicos lo tenían todo mal. Eran el azúcar y la grasa derretida lo que permitía a los ricos vivir más. No era de extrañar que tantos aristócratas fueran carnosos. Sus pensamientos se vieron confirmados al ver a un conde enorme siendo transportado por el salón sobre una plataforma chapada en oro. Se veía viejo. Añadió la pereza a la lista de cosas necesarias para la longevidad.

Suspiró al llegar a un espacio despejado y por fin vio a Anne desaparecer hacia el balcón.

Por desgracia, el balcón estaba en el extremo opuesto del salón. También vio a lady Lydia, radiante en seda carmesí, dirigiéndose al tocador. Se le hundieron los hombros. ¿Por qué, se lamentó en silencio, seguía ocurriéndole este tipo de cosas?

Sin otra salida, enderezó los hombros y se lanzó de nuevo a la arena letal.

Abriéndose paso a empujones entre la multitud, eligió otro tema para cavilar. Esta vez, aún más macabro: lady Lydia. El duque era un ganso por querer casarse con alguien como ella.

Lady Lydia sin duda le arrancaría la carne al duque y, una vez ingerida, pasaría a roerle los huesos. El pobre hombre tendría una vida corta. Tal vez lady Lydia era como una tigresa; no, una tigresa era una criatura magnífica.

Lady Lydia era un topo.

Parecía calmada, hermosa y refinada durante el día, y por la noche se transformaba en un topo, escarbando la tierra en túneles subterráneos. Se alimentaba de chismes. Sus oídos se pegaban bajo las tablas del suelo de diversos hogares. Bebía las esperanzas de las debutantes y mordisqueaba los corazones de condes y vizcondes, pero su plato principal sería el duque y, de postre, se daría un festín con Penélope.

Un poco avergonzada de su imaginación cruel, Penélope se sonrojó y empujó la puerta del balcón.

La ráfaga de aire nocturno le enfrió las mejillas encendidas.

Vio a Anne de inmediato. Estaba apoyada en la barandilla mientras un hombre le hablaba en tonos bajos y urgentes. Penélope se acercó a la pareja, procurando que sus pasos no hicieran ruido. Anne la vio antes de que pudiera escuchar a escondidas.

Ambos se separaron de golpe y la lámpara iluminó el rostro del hombre. Era lord Poyning.

—Señorita Fairweather —dijo lord Poyning, sin parecer lo más mínimo alterado.

Anne era ingenua. Se sonrojó.

—Lord Poyning, es una noche encantadora —dijo Penélope, examinando los dos rostros ante ella.

—Más encantadora gracias a su presencia —respondió él con prontitud.

Penélope notó que el cumplido no le salía del corazón. Vio una rosa blanca que Anne intentaba ocultar entre las faldas. Parecía que la favorita de lord Poyning esa noche era Anne. Le pidió disculpas en silencio a su amiga por interrumpir su momento romántico, aunque sabía que tendría que interrumpirlo aún más.

—Quería hablar con Anne a solas, lord Poyning.

—Creí que estaba enfadada con ella —dijo lord Poyning con picardía.

Penelope frunció el ceño. Anne se lo había confiado. ¿Cuándo se habían vuelto tan cercanos?, se preguntó.

Un atisbo de irritación cruzó el rostro de Anne.

—Lord Poyning, tengo sed.

Su tono tomó a Lord Poyning por sorpresa, pero captó la indirecta y se marchó a buscarle algo de beber.

Tras su partida, un silencio incómodo cayó sobre el balcón.

—Poyning es un nombre un poco raro. ¿De verdad quieres ser Lady Poyning? —dijo Penélope, intentando romper la tensión.

—Suena un poco a molesto—respondió Anne, torciendo los labios.

—¿Es molesto?

—Creí que no me estabas hablando —dijo Anne, ignorando la pregunta.

Se volvió hacia Penélope y la encontró arrodillada en el suelo, con las manos juntas en gesto suplicante.

—Perdóname —proclamó Penélope con dramatismo.

—Penny, no puedes hacer eso aquí… no en el baile de Kitty May. Alguien te va a ver. Levántate.

—No hasta que prometaa perdonar y olvidar.

—Soy yo quien debería disculparse. Penny, por favor, compórtate, eeek, ¡suéltame el pie!

—Te disculpaste muchas veces y tardé demasiado en perdonarte. No, eso no está bien. Lo perdoné ese mismo día, pero me sentí humillada de que pensaras que yo… quiero decir, tu hermano.

—Lo entiendo. Me lo imaginé, pero me dolió que no confiaras en mí. No tienes fe en mi carácter ni en nuestra amistad. No pienso menos de ti solo porque estés enamorada de él. Sin embargo, no sé cómo pudiste enamorarte de mi aburrido y arrogante… ¡bah! Da igual. Si no quieres hablar de eso, no hablaremos. Ahora, por el amor de todo lo sagrado, levántate. Veo que viene alguien.

Penélope soltó el pie de Anne, se puso de pie y se sacudió el polvo de las faldas.

—Penny, ¿cómo pudiste comportarte como una idiota total? —rio Anne.

—No tengo orgullo cuando se trata de recuperar a la gente que amo.

Anne sonrió.

—Yo también te amo, Penny.

—Entonces cuéntame todo sobre Lord Poyning y tu pequeño romance.

—Quieres más a mi hermano que a mí —y fue la única respuesta que Anne estuvo dispuesta a dar sobre el tema.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—El baronet de Hampshire ha decidido casarse con la lechera —anunció Anne, repasando el último periódico.

—¿Cómo lo sabes? No menciona el nombre —preguntó la condesa viuda.

—¿Quién más tiene dieciséis perros de Terranova, tres gatos persas y treinta y seis caballos? —resopló Anne.

—¿Estás segura de que el baronet tiene tantos animales?

—¿Cuándo me he equivocado? Mis fuentes son excelentes —replicó Anne.

—Tu fuente es Becky, tu doncella —dijo la condesa viuda con tono neutro.

—Esta vez no lo es —dijo Anne, triunfante.

Penélope dejó de admirar la atractiva cabeza del duque y se giró para observar a Anne, que sonaba un poco demasiado animada para esa hora de la mañana. Dijo pensativa:

—Anne, pásame la mantequilla y la mermelada. Y la tetera, por favor. Ah, y la sal, la pimienta y las tostadas también.

No había duda: algo iba mal; de lo contrario, sus exigencias desmedidas habrían irritado a Anne. Al fin y al cabo, la tetera estaba al lado de Penélope y Anne tuvo que levantarse de su silla y rodear la mesa para servirle una taza.

—¿Cómo va tu rodilla, Perkins? —preguntó Penélope distraídamente. Tenía los ojos fijos en el rostro enrojecido de Anne.

—La rodilla hoy está bien, señorita. Gracias por el ungüento —murmuró Perkins, mirando a los invitados. Madame y Kitty May se habían unido a ellos para un desayuno tardío. Después irían de compras con la condesa viuda.

—¿Y tu esposa, cómo está? —continuó Penélope, sin darse cuenta de que Anne y la condesa viuda le lanzaban miradas de advertencia.

—Viva —dijo Perkins, retrocediendo.

—Oh, dile a Lilly, abajo, que suba a verme. Tengo una solución maravillosa para sus problemas con su suegra.

Perkins empezó a sudar. El vaso que sostenía le tembló en la mano.

—Penélope —susurró Anne con fuerza.

—¿Lilly es…? —preguntó Kitty May.

—La freg... —empezó a decir Penélope cuando la condesa viuda la interrumpió y se lanzó a una animada conversación sobre las estatuas adquiridas recientemente por el Museo Británico.

Madame susurró al oído de Penélope:

—Me alegra ver que no te he cambiado del todo. Pero, querida, no se reconoce la presencia de los sirvientes, sobre todo cuando hay invitados.

—Lo olvidé —exclamó Penélope, y sus ojos saltaron ansiosos hacia el duque. Él le sonreía. Confundida, pinchó un huevo pasado por agua. ¿No estaba enfadado por su fallo de etiqueta?

Kitty May se volvió hacia Anne.

—¿Les gustaría venir con nosotras? Vamos a Bond Street. Ha abierto una tienda nueva, de estilo parisino. Tienen cintas adorables.

Para Kitty May, todo era adorable.

—Me duele un poco la cabeza —rehusó Anne.

¿Desde cuándo el zorro se había convertido en un cordero dócil?, se preguntó Penélope, observando a Anne con creciente sospecha. Nunca antes había rechazado cintas adorables y tiendas. Quizá sí le dolía la cabeza.

Tras examinarla un momento, se alarmó. La chica estaba demasiado sonrosada y brillante para tener dolor de cabeza. ¿Qué estaba tramando?

—¿Quieres que llame al doctor Johnson? —preguntó el duque, con preocupación evidente en la voz.

Penélope puso los ojos en blanco. A veces el duque era realmente torpe frente a las artimañas de Anne.

—No hace falta. Un poco de descanso me ayudará a sentirme mejor —dijo Anne, llevándose la mano a la frente de manera dramática—. La temporada social ha sido demasiado turbulenta para mis delicados nervios.

Anne estaba exagerando, observó Penélope, y aun así nadie se daba cuenta.

—Voy a llamar al médico —dijo el duque, levantándose y dejando el desayuno a medias.

—Como desees —dijo Anne débilmente.

Los ojos de Penélope chispearon de furia. El duque trabajaba duro todo el día. ¿Cómo se atrevía Anne a obligarlo a levantarse de la mesa sin terminar de comer?

Al mediodía, la condesa viuda partió con Kitty May, y Madame excusó a Penélope del resto de las lecciones.

—Anne —dijo Penélope, entrando a zancadas en el dormitorio.

La sorprendió metiendo algo debajo de la cama, y sus ojos se entrecerraron con sospecha. El cabello de Anne se había escapado de las horquillas, tenía el rostro enrojecido y una expresión culpable.

Pero lo que le llamó la atención fue la suciedad en el bajo de la enagua. A Anne le disgustaba la suciedad tanto como aborrecía a los conejos. De niña, en una feria, uno la mordió; un conejo, no la suciedad.

Penélope se puso las manos en la cintura.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cómo te atreves a mentirle al duque y preocuparlo así?

Anne miró a Penélope con docilidad.

—¿Eh?

—Tu falda está sucia.

—Estaba limpiando.

—Y yo soy una tetera —replicó Penélope.

—Si insistes —dijo Anne, encogiéndose de hombros.

—¡Annie! Suéltalo ya.

—No es nada, de verdad.

—No te creo. Sé que temes que mis lealtades estén con tu hermano, pero te equivocas. Me estás reprochando mis sentimientos.

—Si él te preguntara, ¿no se lo dirías?

—D...dependería —admitió Penélope con sinceridad.

—Entonces no puedo decírtelo.

—¿Y si prometo no decírselo?

—Te hará decirlo. No sabes ocultar lo que sientes. Lo adivinará —dijo Anne, cruzándose de brazos.

—¿Estás haciendo algo terrible? —preguntó Penélope con vocecita.

—No, es maravilloso —dijo Anne feliz.

Ahora Penélope estaba realmente alarmada.

—¿Por favor? ¿Una pista diminuta? ¿Una pista del tamaño de una hormiga?

—No.

—¿Una pista del tamaño de esa mancha en tu frente?

—Se supone que no debes mencionar eso.

—Está bien, no te preguntaré, pero miraré —dijo Penélope, lanzándose al suelo y metiendo la cabeza bajo la cama.

Anne agarró el cuello de Penélope y la tiró hacia atrás. Forcejearon en el suelo hasta que Penélope se rindió y se hizo la muerta.

Tenía una buena idea de lo que Anne estaba tramando. Si estaba en lo cierto, se armaría una, con el duque al frente de un ejército demoníaco.

Penélope fingió no haber visto nada, insistió un poco más con Anne y luego declaró una tregua.

Por el momento, dejaría a Anne en paz, adormeciéndola con una falsa sensación de seguridad mientras la vigilaba al mismo tiempo.

***

Penélope necesitaba un lugar tranquilo para pensar. Después de eso, tendría que pegarse a Anne el resto del día y posiblemente toda la noche.

Decidió ir a la biblioteca y encontró al duque sentado junto a la ventana, en una silla tapizada de brocado verde y dorado. Tenía la vista fija en un voluminoso tomo, y la luz que entraba en la estancia iluminaba su exquisito perfil.

Lo observó en silencio, con la mirada detenida en su oreja y en la piel desnuda sobre el cuello de la camisa. Él sintió su mirada y alzó la vista.

—Lo siento, no pretendía molestarlo —dijo Penélope, retrocediendo.

—Es discutible si me has molestado o no.

Penélope frunció el ceño. No estaba de humor para descifrar las observaciones crípticas del duque.

El duque cerró el libro y lo dejó a un lado.

—Ahora que estás aquí, me gustaría hacerte una pregunta.

Penélope asintió para que continuara.

—¿Qué está tramando mi endemoniada hermana?

A Penélope se le abrió la boca. Debería haber sabido que nada escapaba a su atención.

—No estoy segura —respondió.

—Pero tienes una idea —dijo con astucia.

—Sí.

—Entonces compártela conmigo.

—No.

—¡Penélope!

—Sus amenazas no funcionan conmigo, su gracia.

—Eso ya lo he notado —dijo, y se puso de pie.

Penélope dio unos pasos atrás.

—No soy tan aterrador —dijo, frunciendo el ceño al ver sus pies. Empezó a caminar hacia ella.

Ella retrocedió a toda prisa.

—No he dicho que lo sea.

—Entonces ¿por qué te estás moviendo… oh! —dijo, con una sonrisa perversa encendiéndole los ojos.

—¿Oh, qué? —preguntó Penélope, preocupada.

—Nada.

—¿Nunca puede explicarse? —exigió.

—Debes ser lo bastante perspicaz para leer entre líneas, querida.

Irritada, Penélope sacó la lengua y le hizo una mueca burlona.

Él acortó la distancia entre ambos de una zancada y bajó la cabeza con rapidez para atrapar la punta de su lengua con los labios. Chupó una sola vez y luego se apartó, con los ojos evaluando su reacción.

Ella tenía la mirada vidriosa y tardó un momento en conseguir volver a meter la lengua en la boca.

Satisfecho, regresó a su asiento y tomó el libro.

—Infórmame en cuanto estés segura.

—¿Eh?

—Sobre Annie.

—Sí, sí, yo… —Penélope no se molestó en terminar la frase. El duque ya estaba absorto en el libro e ignoraba su presencia.

Maldito, exasperante, dolorosamente guapo hombre, gimió Penélope en total desesperación. ¿Por qué hacía esas cosas tan desconcertantes?

***

Anne se había comportado como un ángel durante todo el día. La condesa viuda dijo que la última vez que Anne había sido tan buena fue el día que se cayó de un caballo y quedó inconsciente.

La excitación febril, la falta de apetito, la mirada soñadora y una Anne silenciosa solo podían significar una cosa.

Anne estaba planeando fugarse con Lord Poyning.

Y Penélope tendría que hacer algo al respecto, ya que nadie más sabía del baúl de viaje rebosante, aplastado debajo de la cama con dosel de Anne.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Penélope apretó los ojos con fuerza y encogió los hombros. Luego dio un par de saltos por su dormitorio. No sirvió de nada. Seguía sintiéndose como una cuerda de violín demasiado tensada.

El hecho de que Anne pudiera estar planeando fugarse la había inquietado todo el día y seguía inquietándola ahora, a medianoche.

Su mente zumbaba con mil pensamientos fugaces que mantenían el sueño a raya. Ojalá tuviera un consejero, alguien que pudiera apoyarla y compartir parte de la carga, alguien que aliviara el pesado peso de sus hombros pequeños y esbeltos.

Sus ojos se posaron en Lady Bathsheba, que estaba estirada sobre la cama y la miraba con pereza a través de un solo ojo entreabierto.

El rostro de Penélope se iluminó. ¿Cómo había podido olvidar a su adorada compañera? Comenzó a desahogarse con entusiasmo:

—Lady Bathsheba, hemos crecido, ¿verdad? Allá en Finnshire, lo único de lo que teníamos que preocuparnos era de que la espantosa nariz ganchuda de Gertrude asomara por la esquina. Ahora tenemos tantos problemas.

La temporada está llegando a su fin y yo sigo soltera, sin perspectivas. Me he enamorado del inalcanzable duque, que ya no cree que yo sea una ramera, pero sigue considerándome una imbécil. Anne puede estar planeando huir con Lord Poyning, y yo soy la única que lo sabe.

Se detuvo para escrutar la expresión de la cabra y luego continuó:

—Sé lo que estás pensando. ¿Por qué no se lo cuento al duque o a la condesa viuda? Pues no puedo, al menos no hasta estar segura. Preocuparía a la condesa viuda. El duque ya piensa que estoy un poco loca, y si resulta que me equivoco, entonces se convencerá de que además soy una idiota. No puedo permitir que el hombre al que amo piense que soy una idiota, ¿verdad, Lady Bathsheba? Mañana también pasaré el día espiando a Anne. Tendrá que cartearse con

Lord Poyning para planear la fuga. Robaré esa correspondencia y se la llevaré al duque. ¿No soy lista?

Lady Bathsheba resopló.

—¿No crees que vaya a funcionar? Confía en mí, funcionará. Tiene que funcionar. La única manera de que no funcione es que Anne ya se haya carteado con Lord Poyning y planee huir esta misma noche.

Lady Bathsheba asintió con aprobación.

Penélope se sentó en el borde de la cama, golpeando el suelo con el pie, nerviosa.

—¿No querrás decir… que se va a fugar esta noche? ¿Puede hacer algo así? ¡Pero eso no es justo! No estoy preparada. No, no puede fugarse esta noche. No puede. Pero si lo hace, entonces…

Penélope dio un salto y volvió a pasearse de un lado a otro. Las campanas de la iglesia sonaron doce veces, estridentes en el silencio de la noche, y el sonido se coló por las ventanas abiertas.

—He sido una tonta, Lady Bathsheba. Pensé que tenía unos días para planearlo, pero ¿y si no los tengo? ¿Y si es esta noche?

Lady Bathsheba masticó un trozo de lana.

Penélope sopló con preocupación un rizo rebelde que no dejaba de hacerle cosquillas en la nariz.

—Todo el mundo está dormido; por lo tanto, debo mantenerme despierta y vigilar. Con suerte, Anne se quedará quieta y podré contárselo todo al duque por la mañana. No puedo guardar este secreto por más tiempo. No seré egoísta. Si cree que soy una tonta por imaginar algo así, que así sea. Quiero demasiado a Anne como para correr este riesgo.

Fue a sentarse en la silla, tomó un libro y se quedó mirando las palabras con los ojos anegados de lágrimas.

Desde la ventana podía ver el sendero detrás de la mansión y oír movimiento en el pasillo. Sabría cuándo se abriera la puerta de Anne porque emitía un sonido inquietante al balancearse sobre las bisagras. No había forma de confundirlo.

Satisfecha con su plan, pasó la página.

El fuego se había apagado; la vela estaba casi consumida. Ahora reinaba un silencio absoluto, y ni siquiera los insectos rompían la

monotonía.

Un momento después bostezó y frunció el ceño. ¿Y si se quedaba dormida? Miró a Lady Bathsheba, profundamente dormida sobre una bola de lana verde, y sonrió cuando se le ocurrió una idea.

Se levantó de un salto, sacó una bolsa de labores del armario y volvió a acomodarse en la silla junto a la ventana.

Rebuscando entre la lana, encontró lo que buscaba: hilo azul medianoche. Serviría.

Avanzó de puntillas por el pasillo y se acercó a la pared justo enfrente de la puerta de su habitación.

—Lo siento —susurró a un enorme busto de uno de los antepasados del duque antes de atarle la lana al cuello y apretarla como un lazo.

Desenrolló el resto del hilo y regresó a su habitación. Tensó la hebra y ató el otro extremo a su muñeca. La trampa estaba tendida, y Penélope se quedó dormitando en la cama, esperando a que el cebo hiciera efecto.

Una hora después, el cebo mordió. La lana tiró de su brazo y ella se incorporó de golpe, con la mirada vidriosa. Le llevó un instante ordenar las ideas. «Anne», susurró su cerebro pastoso.

No lo era. Era Lady Bathsheba, despertándose para una aventura nocturna. Penélope reajustó la lana y volvió a dormirse.

Tras cabecear un rato, sintió otro tirón en el brazo y, esta vez, el cebo sí había mordido de verdad. Parpadeando para espantar el sueño, se liberó con cuidado las piernas de debajo de la cabra que roncaba y se puso de pie.

La vela se había apagado, así que, tanteando en la oscuridad y chocando con distintos objetos, llegó hasta la puerta y la abrió.

El farol de aceite del pasillo iluminó las faldas de Anne, que desaparecían corredor abajo.

Los ojos de Penelope se abrieron de par en par, horrorizados. En un instante, salió corriendo tras Anne, susurrándole reprimendas.

Anne le lanzó una mirada de disculpa justo antes de arrancar la puerta principal y desaparecer en la oscuridad.

Penélope la persiguió hasta el sendero del jardín, pero Anne se zambulló en un carruaje que la esperaba y salió disparada a una

velocidad alarmante.

Los guijarros se clavaron en los pies descalzos de Penélope, y el aire frío de la noche se deslizó bajo su camisón, helándola al instante. Frustrada, gritó unas cuantas palabras poco decorosas al carruaje que se alejaba.

¡Maldición! Ya no tenía elección; tendría que hacer lo que más temía. Desfallecida en la derrota, volvió cojeando al interior y fue al dormitorio del duque.

—Despierte, su excelencia.

Las cortinas ocultaban la figura dormida, y ella las descorrió de un tirón.

—¡Su excelencia! Charles Cornelius Radclyff, si no se despierta ahora mismo, el mundo se acabará —gimió Penélope.

El duque abrió un solo ojo.

—¡Ah! —exclamó, incorporándose a medias en la cama y aferrando las sábanas de manera defensiva contra el pecho.

—Su excelencia.

—¡Oh, Penélope! ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí… a estas horas?

—No he venido a seducirlo.

—Eso espero. Tu pelo casi me mata del susto. Pensé que estaba teniendo una pesadilla. ¿Siempre te ves tan desafortunada por las mañanas?

—Su excelencia, Anne se ha fugado.

El duque se puso de pie de un salto, y Penélope cerró los ojos de inmediato. No llevaba ni una sola prenda.

—Cuéntamelo todo —ordenó el duque, poniéndose rápidamente unos calzones.

Con el rostro apartado, ella dijo:

—Sospechaba que planeaba algo así. Até un hilo a un busto del pasillo y el otro extremo a mi muñeca. Tropezó con el hilo y me avisó. Corrí tras ella, pero tenía un carruaje esperándola y escapó antes de que pudiera detenerla.

—Tira de esa cuerda junto a mi cama. Sonará en la habitación de Hopkins.

Ella hizo lo que le pidió y, por fin, se sintió lo bastante valiente como para mirarlo.

Ya estaba vestido y resultaba extraordinariamente apuesto, pese a haberse despertado hacía apenas unos minutos, mientras garabateaba con furia algo en una hoja sobre el escritorio.

Incluso sus ojos inyectados en sangre, brillantes con un velo acuoso, le daban un aura atractiva que le tironeaba del corazón.

Se aclaró la garganta, regañó a su propio corazón y preguntó:

—¿Cuán pronto podemos salir?

—Tú no vienes.

—Pero Anne quizá no lo escuche a usted, en cambio yo podré ayudar a convencerla.

—No puedo perder tiempo esperando a que te vistas.

—Será solo un momento.

—Tienes hasta que llegue a la puerta principal —dijo, sabiendo perfectamente que ella no podía vestirse tan rápido.

—Eso es poco razonable, su excelencia.

Él la despidió con un gesto arrogante de la muñeca y salió a zancadas del dormitorio, deteniéndose apenas en la escalera para pedirle a un Hopkins adormilado que preparara el carruaje.

—Espere, voy con usted —llamó Penélope.

El duque se giró, enfadado.

—Te dije que no tengo tiempo…

Las palabras se le apagaron.

Penélope avanzaba hacia él arrastrando los pies, envuelta en una colcha. Su colcha púrpura vibrante, para ser exactos.

Los extremos de la tela barrían el suelo; su pequeña cabeza asomaba por arriba, mientras su cabello seguía siendo un desastre digno de espanto. Los rizos saltaban como si huyeran aterrados de su cuero cabelludo y se agitaban en todas direcciones, como las serpientes de Medusa.

—¿Por qué te mueves así? —preguntó el duque, parpadeando ante la extraña visión.

Ella sacó un pie para mostrarle sus pantuflas de lana.

—No podrás caminar con eso. Te quedan grandes y no tengo tiempo que perder…

Antes de que terminara la frase, ella apretó contra el pecho el extremo de la colcha y sus enormes pantuflas grises.

—Puedo caminar más rápido descalza. Me las pondré cuando esté en el carruaje —suplicó, viéndose ridículamente pequeña, engullida por metros y metros de tela.

Sus grandes ojos marrones, llenos de esperanza, hicieron que él soltara:

—¡Está bien!

En la entrada, el duque la alzó en brazos.

—Las piedras te cortarán los pies.

La depositó en el carruaje, dio unos golpes en las paredes para avisar al cochero y, entonces, partieron.

***

Penélope, acurrucada en un rincón del carruaje, no se atrevía a hacer el más mínimo sonido. El duque parecía sombrío y era probable que se desquitara con ella si recordaba su existencia.

Así que lo observó por el rabillo del ojo. El único farol de aceite colgado del techo iluminaba su rostro. La luz dorada y profunda temblaba con el movimiento del carruaje lanzado a toda velocidad, proyectando un resplandor precioso sobre sus rasgos exquisitos. Si no lo hubiera adorado ya, aquella visión sin duda le habría conmovido el corazón y el alma.

Deseó poder alargar la mano, tomarle el rostro, besarlo o acurrucarse en su abrazo en busca de consuelo.

Ah, era maravilloso. Qué calma y rapidez había demostrado al comprender la situación y organizar el carruaje. No muchos hombres eran tan capaces en una crisis.

Era tan… maravillosamente maravilloso. Se le nublaron los ojos y una sonrisa tonta, enamorada, se dibujó en sus labios.

Él habló, arrancándola de su ensoñación.

—Supongo que se dirigen a Gretna Green.

Penélope asintió.

—¿No se preocupará la duquesa viuda cuando descubra que ambos han desaparecido?

—He dado instrucciones a Hopkins y le he dejado una nota. Estará bien.

—Eso espero —le tembló la voz.

La voz de él se suavizó.

—No te preocupes, la encontraremos.

Ella se mordió el labio y apretó los puños para impedirse tenderle la mano. Sabía que él era quien estaba realmente angustiado. Amaba a su hermana más que a nada en el mundo y, aun así, se había acordado de calmar sus temores.

Tras un momento, dijo con firmeza:

—Sé que la encontrará.

Hasta entonces no se había dado cuenta de cuán absoluta era su fe en él. Estaba segura de que encontraría a Anne y detendría la boda. En el instante en que le contó la fuga, su mayor preocupación se había desvanecido.

Un breve silencio cayó sobre el carruaje, y casi no alcanzó a oír su susurrado «gracias».

Ella se recostó en el asiento y miró por la ventanilla.

—¿Podemos abrir las contraventanas?

—No, el polvo y las piedras podrían entrar y lastimarte un ojo.

—¿Qué hora cree que es?

—Las lecheras están canturreando y los comerciantes ya pregonan sus mercancías. Deben de ser alrededor de las cuatro de la mañana.

—¿Londres duerme alguna vez? En Finnshire…

—Los granjeros también se levantan temprano, Penélope. Cierra los ojos.

Penélope obedeció y cerró los ojos. El balanceo del carruaje, el repiqueteo rítmico de la lluvia sobre el techo y la colcha cálida pronto la arrullaron hasta quedarse dormida.

El sol asomaba por el horizonte cuando el carruaje dio un brusco tirón y se detuvo. Penélope despertó entre voces fuertes y alboroto.

Estaba tendida en el asiento del carruaje, con la cabeza apoyada en el regazo de él. Sus ojos se encontraron con los suyos y un sentimiento agridulce la invadió. Medio dormida, medio despierta, no sabía si estaba soñando y, de ser así, no quería que terminara.

Tenía la boca cerca de su vientre, que se tensó cuando ella se volvió para acurrucarse contra él, todavía somnolienta.

—¡Su excelencia! —chilló el cochero—. Hemos llegado.

Ella despertó sobresaltada, ahora completamente alerta y horrorizada. ¿Cuántas horas habían pasado? ¿Cuánto tiempo había estado recostada sobre él? ¿Por qué su cabeza adormilada había decidido hacer algo así? ¿Estaría enfadado porque ella se aprovechó de él?

¿Y por qué seguía tumbada en su regazo?

Se levantó de un salto.

—Perdón, lo siento. No quise hacerlo.

Los dedos de él se tensaron un instante en su cabello y luego la soltaron.

—Voy a mirar.

Cuando ella intentó incorporarse, él la empujó de nuevo hacia el asiento.

—Quédate, hace frío afuera —susurró, y luego salió del carruaje con elegancia.

¡Anne! Por fin su cerebro recordó dónde estaban y por qué. Se retorció los dedos mientras sus pies golpeaban el suelo con impaciencia.

Otro grito la hizo lanzarse hacia el lugar donde había estado sentado el duque. La contraventana de su lado estaba abierta y ella asomó la cabeza.

Un salteador de caminos, con una larga capa de seda roja y una máscara negra de la que sobresalía una pluma de avestruz sobre la oreja, apuntaba directamente al duque con un trabuco.

Penelope no se detuvo a pensar y, envolviéndose en la colcha púrpura, abrió de golpe la puerta del carruaje y saltó al suelo.

Tenía los ojos fijos en el duque mientras avanzaba a toda prisa, arrastrando los pies, y antes de que los otros hombres que rodeaban el carruaje se dieran cuenta de lo que ocurría, ya se había plantado delante de él, protegiéndolo.

—Tendrá que dispararme a mí antes de llegar al duque —anunció con valentía.

El arma en la mano del salteador bajó ligeramente.

Ella continuó, con solo un leve temblor en la voz:

—Permítame informarle que conozco muy bien a un miembro de su fraternidad. Si él se enterara de a quién está amenazando, su

pequeño empleo se acabaría en un instante.

El duque le agarró el brazo e intentó apartarla.

—Para —le siseó al oído.

La mano de ella salió de debajo de la colcha y le dio un toquecito en la oreja.

—¿Acabas de darme un golpecito? —preguntó el duque, irritado.

—Cállese, o lo haré otra vez. Sé cómo tratar con esta gente. Tengo experiencia —le devolvió el siseo.

—¿Experiencia con salteadores de caminos? ¿Alguna vez piensas? Podrías conseguir que nos maten a los dos. Yo estaba manejando la situación.

—Vi cómo estaba manejando la situación. Le estaba apuntando con un arma y usted estaba…

Alguien se aclaró la garganta, y Penélope volvió la atención al salteador.

—Penélope hazte a un lado —dijo el salteador.

—¿Jimmy? Oh, me alegra tanto que seas tú. Pensé que era…

—Penélope, dije que te apartes. Quiero hablar con este hombre.

—Pero… pero él es el duque… ¿Jimmy? —dijo Penélope, con la voz temblorosa por la confusión.

El duque la empujó a un lado y dijo con severidad:

—Haz lo que dice, o cuando termine aquí lo vas a lamentar mucho, mucho.

Penélope trastabilló y recuperó el equilibrio. Intentó volver a colocarse delante de él, pero su mano no dejaba de apartarla.

Al final se rindió y se hizo a un lado.

—Ahora bien, el duque de Blackthorne, supongo —dijo Jimmy.

El duque asintió.

—¿Qué hace con ella a estas horas?

—Voy a salvar a mi hermana. Se ha fugado con el hombre equivocado. Penélope me está ayudando.

—¿Dice la verdad? —le preguntó Jimmy a Penélope.

Ella asintió.

Jimmy hizo una pausa.

—¿Cuáles son sus intenciones con respecto a ella? —dijo, volviéndose de nuevo hacia el duque y agitando el arma en dirección

a Penélope.

—Honorables.

—¿Lo jura?

—Sí.

Jimmy bajó el arma.

—Entonces, eso es todo. He terminado.

—Yo no he terminado —dijo el duque, fulminando a Jimmy con la mirada.

Jimmy sonrió.

—No pensé que lo hubiera hecho.

—¿Cuáles son sus intenciones con Penélope? —espetó el duque.

Jimmy lanzó el arma a un cómplice.

—Es la hermana de mi alma. Alma hermana.

—¿Tiene alma? —preguntó el duque, incrédulo.

Mientras tanto, Penélope se secó los ojos y sonrió de oreja a oreja.

—¡Qué poético, Jimmy! Qué cosas tan hermosas dices.

Como había dejado libre a su querido duque, todo quedaba perdonado.

—¿Un salteador poético? —el duque puso los ojos en blanco.

—Y muy leído, además —dijo Penélope, acercándose a Jimmy y abrazándolo.

El duque le agarró el brazo y la apartó de un tirón. Tenía el rostro encapotado de furia.

Penélope parpadeó, confundida por un momento, hasta que la comprensión se le aclaró en la cara.

—Oh, lo siento, su excelencia. Sé por qué está enfadado. Puedo intercambiar cortesías más tarde.

Volviéndose hacia Jimmy, dijo con urgencia:

—Tenemos prisa.

Jimmy hizo una reverencia al duque.

—Lo entiendo. Los acompañaré hasta una posada cercana. Allí podrán cambiar los caballos y refrescarse, y me aseguraré de que al menos una parte del camino sea segura.

Jimmy gritó órdenes y varios hombres a caballo tomaron posiciones detrás del carruaje. Volvieron a ponerse en marcha,

escoltados por una comitiva de ladrones y rufianes que los protegía por todos lados.

Jimmy eligió sentarse en el carruaje con el duque y Penélope.

—¿Cómo está tu esposa? —preguntó Penélope cuando ya estaban cómodamente acomodados.

El labio inferior de Jimmy empezó a temblar.

—¿Jimmy? ¿Jimmy, qué sucede? —preguntó Penélope, preocupada.

—Pudding se fue —sollozó.

—¿Pudding? —preguntó Penélope, mirando al duque. Él se encogió de hombros.

—Sí, Pudding —gimoteó Jimmy—. Pudding dejó a su Boobookins.

—¿Pudding es tu esposa? —preguntó Penélope con cautela.

Jimmy asintió.

—La Cobra —aspiró—. Cada vez que logra robar a un hombre, espera a que la víctima se vaya, luego se tumba en el suelo y hace la danza de la Cobra…

—¿La danza de la Cobra? —interrumpió Penélope, con los ojos como platos.

—Sí, bueno, es algo así —dijo Jimmy, secándose la cara con un pañuelo verde bordado, con puntilla blanca en los bordes.

Luego se estiró en el suelo del carruaje, apartó con suaves empujones los pies del duque y de Penélope, y empezó a retorcerse, gemir y sacudirse de una manera muy extraña.

El duque y Penélope lo observaban, fascinados.

Jimmy se levantó tras una breve ronda de convulsiones y se sacudió el polvo de sus preciosos calzones de terciopelo rojo, perfectamente cortados.

—Mi pastelito de manzana…

—¿Quién? —corearon a la vez el duque y Penélope.

—Pudding, pastelito de manzana… mi esposa —aclaró—. Ella lo vio bailar esa… danza. Se enamoró tanto que me dejó a mí y a todos nuestros hijos.

El duque le dio unas palmaditas torpes en el hombro al ladrón abatido.

—Deberías hacer la danza del Halcón —dijo Penélope tras pensarlo un momento.

—¿Eh? ¿Y eso qué es? —preguntó Jimmy, animándose.

—No lo sé… invéntatela… algo así.

Penélope empezó a aletear como un pájaro, con el cuello moviéndose como el de un búho.

Jimmy la imitó fielmente.

—¿Una cabeceada o dos? —preguntó Jimmy.

—Tres es un buen número. Cabecea, cabecea, cabecea y aletea. Cabecea, cabecea, cabecea y aletea —respondió ella.

A partir de ahí, pasaron un buen rato decidiendo los detalles intrincados y el ritmo de la danza del Halcón.

El duque cerró los ojos, apretando los labios para que la risa no se le escapara.

El carruaje se detuvo justo cuando habían terminado de pulir la danza del Halcón. Habían llegado a la posada.

— The Golden Pass —leyó Penelope, y luego se volvió apresuradamente hacia el duque—. Su excelencia, no coma el pollo de aquí. En lugar de pollos, alimentan a los clientes con cuervos. Comí aquí una vez.

El duque no pudo evitarlo; se echó a reír.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Jimmy se puso en movimiento en cuanto el duque bajó del carruaje y quedó bajo el sol abrasador de la tarde.

—He dejado de robar a las damas desde que mi bollito de manzana me dejó, pero debería tener algo —dijo Jimmy, palpándose la capa.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Penélope, observándolo sacudir su capa de seda roja y revisar los cincuenta y dos bolsillos.

—No tengo ninguno conmigo… espera, mis hombres lo están custodiando —murmuró Jimmy para sí y saltó del carruaje.

Un momento después, volvió a saltar dentro y colocó en el asiento una gran caja de madera, intrincadamente tallada.

—¿Qué es? —preguntó Penélope en voz baja. La caja era preciosa.

—Además de libros, tengo debilidad por coleccionar estas cosas —dijo Jimmy, acariciando la caja con cariño—. Las llevo conmigo a todas partes. Me duele separarme siquiera de una, pero creo que mi alma lloraría para siempre si no la compartiera contigo.

—¿Pero qué es? Y si es robado, no lo aceptaré.

—Es robado —dijo Jimmy, abriendo la caja—. Pero creo que estarás de acuerdo en que ahora mismo tu necesidad es mayor que la mía. Ni siquiera tu moral puede poner objeciones. Debes aceptarlo.

Penélope guardó silencio durante un buen rato. Miró el contenido de la caja y, por fin, asintió.

—Gracias —dijo con reverencia.

Jimmy sonrió triunfalmente y empezó a ordenar el contenido— cientos de peines y cepillos de todas las formas, tamaños y colores.

—Me encantaría darte esta hermosa pieza de marfil, pero esto te irá mejor —dijo, sacando de la caja el peine de madera más feo y robusto—. No es que no quiera que tengas uno más bonito...

—Lo entiendo. Cualquier otro se me atascará en el pelo y se romperá.

—Exacto. Ahora date la vuelta.

—¿Sabes peinar el cabello de una mujer?

—Olvidas que tengo hijas, y ya no tienen madre. Tuve que aprender a trenzar. Había contratado a una linda muchacha para cuidar de las niñas. Me robó la pantalla de plata de una lámpara y se largó. No he tenido tiempo de buscar reemplazo.

—¿Cómo pudo alguien robarte a ti? Eres un ladrón sofisticado —dijo Penélope, dándose la vuelta y dejando que Jimmy atacara su pelo.

Jimmy se sonrojó.

—Incluso los ladrones sofisticados como nosotros podemos ser engañados. Aquella noche había bebido un poco más de la cuenta. Numnums se había marchado y yo estaba melancólico.

—¿Numnums?

—Mi bollito de manzana, mi pudín, mi tarta de bayas, culito de flor...

—Tu esposa —lo interrumpió ella con rapidez.

—Sí —suspiró Jimmy.

Manipuló su cabello un poco más y al final dijo:

—Listo, ya está.

—Eres extraordinariamente talentoso. Ni siquiera Mary consigue que mi pelo se porte bien tan rápido —lo elogió Penélope mientras se miraba en un pequeño espejo que Jimmy sacó.

—Es una trenza sencilla. El duque puede volver en cualquier momento. Tenía que hacerlo rápido. Al menos ya no asustarás a los clientes de la posada.

—Jimmy, ¿volveré a verte alguna vez? —preguntó ella, dejando el espejo.

—Ahora no te pongas a llorar —dijo Jimmy, olisqueando y secándose los ojos.

—Odio las despedidas —dijo Penélope, con una gran lágrima rodándole por la mejilla.

—Entonces no las digamos —dijo él, besándole la frente.

Penélope le ofreció una sonrisa aguada y, con un último saludo y el revoloteo de la capa, Jimmy la dejó sola.

***

Penélope, envuelta en la colcha morada, siguió a un joven muchacho ruborizado hacia la parte trasera de la posada. El botones se negó a mirarla a los ojos mientras subían por la escalera oculta de la cocina. Salió disparado cuando llegaron a la habitación privada que el duque había reservado.

—Su gracia, ese botones pensó que yo era una cualquiera —exclamó Penélope en cuanto entró.

—Tuve que dejar que lo creyera, ya que no quería que nadie descubriera que viajábamos solos y sin acompañante. Pensaba en tu reputación.

Penélope bufó.

—Además, te ves ridícula.

—Mi pelo está domado.

Él parpadeó y la recorrió de la cabeza a los pies.

—Es una mejora enorme —dijo en voz baja.

Penélope se sonrojó y evitó su mirada, fingiendo inspeccionar la habitación.

Quienquiera que la hubiera decorado debía de odiar al dueño. Los colores eran horribles, los muebles espantosos y polvorientos. Pero eso no le molestó. Lo que sí la perturbó fue la cama tamaño queen, con dosel y cortinas de terciopelo rojo.

—Ven —dijo él.

Sus ojos volaron hacia los de él y ella retrocedió a pequeños pasos hasta que los hombros chocaron con la puerta.

El duque suspiró.

—¿Cuándo dejarás de retroceder cada vez que me ves? He traído el desayuno aquí. Quiero que vengas y comas rápido. Solo tenemos media hora.

—No teníamos que detenernos, no por mi culpa —rezongó Penélope, sin moverse.

—Necesitaba cambiar de caballos. Ahora, ¿vas a comer algo?

Ella avanzó con cautela hacia el duque, con la mirada alerta.

—No voy a besarte, Penélope.

A esas alturas, sus mejillas tenían el color de tomates maduros, pero le creyó. Caminó con más seguridad y se colocó a su lado.

Terminó de raspar el último bocado del plato cuando sorprendió al duque mirándola de forma extraña.

Siguió la dirección de su mirada y se miró a sí misma. La colcha se había deslizado de sus hombros, dejando al descubierto su fino camisón de seda color melocotón pálido.

El plato se le cayó de las manos con estrépito.

La posada, la aventura y los corazones palpitando de miedo y emoción llenaron la habitación de una atmósfera ambigua.

El duque apartó el rostro, con un rubor subiéndole por el cuello.

Tras un momento de silencio incómodo, volvió a mirarla, como si no pudiera evitarlo. Como si ya no pudiera controlar la mirada ni la lengua paralizada.

Las llamas crepitaban en la chimenea y el viento rugía y golpeaba los finos cristales de la ventana.

La habitación tenía un olor extraño y rancio que los sirvientes habían intentado ocultar con agua de rosas. El resultado era desagradable, y ella se preguntó si sería demasiado chocante hundir la nariz en su pecho e inhalarlo a él en su lugar.

Las pestañas le temblaron mientras sostenía su mirada, valiente por una vez.

—Dije que no iba a besarte —dijo él, poniéndose de pie.

—Sí, sería una idea terrible —respondió ella, levantándose también.

La colcha quedó olvidada sobre la silla.

Él avanzó hacia ella. Ella salió a su encuentro.

—Sería una idea terrible.

Penélope asintió a medias.

—Terrible, terrible idea.

—¿Por qué? —preguntó el duque, ahuecándole la parte de atrás de la cabeza.

—¿Por qué qué? —preguntó ella, aturdida.

—¿Por qué es mala idea besarse? Besar es algo bueno…

—Besar es bueno —dijo ella, asintiendo con entusiasmo—, muy, muy bueno.

—Entonces no deberíamos ser malos.

—No, no deberíamos…

Él no esperó a que terminara y la silenció con un piquito.

Después de la intensidad de las últimas horas, ella había esperado un beso de verdad. En cambio, el duque le había dado un beso platónico, correcto e indiferente. De esos que se le dan a una abuela seca y aburrida.

Y ahora el maldito hombre se estaba apartando… Penélope no lo dejó. Le sujetó la nuca y le devolvió el piquito, dejando los labios un instante más de lo que él había hecho.

Él frunció el ceño y volvió a darle otro piquito.

Ella dio un pequeño pisotón, le agarró la cabeza y pegó sus labios a los de él, negándose a soltarlo.

Él sonrió y por fin le devolvió el beso, no un piquito esta vez, sino un beso dolorosamente suave y dulce.

Ella se acercó más.

Él emitió un sonido extraño al fondo de la garganta y le levantó la barbilla.

Sus labios se separaron, su lengua se adentró, y la habitación dio vueltas.

Sus manos se aferraron a los hombros de él. Y al instante siguiente, ambos quedaron envueltos en un duelo apasionado, con la dulzura, las risas y la polvorienta posada olvidadas… hasta que una imaginaria Lady Lydia agarró a Penélope de la oreja y la apartó del duque.

Él la soltó a regañadientes, con la mirada interrogante.

—Lady Lydia —susurró ella.

—No está aquí —terminó él, con voz ronca.

Y entonces volvieron a lanzarse a los brazos del otro y continuaron donde lo habían dejado.

Las puntas de sus orejas se pusieron rojas, tan rojas que parecían a punto de sangrar. Él le mordisqueó el lóbulo, le agarró las caderas y la atrajo hacia sí, su deseo ya imposible de ocultar.

Parecía haber perdido la cabeza, y ella esperaba que nunca la recuperara.

Lo miró mientras él la alzaba y la acomodaba sobre la cama. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente, y ella se lo apartó, pensando que era extraordinariamente apuesto. Más apuesto y adorable que nadie en el mundo.

Había ternura en su corazón, en su mirada y en su tacto, y él pareció sentirlo. Sus movimientos se volvieron más suaves, y sus dedos acariciaron su piel con delicadeza.

—¿Debo detenerme? —preguntó él, con la voz estrangulada, como si las palabras le hubieran sido arrancadas a la fuerza.

Ella parpadeó, mirándolo con ojos grandes, confusos y húmedos.

—No.

Se apartó un poco para darle tiempo a pensar.

—Podría arruinarte.

La habitación quedó en silencio; el crepitar del fuego en la chimenea era el único sonido mientras siseaba y chisporroteaba. Sus ojos brillaban a la luz de las llamas, la expresión estaba contenida y bajo control.

Afuera, el viento dejó de aullar, como si le concediera tiempo para decidir.

Tenía un carácter terrible y un tono áspero. Era frío, distante y dominante, y sin embargo sus actos revelaban que era amable y considerado. La calmaba cuando estaba herida, se movía a su ritmo cuando se besaban y se abrazaban, y nunca tomaba más de lo que ella podía ofrecer.

Pero ella ya le había entregado todo. ¿Qué importaba una cosa más? Le había dado su corazón a ese hombre y no lo recuperaría jamás.

Comprendía lo que él le preguntaba y estaba dispuesta a asumir el riesgo.

Su futuro era gris y descolorido, la dura vida de una solterona aguardando para aprisionarla. Sin embargo, aquel instante vibrante y apasionado se convertiría en un recuerdo maravilloso que la calentaría en la vejez y aliviaría su soledad.

Su mano salió disparada, le aferró la camisa y lo atrajo de vuelta hasta que el peso de él volvió a presionarla.

—No —repitió con más firmeza—. Por favor, necesito...

Sus ojos ardieron al comprenderla, la alegría apenas contenida en el fondo de la mirada.

—Desnúdate —susurró contra sus labios—. Quiero verte desnuda.

Ella se sonrojó, de pronto insegura. Él solía guiarla en esas cosas, pero ahora su petición la hacía dudar.

Ser tan atrevida…

Alzó el brazo para ocultarse el rostro otra vez, y él se lo apartó con una risa.

—Aún no eres tan valiente.

Frotó la cadera contra la de ella, su deseo evidente, sin fingir ya ser un caballero, y le apartó el camisón con rapidez.

No tuvo tiempo de encogerse por la timidez, porque sus labios capturaron los de ella y sus manos le ahuecaron los pechos.

La cabeza se le llenó de zumbidos; los pensamientos se volvieron lentos y escasos.

Se apartó un instante para quitarse la camisa, y sus músculos ondularon y brillaron como si estuvieran cubiertos de oro.

Un momento de envidia le atravesó el corazón. Los hombres, a diferencia de las mujeres, no necesitaban vivir a base de sopa blanca para conservar la figura.

Ella recorrió con los dedos sus hombros y más abajo; su piel era como seda, no áspera como las criadas le habían confesado que era la de otros hombres.

Cuando su piel desnuda tocó la de ella, ambos exhalaron con fuerza.

—Penélope —susurró él entre dientes cuando ella le clavó las uñas en la espalda.

Cerró los ojos, consciente de que estaba a punto de entregarle su inocencia, su cuerpo y su alma. Un solo empujón destruiría sus perspectivas para el resto de su vida. Un paso más y su existencia entera se haría añicos, sin posibilidad de volver atrás.

Abrió los ojos y lo miró, conteniendo a duras penas las lágrimas. Lo deseaba, y quería que él la deseara, aunque fuera solo por un instante.

Aunque fueran apenas unos latidos, que todo lo que él pudiera pensar fuera en ella y en sostener su imagen en la mirada.

Él sería suyo y solo suyo durante unos pocos latidos, y por eso estaba dispuesta a sacrificar su futuro.

¡Qué necia era una muchacha enamorada! ¡Qué completamente atolondrada! ¡Qué aterrador era ese amor que todo lo consumía, ante el cual cualquier otra emoción palidecía!

Ahora entendía cómo las mujeres perdían el juicio y quedaban encinta, arriesgando la vida. Entendía ese placer enloquecedor y esa necesidad dolorosa mientras su aroma, su piel y su aliento la llamaban como un hechizo y la embriagaban como un vino fragante.

Sus ojos se abrieron de par en par, asustada, cuando los dedos de él rozaron su lugar más íntimo. Recordó lo que había ocurrido antes, pero sabía que esta vez sería más.

—No te dolerá —prometió él al deslizar un dedo dentro, despacio y con suavidad.

Su cuerpo se tensó, aguardando lo inevitable, y aun así el placer empezó pronto a elevarse mientras él, paciente, ahuyentaba su terror.

—Confía en mí —la animó mientras pasaba el pulgar por sus pezones, haciéndola gemir.

Su piel se sentía sensible, demasiado sensible; cada caricia tan dulce que la hacía doler. Su mano recorrió sus costillas y apretó su cintura, mientras su boca lamía y mordisqueaba cada centímetro de su cuerpo, obligándola a retorcerse.

Se añadió otro dedo, y luego un tercero, permitiendo con destreza que su cuerpo se adaptara y aprendiera.

Sus uñas dejaron surcos sangrantes en su espalda; sus gemidos quedaron ahogados en el hombro de él cuando por fin la llevó a la cima.

Y entonces se apartó, volvió a ponerle el camisón y la envolvió en la colcha.

Ella lo miró, confundida, con el cuerpo y la mente tan cansados que apenas podía pensar.

—Tú… —susurró, con la garganta áspera, y calló. ¿Lo había decepcionado de algún modo?

Se cubrió la cabeza con la colcha, humillada, y escondió el rostro. ¿Había actuado mal? ¿Habían sido vulgares sus gestos y su

comportamiento?

¿Por qué se había detenido? ¿Y su placer?

Él la atrajo hacia sí, colcha incluida, y la estrechó.

—Quería complacerte. En cuanto a más, ahora no es el momento. Penélope, cariño… no puedo arruinarte. Es imposible. ¿Lo entiendes?

Ella negó con la cabeza, y él suspiró antes de continuar.

—No debería ser así, no en una posada. Estaba confuso, un fenómeno que parece ocurrirme con frecuencia en tu compañía. Te he faltado, y me disculpo.

Ella se sintió aún peor mientras él hablaba.

—Lo entiendo —dijo con voz pequeña, aunque no era cierto.

No podía ver su mirada ardiente y urgente, ni el dolor y el arrepentimiento en su expresión. Él hundió la nariz en la parte superior de su cabeza visible e inhaló su aroma.

—Si estuviéramos en casa, no te habría dejado ir, en toda la noche. Tenemos mucho que hablar; yo...

Un golpe en la puerta los separó de golpe.

Él cerró de inmediato las cortinas de la cama, ocultando su figura temblorosa, y abrió la puerta. Una criada llegó con una jarra de café recién hecho, junto con una buena dosis de incomodidad.

La incomodidad no desapareció con la marcha de la criada. Al contrario, se convirtió en una invitada indeseada.

—Penny, bebe algo. Te hará sentir mejor.

El bulto sobre la cama asintió.

Él se balanceó un momento sobre los talones antes de decir:

—Voy a bajar al carruaje. Quiero que me sigas dentro de un ratito. Asegúrate de que nadie te vea. Oculta el rostro.

Penélope dejó escapar un chillido incomprensible dirigido a su espalda mientras se marchaba.

El café dulce y caliente le bajó por la garganta, calentándola y dándole valor y tiempo para enterrar sus sentimientos caóticos.

Al cabo de un rato, dejó la taza, se escabulló hasta la puerta y asomó la cabeza.

Un par de ojillos curiosos la observaban desde la habitación justo enfrente.

Se miraron, reconociendo en silencio que algo impropio estaba ocurriendo. La mujer parpadeó primero, rompiendo el hechizo.

Sonrió, y Penélope huyó.

—Alguien me vio —jadeó Penélope en cuanto se cerró la puerta del carruaje; el terror de ser descubierta había eclipsado la vergüenza anterior, y ahora podía mirarlo a los ojos sin arder en llamas.

—¿Quién?

—Me resultó extrañamente familiar… parecía una mangosta, con cuerpo largo y cabeza pequeña.

—Lady Plasket —dijo el duque, maldiciendo por lo bajo.

Penélope palideció.

—¿La misma Lady Plasket cuya cena fuimos…?

—Sí —respondió él, seco.

—Pero no sabe que tú también estabas en la habitación —dijo ella con esperanza.

—Al contrario, vi un par de ojos observándome desde detrás de la puerta. No supe quién era hasta que la describiste. Pensé que sería algún individuo dudoso preocupado por su privacidad. ¡Bah! Mañana esto será la comidilla de la sociedad.

—¿Estoy condenada? —preguntó Penélope con voz queda.

El duque ignoró la pregunta.

—Anne se detuvo en esta posada. He enviado a un hombre a investigar. Deberíamos poder atraparlos pronto.

—Estoy condenada —anunció Penélope a las cortinas verdes del carruaje—. Ojalá encontremos a Anne rápido. Necesito hacer un plan.

—¿Plan?

—Sí, tendré que contar mis monedas y tomar el próximo barco a Irlanda. Ningún hombre en Inglaterra se casará conmigo después de esto —dijo, desdichada.

—Ya veremos —dijo el duque, con la mirada fija en el camino.

Un niño mugriento de unos diez años dio tres golpecitos en la ventanilla. El duque salió del carruaje para hablar con su informante.

Regresó y casi de inmediato el carruaje volvió a ponerse en marcha.

—Van a detenerse en la cabaña de caza de Lord Rivers. No queda lejos.

—¿Por qué no ir directamente a Gretna?

—Anne sabe que la viste; por tanto, saben que vamos tras ellos. Esos malditos canallas intentan despistarnos. Ha sido pura suerte que consiguiera la información —replicó el duque.

Después de eso, el silencio reinó en el carruaje, mientras Penélope se perdía en el recuerdo del beso y en sus perspectivas menguantes. Pronto, los párpados le pesaron y se quedó dormida, despertando solo cuando el carruaje se detuvo.

—¿Es aquí? —preguntó Penélope, con la voz ronca y agotada.

El duque sacó una caja de debajo del asiento. Una reluciente pistola de plata respondió a su pregunta.

El duque bajó del carruaje y Penélope lo siguió. Él parecía haber olvidado su presencia, con la mirada concentrada en escrutar el paisaje.

Una gran cabaña de caza se alzaba en medio de árboles frondosos. El paisaje salvaje se fundía con el exterior de madera de la cabaña. Era una estampa preciosa.

Se dirigían hacia la entrada cuando unos gritos fuertes los detuvieron en seco. Las voces sonaban familiares. Tras inclinar la cabeza un momento para determinar de dónde procedía el ruido, ambos corrieron hacia la parte trasera del edificio.

Penélope y el duque se detuvieron, atónitos ante la visión que tenían delante.

Las gigantescas coles que crecían en el huerto eran impresionantes, pero lo más asombroso era que Lord Rivers y Lord Poyning estaban enzarzados en una pelea. No se trataba de un elegante duelo a espada ni de un enfrentamiento viril con pistolas. No, eran puñetazos a la antigua usanza. Se estaban dando con todo, como escolares enfurecidos, usando manos y piernas y, cuando hacía falta, dientes.

Anne, la otrora grácil Lady Anne, animaba desde la barrera. Saltaba arriba y abajo, gritaba palabras de aliento y, a veces, ofrecía consejos útiles. Curiosamente, todo su apoyo iba dirigido a Lord Rivers.

—¡Dale una patada entre las piernas, Rivers! ¡Eso es! Ahora, puñetazo, puñetazo, puñetazo a ese maldito hombre! —chilló Anne.

Penélope no sabía qué pensar. El duque también parecía un poco desorientado.

Pronto, Penélope no pudo soportarlo más. Tomó aire y gritó:

—¡Rivers, por el amor a la bondad, escucha a Anne! Dobla la rodilla… ahora, ¡dale en la cabeza!

Al duque le habría gustado dejar que Lord Rivers siguiera apaleando a Lord Poyning, pero su madre se preocuparía. Tenían que volver con ella.

De mala gana, rugió:

—¡Basta!

Salvo Penélope, nadie se atrevía jamás a ignorar ese tono. Ni Lord Poyning ni Lord Rivers lo hicieron. Se soltaron el uno al otro, mirándose con cautela, como dos perros callejeros que se encuentran por primera vez.

—Explíquense —dijo el duque en voz baja.

Anne se acercó arrastrando los pies hacia su hermano. Penélope se la imaginó con el rabo entre las piernas.

—Iba a fugarme con Lord Poyning —dijo Anne, avergonzada.

El duque cruzó los brazos.

—Eso ya lo había deducido, pero ¿por qué demonios gritabas como una pescadera? He notado que has cambiado de bando. Querías que tu pretendiente recibiera una buena paliza. ¿Algún motivo?

—Sí, eso fue antes de que supiera… —Anne se interrumpió, con lágrimas brillando y a punto de deslizarse por sus mejillas enrojecidas.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio y hablar de esto? —preguntó Penélope, acariciándole el pelo.

El duque dudó un instante, pero asintió ante su mirada suplicante. Luego ordenó a los dos jóvenes lores que se quedaran donde estaban hasta que regresara.

El duque se negó a entrar en el pabellón de caza. En lugar de eso, regresaron al carruaje. Una vez dentro, Anne rompió a sollozar de forma incontenible. Penélope la consoló lo mejor que pudo.

—Es horrible, Penny, horrible —hipó Anne—. Lord Rivers llegó justo a tiempo y me lo contó todo. Al principio no le creí, pero me enseñó las cartas. Tuve que creerlo. Reconozco su letra.

—Tranquila, Annie, cuéntamelo desde el principio —la calmó Penélope.

Anne se pasó una mano por los ojos inundados de lágrimas.

—Aquel día en que me caí del naranjo, él… él me atrapó —su voz se fue fortaleciendo a medida que hablaba, la ira sustituyendo a la miseria—. Pensé que nuestro plan no había funcionado hasta que, antes de irse, me puso una carta en la palma de la mano. Me suplicó que me reuniera con él en el baile de Kitty May. Fui y me confesó que me había amado durante dos años. Yo estaba tan feliz. Pensé que sentía exactamente lo mismo que yo todo ese tiempo. Dijo que le tenía miedo a Charles, pero que habría formalizado su cortejo si yo le hubiera dado la más mínima señal. Me dijo que coqueteaba contigo, Penny, para ponerme celosa y ver si yo reaccionaba favorablemente.

—¿Pensabas huir ese mismo día? —preguntó Penélope.

—Sí. Me dijo que Charles nunca aceptaría nuestro matrimonio. Me pidió que me fugara con él. Después de aquella discusión con mi hermano, en la que dejó claro que jamás aceptaría a Lord Poyning, supe que no tenía elección. Si quería casarme con él, tendría que fugarme. Luego, Lord Poyning me envió una nota con el plan. Yo debía subir al carruaje que estaría estacionado frente a la mansión Blackthorne a las cuatro de la madrugada. No sabía que habías atado ese hilo para avisarte si me iba.

—¿Qué te dijo Lord Rivers? —preguntó el duque con suavidad.

—Llegamos a la cabaña y encontramos a Lord Rivers esperándonos. Tuvieron una discusión horrible, lanzándose acusaciones mutuamente. Luego, Lord Rivers intentó decirme que no confiara en Lord Poyning. Me negué a escucharlo hasta que me enseñó las cartas —Anne guardó silencio.

—¿Qué cartas? —la animó Penélope.

Anne jugueteó con los flecos de su chal, negándose a decir nada más.

—¿Puedo adivinarlo, Annie? Creo que lo sé —dijo el duque en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó Anne, sobresaltada.

—¿Lady Plasket te vio en *The Golden Pass*? —preguntó él en lugar de responder.

—Charles, ¿eres un mago? Subía a su habitación cuando nos vio pedir el desayuno. La ignoré. Pensé que estaría casada, así que no importaba —dijo Anne, maravillada.

—Tengo que hacer algo. Vuelvo enseguida —dijo el duque con sequedad. Se negó a explicar más y bajó del carruaje.

—Anne, ¿qué cartas? —preguntó Penélope de nuevo.

—No podía decírtelo delante de Charles, pero ahora que se ha ido será más fácil. Rápido, entonces, te contaré lo que me dijo Lord Rivers. Me enseñó las cartas que Poyning le había escrito a Lydia. Lord Poyning está enamorado de Lady Lydia.

—¿De verdad? —exclamó Penélope.

—Sí, tenían una aventura. Lord Poyning quería casarse con Lydia, pero ella se negó porque él había perdido toda su fortuna en el juego y su título no era lo bastante importante para ella. Charles, en cambio, es duque y enormemente rico. Por eso, Charles y Lydia se comprometieron, pero la relación amorosa de Lydia con Lord Poyning no terminó con el anuncio del compromiso. Al contrario, Lydia, tan ruin como es, decidió que quería a ambos hombres en su vida, así que urdió un plan.

—Lord Poyning se casaría contigo y pagaría sus deudas con tu dote, y ella se casaría con Charles —adivinó Penélope el resto.

Anne asintió.

—El problema fue que Lord Rivers había oído su plan. Decidió vigilar a Poyning, fingiendo ser su amigo. Quería obtener pruebas antes de revelar los hechos al duque. Mientras tanto, nunca permitió que Poyning estuviera a solas conmigo durante mucho tiempo. Y el comportamiento protector de Charles hacia mí frustró aún más los intentos de Poyning por cortejarme.

—¡Cielo santo! ¿El duque lo sabe? —preguntó Penélope.

—Lord Rivers se las ingenió para que Charles encontrara a Poyning y a Lydia en una situación comprometida. Charles los

sorprendió de tal modo que no dejó lugar a dudas. Hizo que Lydia prometiera romper el compromiso y, a cambio, prometió no batirse en duelo con Poyning y perdonarle la vida. Charles es el mejor tirador de Londres.

—Con razón ya no los veía juntos —comentó Penélope, sintiendo cómo su corazón se aligeraba.

—Lord Poyning confiaba en Lord Rivers y le confesó su plan de fugarse conmigo. Después de que el duque sorprendiera juntos a Lydia y a Poyning, supo que Charles jamás consentiría nuestro matrimonio. Tenía que actuar rápido, y yo no me detuve a pensar, así que acepté la fuga. El romanticismo de todo aquello me entusiasmó, cegándome ante todas las insensateces. Lord Rivers siguió nuestro carruaje y se reunió con nosotros en la posada. Fue él quien sugirió la cabaña de caza. No quería sacar la verdad a la luz en público. Quería protegerme.

—Parece que Lord Rivers se ha tomado muchas molestias —observó Penélope.

Anne se sonrojó.

—Dijo que lo hizo porque se enamoró de mí a primera vista. Y, ay, Penny, yo ni siquiera me fijé en él.

—Ahora sí lo has hecho —respondió Penélope, sonriendo.

—Cambio de planes —anunció el duque al entrar en el carruaje—. Anne, estás comprometida con Lord Rivers. Penélope, tú eres ahora mi prometida.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Penélope estaba de pie junto a una ventana de la biblioteca de la mansión Blackthorne, contemplando el cielo azul y despejado. El sol inclemente le escocía en los ojos.

El duque estaba sentado al escritorio, fulminando con la mirada su espalda.

—¿Por qué no quieres creerme? —preguntó ella con voz temblorosa—. Nunca animé a Anne a fugarse con Poyning. Solo la ayudé a atraer su atención. Jamás habría permitido que las cosas llegaran tan lejos. ¿Por qué iba a avisarte y ayudarte a encontrarla, si no?

—No necesitaba tu ayuda. Tu presencia lo empeoró todo —la interrumpió con brusquedad.

Penélope sintió una mano helada apretarle el corazón y por fin se volvió para mirarlo.

—Ya veo… yo lo empeoré todo. Si no hubiera insistido en acompañarte, Lady Plasket no nos habría visto —susurró—. Lo empeoré porque ahora no solo Anne está comprometida con Lord Rivers, sino que tú también te has visto obligado a comprometerte conmigo.

El duque apartó la mirada.

—Eso no es del todo cierto.

—Quieres casarte conmigo porque Lady Plasket nos vio, y esa es la única razón. ¿No es así? Quieres evitar un escándalo —insistió Penélope.

—Penny —cerró los ojos, con el gesto lleno de conflicto—. Tengo mucho que decir, pero ahora no es el momento. Necesito resolver muchas cosas. ¿Puedes ser paciente?

—Ya veo.

El corazón empezó a dolerle mientras recorría con la mirada sus facciones por última vez. Él estaba esquivándola, intentando no herirla mintiéndole. Madame había tenido razón: los hombres no

necesitaban estar enamorados para desear. Podían querer a una mujer sin implicar el corazón.

Pero ella no quería que él sufriera el resto de su vida. No era digna de ser duquesa, y no le parecía justo obligarlo a casarse con ella solo por deber. Tantas vidas dependían de él, y pasaba cada hora despierto viviendo para los demás. No quería añadir más peso a sus cargas o acabaría odiándola. Y eso sería insoportable.

—Yo… —quería despedirse o decir unas últimas palabras para aliviarle el ánimo.

Al final, lo miró unos instantes más a través de una visión borrosa y luego salió de la habitación en silencio.

***

Madame Bellafraunde dio unos golpecitos en la pared del carruaje, y este se detuvo frente a la mansión Blackthorne.

—Penélope —la llamó.

Penélope siguió caminando, con los ojos, los oídos y la nariz cerrados al mundo que la rodeaba.

Madame Bellafraunde bajó del carruaje y se acercó a la joven. Se plantó delante de ella, cortándole el paso.

—Penélope, he venido para tus lecciones… ¿Penélope? Maldición, niña, mírame.

Penélope la miró.

—¿Adónde vas? —preguntó Madame Bellafraunde, escrutándole el rostro.

—A Finnshire.

—Ya veo. ¿Y cómo piensas llegar al pueblo?

—Iré caminando.

—¿Todos esos kilómetros?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Dónde está tu equipaje?

—No lo sé.

—¿Y qué será de tu doncella Mary?

—Se casará con el lacayo o con el mozo de cuadra. Besó a los dos.

—¿Y Lady Bathsheba? ¿La dejas atrás?

Penélope palideció, se volvió para mirar la mansión Blackthorne y dejó escapar un pequeño sollozo.

—Temía que pasara esto —murmuró Madame Bellafraunde. En voz alta, dijo—: ¿Volverás a buscarla?

Penélope negó con la cabeza.

—¿No quieres a tu cabra?

Penélope asintió.

—¿Quieres a tu cabra, pero no vas a volver a buscarla?

Penélope volvió a asentir.

Madame Bellafraunde gruñó entre dientes, le agarró el brazo a Penélope y la condujo de vuelta al carruaje.

—Tengo que ir a Finnshire —protestó.

—No seas boba —dijo Madame, empujándola dentro.

El carruaje volvió a ponerse en marcha y, durante todo el trayecto, Madame sostuvo la mano de Penelope, temiendo que se arrojara de un vehículo en movimiento.

Penélope no hizo tal cosa. Permaneció sentada con los ojos cerrados; de vez en cuando, una lágrima se deslizaba por su mejilla hasta que llegaron a la casa de Madame… o, mejor dicho, a la casa de Lord Adair.

Lord William Ellsworth Hartell Adair, marqués de Lockwood, vivía en una finca casi tan grande como Blackthorne. Aparte del tamaño, no tenían absolutamente nada en común. La finca Blackthorne tenía jardines cuidadosamente cuidados. La de Lord Adair, Lockwood, también tenía jardines… o, mejor dicho, los había tenido.

Blackthorne contaba con 250 habitaciones funcionales durante todo el año. Lockwood tenía doscientas cincuenta y dos habitaciones, de las cuales solo la cocina, el comedor, el dormitorio principal y la habitación de invitados eran utilizables.

Blackthorne empleaba a un gran número de sirvientes, famosos por su pericia. Lockwood empleaba a un cocinero y a un mayordomo, ambos terribles en su trabajo, pero célebres por guardar secretos incluso bajo tortura.

Penélope pensó que el paisaje salvaje y áspero de Lockwood encajaba con su estado de ánimo. Si uno quería estar

verdaderamente deprimido, aquel era el lugar ideal.

Madame la condujo con suavidad por el vestíbulo, escaleras arriba y hasta una habitación de invitados.

Penélope advirtió que el polvo no se había acumulado sobre los hermosos muebles. Tampoco vio los candelabros ornamentados, las pesadas cortinas ni el silencio resonante de la mansión. Pero sí vio las telarañas en las paredes de la habitación de invitados. El corazón le dolió al verlas y rompió a llorar contra una almohada carcomida por las polillas.

Madame la dejó llorar exactamente un cuarto de hora antes de arrastrarla al comedor.

—Has vuelto a ser Lord Adair —sollozó Penélope.

—No me siento cómodo con faldas —respondió él, empujándole un plato con tostadas quemadas.

—¿Eres un espía?

—Estamos aquí para hablar de ti, no de mí —dijo Lord Adair, cruzando las piernas y sacando su puro.

—¿Puedo beber algo? —preguntó Penélope, observándolo cortar la punta del cigarro.

—¿Qué te apetece? ¿Té, café?

—Brandy de cereza.

—Tengo brandy, pero no es de cereza.

Penélope empezó a llorar.

—Espera, quizá pueda hacer que Jules encuentre un poco —dijo Lord Adair apresuradamente. Tocó una campanilla y apareció Jules.

Jules era un mayordomo joven, apuesto y vivaz. Tenía un bigote adornándole el labio superior.

Penélope miró el bigote y pensó que parecía como si una oruga hubiera muerto sobre su labio. Sir Henry lo desaprobaría. Sus sollozos suaves se transformaron en un aullido desgarrador.

Jules se marchó a toda prisa. Ella dejó de llorar.

—La vida es complicada —dijo Lord Adair, soplando rápidas anillas de humo—. Ahora dime, ¿qué está torturando tu alma?

—Soy la prometida del duque.

—Una mejora enorme con respecto a Lady Lydia. Debo felicitarlo. ¿Cómo te lo pidió?

—No me lo pidió. Me lo informó —sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Él le ofreció un cigarro. Ella lo tomó.

—¿Lo amas?

—Sí.

—Corta la punta así —dijo, cogiéndole el cigarro y encendiéndoselo—. Entonces, ¿cuál es el problema? Lo amas y él quiere casarse contigo. Serás duquesa. ¿Qué más puedes querer?

—Solo me lo pidió por culpa de Lady Plasket.

—¿Lady Plasket?

—Nos vio juntos en la posada. Yo estaba sin chaperona, envuelta en una colcha y escabulléndome de nuestra habitación compartida —Penélope dio una calada al cigarro.

—No voy a preguntarte qué hacías sola en una posada con el duque —dijo él cuando ella dejó de toser—. Pero, querida, aunque te haya pedido matrimonio por culpa de una vieja chismosa, ¿qué más da? Has conseguido lo que querías.

—Pero no me ama —gimió.

—Con el tiempo lo hará.

—No, no lo hará.

—Cambio de idea. Cuéntame lo de la posada.

Ella le contó lo de Anne y cómo la habían perseguido y detenido la fuga.

—Y luego —continuó con rabia—, cuando regresamos a casa, volvió a llamarme molestia campestre, bestia salvaje, plaga entrometida y cosas por el estilo.

—¿Eso fue antes o después de decirte que eres su prometida?

—Después.

—Cabeza de chorlito —murmuró Lord Adair.

—Dijo que debería haberle advertido de Anne en cuanto descubrí la maleta de viaje escondida bajo su cama. Luego me reprochó haber insistido en acompañarlo. Estaba furioso porque lo acompañé envuelta en una colcha morada, con un camisón color melocotón y sin zapatillas.

—Hmm.

—A menudo me ha llamado de todo. Si no hubiera sido por mí, Anne estaría arruinada y el duque, con una bala atravesándole el corazón por culpa de un salteador de caminos.

—Será más amable después de la boda. Los hombres suelen serlo.

—De verdad cree que soy una idiota. Nunca será feliz conmigo. No soy lo bastante buena para él.

—¿Te ha besado?

—Unas cuantas veces. Fue glorioso. Al principio dijo que era horrible y que le mordisqueaba el labio como un cachorro al que le están saliendo los dientes. Procuré no hacerlo la siguiente vez.

—¿Y?

—Pero cuando no mordisqueé, tampoco dijo que le gustara más.

Él sonrió.

—Pero tampoco dijo que no le gustara.

Penélope mordisqueó la tostada quemada.

—Veamos. Estás enamorada del duque. Él quiere casarse contigo, pero solo porque lady Plasket los vio juntos. Tú lo quieres demasiado como para permitir que se case con alguien a quien no ama. Te considera una molestia, una plaga y cosas por el estilo. Prefieres volver con esa horrible madrastra tuya antes que vivir una vida de lujo como duquesa con el hombre al que amas. Ahora todo está claro.

Penélope frunció el ceño.

—Acepté quedarme con Madame, no con lord Adair. La gente habla —dijo irritada.

—Yo vivo con fantasmas, y ellos no hablan. ¿Por qué no te quedas unos días? Reflexiona.

—No —dijo Penélope con firmeza—. Quiero irme.

—Este lugar es adecuadamente lúgubre. Nadie viene aquí, y no encontrarás una sola casa en Londres más enterrada en secretos o polvo. Llora un rato, estornuda un poco más y, en unos días...

—No.

—Muy bien. Haré que el carruaje esté listo para partir hacia Finnshire por la mañana, si sigues queriendo irte.

—Gracias.

***

Eran las siete de la mañana, y Penélope estaba sentada en los escalones de la gran escalera de Lockwood, con la cabeza apoyada en la barandilla.

—Soy un espía —anunció lord Adair, alzando la vista hacia ella—. Si quieres los detalles, sígueme al comedor.

Ella se puso de pie de un salto y corrió tras él.

Una vez en el comedor, señaló los huevos correosos y la tostada quemada.

—Bebe tu chocolate y desayuna algo. Luego conocerás la verdad.

Penélope lo miró con escepticismo.

—¿Por qué me diría algo así? ¿Me está tomando el pelo para que coma?

—Hasta que no te bebas el chocolate, no escucharás ni una palabra más de mí.

—¿Esto es chocolate? —preguntó, removiendo el líquido turbio.

—Eso me han dicho.

Dio un sorbo, hizo una mueca y se lo bebió de unos cuantos tragos.

Él asintió, complacido.

—Buena chica. Te mereces la verdad por beberte esa porquería. Vamos, empieza con los huevos.

Penélope se metió una cucharada en la boca.

Mientras la veía masticar, dijo:

—En resumen, trabajaba en nombre del rey. Me pidieron que descubriera un complot de asesinato patrocinado por los franceses.

Tropezones de huevo salieron despedidos de su boca cuando jadeó.

—Me está tomando el pelo —dijo, con los ojos muy abiertos.

—No. Te estoy diciendo la verdad.

Ella escrutó su rostro un instante y luego preguntó con desconfianza:

—¿Así que por eso se disfrazó de Madame?

Él asintió.

—Pero ¿por qué elegir ser modista? ¿Y cómo lo consiguió? ¿No son los espías personajillos sombríos y bigotudos que se deslizan

entre los setos?

Él levantó una mano, deteniendo su verborrea. Una leve sonrisa jugaba en sus labios.

—Despacio. Responderé a todas tus preguntas. Para empezar, hace unos años el rey me informó del complot. Había recibido información de que la mayoría de sus informantes estaban siendo vigilados. Por lo tanto, decidió confiar en mí y pedirme ayuda.

—Pero ¿por qué una modista? —interrumpió ella.

—Porque los hombres son unos necios —dijo con vehemencia—. Creen que las mujeres tienen la cabeza llena de algodón y cintas rosas. Les hablan a sus esposas o amantes en las pequeñas horas de la madrugada, con el humo escapando lentamente de sus labios junto con sus secretos más oscuros. Y, a su vez, las mujeres guardan esos secretos junto a su corazón hasta que llega el momento más oportuno. Podría haber sobornado a las mujeres y descubrir los secretos, pero eso habría alertado a los franceses. Necesitaba que las damas aristocráticas confiaran en mí. Y la vanidad es una debilidad que la mayoría de las señoras de la sociedad comparten.

Penélope emitió ruidos de asentimiento.

Él continuó:

—Y esa vanidad lleva a una dama a adquirir solo a la modista más digna de confianza de la ciudad. Una modista conoce los secretos más vergonzosos de una mujer. Cuando una dama necesita una peluca para su cabeza despoblada, ¿a quién acude? ¡A una modista!

Una modista ve la carne flácida, las verrugas, los lunares, las pecas, las manchas y todo lo antiestético de una mujer, porque es la modista quien la viste. Las joyas no sacarán un secreto, pero el conocimiento público de que una dama lleva peluca sí lo hará con suficiente rapidez. Y así, una modista se convierte en la amiga del alma de una dama.

—Pero ¿por qué solo una dama? Podría haber sido una criada común del palacio planeando asesinar al rey.

—Yo estoy contando la historia —dijo con sequedad—En cuanto a la respuesta, sabíamos que el traidor era un lord aristocrático. Necesitaba una identidad que hiciera que las damas más refinadas

de la sociedad clamaran por mi atención. Contraté a una modista francesa y le pagué una bonita suma para que me enseñara todo lo que sabía. Después de eso, lord Adair se convirtió en un recluso, y nació Madame Bellafraunde.

—¿Por qué me está contando todo esto? ¿No obstaculizará sus investigaciones? Déjeme decirle que no me va bien bajo tortura. Chillaré a la primera señal de dolor.

—Dos razones. En primer lugar, necesitabas una distracción. No puedes seguir pensando en el duque. En segundo lugar, destapé el complot hace un mes. Tú eres mi última alumna. Estaba esperando terminar las lecciones antes de retirarme, de dejar de ser Madame, para siempre. El rey va a honrarme y recompensarme públicamente por mi valentía. Toda Inglaterra sabrá pronto lo que hice. Tú simplemente conoces los hechos antes que los demás.

—No puedo creerlo —dijo Penélope eructando con delicadeza—. Bien hecho.

—Gracias.

—Ah.

Penélope se llevó de pronto la mano al estómago.

—¿Hmm?

—Creo que después de ese desayuno estoy sufriendo retortijones.

Él le sirvió una taza de té.

—Le pediré a Jules que te traiga un poco de láudano. Te ayudará.

Jules entró en ese momento para avisarles de que el carruaje estaba listo.

Pero Penélope no partió aquel día. La generosa dosis de láudano y la insistencia de lord Adair la convencieron de revolcarse en la autocompasión en Lockwood durante unos días más. Según él, la miseria absolutamente desgarradora del amor no correspondido debía disfrutarse todo lo posible, y Lockwood era el lugar adecuado para ello.

Ella estuvo sensatamente de acuerdo.

***

Al tercer día, Penélope ya no pudo seguir abusando de la hospitalidad de lord Adair. En consecuencia, solicitó un carruaje, y lord Adair accedió.

—Gracias por todo —dijo Penélope.

Todavía se sentía incómoda en presencia del apuesto marqués, lord Adair. Curiosamente, se sentía más cercana a Madame Bellafraunde, aunque ambas personas fueran una y la misma.

—Me alegro de que aceptaras quedarte unos días conmigo. Aunque estuviste deambulando por ahí compungida, tenerte cerca siguió siendo un placer.

Penélope asintió distraída, con las manos aferradas a la bolsa de viaje. Lord Adair le había dado algunos vestidos más y había prometido pasárselos al duque en la factura.

—Tus lecciones han terminado y ya eres casi una dama —dijo lord Adair, inusualmente serio—. No he podido borrar del todo a la Penélope que hay en ti. La adoro demasiado.

Ella alzó la vista hacia él, con los ojos brillando a la luz de la mañana.

—Bueno, esto es un adiós, amor —dijo, inclinándose para besarle la frente.

Ella dejó caer la bolsa y lo abrazó.

—Lo echaré de menos —susurró.

Lord Adair permaneció largo rato saludando con la mano al carruaje y pensando en los últimos años que había pasado enredado en un espionaje complicado para salvar al rey. Y allí estaba Penélope, creyendo que su mundo se había acabado porque el duque pensaba que era una imbécil.

Ah, las pruebas y tribulaciones del amor joven, reflexionó, sacudiendo la cabeza con indulgencia mientras el carruaje desaparecía.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Las contraventanas del carruaje estaban abiertas, ya que el duque no estaba allí para decirle que las cerrara, pensó Penélope, apartando con gesto rebelde las cortinas rojo sangre y sacando la cabeza por la ventanilla.

El viento jugaba con su cabello mientras veía Londres pasar a toda velocidad. No veía la suciedad, la mugre ni los callejones peligrosos, sino los colores vivos de las sombrillas, a los trabajadores atareados y a los diablillos de rostro tiznado que sonreían. Sentía como si estuviera dejando atrás el brillo, la emoción y los secretos de una ciudad caótica para entrar en el mundo acuoso y gris del campo.

Suspiró y susurró una despedida mientras el carruaje trotaba hacia un nuevo condado. Un instante después, un carro que pasaba cayó en un bache y le salpicó la cara con agua sucia.

Resopló y cerró las cortinas apresuradamente. Era la manera que tenía Londres de responder a su adiós, pensó, con una sonrisa torcida. Anne se habría reído de haberlo visto.

Cerró los ojos, con el corazón encogido de dolor. Echaba de menos a la duquesa viuda, a Anne, a Perkins y a Mary, pero sobre todo a lady Bathsheba y al duque.

Debían de estar preocupados. Se había marchado sin avisar a nadie y, después, se había negado a enviar noticias a través de lord Adair. Tenía miedo de que el duque la encontrara y volviera a pedirle que se casara con él; esta vez no tendría fuerzas para rechazarlo.

No, en lugar de aferrarse al duque como una sanguijuela y hacerle perder sangre el resto de su vida, había decidido desaparecer en el bosque de Finnshire. Al cabo de unos años, él se olvidaría de ella y se casaría con alguien a quien amara.

Lo hacía por el duque y por sí misma. Si se viera obligado a casarse con ella, acabaría despreciándola. Podía soportar su indiferencia y su arrogancia, pero no su odio.

Los hombros se le vencieron.

Los echaba terriblemente de menos a todos. Ay, poder escuchar una última reprimenda de Madame, arreglarse para una noche despreocupada en un salón de baile y recibir un último achuchón de lady Bathsheba…

El carruaje se detuvo, y unos gritos la sacaron de su abatimiento. Miró por la ventanilla. Estaban en medio de una carretera rural y aislada.

Estaba demasiado triste para sentir curiosidad, así que esperó a que alguien viniera a decirle qué ocurría.

La puerta se abrió de golpe, y un hombre enmascarado con una capa de seda roja, calzones de terciopelo verde y un broche de perlas entró en el carruaje.

—Jimmy —dijo Penélope con tono apagado, nada sorprendida de encontrarlo allí.

Jimmy se quitó la máscara negra con plumas, dio un salto y se dejó caer en el asiento del carruaje.

—¿Qué ha hecho el duque?

—¿Cómo sabes que tiene que ver con el duque? —preguntó Penélope.

—Cuando creíste que estaban robando al duque, estabas dispuesta a recibir la bala por él.

Penélope asintió.

—Ah, ya veo.

—¿Se niega a casarse contigo? Puedo secuestrarlo y obligarlo a punta de pistola.

—No. Quiere casarse conmigo. Yo no quiero casarme con él.

—¿Y por qué no?

—¡Porque no me ama! ¿Cómo voy a casarme con él y verlo enamorarse de otra? Está destinado a ocurrir. O verlo mantener amantes. Cree que no soy lo bastante buena. Cometo errores constantemente porque no soy una dama refinada de Londres. Además, sería una duquesa horrible y lo avergonzaría. Puedo seguir.

—No, lo entiendo y estoy de acuerdo. Serías una duquesa terrible. Eso no es malo. No me gustan las duquesas. Son un racimo de estiradas —dijo Jimmy con tono tranquilizador.

—Pues eso es todo.

—Hmm… ¿cómo sabes que no te ama?

Penélope puso los ojos en blanco.

—Las mujeres sabemos estas cosas. Tú no lo entenderías. Somos intuitivas en estos asuntos.

—¿Y si tu intuición se ha embrollado un poco? Podía haberme mandado arrestar. No lo hizo, solo porque significo algo para ti, incluso después de haber intentado robarlo.

—Estaba distraído porque su hermana se estaba fugando con un hombre despreciable, pero ya recordará tu existencia. Deberías esconderte.

—Me dio su palabra de que no me arrestaría. Incluso me ofreció un trabajo en su finca. Lo rechacé respetuosamente. Ser administrador con un sueldo generoso es demasiado restrictivo para un hombre creativo como yo.

—¿Dijo que te dejaba libre porque significabas algo para mí? Eh… ¿qué ha sido eso? —preguntó Penélope, ladeando la cabeza.

—¿Qué?

—Eso. Suena como… no, no puede ser. ¿Lo es?

Jimmy suspiró y dio unos golpecitos en las paredes del carruaje. Uno de sus ayudantes, con máscara y capa, apareció en la puerta.

—Lo siento, el balido la ha alertado —dijo Jimmy, volviéndose hacia Penélope —. Mi nuevo alumno… ejem… contratado recientemente. Creo que lo conoces. Por ahora lo llamaremos Chick Chudderly. Chick porque es un Halcón novato, y Chudderly porque me apetece.

El Halcón novato, vestido con calzones de terciopelo rojo una talla demasiado pequeños y una capa de satén negro, fulminó a Jimmy con la mirada.

—Me voy, me voy. Penny, si necesitas que te salven, chilla —dijo Jimmy con una sonrisa. Alzó el sombrero de copa con una floritura y, agitándolo en el aire, salió del carruaje.

Chick Chudderly se volvió hacia Penélope y le ofreció una sonrisa vacilante.

—Estás ridículo —susurró Penélope, con el corazón retumbándole en el pecho.

Él se inclinó y le pellizcó el trasero.

—¡Ay! ¿Eso a qué ha venido?

—Para demostrarte que estoy aquí de verdad.

—Siempre me lee la mente, excelencia.

El duque se quitó la máscara y sonrió con pesar.

—Si hubiera podido leerte la mente, ya estaríamos casados.

—No me casaré con usted.

—¿Y si prometo vestirme como un halcón bebé el día de nuestra boda?

—Excelencia, por favor —susurró ella con desánimo.

Él emitió un sonido frustrado.

—Lo siento. Lo estoy haciendo fatal, y lo tenía todo planeado. Déjame empezar de nuevo —dijo, tomándole la mano y tirando de ella para que se levantara.

—¿Adónde me lleva? —preguntó, intentando zafarse.

No respondió, y no la soltó. Se volvió hacia ella cuando estuvieron fuera, bajo el brillante sol de media mañana.

—Estas cosas deben hacerse como es debido.

—¿Qué cosas? —preguntó ella, evitando mirarlo y fijándose en cambio en los quince ladrones, rateros y cazadores furtivos de ciervos de todas las formas y tamaños que los rodeaban en semicírculo. Jimmy estaba en el centro, apoyado en un árbol, con los brazos alrededor de una mujer redonda y rolliza que sin duda era su pastelito de manzana. Con la otra mano sostenía la correa de lady Bathsheba. El corazón de Penélope dio un salto al ver a su querida mascota, toda arreglada para alguna gran ocasión. Llevaba un gorrito amarillo floreado y una cinta rosa atada a la cola. Baló al ver a Penélope.

—Excelencia —dijo Penélope, intentando soltarse para correr hacia la cabra.

—Chist, te prometo que podrás besar a tu cabra en unos momentos. He tomado lecciones de Madame y...

—¿Cuándo? —lo interrumpió ella, atónita.

—El día que descubrí que Madame te estaba dando refugio. Estuve en Lockwood dos horas. Se negó a dejarme verte.

—¿Qué tipo de lecciones?

—Este tipo de cosas debe hacerse bien. Necesita público.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Qué necesita público? ¿Qué lecciones? ¡Excelencia!

—Esto —dijo él, arrodillándose en el suelo.

Solo se oyó el susurro del viento entre las hojas.

La mano de Penélope tembló en la suya.

—No sé cuándo ocurrió —empezó él en voz baja.— Me agarraste la oreja con dolor la primera vez que nos conocimos. No creo que fuera entonces. Tampoco cuando te caíste por las escaleras, te encurtiste en la cena, sacaste mi prenda íntima de la boca de la cabra a medianoche en mi dormitorio. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Tampoco ocurrió en ninguno de esos momentos. No, ni siquiera cuando te pusiste a perseguir rufianes por Mayfair, le arrancaste el vestido a una dama en un baile, hiciste que un guepardo nos persiguiera fuera de una cena...

—Ojalá hubiera estado allí —comentó Jimmy, impresionado—. Y no lo estás haciendo muy bien, Chudderly, recordándole sus desventuras. Inclínate y aletea, amigo mío, inclínate y aletea —añadió, sonriendo a su esposa.

Penélope y los otros catorce ladrones lo mandaron callar.

—Siga —dijo Penélope sin aliento, volviéndose hacia el duque.

El duque fulminó a Jimmy con la mirada y luego vio el rostro encendido de Penélope. Se suavizó y continuó:

—Pudo ser el beso. Pero besas fatal. Sin pulir, salvaje, masticado… quizá fue eso, o cuando me hiciste reír, o cuando volvimos a besarnos y no mordiste. Eso fue glorioso. Aprendes rápido.

—Excelencia, no entiendo. ¿Cuándo ocurrió qué?

—Conquistaste el corazón de salteadores de caminos, de mi madre, de mi hermana, de Perkins, de Hopkins y de todo el servicio. Nunca había tenido a tanta gente mirándome mal. Las criadas que antes temblaban de terror ante mí ahora me miran con reproche, porque creen que fui yo quien te envió lejos —apretó su mano—. Cuando has conquistado tantos corazones, ¿cómo pudiste pensar que no habías conquistado también el mío? Y todo este tiempo me

he preguntado cuándo ocurrió. ¿Cuándo me enamoré de ti? Sinceramente, no lo sé.

Penélope y los ladrones soltaron al unísono el aliento que habían estado conteniendo.

Ella lo miró en silencio, con el corazón lleno de dudas.

—¿Entonces por qué no me lo dijo? Le pregunté por qué quería casarse conmigo y si era por culpa de lady Plaskett. No lo negó.

—Las personas enamoradas son unas ocas. No ven lo que tienen delante de las narices. No pueden creer que sean dignas de quien aman. Tú estabas llena de inseguridad, y yo también. Te traté mal porque no creí que pudieras amarme. Sabía que te sentías atraída por mí, pero la atracción no es lo mismo que el amor. Quise usar la excusa de los cotilleos de la sociedad para atarte a mí y esperar que el tiempo transformara esa atracción en amor.

—Así se habla —vitoreó Jimmy con voz temblorosa, secándose los ojos.

—¿Y por qué aceptar la ayuda de Jimmy? —preguntó Penélope, frunciendo el ceño al bandolero que había interrumpido.

—Le rogué a Jimmy que preguntara por qué te habías ido, y accedió. Yo estaba afuera escuchando todo lo que tenías que decir. Cuando Jimmy dijo que estabas dispuesta a recibir la bala por mí, me di un golpe en la cabeza. ¿Cómo pude haber pasado por alto un incidente tan importante? Me amas, y… ¡ah! Mi maldita rodilla me está matando, así que date prisa y dime que te casarás conmigo —terminó con suavidad.

—¿Está seguro de que esta vez es amor? —preguntó ella. Quería creerle con todo su corazón, pero la duda persistente en el fondo de su mente se negaba a desaparecer.

Él suspiró y se puso de pie.

—¿Recuerdas que Madame me dijo que la idea de perder a mi amor me haría temblar de terror? Penélope, temblé cuando desapareciste. Estaba fuera de mí de preocupación. Tenía a la mitad de los Corredores de Bow Street buscándote. Fue algo terrible de presenciar.

—Bebí hasta perder el conocimiento esa noche. Asusté al pobre Theodore, que se escondió. Perkins me llevó el desayuno a la cama,

y, distraído, preparé el té en un azucarero y me lo bebí. Al día siguiente, por fin di con Madame, y confesó que estabas a salvo en Lockwood. Se negó a decirme por qué te habías ido, pero sí me dio lecciones sobre cómo recuperarte.

—Su gracia —dijo ella, apartando el rostro—, seré una molestia como duquesa.

—Una molestia encantadora —respondió él de inmediato—. Y si vuelvo a oírte llamarme "su gracia", te besaré. Mi nombre es Charles.

—Trajo mi cabra, *su gracia*.

El duque frunció el ceño, y luego su rostro se iluminó.

Penélope lo miraba con picardía.

—¿Quieres que te bese, eh? —hizo una pausa y luego continuó con más seriedad—. Sabes que te amo, ¿verdad?

—¿Cómo no iba a saberlo? Tomaste lecciones de Madame para conquistarme, trajiste a mi querida mascota y te disfrazaste de bandolero, ladrón de ciervos y un famoso asaltante. Solo un duque enamorado haría algo así, Charles.

Los quince bandoleros, ladrones, carteristas, saqueadores y la señora Jimmy Grey estallaron en vítores, mientras Lady Bathsheba golpeaba el suelo con la cola, entusiasmada.

El duque no perdió un segundo más y la estrechó entre sus brazos. El beso ardiente solo se interrumpió cuando Lady Bathsheba se lanzó hacia ellos.

—Lo siento, no pude retenerla más —gritó Jimmy.

Penélope abrazó a su cabra, con lágrimas de felicidad corriendo por su rostro.

EPÍLOGO

El 5 de agosto, bajo cielos tormentosos, Penélope, vestida con metros y metros de satén plateado y encaje, caminó hacia la iglesia del brazo de su padre. En la entrada, su madre descendió revoloteando desde la tercera nube a la derecha y le tomó la mano con sus dedos sombríos. Juntos, los tres entraron en la iglesia, cada uno satisfecho y delirantemente feliz por primera vez en años.

Dentro del templo, un silencio reverente cayó sobre la concurrencia cuando divisaron a la hermosa novia avanzando por el pasillo, seguida por una cabra con un gorro de encaje blanco. Algunas Grandes Damas murmuraron que Penélope parecía un pelín ansiosa por llegar al lado del duque. También refunfuñaron porque sus votos se dijeron un poco demasiado alto como para considerarse apropiados.

Pero cuando la señorita Penélope Winifred Rose Spebbington Fairweather y el duque de Blackthorne, Charles Cornelius Radclyff, fueron declarados marido y mujer, las Grandes Damas, junto con el resto de los presentes, rompieron a llorar a moco tendido. Gertrude, la malvada madrastra, fue la que más chilló, y Jimmy Grey incluso se puso de pie y vitoreó.

Por último, cuando Penélope, ya como la nueva duquesa de Blackthorne, besó al duque, catorce jóvenes y sir Henry Woodville se desmayaron. Las damas se desmayaron porque, como dijeron las Grandes Damas, el beso fue descaradamente escandaloso. Sir Henry se desmayó porque, durante el beso apasionado, el oscuro bigote del duque se desprendió por completo e irrefutablemente de su labio superior.

En la mesa del desayuno de bodas, Penélope sonrió hacia Anne —ahora lady Rivers—, que le devolvió el gesto con un guiño. Siguió buscando rostros felices hasta que dio con la persona que buscaba. Lord Adair respondió a su sonrisa con una inclinación de cabeza.

También señaló su barbilla, y ella se apresuró a limpiarse una migaja, con la mirada agradecida.

Las celebraciones de media mañana continuaron.

La viuda estaba alegremente achispada y fue vista bailando con Hopkins, el ayuda de cámara, cerca de la orquesta completa pero silenciosa. Gertrude lloriqueaba en un rincón, y nadie sabía si sus lágrimas eran de felicidad o de una miseria desgarradora. El rumor también corría de boca en boca: «El Halcón» había venido a dar su bendición a la novia. Jimmy, por su parte, informó a Penélope de que la Cobra se había llevado su corazón roto a Irlanda y había decidido regentar allí un pub respetable.

El duque se desprendió de sir Henry, que había pasado la última hora dándole una lección sobre la importancia de los bigotes, y se acercó a su esposa, que estaba ocupada chismeando con lady Plasket, y le susurró al oído.

Ella se sonrojó y asintió.

Escaparon al invernadero para robarse unos besos y susurrarse dulces naderías. Él le prometió que lo mejor aún estaba por llegar, y que eso era la noche de bodas.

La noche de bodas ocurrió, pero antes tuvo lugar la tarde de bodas.

El duque huyó del banquete con su novia, demasiado impaciente para esperar. Los invitados estaban bien metidos en la bebida y no notarían su ausencia.

La alzó en brazos, la cargó por el umbral y subió las escaleras a toda prisa, haciéndola reír entre deleite y nervios.

Los sirvientes celebraban en las cocinas. Por lo que el ala del duque estaba vacía. En el silencio, avanzó hacia el dormitorio, y con cada golpe de sus pasos, el latido de su corazón aumentaba hasta volverse casi doloroso.

La dejó sobre la cama y cerró la puerta.

—¿Tienes miedo?

Ella asintió con sinceridad.

—Confía en mí. —Una sonrisa maliciosa iluminó su rostro—. Mi esposa.

Su corazón cantó al oír esas palabras, pero la aprensión no se disipó, ya que él ya estaba desnudándose.

Era de día, y el sol se filtraba en la habitación, iluminándolo todo. El polvo brillante danzaba en los rayos, bañando su cuerpo poderoso y musculoso.

No necesitaban ocultar su amor; les manaba de los ojos y de las expresiones. Y tampoco necesitaban esperar más. Aun así, él se tomaba su tiempo, desabrochándose las botas, quitándose los guantes, la camisa y luego los calzones.

Ella tragó saliva cuando se reveló su longitud, y abrió los ojos con espanto. No había esperado que fuera tan… considerable. Solo el grosor era más ancho que su muñeca. Apartó la mirada, la piel encendida de vergüenza.

Cielo santo, iba a morir el día de su boda.

Él la observó retorcerse, adivinó sus pensamientos y reprimió una carcajada. Estaba cautivadora con un vestido suave, color crema, bordado con perlas y encaje. Llevaba el cabello recogido en lo alto de la cabeza, y cuando la había cargado, algunos de los alfileres ya se habían escapado, permitiendo que unos rizos enmarcaran su rostro.

Parecía desaliñada, seductora y tan, tan deseable, como un delicioso conejito. Se arrodilló para quitarle las zapatillas, las medias y las ligas, tomándose su tiempo mientras deslizaba las manos por sus largas piernas.

¿Cómo había pasado por alto lo largas que eran sus piernas? Tenía un pequeño lunar en la rodilla; él lo lamió, haciéndola inhalar con brusquedad.

La suave brisa de la tarde besó su piel cuando le desabrochó el vestido y se lo deslizó.

—Confía en mí —susurró, con los dedos ligeramente temblorosos.

—Hay demasiada luz —susurró ella cuando él lanzó el vestido a un lado y ella cruzó los brazos sobre la camisa.

—Quiero mirar. Sé buena —besó la comisura de su boca para apaciguarla, y la prenda de seda cayó sobre el montón de ropa en el suelo.

Sus dedos se deslizaron entre sus muslos, y ella dio un respingo ante el contacto repentino.

—Besa —rogó.

Él sonrió, separó sus piernas y la besó en ese otro par de labios que poseía, sacudiéndole el alma.

Su lengua la provocó y la acarició hasta que ella se estremeció contra su boca, y entonces, con calma, la besó en los labios, dejándole saborearse a sí misma.

Ella arrugó la nariz, y él se rio ante su expresión dulce y contrariada.

Su alma por fin regresó, solo para huir de nuevo porque, en lugar de su lengua, ahora eran sus dedos los que se hundían y la complacían, llevándola otra vez al límite.

Su cuerpo estaba cubierto por completo de un brillo de sudor, pero él no había terminado. El destello malvado volvió a sus ojos mientras ella lo miraba con petulancia.

Seguro que no podía seguir así. Bien merecido tendría él que ella se desmayara de tanto temblar.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando, esta vez, sintió su longitud rozarla. No, iba a morir.

—Te amo —gritó cuando él se hundió en ella.

¡Dolía!

Él se detuvo, dejando que su cuerpo se adaptara.

—Yo también te amo —se estremeció, luchando por controlarse—. Un momento y será mejor. Lo siento. Tenía que hacerse.

El ardor era insoportable, y las lágrimas corrían por su rostro.

—Te odio —cambió rápidamente de tono.

Él no se tomó sus palabras a pecho; al fin y al cabo, tenía toda una vida para volver a conquistar su amor. Cuando su respiración se estabilizó, empezó a moverse despacio dentro de ella, observando cada cambio en su expresión.

Su vientre se tensó cuando rozó un punto concreto, así que lo hizo una y otra vez hasta que ella se retorcía y lo llamaba con los nombres más escandalosos.

—¿Quieres que pare? —preguntó.

Ella lo miró con fastidio, con el cuerpo al borde y lleno de placer. ¿Cómo iba a decir que no? ¿No la haría parecer una descarada?

Él se detuvo, obligándola a confesar de pronto:

—No, c...continúa.

Él parpadeó con inocencia.

—Pero me estabas diciendo de todo. ¿Duele tanto?

—No —dijo entre dientes, moviendo las caderas para encontrarse con él—. C...continúa.

—¿Es placentero?

Ella fulminó con la mirada esos ojos burlones y chispeantes, pero no le permitió regañarlo de nuevo porque empezó a moverse, esta vez con más rapidez, hasta que el acto se consumó.

Algún tiempo después, cuando Penélope despertó de una siesta, el duque, normalmente taciturno, estaba de pronto parlanchín.

—¿Te gustó?

—Su gracia —hundió la cabeza en la almohada.

—Dímelo —la animó.

—Dolió, y luego fue m...maravilloso —admitió.

Él sonrió con suficiencia.

—Entonces, ¿lo hacemos otra vez?

Ella alzó la cabeza de golpe, el pelo otra vez como un remedo de la cabeza de Medusa.

—¡Vete al diablo!

***

Muchos meses después, ella se dio cuenta de que aquella consumación había sido tan buena que había concebido ese mismo día y dio a luz a una niña nueve meses más tarde. El duque sudó y paseó de un lado a otro fuera de la estancia hasta que oyó el llanto del bebé.

Diez años después nació el octavo hijo. Algunos hombres, a esas alturas, ya se habrían acostumbrado al proceso y se habrían marchado al club de caballeros para esperar la noticia de si esta vez era niño, niña o gemelos. Pero el duque no era uno de esos hombres. Una vez más, sudó y paseó de un lado a otro fuera de la estancia hasta que oyó el chillido de un recién nacido.

Era una niña y, cuando vio al bebé arrugado en brazos de Penélope, resopló.

—No más —dijo con severidad—. No más críos, te lo advierto, Penny.

Penélope sonrió al verlo tomar a la niña. Detrás de su expresión adusta, los ojos le ardían de alegría. Sabía que siempre sería gruñón, pero también sabía que, incluso después de todos esos años, la amaba y seguiría amándola a ella y a todos sus pequeños diablillos hasta el día en que ella muriera.

***

En cuanto a lord Adair, fue nombrado caballero por sus servicios al rey. Ahora anda disfrazado de deshollinador, intentando dar caza a un ladrón internacional de joyas.

Perkins se retiró. Hotchkins ocupó su lugar.

Mary se casó con el mozo de cuadra.

Lady Bathsheba se casó con lord Bathsheba y tuvo muchos pequeños Bathshebas.

En resumen, todos vivieron felices para siempre, excepto lady Lydia Snowly, que se casó con el desafortunado lord Poyning.

Fin

Para mantenerse al día con mis nuevos lanzamientos, suscríbase aquí.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Comedias Románticas de la Regencia

Hermana Fairweather Libro 1: Penelope
Hermana Fairweather Libro 2: Buscando a Philbert Woodbead
Hermana Fairweather Libro Book 3: Dorothy
Hermana Fairweather Libro 4: Jane Fairweather

Misterios de la Regency

Apuesta Perversa
Serie Lucy Anne Trotter Libro 1: Asesinato En Rudhall Manor
Serie Lucy Anne Trotter Libro 2: Muerte de un Aristócrata

Comedias Románticas Contemporáneas

Muffin de Amor Y Chai Latte
¡Santo Cielo, Gracie!

Fantasía

Legado De Amor Libro 1: Meara
Legado De Amor Libro: Destinado

SOBRE LA AUTORA

Anya Wylde vive en Irlanda junto a su marido, sus dos hijos y un caniche francés gordo (ahora a dieta). Sabe preparar un curry estupendo y su idea de hacer ejercicio consiste en estirar los dedos de los pies de vez en cuando. Es licenciada en Literatura Inglesa y adora leer y escribir.